

A close-up portrait of a woman wearing an ornate masquerade mask. The mask is primarily gold and black with intricate patterns and a large, dark feathered plume extending from the top. Her eyes are a striking blue, and she has bright red lipstick. In the background, a brown snake is coiled, and the overall scene is set against a warm, golden-brown background with a subtle bokeh effect.

Silvia  
García  
Ruiz

*Jugando  
con una  
serpiente*

zafiro♥

# Índice

Portada  
Sinopsis  
Portadilla  
Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20  
Capítulo 21  
Capítulo 22  
Capítulo 23  
Epílogo  
Biografía  
Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora Descubre Comparte**

## Sinopsis

Snake, más conocido como «el Serpiente», es el hombre más temido de los suburbios londinenses. Tras sufrir un accidente en la nave en que viajaba, pierde la memoria. Cuando abre los ojos, ve ante él a una hermosa pelirroja que le hará desear comenzar una nueva vida a su lado. Pero a Panacea Sanders parece perseguirla el peligro y, mientras él la protege, poco a poco recordará su vida anterior, cuando era el Serpiente. Que saque o no sus dientes para salvaguardarla solo dependerá de lo mucho que lo provoquen los maleantes de Londres.

¿Qué ocurrirá cuando el temido gobernante de los suburbios recupere su memoria: volverá a su oscuro mundo o preferirá quedarse al lado de la mujer de la que se ha enamorado?

¿Qué hará Pan cuando conozca el lado más oscuro de Snake: se atreverá a seguir jugando con él o huirá del infame personaje al que todos temen en Londres?

# JUGANDO CON UNA SERPIENTE

Silvia García Ruiz

zafiro 

## Capítulo 1

### *Suburbios de Londres, 1803*

—¡No puedo creer que ese mocoso aún esté vivo! —gritaba Hal, uno de los rufianes de los barrios bajos de Londres para quien los niños de la calle solo eran una herramienta para enriquecerse.

—Por lo menos, su hermano es rápido y aprende a matar con facilidad, pero ¿para qué nos sirve él y su cara bonita? —preguntó Hugh, otro de los andrajosos tipos que miraban al mugriento niño, que, cansado, hambriento y lleno de golpes de su última aventura, se había derrumbado en el suelo del viejo almacén que esos tipos usaban como escondite en sus distintos trapicheos.

—Si no sabe robar y no puede matar, tal vez con ese bonito rostro nos sirva para otra cosa... —declaró maliciosamente Hal, alzando el rostro del niño de bonitos cabellos rubios, consiguiendo con ello que unos airados ojos azules se clavaran en él y que el chiquillo, al que todos creían rendido, sacara unas últimas fuerzas de su cansado cuerpo para morder la mano que se atrevía a tocarlo—. ¡Mierda de mocoso! ¡Me ha mordido! —exclamó Hal con indignación mientras apartaba de una sonora bofetada al rapaz que había reclamado su sangre con un mordisco.

—Ya sabes que no puedes hacerle daño, o de lo contrario el jefe tendrá problemas a la hora de controlar al Cuchillas.

—Su hermano sí nos sirve: ha aprendido a matar como todo un asesino, pero este bribonzuelo es un completo inútil. No veo por qué motivo nuestro jefe no se deshace de él.

—Yo tampoco lo sé. Parece como si estuviera esperando algo de este mocoso. Ni siquiera se ha dignado darle un nombre como a los demás chiquillos que están a su cargo.

—Sí, pero a los demás ya nos ha quedado claro cómo se llama este crío, ¿verdad, Inútil? —declaró Hal entre carcajadas, recibiendo a cambio una fría mirada llena de furia que el niño, a pesar de su precaria situación, todavía se permitía exhibir—. ¡No me gusta cómo me miras, mocoso! —gritó Hal sin saber por qué lo incomodaba tanto esa molesta mirada, al tiempo que levantaba al andrajoso niño del suelo, agarrándolo por el cuello de la camisa.

El pequeño no habló ni emitió queja alguna.

Simplemente se limitó a seguir mirando desafiante a ese sujeto, quitándole el poder que este ejercía sobre él gracias a sus amenazas al mirarlo sin miedo o al no retroceder frente a él. Cuando

el chiquillo sonrió con ironía a su inútil intento de intimidación, Hal sintió un inexplicable acceso de miedo ante esa sonrisa e intentó ocultar rápidamente su debilidad con los puños.

—¡Insolente mocoso! —gritó levantando la mano para borrar del rostro de ese niño esa sonrisa que tanto lo molestaba.

Hasta que su mano fue detenida por una serena y dulce voz que todos temían más que ninguna otra cosa, ya que sabían cómo se las gastaba el frío hombre que gobernaba los suburbios de Londres.

—¿Qué te he dicho acerca de maltratar mi mercancía? ¿Es que acaso quieres perder esa mano, Hal? —preguntó un individuo vestido con unas elegantes ropas negras al que todos llamaban «el Cuervo», y a cuyos despiadados ojos no pasaba desapercibida ninguna de las malas acciones de ese lugar, tanto las que él mandaba llevar a cabo como las que otros hacían sin su permiso.

Hal tembló de puro miedo y se apresuró a soltar al muchacho y a ocultar esa mano que no sabía si perdería ese día, porque las acciones del Cuervo siempre eran impredecibles para los que desobedecían su mandato: en un momento te estaba sonriendo y al siguiente había atravesado tu corazón con su cuchillo.

Por fortuna para Hal, la mirada retadora que ese mocoso aún mantenía hacia ellos, observándolos como si fueran basura, molestó tanto al Cuervo como lo había hecho con ellos. Y, dejando a un lado su castigo, el rey de los suburbios dirigió sus pasos hacia el insultante niño que, sin poder alguno, aún osaba desafiarlo.

—¿Dónde está mi dinero? —exigió el Cuervo al mugriento crío de apenas diez años. Y este, por toda respuesta, le dirigió una sonrisa irónica mientras se alzaba de hombros y le mostraba sus manos vacías—. Si no eres de utilidad para el trabajo de las calles, en donde lo único que tienes que hacer es arrebatarnos la bolsa a los incautos, tendré que utilizarte de otra manera... —advirtió señalándolo con su bastón negro, en cuya empuñadura siempre llevaba la amenazante cabeza de un cuervo, recordándole así a todo el mundo cuál era su nombre y el poder que tenía en ese lugar, en donde él los manejaba a todos bajo sus firmes alas.

—Así pues, dime, pequeño infeliz, ¿en qué tipo de trabajo podría utilizarte? ¿Tal vez en alguna fábrica mugrienta donde los niños mueren a decenas cada semana? ¿O quizá podría reservarte para el disfrute de algún vicioso noble al que puedas entretener con tu bonito rostro...? —intentó amenazar el Cuervo. Pero el mocoso, ante sus palabras y al contrario que sus hombres, no retrocedió—. ¡Contéstame! ¡Sé que puedes hablar: te he oído murmurar junto a tu hermano en más de una ocasión! —lo increpó airadamente el Cuervo, perdiendo la poca paciencia que tenía para luego volver a serenarse, intentando ocultar el monstruo que era detrás de una encantadora máscara que podía engañar a quienes no lo conocieran, pues siempre habría algún incauto en esas calles que se dejaría engañar por su siempre impecable presencia y amistoso rostro.

»Sé que no eres idiota, pero lo pareces cada vez que me provocas a mí o a mis hombres. No sé por qué te niegas a hablar desde que os recogí a tu hermano y a ti, sacándoos de las frías calles



y dándolos un hogar —continuó el Cuervo, fingiendo ser el alma caritativa que nunca sería, consiguiendo que el niño tan solo sonriera irónicamente ante esas palabras en las que ahora ya no creía, pero en las que una vez confió.

—¡Ahí está otra vez esa sonrisa impertinente que tanto me molesta y esa mirada audaz con la que te atreves a desafiarme! Esos rebeldes actos tuyos son los que me motivan a permitir que mis hombres te aleccionen. Y si sobrevives a sus lecciones en esta ocasión, tal vez te ganes un nombre. Si no..., bueno, simplemente morirás a causa de un desgraciado accidente que excusaremos ante tu hermano. Después de todo, quiero seguir utilizando los fabulosos talentos para la muerte que tiene el Cuchillas, de los que un niño bonito como tú carece... Hal, Hugh... Es todo vuestro —sentenció el Cuervo, despreocupándose de la airada mirada que lo perseguía reclamando su sangre y sin inquietarse demasiado por ella, ya que, después de ese día, no volvería a ver más a ese impertinente niño. O eso era lo que él creía...

\*

El Cuervo había ordenado a sus secuaces que le dieran una lección a ese mocoso lejos de la ciudad, en un lugar desde donde los rumores no pudieran llegarle a su hermano. Y, así, esos dos vengativos sujetos habían llevado al niño sin nombre hasta las afueras, en donde habían oído que se encontraba instalado un viejo campamento gitano.

Con sus coloridos carromatos agrupados en torno a una enorme fogata, este mostraba una bulliciosa multitud llena de vida y alegría que cantaba y bailaba con júbilo, pero pronto la presencia de los compinches del Cuervo acabó con sus risas y apagó sus canciones.

Ese generoso pueblo nómada viajaba por todo el mundo aceptando entre ellos a cualquiera que quisiera acompañarlos, consiguiendo unos espectáculos muy entretenidos y exóticos con los que se ganaban unas monedas, entre los que destacaban una voluptuosa mujer de rasgos orientales que danzaba con cuchillos o un extraño hombre procedente de la lejana India que hacía bailar a una peligrosa serpiente al son de una humilde flauta.

A los gitanos nunca les habían gustado los escandalosos tipos de la ciudad que, cuando iban a visitarlos, llamaban demasiado la atención sobre su campamento y en ocasiones provocaban que los nobles los miraran con reprobación y pensaran dos veces si permitirles acampar en sus tierras. Pero como dejaban buenas propinas, y como conocían la temible reputación de los hombres del Cuervo, todos en el campamento guardaron silencio e intentaron no atraer la atención sobre sus mujeres o sobre los más débiles del clan, que podían verse avasallados por esos granujas.

Cuando los secuaces del Cuervo acudían a su campamento, las bocas de ese pacífico pueblo siempre se mantenían en silencio, dejándoles hacer lo que les diera la gana, pero en esa ocasión no pudieron evitar protestar al ver cómo dos hombres intimidaban a un niño de apenas diez años que, a pesar de su maltrecho aspecto, permanecía con la cabeza bien alta ante sus maltratadores.

—Pero ¿qué le estáis haciendo? ¡Si tan solo es un niño! —gritaron con indignación algunas de las mujeres, siendo retenidas por los hombres para evitar que corrieran en auxilio de ese pequeño, pues esa bondadosa acción únicamente atraería la ira del Cuervo hacia ellos.

—¡Mejor meteos en vuestros asuntos si no queréis ocupar su lugar! ¡El Cuervo nos ha dado permiso para aleccionar a este mocoso, y eso estamos haciendo! —gritó Hal, arrancando la botella de vino de las manos de uno de los hombres del campamento, que ante esos conocidos matones de los suburbios de Londres no pudo hacer otra cosa más que agachar la cabeza mientras apretaba con furia los puños.

—Veamos si después de esto sigue negándose a hablar... —apuntó Hugh burlonamente, arrojándolo a un pozo.

Los gritos aterrados de las mujeres silenciaron el del niño, que en esta ocasión no pudo guardar silencio.

—No os preocupéis, no es profundo y hace años que está seco. Lo más que le ha podido pasar a ese mocoso es un dolor de trasero. Eso sí: no podrá salir de ahí salvo que use una cuerda. Ahora comprobaremos si la oscuridad y el miedo doblegan el rebelde carácter y la fiera mirada de ese mierdecilla. Y si no aprende la lección, nos desharemos de él.

Los hombres del campamento, sintiéndose impotentes, intentaron apartar del pobre niño la atención de esos despreciables sujetos que lo habían convertido en el blanco de su crueldad para que, mientras esos canallas bebían junto a la hoguera y charlaban animadamente con ellos, las mujeres pudieran deslizar con disimulo algunos restos de la cena hacia el fondo del pozo. Los leves tirones de impaciencia que el niño daba a la cuerda en sus intentos por alcanzar su comida eran toda la prueba que tenían de que continuaba con vida, pues no se veía nada en la negrura del pozo.

\*

Un rato más tarde, en mitad de la noche, la bebida y el entretenimiento ya no eran diversión suficiente para esos tipos, y al no oír ningún grito procedente del pozo, los dos rufianes se percataron de que no habían logrado doblegar el espíritu del chiquillo.

—Me pregunto si ese mocoso chillará si le arrojamos algo aterrador... —musitó cruelmente Hal mientras fijaba los ojos en uno de los espectáculos del campamento gitano, en el que un extraño hombre con un punto rojo sobre la frente y un turbante en la cabeza tocaba una rara flauta para hacer bailar a una aterradora serpiente.

—¡Cuidado! Este animal es extremadamente peligroso: una sola mordedura puede llevarte a la muerte —previno el hombre, deteniendo la melodiosa música de su flauta, con lo que la serpiente por poco no mordió la osada mano del insolente que se atrevía a acercarse a ella. Luego, para calmarla, prosiguió con su canción hasta que volvió a meterse en su cesta, no sin antes dedicar una desdeñosa mirada al hombre, que no le gustaba, y hacerle una última

advertencia al enseñarle los afilados colmillos que tenía en sus fauces, repletos de un mortífero veneno.

Tras cerrar la cesta, el hindú se apresuró a alejarse con su peligrosa amiga hacia un lugar lo suficientemente apartado de esos sujetos y de su crueldad, pero sus viejas manos no fueron lo bastante rápidas y uno de ellos le arrebató la canasta para arrojarla de inmediato al pozo.

Sabiendo lo peligroso que era ese animal, todos los miembros del campamento lloraron en silencio por el terrible destino de ese pequeño al que no habían podido ayudar por miedo. Las mujeres dejaron que sus lágrimas se derramaran abiertamente por sus rostros a la vez que rezaban por el alma de ese niño, mientras que los hombres apretaban sus puños, furiosos consigo mismos por no hacer nada y con esos dos malnacidos que habían sido tan crueles con un simple niño únicamente porque su mirada los molestaba.

—Hasta los condenados tenían derecho a defenderse cuando los arrojaban ante las bestias — proclamó el hindú Ranjit en voz alta mientras negaba con la cabeza, apenado por la vida que se había desperdiciado.

—¡Oh! ¿Es que no estáis contentos con nuestro castigo? Está bien, que no se diga que no somos misericordiosos: arrojémosle algo a ese mocoso con lo que pueda defenderse... —se burló Hal. Y, arrebatándole la flauta a Ranjit de sus viejas manos, la lanzó a la oscuridad del pozo.

—¡Ahí tienes tu arma para defenderte de la bestia, mocoso! —gritó Hugh, uniéndose a las burlas de su amigo.

Ranjit no era especialmente valiente, pero aun así, ante las despiadadas burlas de esos dos despreciables sujetos, no pudo evitar emitir su opinión en voz alta para borrar sus complacidas sonrisas.

—Y a pesar de su cruel castigo, no he oído ni un solo grito ni una sola palabra salir de la boca de ese chiquillo.

El silencio se hizo en medio del campamento, y cuando los furiosos ojos de los secuaces del Cuervo posaron sus miradas en el viejo Ranjit para convertirlo en el nuevo blanco de su ira, como si ese niño hubiera estado esperando el momento oportuno para llamar la atención de sus torturadores, la música de una melodiosa flauta comenzó a sonar burlándose de ellos con su insolencia, haciéndoles saber que él todavía estaba en pie y usaba las armas que le habían entregado en son de broma para devolverles la burla a esos despiadados tipos que únicamente querían su muerte.

—Muy bien. Veamos cuánto dura esa melodía... —repuso Hal burlón, alejándose del pozo junto a su amigo, creyendo que el joven tan solo había pospuesto ligeramente el momento de su muerte, que no tardaría en llegar.

—¿Tres días?! ¡¿Me estáis diciendo que ese mocoso lleva tres días en ese pozo, tocando una puñetera flauta, y que no os atrevéis a bajar porque lo habéis encerrado con una maldita serpiente venenosa?! —gritó el Cuervo, muy descontento, a sus secuaces.

—En el campamento nos han dicho que ese bicho es extremadamente peligroso, y cada vez que le arrojamos la cuerda al niño para subirlo, él tira de ella con todas sus fuerzas... Tememos caer junto a él y ese mal bicho.

—Os encargo una tarea muy simple: darle una lección a un niño..., ¿y me venís con esto?! Es más que evidente que si ese chiquillo ha sobrevivido, esa serpiente no es tan venenosa como todos dicen. Por esta vez voy a ir con vosotros para sacar al maldito crío del pozo..., aunque aún no tengo claro si no debería arrojaros a vosotros a él —manifestó el Cuervo ofuscado, apresurándose a seguir a sus hombres hasta el campamento gitano para no retrasar por más tiempo la lección que debía recibir ese chiquillo.

Cuando el Cuervo llegó junto al pozo, los gitanos, que siempre habían temido su presencia, huyeron nuevamente de él. Pero en esta ocasión al Cuervo no le pasaron desapercibidos los gestos que varios de esos hombres intentaban ocultar frente a él: unas complacidas sonrisas asomaban a sus rostros, apreciando en secreto el valeroso desafío que un simple niño estaba planteándole al señor de los barrios bajos de Londres.

—¡Tú, baja a por él! —gritó el Cuervo con furia, señalando a Hugh para que se atara una cuerda en torno a la cintura, y, tras asegurarla enrollándola alrededor de un árbol cercano, el rufián descendió por el resbaladizo pozo con dificultad.

Cuando oyeron que Hugh llegaba hasta el fondo, la música de la flauta cesó. Y al contrario que el silencioso chiquillo, el hombre gritó, lleno de dolor y agonía, dejando claro a los presentes que la víbora que había favorecido al pequeño había reclamado la vida del maleante.

—¡Escúchame bien, mocoso! ¡Si no sales de ese pozo voy a matar a todas las personas del campamento! ¡Y si pese a ello todavía sigues empecinado en continuar ocultándote en ese agujero, recuerda que tengo la vida de tu hermano en mis manos!

Unos momentos después, por toda respuesta, la cuerda se tensó y el niño comenzó a escalar el pozo hacia su libertad.

Una vez que llegó arriba, Hal cogió airadamente la mano del niño con la que se agarraba al borde del pozo. Su impaciencia por vengarse de ese chiquillo lo llevó a olvidar la peligrosa presencia que el pequeño mantenía junto a él: para asombro de todos, el niño no mantenía a la serpiente encerrada en su cesta, sino que la llevaba enrollada en un brazo, y el reptil, sin consentir que nadie se acercara a su pequeño protegido, mordió la mano del furioso individuo, lo que le provocó la muerte.

Tras la caída de Hal, el niño salió por su propio pie del pozo con la serpiente aún enrollada en torno a su brazo. Ranjit, tras ver la imperturbable presencia de ese chiquillo y sus fríos ojos azules, tan desafiantes como los de una serpiente, solo fue capaz de realizar una profunda

reverencia al tiempo que murmuraba algo en un extraño idioma. Posteriormente, Ranjit repitió sus palabras en el idioma común para que todos lo entendieran:

—Naga... El dios serpiente...

Ranjit creía que ese niño era uno de los nagas, dioses serpiente hindúes que adoptaban forma humana y que su pueblo veneraba. Y entonces el pequeño, sonriendo maliciosamente a su enemigo, habló por primera vez para declarar ante todos:

—Me llamo Snake.

El Cuervo, viendo todo lo que un simple chiquillo le había arrebatado ese día, se preguntó si el día de mañana le arrebataría mucho más. Y por primera vez en su vida, sintió miedo de otro ser humano y no se atrevió a matar a ese mocoso al que algunos en ese campamento habían comenzado a alabar como a un dios.

—Veamos si me sirves de algo a partir de ahora o si únicamente tu hermano es el que tiene algo que ofrecer —dijo despectivamente el Cuervo, recordándole la amenaza que siempre pendería sobre su cabeza y la de su hermano, haciéndolos bailar a su son mientras permanecieran separados.

Snake volvió a meter a la serpiente en su cesto y se la devolvió a su dueño junto a la flauta que le habían arrojado como una broma, sin que sus verdugos pudieran siquiera sospechar que sería su salvación. Luego siguió los pasos del Cuervo de vuelta a su guarida, pero al amo de los suburbios no se le olvidó en ningún momento que, a partir de ese instante, sus pasos siempre serían seguidos por los de una serpiente que solamente buscaba el momento oportuno para morderlo.

## *Siete años después*

Con el paso de los años, Snake había aprendido que la ciudad de Londres se dividía en tres grandes territorios, y que en cada uno de ellos había peligrosas serpientes. Algunas de estas víboras se disfrazaban bajo el dinero, la posición social, el título o el nacimiento, pretendiendo ser más que los demás, pero para él solamente eran vulgares serpientes.

En la City, que pertenecía al casco antiguo de Londres, un gran número de calles estrechas, mal alineadas y mal edificadas se entrecruzaban de cualquier manera, abarrotadas de casas a orillas del Támesis. La mayoría de quienes vivían en esta zona eran comerciantes. Puede que algunos de ellos fueran honrados, pero Snake solo conocía a los más despreciables, capaces de negociar con las personas como si fueran mercancías.

Por otro lado, en el West End, las calles estaban bien construidas, perfectamente ordenadas y, aunque eran algo monótonas, se encontraban pobladas por serpientes de llamativos colores: miembros de la corte, básicamente hombres que vestían caros trajes y poseían una hipócrita doble moral que los llevaba a discutir sin fin acerca de cómo acabar con el hambre que ellos nunca habían pasado, con la prostitución que ellos normalmente alentaban y utilizaban, y con las

caras drogas que solamente ellos podían permitirse consumir. A continuación estaba la estúpida aristocracia, cuyos miembros se mataban entre sí por conservar un título y no retrocedían ante la idea de vender a sus propias hijas al mejor postor a cambio de una pizca más de dinero o de poder que les permitiera conservar su posición. Y, finalmente, los artistas del momento, famosos únicamente por el rico y poderoso amante que tuvieran en ese tiempo, y la nobleza de provincias, que intentaba mantenerse a la altura de los nobles de ciudad sin conseguirlo; tal vez a causa de su ingenuidad y su inocencia, las cuales no tardaban en perder en cuanto se sumergían de lleno en la sociedad londinense.

Para acabar, la tercera y última zona de Londres, la que nadie nombraba, eran los suburbios. Allí, el bajo coste de las viviendas hacía que estas fueran ocupadas por decenas de serpientes sin ningún disfraz: prostitutas, ladrones, asesinos y personas sin esperanza que encontraban consuelo en los vicios que tan fácilmente hallaban en ese lugar.

La miseria, el hambre, la mendicidad y el crimen eran el pan de cada día para los que habían tenido la desgracia de nacer allí. Todas las noches, las serpientes salían de su nido para asaltar la ciudad mientras la policía se limitaba simplemente a mirar para otro lado. Los inocentes aprendían poco a poco a no serlo, y de este modo se convertían a su vez en otras serpientes para evitar ser mordidas.

Algunos creían que en esas sucias calles también había leyes y normas, pero eso era mentira.

La única ley allí era sobrevivir a toda costa, y para lograrlo solo había una cosa que se podía hacer: ser la serpiente más peligrosa, de modo que nadie se atreviera nunca a alzarse contra ti, algo en lo que Snake pensaba convertirse para no ser maltratado nunca más por la crueldad del ser humano.

Snake había sido utilizado de decenas de maneras distintas por el Cuervo.

Tras atreverse a darse a sí mismo un nombre sin su consentimiento, el frío gobernante de los suburbios se había burlado de él, probando en su cuerpo más de una nueva droga o un nuevo veneno. Para su asombro, y también para desgracia del Cuervo, como si la sorprendente afirmación del viejo Ranjit en el campamento gitano fuera cierta, Snake había sobrevivido a todos los venenos, llevándolo así a ganarse el sobrenombre de «el Serpiente».

Snake notaba que el Cuervo se estaba debilitando, pero, a pesar de ello, el cruel regente de los suburbios no quería abandonar su gobierno de ese lugar. Las hienas ya comenzaban a moverse entre las sombras, pero si esas alimañas eran peligrosas para el Cuervo, más aún lo era la serpiente que siempre lo rondaba, a la espera del momento oportuno para hacer su movimiento.

Snake debía reclamar el trono del Cuervo si deseaba sobrevivir, pero antes tenía que deshacerse de una debilidad, una baza que sus enemigos siempre podrían utilizar contra él, impidiéndoles ser libres a él y a su hermano.

Lo poco que Snake recordaba de su hermano era la imagen de un niño apenas un año mayor que él que intentaba protegerlo de todo cuando el orfanato donde vivían quebró y cerró,

dejándolos en la calle. En el instante en que el Cuervo los recogió de un sucio callejón y los llevó a su mundo, los separaron, y el inocente niño que una vez había sido desapareció.

Su hermano comenzó a trabajar para unos despiadados sujetos con la única idea de protegerlo y mantenerlo a salvo, algo en lo que no tuvo éxito, pero mientras él seguía engañado con la falsa idea de que era un héroe que salvaba a su hermano pequeño, había aprendido a matar como el más cruel de los asesinos. Aun así, era un asesino con un grave defecto, ya que no se había desprendido de su conciencia, provocando que cada vez le pesaran más las muertes de sus víctimas. Snake sabía que su hermano no duraría mucho más allí, por lo que tenía que deshacerse de él ese día.

Como si el Cuervo sospechara de sus intenciones, convocó una reunión a la que asistieron todos sus secuaces en el viejo y abandonado almacén donde llevaba a cabo sus trapicheos, y, queriendo terminar con el defecto de su asesino adiestrado, le entregó un cuchillo y le ordenó que se enfrentara a su hermano y acabara con él, con la recompensa de convertirse en su sucesor si cumplía esa tarea.

Las manos del asesino temblaron y dudaron. Snake sabía que esa era una debilidad que el Cuervo no toleraría y que le proporcionaría una conveniente excusa para acabar con ambos. Así que él no vaciló, sus manos no temblaron y simplemente pusieron en práctica lo que había aprendido durante todos esos años en ese oscuro lugar para sobrevivir: su cuchillo se clavó en el cuerpo de su hermano mientras su fría mirada, tan gélida e impersonal como la de una serpiente, lo observaba sin sentimiento alguno. Y para que ese tonto hermano suyo no regresara nunca a buscarlo, creyendo ingenuamente que en su interior podría quedar algo del hermano que una vez conoció, le susurró al oído:

—Tú nunca has podido protegerme.

Luego lo drogó, pinchándolo con un anillo donde ocultaba un veneno, y lo dirigió lentamente hacia su muerte. Snake derribó a su hermano, tanto con su arma como con sus palabras, al tiempo que los tipos que los rodeaban vociferaban, aullaban, animaban a uno u otro contendiente, e incluso algunos aprovecharon el momento para propinarle varias patadas a su excompañero vencido, al que en alguna ocasión habían envidiado o temido.

Cuando ya no respiraba y su pulso no latía, todos se apartaron del cadáver de su compañero. Siguiendo las órdenes del Cuervo, se lo llevaron para abandonarlo en algún oscuro callejón, dando paso a las celebraciones.

Snake sonrió complacido mientras recibía las felicitaciones de sus compañeros a su alrededor. Todos creyeron que su gesto de satisfacción se debía a su victoria en el duelo, pero ninguno de ellos conocía lo taimada que podía ser una serpiente que le había concedido una nueva vida a su hermano, una a la que accedería después de la muerte, cuando despertara, confundido y desorientado, lejos de los suburbios en los que todos lo darían por muerto. En lo concerniente a sus heridas, su hermano era fuerte y sin duda sobreviviría como había hecho hasta entonces.

A la vez que todos celebraban por él, Snake rio falsamente, rellenando las copas de sus compañeros mientras era consciente de que todo era una farsa. El Cuervo, tan avaricioso como su nombre indicaba, siempre se resistiría a abandonar su brillante nido, y las alimañas que lo rodeaban nunca celebrarían la victoria de otro cuando eran ellos los que querían quedarse con las sobras de ese reino.

Mientras degustaba pensativamente su bebida, Snake supo que él nunca podría reinar sobre todos en los crueles suburbios gracias a una corona cedida, sino que tendría que hacerlo gracias al miedo y a la intimidación. Tras paladear con sumo placer su vino viendo cómo sus planes salían a la perfección, Snake le preguntó despreocupadamente al Cuervo mientras compartía su mesa, sorprendiéndolos a todos con su maliciosa sonrisa y una fría mirada que les mostraba que no había creído ni por un momento en sus mentiras:

—¿Y bien? ¿Cuándo piensas matarme?

—¡Oh! En cuanto te acabes la cena..., ¿qué menos que regalarte una última comida? — declaró el Cuervo con una sonrisa triunfal, pensando que Snake se había resignado a su suerte. Especialmente después de ver cómo sus hombres mostraban sus armas mientras Snake tan solo contaba con sus manos desnudas.

—Me parece un buen plazo, porque yo acabaré contigo *antes* de que te termines tu cena — repuso él, reclinándose despreocupadamente en su silla.

Todos los presentes se rieron de su insolencia.

—Me parece que he cambiado de opinión —manifestó el Cuervo, molesto por su arrogancia, sacando el cuchillo oculto del bastón negro que siempre llevaba.

Pero, para el asombro de todos, no pudo alzar su arma, ya que cayó de rodillas ante Snake mientras su dolorido cuerpo le anunciaba que su hora había llegado. El Cuervo adivinó de inmediato que su fin se había precipitado por su descuido al no vigilar a esa serpiente que siempre se deslizaba sibilinamente junto a él cuando Snake alzó su copa en su dirección y le dedicó una complacida sonrisa.

—¿Cómo? —preguntó llevándose la mano hasta su dolorido corazón al tiempo que contemplaba que muchos de sus hombres caían junto a él, revelándole que no era el único que recibiría el veneno de esa serpiente.

—¿Recuerdas todas las veces que me envenenaste para hacer tus experimentos? Pues me he limitado a devolverte el favor...

—¡Pero si todos hemos bebido lo mismo! —declaró con sorpresa un confundido Cuervo, que comenzaba a retorcerse de dolor.

—Cierto, pero, para vuestra desgracia, después de tantos años de ingerir esos venenos, mi organismo se ha acostumbrado y a mí solo me ocasionan un leve malestar, mientras que a vosotros os provocan la muerte.

Y, como si su venganza fuera únicamente la broma de una cruel serpiente, Snake siguió degustando su bebida envenenada al tiempo que caminaba entre los sujetos caídos hacia la silla



del que hasta ese momento había sido el hombre más temido de los suburbios. Tras sentarse, continuó disfrutando de la comida y solo hizo una breve pausa cuando algunos de los hombres que habían llegado tarde a la reunión contemplaron con asombro a su nuevo jefe.

—Si alguno de estos sobrevive, que se presente ante mí mañana. Y deshacedos de los que no lo hagan —ordenó fríamente Snake, para añadir con una maliciosa sonrisa antes de retirarse a su nueva habitación—: No os aconsejo que probéis el vino, ya que podría sentaros tan mal como a vuestros antiguos compañeros. Pero podéis comer lo que queráis para celebrar que, desde este momento, el Serpiente gobierna este lugar. Comprobad lo que les espera a quienes me desobedecen.

Los hombres que estaban ante él eran más numerosos, iban armados y posiblemente podrían haberlo matado. Pero como Snake había previsto, ninguno se atrevió a dar un paso en su contra en cuanto vieron de lo que era capaz la cruel serpiente que ellos habían creado y a la que ahora tendrían que obedecer.

## Capítulo 2

### *Universidad de Boston, Massachusetts, 1821*

Boston era reconocida como el centro educativo y médico de la nación. Junto con Nueva York, se estaba convirtiendo en el centro financiero de Estados Unidos, especialmente gracias a los avances que estaban realizando con el ferrocarril. «Pero a pesar de ser una ciudad tan avanzada, en algunas cosas aún es bastante retrógrada», pensaba el nuevo ponente mientras se adentraba en la sala de conferencias de la universidad donde ofrecían una apasionante charla sobre medicina, que refutó en varias ocasiones, obteniendo miradas desaprobadoras de muchos de los respetables médicos que llenaban el lugar.

Finalmente, hartos de sus interrupciones, los organizadores del coloquio decidieron concederle la palabra a ese molesto joven, exigiéndole que expusiera alguna de las investigaciones que llevaba detalladas en el viejo libro que lo acompañaba y que consultaba para dejarlos en ridículo.

Tras aceptar el reto, el joven se dirigió hacia el centro de la sala con intención de exponer ante esas eminencias su discurso acerca de una nueva técnica médica que su propio padre había estudiado con ahínco, un procedimiento que, tal vez, habría salvado en el pasado las vidas de su hermano y de su madre si su padre hubiera estado allí para asistirlo.

Una vez en el atril, tras echar un vistazo a la distinguida concurrencia de la sala de la Universidad de Boston, comenzó con su disertación. A medida que presentaba sus ideas, comprobó la cara de todos esos catedráticos, que seguían su discurso absolutamente asombrados, cuando no consternados en algún caso, al tratar sobre un tema que ellos habían evitado tocar hasta ese momento por considerarlo prácticamente tabú.

—Veo bien que el parto de la mujer recaiga en las manos de las experimentadas parteras, pero opino que cuando una mujer tiene dificultades y sus fuerzas no son suficientes para traer a su hijo al mundo, los médicos debemos intervenir. ¿Por qué razón deberíamos dejar a una mujer y a su hijo librados a su fortuna y arriesgarnos a perder a uno de ellos, o a ambos, si con nuestra participación podríamos salvarlos a los dos? Existe una técnica que podemos realizar cuando el parto por vía natural atraviesa dificultades: se trata de realizar una incisión en la pared abdominal y el útero a través de la cual podemos extraer al niño.

Tras esas palabras, los murmullos se alzaron. Algunos de los presentes comentaron con asombro esa técnica, mientras otros, arraigados en las costumbres, tacharon el procedimiento de bárbaro.

—¿Acaso con ese burdo método de rajar en canal a una mujer no estaríamos poniendo a la madre en peligro de todos modos? De esa manera solo se salvaría uno de los dos —señaló uno de los más viejos y distinguidos médicos.

—No, si suturamos esas incisiones y luego aplicamos algunas cataplasmas para prevenir la infección. Las trataríamos como hacemos con las heridas de guerra de nuestros soldados.

—¿Está usted comparando a nuestros aguerridos hombres heridos en el honorable cumplimiento de su deber de defender nuestra nación y nuestros sagrados valores con mujeres embarazadas?! —exclamó uno de los presentes, exaltado e indignado ante semejante comparación.

—Ellas no podrían aguantar el inmenso dolor que conllevaría una herida de ese tamaño —manifestó burlonamente otro, infravalorando, como siempre, el valor que podían mostrar las mujeres.

—Si alguno de ustedes cree realmente que el dolor que puede soportar una mujer durante el parto es inferior al que sufre un hombre al caer herido en la guerra, es que nunca han presenciado un parto... —replicó burlonamente el joven que se presentaba ante ellos, sacando una sonrisa de algunos de los rostros menos serios.

—Dejando de lado la cuestión del dolor, yo opino que los riesgos son demasiado grandes como para tener en cuenta ese tipo de operación —se pronunció otro de los médicos, que había estado atento a las palabras del joven y que, sin descartar por completo su exposición, aún dudaba.

—En toda operación hay riesgos —repuso el ponente—, pero podríamos minimizarlos con una mejor higiene del entorno y de los instrumentos, una anestesia en el momento preciso, la preparación de una transfusión de sangre en prevención de una posible hemorragia, la sutura uterina y la aplicación de bálsamos que prevengan infecciones.

—¿Está insinuando que los médicos atendamos a las mujeres durante el alumbramiento, en vez de las parteras?

—En efecto, eso es lo que afirmo: en aquellos casos en los que puedan sufrir complicaciones y poner en riesgo su vida y la de su hijo, sí.

—¡Bah! Es un desperdicio de tiempo y dinero tratar a una simple mujer embarazada.

—¡Ah, entiendo! Los hombres sí se merecen que corramos a socorrerlos a causa de las heridas que sufren por combatir por su país, pero cuando las mujeres luchan por dar la vida, en vez de quitarla, ¿por qué los médicos deberíamos molestarnos en ayudarlas? —replicó el joven, provocando que muchos de los rostros que lo observaban se inclinaran avergonzados.

—¿Dónde ha oído hablar de ese procedimiento? ¿Sabe siquiera si se puede llevar a cabo con éxito, o solo está especulando con la vida de las parturientas para conseguir algún tipo de notoriedad? —acosó uno de los más eminentes doctores de la sala, sin duda molesto porque ese tipo de avance en medicina no se le hubiera ocurrido a él.

—Esta clase de intervenciones ya eran conocidas en la antigua Roma. No es algo novedoso.

De hecho, se promulgó la llamada *lex caesarea*, por la cual, cuando una mujer moría estando en la fase final de su embarazo, debía someterse a esta operación para tratar de salvar al bebé. He investigado muchos casos, incluso uno muy llamativo en el que un castrador de cerdos le realizó esta intervención a su propia esposa, con éxito, siendo la alternativa no hacer nada y permitir que murieran la madre y el hijo. Por fortuna, un médico que pasaba junto a la granja en aquellos precisos momentos ayudó a ese hombre y trató a su mujer, realizando las suturas y los tratamientos que he expuesto antes, salvando así la vida de la madre y el bebé, y posteriormente reflejó esta increíble experiencia en su diario personal. Ese médico era mi padre. Baso mi disertación en los estudios que él realizó y que yo continué.

Los murmullos de protesta fueron bajando de intensidad y comenzaron a alzarse diferentes discusiones acerca de cómo realizar esa técnica para salvar a las mujeres. El joven ponente contempló con orgullo cómo sus palabras sobre su investigación comenzaban a cambiar el curso de la historia para las mujeres, hasta que alguien lo estropeó todo con un simple gesto: el de quitarle su distinguida peluca.

—¡Por fin te encuentro, primita! A ti y a mi traje nuevo... —dijo Elton Sanders, uno de los molestos familiares de Pan que, desde la extraña muerte de su padre, habían irrumpido en su casa, en sus negocios y en su vida.

—Admitámoslo: a mí me sienta mucho mejor el traje, *primito*, y tengo más cosas que decir en esta ponencia, y más interesantes, que tú —señaló Pan, sin poder creerse todavía que un energúmeno como ese fuera médico mientras que a ella le habían negado la entrada en la universidad una decena de veces a pesar de sus perfectas puntuaciones en los exámenes. Pero es que entre los hombres de esa vieja institución y ella siempre habría una pequeña disputa...

—¡Es una mujer! —gritó entonces uno de los sujetos escandalizado, señalándola groseramente con el dedo y recordándole por qué no podría nunca tener un lugar entre ellos.

—Bueno, si han estudiado anatomía resulta más que evidente que soy una mujer, sí... —contestó Pan con sarcasmo, luciendo sin ninguna vergüenza unas ropas de varón con las que había ocultado hábilmente su identidad hasta que a su primo se le ocurrió arrancarle la vieja peluca gris de su padre, dejando a la vista de todo el mundo una hermosa cascada de rizos rojos que la delataban como mujer.

—¡Una mujer se atreve a exponer esta locura ante nosotros! Es más: ¡osa creerse médico! —exclamó uno de los catedráticos presentes, señalándola airado.

—¡Esto es indignante! ¡Un ultraje! —gritaban sulfurados otros de esos individuos, provocando que más murmullos de protesta comenzaran a extenderse por toda la sala.

Pan sabía que, por el simple hecho de ser una mujer, esos retrógrados no volverían a escucharla. Y aunque sus ideas les hubieran llamado la atención cuando la creían un hombre, ahora que su disfraz se había revelado, ninguno de ellos dedicaría ni un instante de su tiempo a pensar sobre su disertación. El tema que ella había expuesto en esa sala no volvería a ser tratado, simplemente porque quien se había atrevido a presentarlo ante ellos era una mujer.

Furiosa porque esas personas que podían salvar tantas vidas se negaran a ello por una cuestión de orgullo, decidió marcharse antes de que la echaran. Pero antes, con la cabeza bien alta, exclamó:

—¡Señores, ¿qué los ofende más: que yo sea una mujer o que tenga razón en mi exposición y haya demostrado que esa operación es posible?!

Los gritos indignados se alzaron tras sus palabras, luego los coléricos, y finalmente los insultos. Pan se limitó a ignorarlos, porque si ellos no querían escucharla, ¿por qué tendría ella que prestar atención a esos tipos que solamente decían estupideces?

—Ahora sí que la has hecho buena, primita... Veamos qué tiene que decir mi padre sobre tu comportamiento —comentó Elton, cogiendo fuertemente del brazo a Pan mientras la conducía hacia la salida. Y cuando esta no se mostró intimidada ante su fuerza y únicamente lo fulminó con la mirada por toda respuesta, él la soltó.

—Según los estándares de tu padre, mi comportamiento seguramente habrá sido inaceptable y tu madre sin duda pondrá el grito en el cielo al verme entrar en mi propia casa con pantalones. Tú, por otra parte, te permites burlarte de mí, no porque me creas inferior, sino porque tienes miedo de que sea más lista que tú. Si me importara lo que tú y tus padres opináis de mí, me sentiría apenada y culpable a causa de mis acciones, pero como no me importan lo más mínimo vuestras opiniones, me siento tan orgullosa de mí misma como lo habría estado mi padre al presenciar cómo exponía sus investigaciones y sus avances ante todos esos catedráticos.

—Tan escandalosa y alocada como siempre, primita —se burló Elton, cogiendo con fuerza el rostro de Pan y alzándolo para enfrentarse a una desafiante mirada, que no reuló en absoluto—. Dime, ¿hay algo a lo que le tengas miedo? —inquirió intentando ser el hombre al que Pan temiera.

—Sí, a las serpientes. Son muchas y, por lo visto, han invadido mi hogar —declaró la joven antes de zafarse del agarre de una de estas para regresar a su casa y poner en marcha su plan para deshacerse de ellas. Después de todo, ya había terminado con lo que tenía que hacer y había dicho todo lo que tenía que decir antes de emprender un largo viaje lejos de esa ciudad.

\*

La casa de los Sanders era un hermoso edificio de estilo neoclásico que tenía una entrada con frontón, sostenida por dos columnas dóricas. En medio de la elegante simplicidad de las casas de Boston de estilo colonial, esta estrafalaria estructura destacaba bastante, sobre todo porque las mencionadas columnas estaban adornadas con dragones provenientes de Oriente, sus jardines poseían alguna que otra curiosa estatua egipcia y los arbustos eran recortados en forma de extraños y exóticos animales.

Los singulares ornamentos que engalanaban la casa, tanto por dentro como por fuera, se debían a los continuos viajes que Darikson Sanders había realizado por el mundo para expandir

el pequeño negocio de comerciante que un día heredó de su padre, así como para ampliar su pasión por la medicina, recopilando en unos escritos las diferentes formas de tratar a los enfermos que utilizaban en distintos países.

Al padre de Pan le había encantado viajar por el mundo mientras sus hijos esperaban con impaciencia su regreso para ver los sorprendentes regalos que traía consigo. Cuando su mujer murió, sus viajes se acabaron y él se dedicó a escribir su libro y a llevar sus prósperos negocios desde casa.

¡Quién habría dicho que Darikson Sanders moriría en casa y no en una de sus peligrosas travesías!

Wilfred, el hermano mayor de Darikson, también había recibido de su padre una próspera oficina en el puerto junto con una cartera de clientes y un barco. Pero mientras que Darikson se había arriesgado con sus viajes a exóticas tierras para traer extravagantes productos que habían encantado a la sociedad, llevándolo a ganar una fortuna, su hermano Wilfred había preferido despilfarrar su dinero para luego pasar a quejarse constantemente ante su hermano mientras le pedía dinero prestado para mantener su nombre y su posición en esa ciudad.

La última visita de Wilfred a la casa de los Sanders junto con su molesta familia se había alargado demasiado. En esa ocasión, Darikson se había negado a prestarle más dinero a su hermano, y después de esa rotunda negativa y alguna que otra disputa, los molestos familiares decidieron marcharse de la casa. Pero justo el día antes de su partida, Darikson había fallecido repentinamente de una manera bastante sospechosa, al tiempo que los molestos familiares, con la excusa de consolar a los huérfanos, decidieron quedarse por tiempo indefinido en ese hogar, una situación que Pan estaba más que dispuesta a corregir.

Para que los planes de la joven salieran adelante sin levantar sospechas, tenía que aguantar sumisamente las exigencias de un individuo que siempre había envidiado las riquezas de su padre y que ambicionaba quedarse con lo que era de ella por derecho, algo que estaba consiguiendo.

—¡Cómo odio a las serpientes! —murmuró una vez más Pan Sanders cuando su tío Wilfred la hizo llamar al estudio de su padre, del cual se había apropiado después de la muerte de este.

Pan entró y se sentó delante del escritorio de su padre, usurpado por Wilfred. Desde donde se encontraba no podía dejar de ver la pérfida mascota de su tío encerrada en una urna de cristal: una serpiente negra proveniente de la India que permanecía sibilinamente enroscada entre unas ramas mientras sus astutos ojillos se fijaban en ella, como los de su infame tío, otra serpiente que se había metido astutamente en su hogar, simulando una corta visita, una visita que ya se había prolongado excesivamente después de la muerte de su padre y que, con el falso pretexto de su preocupación por ella y su hermano, se estaba apropiando de una casa, unos negocios y un dinero que les pertenecían a ellos.

Pero esa situación estaba a punto de acabar.

—Pan, querida, si te he mandado llamar es porque me preocupo por ti y por tu futuro. Te veo

muy perdida en esta vida, confundida por las extrañas ideas que tu padre dejó en tu pequeña cabecita acerca de ser médico. Tienes ya veinticuatro años y hace tiempo que deberías haberte casado y tenido hijos. Las investigaciones que realizaba tu padre, mi querido hermano, que en paz descanse, no son un asunto del que se pueda ocupar una mujer, ni tampoco los negocios que Darikson había puesto en marcha.

—Tus palabras me recuerdan algo, tío: esta mañana pasé a hablar con el abogado. Por lo visto, has prohibido que yo haga uso del dinero de mi padre.

—Sí, es cierto, querida Pan. Las mujeres no sabéis utilizarlo con moderación y sabiduría y lo derrocháis en cosas vanas y superficiales. Por eso lo mejor es que sea yo quien lo maneje a partir de ahora... ¡Pero no te preocupes! Solamente será hasta que te cases con un marido adecuado que se pueda encargar de tales asuntos, claro está.

—Qué considerado eres, tío Wilfred... —respondió Pan con sorna—. Yo tampoco he podido evitar mostrarme igual de considerada contigo y, tras hablar con el abogado sobre las extrañas circunstancias en las que murió mi padre, he hecho que congele todas sus cuentas para que no resultes más sospechoso en la investigación de lo que ya eres...

—¡Pero...! ¡Pero ¿cómo puedes siquiera insinuar que yo haría algo así, niña desagradecida?! ¡Te echaría de esta casa si no fuera porque...! —exclamó Wilfred, aparentando gran indignación.

—¿Porque es mía, tal vez? —lo interrumpió Pan, sonriéndole a su tío tan falsamente como él había estado haciendo antes de perder la compostura.

—¡Escúchame bien, niña: no tengo ni un solo motivo para desear el dinero de mi hermano y...! —comenzó a exponer dignamente él, hasta que la escandalosa entrada de su mujer estropeó su actuación.

—¡¿Se puede saber qué has hecho, niña ingrata?! ¡Las *boutiques* más prestigiosas de Boston, las joyerías, e incluso la sombrerería en la que había reservado un modelo muy exclusivo me han vetado la entrada porque alguien ha ido esparciendo un maldito rumor que afirma que no tenemos dinero!

—No, tía Dorothea, yo no he dicho que no tengáis dinero —replicó Pan con calma—. Lo que les he dicho a todos los comerciantes de la ciudad es que el dinero de mi padre no iba a pagar tus caprichos, así que les he sugerido que no te concedan más crédito con mi nombre.

—¡Pan, has ido demasiado lejos! ¡Después de lo bien que cuida tu tía a tu pobre y desvalido hermano, a pesar de lo terriblemente traumatizado que quedó tras hallar el cadáver de tu padre! —declaró Wilfred.

Pero Pan no le hizo caso a su tío y continuó hostigándola a ella, preguntándole por el pequeño del cual se suponía que estaba cuidando.

—Por cierto, tía Dorothea, ¿dónde está Edmund?—preguntó, haciendo más evidente la mentira de su tío, cuando su esposa comenzó a buscar alarmada al niño de diez años que, una vez más, se había dejado olvidado en algún lado.

—¡Edmund, Edmund...! ¿Dónde estás, cariño? —comenzó a gritar Dorothea con su chillona

y molesta voz, intentando mostrar una falsa preocupación.

Tras varios fastidiosos chillidos, un niño de negros cabellos y ojos verdes caminó hacia ellos con la mirada perdida. Como si aún estuviera sumido en sus sueños, o tal vez en sus pesadillas, se dio con la pared que había junto a la puerta del estudio y siguió caminando contra ese obstáculo una y otra vez, golpeándose reiteradamente contra él.

—¡Oh! Edmund, querido..., es por aquí —dijo la mujer, guiando al niño hacia la habitación. Y, sentándose en el sofá junto a él, intentó aparentar ser la cuidadora perfecta.

—¿Ves como Edmund quiere a su tía y no puede vivir sin ella? ¿Qué sería de él sin los cariñosos cuidados de mi buena mujer y...?

—¡Ah, qué asco! ¡Me ha babeado! —exclamó Dorothea, apartándose rápidamente del sofá y provocando que, sin su apoyo, el pequeño cayera hacia un lado.

Pan fulminó con la mirada a sus tíos antes de hacerse un hueco en el asiento y abrazar cariñosamente a Edmund.

—Sí, ya veo lo bien que tratáis ambos a mi hermano... Pero no os preocupéis: algún día pienso devolveros el favor —juró la joven, clavando sus amenazadores ojos en la serpiente más peligrosa de esa habitación.

—Mientras se resuelven nuestros pequeños conflictos de intereses he decidido que lo mejor es que te cases con un buen hombre que te ayude a llevar las cuentas. Te he encontrado el marido perfecto: tu primo Elton. A pesar de tu edad, estará encantado de casarse contigo —expuso finalmente Wilfred, desvelando por fin sus intenciones mientras, luciendo una despiadada sonrisa, se levantaba de su asiento para poner fin a esa conversación de la que se creía vencedor.

—¿No estás contenta, pequeña? —le preguntó Dorothea, sonriendo despiadada igual que su marido a la vez que lo tomaba del brazo, apremiándolo a que la llevara a cenar a algún caro restaurante de la ciudad.

—Oh, sí, mucho... Mañana mismo comenzaré a prepararme para ese maravilloso enlace... —manifestó Pan, sonriendo falsamente a la pareja que ya se alejaba, seguramente para celebrar su victoria en algún costoso lugar que pagarían con su dinero.

Solo cuando estuvieron a solas y ya no había más serpientes ante las que actuar, los hermanos Sanders pudieron deshacerse de sus respectivos disfraces.

—Ya puedes dejar de babearme los zapatos, Edmund: la bruja se ha ido.

—Estoy hasta las narices de fingir estar en estado de *shock*.

—Eres bastante exagerado, hermanito. La verdad, no sé cómo ninguno de nuestros tíos se ha dado cuenta todavía de que estás fingiendo.

—Sencillo: porque no nos miran. Todo lo que les interesa es nuestro dinero... Uf, estoy harto, recuérdame por qué tengo que parecer idiota y babearle a tía Dorothea cada dos por tres.

—¿Además de por el placer de verla chillar? Pues porque no quiero que te maten a ti también al tomarte como un obstáculo en sus planes. Prefiero que crean que eres un idiota fácil de manejar.



—¿De verdad crees que tío Wilfred mató a papá?

—Sí, y creo que tenemos el arma delante de nuestras narices —dijo Pan, señalando a la peligrosa serpiente que daba vueltas en su urna—. Sé que nuestro tío envenenó a papá, pero no sé cómo lo hizo para no dejar ninguna marca en él.

—¿Te vas a casar con el idiota de nuestro primo? —preguntó Edmund cambiando de tema preocupado, sacando a su hermana de sus cavilaciones.

—¿Tú qué crees? —preguntó ella irónicamente, alzando una ceja hacia su hermano.

—Que tú no estás hecha para el matrimonio: las mujeres casadas son dulces y cariñosas y tú... ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! —se quejó Edmund cuando su hermana lo reprendió cogiéndolo de una oreja.

—¡Yo soy muy dulce!

—Sí, sí..., lo que tú digas —declaró Edmund acariciándose su dolorida oreja—. Hermana, ¿has pensado ya en cómo vamos a salir de esta? —preguntó a continuación, preocupado por el destino que se cernía sobre ellos bajo las avariciosas garras de su tío.

—Mientras Wilfred siga celebrando su presunta victoria con este matrimonio con el que, sin duda, piensa manejarme a mí y a nuestro dinero a su antojo, nosotros nos vamos a ir a Inglaterra. Revisando los papeles del abogado de papá he descubierto que tú posees un pequeño título nobiliario en ese país. Se trata de una herencia de nuestro abuelo materno, que incluye una pequeña propiedad que papá gestionaba hasta que fueras adulto. Por lo visto, en las leyes inglesas ese tipo de bienes pasan a los hombres de la familia, obviando a las mujeres, y ese eres tú. No creo que le resulte tan fácil a nuestro tío reclamar esa propiedad que va arraigada a un título. Y mientras él pierde su tiempo buscándonos y luego intentando requerir nuestro dinero en Londres, yo puedo seguir buscando pruebas que demuestren cómo mato a nuestro padre.

—¿Piensas dejarle nuestra casa y nuestros negocios a nuestro despilfarrador tío? Si es así, cuando podamos reclamar la herencia ya no quedará nada de ella... —se quejó Edmund.

—No te preocupes: también he hablado de eso con el abogado de papá y lo he dejado todo atado. El dinero está congelado, mientras que sus negocios los gestionará él. En cuanto a esta casa, se la he alquilado, por un coste mínimo, a Wilton Warner durante todo un año.

—¿Cómo?! Pero ¿ese hombre no es un famoso prestamista usurero, un tipo que tiene negocios bastante turbios y matones como montañas que cumplen todos sus encargos?

—Sí, ese mismo... Se rio mucho cuando le propuse este negocio. Me gustaría quedarme para ver cómo sacan a patadas a nuestros molestos visitantes de esta casa, pero tenemos cosas más importantes y urgentes que hacer, ya sabes: viajes que emprender, aventuras que vivir y mucho que estudiar.

—No pensarás continuar con esos extraños libros que estás escribiendo sobre medicina, ¿verdad?

—¡Por supuesto que sí! Pienso continuar la investigación de papá. Y, algún día, tanto mi trabajo como el de nuestro padre serán escuchados y tenidos en cuenta.

—Y mientras tanto nos meterás en un millón de problemas cuando tu curiosidad te lleve a cometer alguna locura... —manifestó Edmund negando con la cabeza.

—¡Vamos, hermanito! ¡No seas exagerado! ¿Qué problemas crees que podríamos encontrar en este viaje?

## *Londres, un mes después*

Las serpientes no nadan. O, por lo menos, él no lo hacía, pues era una serpiente de tierra. Pero solo había dos opciones: o saltar al agua o hacerlo en dirección al fuego, y él prefirió la que le ofrecía más probabilidades de salir ileso.

Todas sus desgracias de ese día eran culpa de una mujer, una muy atrevida y osada llamada Jocelyn, a la que él había deseado cuando vio lo feliz que parecía hacer a su gran rival, Clive Sin. El despiadado gobernante de los barrios bajos de Londres, su igual que gobernaba el sureste de los suburbios, se había enamorado. Y, contrariamente a lo que él creía, ese hombre no se había vuelto más débil, sino más fuerte.

Al comprobar esa extraña incongruencia, Snake ambicionó tener junto a él una mujer como la de su enemigo, una persona que lo supiera todo de él y que, pese a ello, lo amara. Y su ambición creció aún más cuando conoció alguno de los secretos que Jocelyn escondía y que podían proporcionarle mucho dinero y poder.

Al contrario de lo que Jocelyn pudiera creer, cuando Snake la compró a un caro precio al malvado conde de Pemberton, que la retenía prisionera en su barco para aprovecharse de su ingenio y su habilidad como fabricante de armas e inventora, la había salvado de manos de un enemigo que al final se desharía de ella cuando ya no le sirviera para nada. Pero esa mujer no se resignó a su suerte y se enfrentó a él con todo lo que tenía. Y esto era un as en la manga en forma de una pequeña bolita explosiva que llevaba oculta en un anillo, que hizo saltar en mil pedazos la nave en la que se encontraban.

Tal vez ese infierno de agua y llamas que Jocelyn había creado era lo que él se merecía por cada una de sus fechorías, asesinatos, trapicheos y turbios negocios que había realizado con lo peor de ese mundo. Sus socios eran viles sabandijas, algunos vestían con andrajos, otros con lujosos ropajes, pero al fin al cabo todos eran unas sabandijas entre las que Snake se movía astutamente, como una serpiente, para aprovecharse de ellas.

Sin embargo, Snake luchó por su vida.

El agua del mar estaba congelada. Su cuerpo comenzaba a helarse, y sus brazos estaban cansados de sujetarse a ese barril que apenas flotaba a causa de su peso y los agujeros que tenía. Trozos de madera ardiente provenientes del barco en llamas se convirtieron en peligrosos proyectiles que las olas lanzaban en su dirección. Snake sabía que estaba perdiendo en esa lucha con el mar.

De repente vio cómo la mujer que lo había llevado hasta las puertas de la muerte luchaba tan

frenéticamente como él para sobrevivir. El Serpiente solo pudo sonreír complacido mientras se dirigía hacia ella, ya que, si iba a ir al infierno, no pensaba irse solo. Para huir de él, esa loca no había tenido otra idea más que lanzarse al mar con las manos atadas. Había preferido las frías y oscuras aguas de un futuro incierto antes que permanecer a su lado como él le había ofrecido.

Una vez que llegó junto a Jocelyn, Snake contempló cómo sus fuerzas se agotaban, y ella, alzando sus manos en busca de ayuda, lo vio. Primero lo miró con miedo, un miedo que se esfumó en cuanto se percató de que no se le acercaba para hacerle daño, aunque tampoco para ayudarla. El Serpiente esperó a que ella le dirigiera una mirada llena de súplica para intervenir, pero esta nunca llegó. Esa orgullosa mujer no esperó de él lo imposible, tan solo luchó por sobrevivir a la vez que sus ojos se enfrentaban a los de una fría serpiente que la observaba impasible mientras se dirigía hacia su muerte.

Snake comprobó con enfado cómo Jocelyn prefería ahogarse antes que rogar su ayuda, y entonces recordó las últimas palabras que le dirigió esa chica antes de saltar por la borda, con las que lo declaraba un hombre oscuro.

Con una sola mirada, ella había sabido que su alma no tenía redención y que su corazón era negro como el tizón, y, a pesar del buen ojo que parecía tener juzgando a la gente, cegada por el amor, Jocelyn creía que los pecados de Clive Sin eran menos terribles que los suyos.

Las manos de la joven, que apenas se agarraban a un pequeño tablón, comenzaron a resbalar y el Serpiente continuó observándola sin hacer nada..., hasta que oyó salir de los labios de esa mujer cercana a la muerte sus últimas palabras, un nombre que lo hizo envidiar la suerte de su rival.

—Clive... —musitó Jocelyn llamando a su amante, antes de que su cuerpo comenzara a desaparecer debajo de las oscuras aguas.

El Serpiente, sin poder explicarse a sí mismo su reacción, se apresuró a agarrarle las manos, y, apoyando el débil cuerpo de ella sobre el barril que lo sostenía a él, salvó la vida de una mujer que merecía sobrevivir a ese día más que él.

—Una mujer tan valiente como para amar a un hombre tan oscuro debe sobrevivir. No hagas que me arrepienta de ello —murmuró antes de agarrarse a una endeble tabla que apenas podía con su peso.

Cuando, unos minutos más tarde, oyó el bullicioso escándalo de la ayuda que comenzaba a llegar, Snake sonrió complacido al divisar entre la multitud al airado hombre que era su frío pero honesto rival, que se sumergía una y otra vez sin dudarle en medio de ese infierno para proteger el tesoro que representaba esa mujer.

Y, mientras se alejaba de esa escena, Snake recordó que a él nadie iría a socorrerlo y, como siempre, tendría que salvarse solo. Localizó un viejo barril que flotaba en las cercanías y decidió alcanzarlo porque la endeble tabla sobre la que flotaba comenzaba a hundirse, y en ese momento, uno de los peligrosos proyectiles que el enfurecido océano agitaba de un lado a otro lo golpeó en la cabeza.

A punto de caer en la inconsciencia y entregarse a la negrura del mar que reclamaba su cuerpo, sintiendo próxima su muerte, Snake solo pudo pensar que, si hubiera tenido otra oportunidad, desearía haber sido amado y haber podido amar a alguien. Tal vez proteger a otros, en vez de matar para no acabar convirtiéndose en esa engañosa y taimada serpiente en la que otros lo habían transformado.

\*

—¿Creéis que está muerto? —preguntó uno de los marineros tras darle algún que otro golpecito al frío cuerpo del hombre que su capitán les había ordenado sacar del mar.

El rescatado parecía ser un caballero de Londres: se trataba de un hombre de un metro ochenta y cinco de estatura, de unos veintiocho años de edad, rubios cabellos y bonito rostro, que hizo pensar al capitán que tal vez había ganado el premio gordo al salvar a un tipo adinerado.

—No lo sé —respondió Jeff Harrison, el capitán de ese pequeño navío que venía desde Nueva York, revisando al individuo de arriba abajo. Y tras ver sus finos ropajes, comenzó a calcular cuánto podría obtener si lo llevaba de vuelta a casa de alguna acaudalada familia, una especulación que terminó en cuanto uno de los pasajeros que llevaba hacia Londres le señaló:

—Sus ropas son caras, pero carentes del gusto o el glamur que podría tener un noble. Así que yo creo que solamente es un vulgar plebeyo intentando presumir de lo que no es. A lo sumo, es un comerciante de poca monta.

Destruída su idea de obtener una generosa recompensa, el capitán no le dirigió más de dos miradas a ese sujeto. No obstante, levantó la voz para preguntar a sus pasajeros:

—¿Hay algún doctor entre los presentes?

—No malgaste sus monedas en un hombre que ya está muerto —aconsejó un distinguido personaje, un médico, a juzgar por el maletín que llevaba.

El capitán Harrison dudó sobre qué hacer con ese cuerpo que había rescatado, y cuando ya estaba pensando en arrojarlo de nuevo al mar, una decidida damita se acercó a él.

—Yo soy médico —mintió descaradamente ella, pues las mujeres solamente podían ser comadronas, o enfermeras como mucho—. Me encargaré de él —anunció la muchacha, que se dispuso a buscar el pulso del individuo—. Su latido es débil, pero aún no está muerto. Además, respira por sí mismo, por lo que debe de haber expulsado el agua que tenía en los pulmones mientras lo subían a bordo —notificó en voz alta al tiempo que recriminaba con la mirada al prominente médico que tenía junto a ella por no haber hecho su trabajo—. Si le habilitan un camarote para poder atenderlo adecuadamente y hacerlo entrar en calor, saldrá adelante.

—No está muerto, pero no tardará en estarlo. Yo me lavo las manos en este asunto, algo que, según mi opinión, debería hacer usted también, capitán —manifestó el médico, haciendo que el capitán Harrison se acariciara la barbilla pensativo.

—¿Es que va a negarle el auxilio a este hombre?

—Señorita, ya he sido bastante caritativo recogéndolo del mar, no pienso hacer nada más por él, y menos aún si me cuesta dinero. Así que, si lo quiere, es todo suyo porque yo no pienso mover un dedo por él.

—¡Perfecto, simplemente perfecto! —protestó la mujer. No obstante, negándose a dejar a ese hombre a su suerte, lo cogió de los pies, y, arrastrándolo con dificultad por la cubierta, se lo llevó consigo.

Las personas reunidas en el lugar no tuvieron duda de que ese hombre estaba vivo cuando gimió ante algún que otro golpe que su salvadora le propinó sin querer por el camino mientras lo llevaba hasta su camarote.

—¿Lo salvará o lo dejará peor de lo que está? —preguntó el capitán, intranquilo por el empeñamiento de esa mujer en quedarse con ese hombre.

—No lo sé. Pero de todos modos, ese ya no es nuestro problema —comentó despreocupadamente el médico, que, al igual que los demás presentes, se desentendieron por completo de la vida de esa persona que para ellos no tenía ningún valor.

\*

—¡Te pido que me traigas algo de comida y me traes esto! —exclamó Edmund atónito, viendo cómo su hermana introducía con dificultades el pesado cuerpo de un hombre en su pequeño camarote. Sin embargo, a pesar de sus protestas, se levantó del duro camastro que ocupaba y la ayudó a llevarlo hasta la cama—. ¿Sabes al menos si está vivo?

—Bueno, eso es algo que pienso averiguar —dijo Pan, volviendo a comprobar su débil pulso—. Si consigo salvarlo de la hipotermia, tendremos ante nosotros a una persona agradecida y, tal vez, un guía en este país. Y, si no, siempre puede servirme como sujeto de experimentación para el estudio de la anatomía. Es un buen espécimen que tener en cuenta.

—¡Ya sabía yo que ese libro de investigación nos traería problemas! ¿Se puede saber qué estás haciendo? —preguntó Edmund exaltado al ver que su hermana comenzaba a desnudar a ese tipo.

—Ha empezado a temblar, por lo que hay que quitarle sus ropas mojadas y calentarlo —explicó Pan, desprendiendo con dificultad a ese hombre de sus vestimentas empapadas.

—¿Y se puede saber cómo piensas calentarlo? —preguntó Edmund señalándole la habitación vacía, en la que apenas había un par de mantas, a lo que Pan contestó comenzando a desabrochar sus propias ropas.

—Normalmente utilizaría una pila de mantas y un buen fuego o un brasero, pero como en este barco carecemos de eso, tendré que darle mi calor. En el libro de papá estudié que si un cuerpo cálido se ponía en contacto con otro frío, ambos intercambiaban calor hasta llegar a una temperatura óptima para los dos.

—Pues, según los cuchicheos que he oído de las criadas, meterse en la cama con un hombre

puede ser peligroso para una mujer. Y, según los gritos de tía Dorothea, también sé que es una cosa indecente —protestó Edmund cuando vio cómo su hermana entraba en la cama donde se hallaba ese individuo desnudo solo con su holgada camisola.

—Y más indecente que voy a ser —anunció Pan antes de arrojarle el camisón a su molesto hermano, cuyas protestas cesaron para dar paso a una boca abierta ante la sorpresa, que Pan cerró con sus palabras—. La mojigatería nunca ha salvado vidas, Edmund. Y ahora, si quieres ayudar, o te metes tú también en esta cama para darle algo de calor a mi paciente, o vas en busca de unas mantas.

La respuesta de Edmund no se hizo de esperar y salió del camarote, corriendo espantado.

—Ya lo suponía —musitó Pan mientras abrazaba el fuerte y helado cuerpo del desconocido, rogando porque su calor bastara para salvarlo.

\*

Él se debatía entre el frío de la muerte que venía en su busca y unos cálidos brazos que lo mantenían firmemente agarrado, negándose a dejarlo marchar. Cuando notó que la sujeción de esos brazos iba acompañada por un cálido y sensual cuerpo, definitivamente se negó a seguir a la muerte y decidió quedarse con esa mujer y con los placeres con que ella lo tentaba.

En cuanto abrió los ojos, lo primero que vio fue a una pequeña joven que lo abrazaba con fuerza con sus brazos y sus piernas. Una de estas rozaba su dura erección, así que él, decidido a devolverle el favor, recorrió despacio su espalda con las manos hasta llegar al final, donde su mano decidió descansar encima de ese atrayente trasero. Deseando ver cómo era el rostro de su seductora hechicera, apartó algunos rebeldes rizos rojos para descubrir un inocente y hermoso semblante cubierto de alguna que otra graciosa pequita.

—Eres exquisita... y eres toda mía —se dijo sin saber si sus palabras eran ciertas o no, porque no recordaba nada: ni quién era él, ni cómo había llegado hasta allí o cuál era el nombre de la mujer que compartía su cama. Lo único que sabía era que si ella permanecía desnuda entre sus brazos, definitivamente tenía que pertenecerle, y él no pensaba desaprovechar el momento de volver a hacerla suya.

\*

Su cuerpo había tardado mucho en calentarse al de ese hombre helado. Cuando su hermano regresó, le echó varias mantas más por encima antes de dirigirse hacia su pequeño camastro y comenzar a roncar despreocupadamente. Ella, por su parte, se había desvelado en varias ocasiones, calmando las pesadillas de ese hombre con dulces palabras, y los temblores con su cálido abrazo.

La mayor parte del tiempo lo había pasado despierta, vigilando que su paciente no muriera

entre sus brazos y, finalmente, cuando los temblores remitieron y sus malos sueños se alejaron, Pan se derrumbó en un profundo sueño. El calor que había cedido a ese desconocido le era devuelto en ese momento con el doble de ardor, llevándola a preguntarse por qué tenía ese tipo de sueño.

Unas suaves caricias, como el aleteo de unas mariposas, pasaron por su espalda para, a continuación, descender lentamente y desaparecer. Por unos instantes, las mariposas se posaron en su trasero a descansar, calentando demasiado su piel, hasta que sintió que le apartaban los cabellos del rostro, haciéndola sonreír al recordar unas caricias similares que había recibido en más de una ocasión de sus padres y que ahora ya nunca más tendría.

Las lágrimas que derramó por esos momentos perdidos fueron secadas por las alas de las sutiles mariposas que no querían verla llorar, y, prosiguiendo su juego, la acomodaron más en ese lecho para continuar descendiendo por su cuerpo.

Jugando con ella, agasajaron levemente su piel y siguieron bajando para, ante el asombro de Pan, rozar sutilmente sus pechos y hacer que estos respondieran llenos de excitación. Su cuerpo tembló, pero no de frío, sino de calor y anticipación. Y, así, Pan se arqueó en busca de más de los toques de esas mariposas, que ya no le parecían tan inocentes.

Haciéndola gemir ante su atrevimiento, las sutiles caricias siguieron descendiendo por su plana barriga y por su ombligo hasta llegar al lugar prohibido entre sus piernas, donde se atrevieron a rozarse contra ella una y otra vez, logrando que su cuerpo ardiera de un modo que Pan nunca había experimentado, y haciendo que buscara más de ese excitante contacto inconscientemente.

En cuanto su cuerpo pasó de sentir un tenue calor a una ardiente pasión, supo que esas caricias no podían proceder de unas mariposas de ensueño, sino de un tentador diablo que la quería arrastrar junto a él a los infiernos de esas llamas que comenzaban a hacer arder su cuerpo.

Intentando despejarse de ese sueño, Pan abrió los párpados para encontrarse frente a ella con unos hipnóticos ojos azules que la fascinaron. Y, como si ese hombre hubiera realizado algún tipo de hechizo con ella, la retuvo entre sus brazos solo con la fuerza de su mirada mientras sus caricias, ahora que estaba plenamente despierta, se tornaban más atrevidas.

Una de las manos del desconocido se volvió más osada, e, introduciéndose temerariamente en el cobrizo vértice que había entre sus piernas, hundió un dedo en su interior, haciéndola jadear por la sorpresa. Para su asombro, su cuerpo respondió arqueándose hacia esa mano, mientras el desconocido sonreía complacido.

A continuación, el hombre acercó su aliento a su erizada piel y, asombrada, Pan contempló cómo el mero roce de su lengua sobre uno de sus erizados pezones provocaba que su cuerpo se envolviera en llamas. Luego, él comenzó a mover lentamente el dedo que estaba profundamente hundido en su interior, saliendo tan solo para volver a introducirse más en ella, y Pan perdió la conciencia de todo lo que la rodeaba, quedando únicamente presente en ella el deseo.

—¿Quién soy yo? ¿Quién eres tú? —preguntó el desconocido algo confuso, haciendo que la

mente de la joven se despejara por unos instantes—. Bueno, eso ahora no importa. Lo que me importa en estos momentos es que eres mía... —murmuró ese hombre, reclamándola con decisión con uno de sus embaucadores besos.

—No... no soy tuya —lo informó Pan cuando el apasionado sujeto la dejó tomar aliento.

—Entonces vas a serlo —sentenció el pérfido ángel de maliciosos ojos azules, sonriendo complacido. Y, sin dejar que añadiera nada más, volvió a apoderarse de sus labios con un exigente beso.

Pan sabía que tenía que apartarse de ese hombre lo suficiente como para explicarle su error y aclararle la situación. Que debía evitar que él los comprometiera a ambos en algo que no tendría vuelta atrás, como era la pérdida de su inocencia, pero las fuerzas para enfrentarse a él se le escapaban en cuanto la embriagaba con unas caricias que la hacían arder, con unos besos que exigían más de ella y con unos brazos que se negaban a dejarla marchar.

Cuando los labios de ese hombre se apartaron de su boca y ella intentó hablar, de sus labios solo escaparon gemidos de placer. Él fue descendiendo por su cuello con sus besos hasta llegar a las erguidas cumbres de sus pezones, las cuales acogió entre sus manos para besarlas y lamerlas a su gusto. Los gemidos de Pan pasaron a convertirse en pequeños gritos de pasión cuando el hombre succionó con dureza sus pezones para luego torturarlos con sus dientes prodigándoles leves mordiscos, tan peligrosos que calentaban su cuerpo hasta un punto que la llevaba a desear perderse en el fuego de lo prohibido.

Una de las traviesas manos de ese sujeto volvió a descender por la piel de Pan y exploró su cuerpo hasta abrirla por completo a él mientras sujetaba su duro miembro con la otra y lo rozaba contra la húmeda entrada de su sexo. Y aunque esas enloquecedoras caricias la tentaron muchísimo, también la hicieron despertar de su hipnótico sueño.

—Mía... —jadeó el desconocido antes de apoderarse de nuevo de su boca mientras buscaba su rendición, algo que solo hizo que Pan buscara con más desesperación una salida. Y ya que con ese sujeto no valían las palabras, decidió mostrarle con sus gestos que no estaba de acuerdo con esa afirmación.

Los dedos de la joven tantearon por la cama hasta dar con una poderosa arma que siempre llevaba consigo y que no dudó en utilizar contra el confundido individuo, dejándolo de nuevo inconsciente.

—Para que luego algunos digan que no sirves para nada... —sonrió ladinamente Pan, dirigiéndose al gordo tomo de la biblioteca de su padre que siempre llevaba consigo.

A continuación, se apresuró a vestirse para cuidar de su paciente, dándole el tratamiento que un hombre como él se merecía.



## Capítulo 3

—¿No decías que no era peligroso? —preguntó Edmund algo confundido cuando a la mañana siguiente contempló cómo había atendido su hermana a su paciente durante la noche—. ¿Crees que todas esas ataduras son necesarias? —insistió observando cómo ese hombre dormido estaba rodeado por una gran cuerda que iba desde su pecho hasta su cintura, apresándole las manos con gran habilidad a su espalda.

—Sí —sentenció la temperamental Pan, dirigiéndole una furiosa mirada que solo podía significar que ese tipo la había hecho enfadar.

—¿Qué hizo? —quiso saber Edmund interesado.

—Algo que no pienso contarte, ya que aún no tienes edad suficiente para oírlo.

—Ya dije que no me parecía buena idea meter a un hombre en tu cama —señaló Edmund, recordándole con satisfacción que él tenía razón, para luego pasar a convertirse en un hermano preocupado—: ¿Se aprovechó de ti?

—Sí..., no..., ¡no lo sé! No creo que fuera su intención, ya que parece haber perdido la memoria, y al despertar junto a mí malinterpretó la situación y creyó que yo era su mujer. Cuando despierte le haré varias preguntas y descubriré si es un buen mentiroso que solamente quería aprovecharse del momento o si es verdad que no se acuerda de nada.

—Y, mientras tanto, ¿qué vamos a hacer con él? —inquirió Edmund, preocupado por el sujeto que ocupaba la cama de su hermana.

—Yo pienso aprovecharme descaradamente de él, tal y como él intentó hacer conmigo —anunció Pan para, a continuación, destapar a ese hombre descubriendo su desnudez.

—¿Vas a robarle su inocencia? —le recriminó Edmund apuntándola acusadoramente con un dedo, haciendo que ella alzara irónicamente una ceja.

—Edmund, dudo que este hombre tenga inocencia alguna —observó Pan, señalando algunas de las cicatrices que el desconocido mostraba en su cuerpo—. Pero no te preocupes: me aprovecharé de él de otra manera —finalizó, sacando el libro de su padre para comenzar a esbozar en él el desnudo cuerpo de ese individuo.

—Eso es indignante e insultante. Sin duda se ofenderá y se avergonzará en cuanto despierte y...

—¿Prefieres ser tú mi modelo? —replicó ella volviéndose hacia su hermano con el lápiz en alto, provocando finalmente que las protestas de Edmund cesaran y que, por toda contestación, este saliera corriendo.

—Lo suponía... —susurró Pan a la silenciosa habitación mientras, volviéndose hacia el cuerpo de ese hombre, continuó con su trabajo, con el que pensaba mostrar la anatomía del cuerpo humano, toda la anatomía, incluidas aquellas partes que la mojigatería censuraba en alguna ocasión.

\*

Se sentía confuso y desorientado. No sabía dónde se encontraba ni en qué estado. De hecho, ni siquiera recordaba quién era, pero cuando notó que sus manos estaban atadas, comprendió que tenía enemigos y que, sin duda, debía tratar de huir de esa encerrona. Pero lo más extraño fue que, antes de abrir los ojos tras recuperar el sentido, no oyó a su alrededor amenazantes voces de despiadados hombres que planeaban su final, sino la de una mujer que estaba acabando con él de una manera bastante placentera.

—¡Nada! Ya he hecho más de diez esbozos y esta parte no se mantiene. O muy grande, o muy pequeña..., ¡así no hay manera! —musitó la extraña mujer al tiempo que, enfadada, arrancaba una nueva hoja del libro en el que estaba dibujando para hacer una bola de papel con ella y arrojarla por encima del hombro.

Pronto pasó a centrar sus hermosos ojos verdes sobre su miembro, que observó con expectación, para luego pasar distraídamente un dedo sobre él, provocando que este comenzara a alzarse y él dejara escapar un gemido mientras se preguntaba qué haría esa mujer a continuación, qué nueva caricia le prodigaría con sus manos o, quizá, con su boca... Pero cuando lo que hizo ella fue coger de nuevo su libro para dibujarlo, irremediablemente su miembro bajó.

—¡Mierda! ¡Otra vez lo mismo! ¿Te quieres quedar grande de una vez para que pueda dibujarte en condiciones?

—Esa condición suele darse en hombres excitados, señorita, y, la verdad, aunque sea usted muy hermosa, estos juegos no van conmigo —anunció el desconocido, haciendo que ella saltara sorprendida, una sorpresa de la que no tardó en reponerse para preguntarle mientras fijaba sus ojos no precisamente en su cara.

—¿Está seguro?

—No lo sé, pero él parece saberlo por mí —reconoció el hombre, señalando con su cabeza su deprimido miembro para luego preguntar con curiosidad algo que lo intrigaba más que el hecho de estar atado en esa cama o haber perdido la memoria—: ¿Quién es usted?

—Su médico —contestó la mujer muy segura de sí misma. Pero aunque hubiera perdido parte de sus recuerdos, ese hombre sabía que esa respuesta era falsa, ya que no existían las mujeres que ejercieran la medicina con ese título.

—Pruebe de nuevo —propuso él, alzando irónicamente una ceja—. Y esta vez con la verdad, ya que puedo haber perdido parte de mis recuerdos, pero no soy idiota.

Tras soltar un largo suspiro, ella dejó de mirar su miembro. Y, tras tapanlo con un gesto que parecía considerar un desperdicio ocultarlo a su vista, por fin centró en él sus hermosos ojos verdes y comenzó a explicarle algo de la loca situación en la que se encontraba.

—Soy Panacea Sanders. El capitán de este barco lo recogió del mar y pidió que alguien se encargara de usted. Yo fui la única que se ofreció voluntaria antes de que volvieran a arrojarlo por la borda, y, siguiendo los libros de medicina de mi padre y sus sabios estudios, lo salvé de una hipotermia. Por tanto, soy su doctora y usted es mi paciente.

—¿Y las cuerdas? ¿Se trata de alguno de los tratamientos de sus libros? —preguntó el desconocido, alzando burlonamente una ceja.

—No, eso es por si resultara ser peligroso. En cuanto esté segura de lo que es, las ataduras desaparecerán o permanecerán sobre usted. Por ahora, mi instinto me dice que es peligroso.

—Creo que el mío también —manifestó el desconocido recorriendo el cuerpo de esa extraña mujer, recordando partes de un apasionado sueño que, quizá, no había sido tal y le explicaba por qué se mostraba tan precavida con él.

Las sonrojadas mejillas de la chica tras ver cómo sus ojos la devoraban le corroboraron que, sin duda, ese sueño había sido muy real.

—Una curiosidad..., su desmedido interés por mi miembro... ¿a qué se debe? —preguntó burlonamente él, haciendo que el sonrojo de Pan aumentara visiblemente, mostrándole que, a pesar de su atrevimiento, aún era muy inocente.

—Algo puramente científico. Solo quiero plasmar en mi libro de anatomía todas las partes del cuerpo humano —explicó enseñándole los bocetos de su pecho, sus brazos y sus piernas—. Y, como es evidente que usted no puede pagarme por mis servicios como médico, decidí cobrarle de otra manera..., lo que me recuerda que tengo que hacerle algunas preguntas para confirmar su estado —expuso la chica mientras su gesto se tornaba serio y comenzaba a interrogarlo—. ¿Recuerda cómo se llama?

—Me llamo... me llamo... —susurró el confuso hombre intentando forzar sus recuerdos. Y cuando vio uno de los libros de Pan junto a su cama, en cuya cubierta aparecía una serpiente enroscada en torno a un bastón, a su mente acudió un nombre—. Snake... Me llamo Snake.

—¿En serio? —dudó la chica, señalando irónicamente la cubierta del libro—. Ya de paso también podría haberme dicho que se llamaba «bastón de Esculapio». Tal vez habría sido preferible, ya que odio profundamente a las serpientes. En fin, sigamos con las preguntas... ¿Dónde vive, señor Snake?

—Llámame solo Snake, intuyo que lo de «señor» no va demasiado conmigo. En cuanto a dónde vivo..., no lo recuerdo.

—Entonces será mejor que dejemos atrás las aparatosas formalidades inglesas y pasemos a tutearnos, llámame Pan. ¿Tienes familia, Snake? —continuó ella.

—No lo sé.

—¿Qué es lo último que recuerdas?

—Nada. Solo una profunda oscuridad, el sonido de una flauta y una serpiente bailando.

—Perfecto. Lo último de tus recuerdos es un raro y espeluznante sueño. Voy a revisar tu cabeza para buscar evidencias de un posible traumatismo, pero por los síntomas que muestras padeces de amnesia. Eso significa que has sufrido una pérdida total o parcial de tu memoria. En los estudios de mi padre se recoge que puedes recuperar tus recuerdos con el tiempo, o tal vez no hacerlo jamás. Si tienes un golpe en la cabeza, cuadrará con los síntomas que mi padre registró en sus escritos —declaró Pan, ayudándolo a sentarse en la cama. Y, tras acomodar mejor las sábanas, sin deshacerse aún de sus ataduras, pasó a revisar su cabeza mientras, sin ser consciente de ello, ponía sus pechos a la altura de los ojos de ese hombre, concediéndole inadvertidamente una magnífica vista.

—No veo ningún corte, ni chichón, ni tampoco sangre.

—Tú sigue mirando —pidió Snake, ante lo que Pan se acercó más a él para seguir revisándolo mientras hacía que este depositara la cabeza entre sus senos, sin percatarse del placentero momento que le estaba regalando mientras ella se concentraba en su tarea.

—¡Ah! ¡Aquí! He encontrado un gran chichón... —reveló triunfante, hundiendo más la cabeza de Snake entre sus pechos para pasar sus dedos por la herida, ante lo que Snake gimió, pero no precisamente de dolor, sino por las ganas de volver a probar las exquisitas cumbres de esos prohibidos frutos que se exponían ante él, un excitante momento que fue abruptamente interrumpido.

—Capitán, por muy indecente que parezca el compartir su camarote con un hombre, yo también estoy en él. Además, mi hermana es toda una profesional que solo tratará a su paciente con los mejores cuidados y... —anunció la orgullosa voz de un niño mientras abría precipitadamente la puerta del camarote, dando lugar a una embarazosa escena.

Ante unos visitantes que le resultaron unos simples extraños, Snake volvió a hundir su cabeza entre los senos de una mujer que, distraída, aún palpaba su herida, dándose cuenta demasiado tarde de la impresión que podía dar esa extraña situación.

—No es lo que parece... —articuló finalmente la chica, alejándose de él con los brazos alzados después de ver a los boquiabiertos personajes que la observaban desde la puerta. Para su desgracia, mientras se apartaba de la cama, sus pies se enredaron con las sábanas, llevándose las consigo. Y entonces, ese aguerrido capitán de mediana edad que sin duda habría visto de todo en alta mar se quedó aún más estupefacto al contemplar las cuerdas que ataban a ese hombre, cuya respuesta ante ese rudo trato era una potente erección.

—Y dime, chaval, ¿qué clase de profesional es tu hermana? —preguntó finalmente el capitán Harrison, bastante interesado. Un interés que se disipó cuando el maniatado individuo de la cama fijó unos fríos e intimidantes ojos sobre él, lo que lo llevó a salir corriendo mientras protestaba por el uso de sus camarotes, perseguido por un niño que intentaba sacarlo de su error.

—¡Dios! ¿Qué más puede pasar? —se quejó la mujer entre suspiros, cerrando la puerta y esperando que no vinieran más extrañas visitas que lo malinterpretaban todo. Y cuando se volvió

hacia su paciente y vio su gran erección y su perversa sonrisa dirigida hacia ella, no pudo evitar señalarlo acusadoramente.

—¡Y ahora se pone grande!

Ante tal acusación procedente de esa alocada mujer, Snake no pudo hacer otra cosa que reírse a carcajadas. Y mientras lo hacía, sintió que eso no era algo que hiciera normalmente, pero dejó de lado esos amargos pensamientos al pensar que lo único que conocía de esa nueva vida era a la mujer que tenía delante, que, indudablemente, le traería un millón de problemas que él afrontaría con gusto solo por estar a su lado.

\*

El Serpiente disponía de varias guaridas, viejos almacenes abandonados repartidos por su extenso territorio en el sureste de la ciudad. En cada uno de ellos llevaba a cabo distintos negocios. Para almacenar las mercancías de contrabando o sellar sus tratos con dignos rivales, se desplazaba hasta un viejo edificio situado en medio de las ruinas del antiguo teatro. Allí, en su elegante estudio, planificaba al milímetro sus distintas jugadas, ya tratara con nobles acaudalados que querían sacar una jugosa tajada de artículos de contrabando, o con el duro hombre que gobernaba en el nordeste de los suburbios, con el que siempre peleaba por los límites de su territorio.

Para los negocios más turbios, el Serpiente se había establecido en el viejo almacén del puerto, exactamente en el lugar donde pereció el Cuervo bajo su mano. En ese territorio en el que se encontraban todas las alimañas sobre las que él gobernaba, había hecho instalar una sobreadornada silla procedente de Francia, similar a un trono, que le habían asegurado que provenía del mismísimo palacio de Versalles, del que salió cuando el pueblo comenzó sus revueltas durante la Revolución francesa.

Recordando a todos que el gobernante de ese lugar era implacable, Snake siempre se sentaba en ella para impartir sus crueles lecciones y no permitía que nadie la ocupara mientras él regía sobre lo peor de esa ciudad con su mejor arma: el miedo. Un miedo que, a pesar de que el Serpiente ya no estuviera allí, todavía persistía, ya que ese trono permanecía vacío mientras las peores alimañas de Londres se peleaban por él.

—Ahora que Snake ha muerto, tenemos que decidir quién ocupará su lugar —apuntó Luke, un musculoso maleante de altura intimidatoria con sus casi dos metros y un rostro bastante aterrador moldeado por los puñetazos y las cicatrices de las cuchilladas de quienes habían intentado defenderse de él. Un individuo de brusco aspecto y aún más bruscos modales al que siempre le había gustado aprovecharse de los demás.

—Sin duda el más apto soy yo —anunció Blake, un sucio y escuálido tipo que intentó llegar al trono del Serpiente y al que todos descartaron con sus abucheos y un buen empujón.

—Bueno, parece que hay muchos candidatos a ese puesto... —opinó Babel, un harapiento

muchacho de agudos ojos azules y rubios cabellos, con un bonito rostro que una malévola mirada estropeaba. Hacía poco tiempo que había entrado a formar parte de los hombres del desaparecido Serpiente—. Decidme algo: ¿qué hizo Snake para ganarle el trono a su predecesor?

—Lo envenenó. A él y a la mitad de sus hombres. Algunos se salvaron, quedando con graves secuelas, y se le unieron —expuso Carlson, mostrando su dañado rostro y su brazo paralizado.

—Por lo que veo, Snake no era un hombre querido —soltó socarronamente Babel.

—Di mejor que era un hombre temido —señaló Coman, otro de los sucios malhechores del lugar—. Era una serpiente, como su nombre indica: poseía un hermoso semblante que llevaba a pensar que era inofensivo, pero luego, en el último momento, pasaba a mostrar lo peligroso que podía ser. Cuando veías su verdadero rostro solo podía significar una cosa...

—Que tu muerte estaba muy próxima —añadió otro de los maleantes acariciándose el cuello, sin duda recordando alguna de las advertencias del Serpiente.

—¿Y estáis seguros de querer que alguien así ocupe ese trono? —preguntó Babel.

—¡Noooo! —negaron todos los granujas a la vez, recordando la terrible preocupación de tener que estar constantemente guardándose las espaldas.

—Entonces ¿por qué no elegimos al ocupante del trono de otra manera? Propongo que los hombres más aptos compitan entre sí en el pillaje y los negocios sucios, y que el que traiga más beneficios sea considerado digno de quedarse con ese trono.

—No es mala idea, muchacho —contestaron los malhechores de la guarida. A continuación, se formaron pequeños grupos que cogieron sus armas y se dispusieron a comenzar esa competencia de pillerías.

—¿Y tú qué harás mientras tanto? —preguntó Luke con reticencia, ambicionando el lugar del Serpiente tanto como para no dejar de dudar de todo el que se acercara a esa posición.

—¿Yo? Cuidar el sitio, por supuesto... —respondió Babel bajando la mirada, intimidado ante los furiosos ojos de Luke, que lo contemplaban con sospecha.

Y en cuanto todos los hombres salieron por la puerta, el rostro de Babel se alzó para susurrar con una ladina sonrisa:

—... Y del trono, que tan descuidadamente dejáis en mis manos.

A continuación, se sentó en el sillón del Serpiente, que muy pronto sería suyo. Concretamente, en cuanto lograra su objetivo de que esos crueles pero estúpidos sujetos se mataran entre sí, de modo que solamente quedara en pie el más despiadado y listo de todos.

\*

—¿En serio te llamas «serpiente»? —preguntó una vez más ese molesto niño, que, dejando atrás las formalidades inglesas, prefería tutearlo como hacía su hermana. Un niño que comenzaba a hacer dudar a Snake entre arrojarlo por la borda para acabar con sus interminables cuestiones o lanzarse él mismo.

—Creo que sí.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿En serio?

—Sí —confirmó una vez más, fulminando a ese chiquillo con la mirada, una que, creyó recordar, había intimidado a más de un peligroso hombre, pero que con ese curioso crío no le servía de nada.

—Es un nombre muy raro para un noble.

—No creo que yo sea un noble —reconoció Snake, mirando sus maltratadas manos.

—Tienes porte de gobernante —observó el chiquillo, señalando las elegantes ropas que Pan había conseguido comprar a un comerciante de Nueva York que tenía la misma talla que Snake —. Puede que seas un importante comerciante. Mi papá lo era, además de médico.

—¿Y dónde está tu padre ahora? —preguntó Snake, buscándolo por la cubierta del barco con la esperanza de que lo librara de la interminable charla de ese mocoso.

—Muerto... —reveló el chiquillo mientras su semblante se tornaba serio.

Snake miró la cara del muchacho, que además de pena exhibía una gran furia. Y, sin compadecerse de él ni dedicarle unas condolencias que solamente agitarían dolorosos recuerdos, pasó a fijar sus ojos en el puerto al que se acercaban mientras dejaba que el niño derramara unas lágrimas de dolor antes de preguntar:

—¿Murió en alguno de sus viajes?

—No, murió por la avaricia de un hombre al que llamaba «hermano», que se deslizó tan silenciosamente en nuestro hogar como una serpiente.

—¡Ah! De ahí que tu hermana las odie. Y también tú —señaló Snake, recordando las palabras de Pan.

—Las odio —confirmó Edmund—. Y más todavía cuando me obligan a huir de mi hogar.

—¿Crees que esa serpiente os perseguirá hasta Londres?

—Mi hermana así lo cree, y ella es muy lista.

—Entonces habréis preparado algo para enfrentarla.

—Eso aún lo estamos planificando.

—Pues yo tengo la solución perfecta para ello: ¿qué mejor que una peligrosa serpiente para enfrentarse a otra? —manifestó Snake, decidido a no separarse de ese extraño par mientras se señalaba a sí mismo.

—¡Venga ya! Tú no puedes ser tan peligroso... —descartó el chico, provocando grandes carcajadas en Snake, pues de alguna manera sospechaba que era un hombre más peligroso de lo que podía recordar—. Bueno, pero tal vez nos sirvas para espantar a los hombres que siempre persiguen a mi hermana... —declaró Edmund, acariciando pensativamente su barbilla.

—¿Son muchos? —quiso saber Snake, interesado en esa pequeña pelirroja que se había convertido en todo su mundo desde que despertó.

—Ella no se entera porque siempre está sumida en sus libros, pero yo estoy harto de espantarlos. Ahora va detrás de ella ese capitán que, por tu culpa, cree que es una mujer indecorosa. Y aunque he intentado sacarlo de su error, él continúa empeinado en hablar con ella a solas.

—No te preocupes por eso, tiene fácil solución. Hablaré con él y haré que desista de perseguir a tu hermana.

—No sé qué puedes decirle tú que no le haya dicho yo, pero en fin, prueba a ver. A lo mejor a ti, al ser un adulto, te hace más caso.

A continuación, Edmund siguió a Snake, decidido a regodearse en su victoria cuando las palabras de ese hombre no consiguieran que el capitán Harrison renunciara a perseguir a Pan.

Unos momentos después hallaron al capitán. Estaba solo y sonrió complacido mientras recibía a Snake con bromas groseras, unas bromas que, por lo que pudo ver Edmund, al Serpiente no le gustaron demasiado.

Snake ocultó su desagrado y recibió con una falsa sonrisa los efusivos ánimos de Harrison. Y, tras estrecharle la mano y comprobar que nadie más que él lo observaba, para asombro de Edmund, arrojó al hombre por la borda.

—¡Lo has tirado! —acusó Edmund sin saber qué hacer.

—Me estaba molestando —declaró sin más ese sujeto, mostrándole que no se arrepentía de nada.

—¿Es que no vas a salvarlo?! —inquirió Edmund alarmado cuando vio que el vanagloriado capitán no parecía saber nadar demasiado bien.

—Lo estoy pensando, como parece que hizo él mismo conmigo cuando me rescató.

—¡Tienes que salvarlo!

—Eres consciente de que si ese tipo está muerto no volverá a molestar a tu hermana, ¿verdad? —insinuó Snake, tentándolo con su proposición al hacerle recordar las groseras palabras que el capitán le dirigía a Pan.

No obstante, recordando las enseñanzas de su padre, Edmund le ordenó al peligroso sujeto que su hermana había salvado que ayudara a Harrison.

—¡Sálvalo!

Tras dejar escapar un desalentador suspiro, Snake gritó a pleno pulmón:

—¡Hombre al agua!

Luego, antes de que llegaran los hombres a ayudar, cogió una de las cuerdas que había amarradas por la borda del barco y lanzó uno de los salvavidas que había atados a ellas, acertando directamente en la cabeza del capitán y dejándolo aturdido. Por fortuna, los marineros no tardaron en llegar, y alguno de ellos saltó por la borda para rescatar a su capitán.

Al mismo tiempo que los marineros le daban las gracias por haberlo salvado con su aviso, Snake se precipitó hacia Harrison para ayudarlo a subir de nuevo a su barco. Y mientras las manos del capitán temblaban entre las suyas, le susurró amenazadoramente al oído: «Es mía».



Después dejó marchar a ese hombre atemorizado y tembloroso que ya no se atrevería a mirar más a Pan ni a expresar en voz alta ninguna grosera broma que llevara su nombre.

—¡Ya está, solucionado! Ese tipo no volverá a acercarse más a tu hermana ni dirá una palabra inadecuada sobre ella.

—¿Y tú? —preguntó Edmund preocupado al tiempo que fulminaba a ese peligroso sujeto con la mirada, un hecho que llevó a Snake a reírse, con lo que el chico al fin pudo ver a la peligrosa serpiente que él advertía a todos que era con su nombre.

Que se quedaran con Snake o lo descartaran dependería de lo bien que supiera enfrentarse a otros reptiles tan taimados como él, porque Edmund sabía que si quería salvar a su hermana necesitaba a alguien peor que su tío. Y ese, sin duda, era ese desconocido que parecía ser un peligro para cualquiera. «Excepto para mi hermana», reflexionó el muchacho cuando lo vio dirigir una amorosa mirada hacia Pan y otra bastante aterradora hacia cualquier hombre que pretendiera acercarse a ella.

## Capítulo 4

Pan al fin había decidido subir a cubierta. Durante horas se había paseado de un lado a otro del camarote, sin saber cómo seguir adelante con su plan. Había tantas cosas que podían salir mal en cuanto llegaran a Londres... Tal vez, a pesar de los documentos que había conseguido del abogado, apareciera alguien poniendo pegasa que se hiciera cargo de las tierras que habían heredado o, peor aún, que escribieran a su casa, llevando a sus tíos a encontrarla antes de que tuviera tiempo de idear nada.

Aún no sabía cómo podría proteger a su hermano o a ella misma. Lo único que había tenido claro antes de correr hacia otro país era que debía huir de su tío antes de que este se deshiciera de ella y de Edmund por su avariciosa ambición de hacerse con una fortuna que no le pertenecía.

Por lo pronto, tenía que prepararlo todo para su llegada a sus tierras, encontrar el hogar del desconocido que había salvado, ayudarlo a recuperar la memoria y acabar con los chismes que la rodeaban tan solo por un absurdo malentendido con su paciente. ¿Qué médico que se preciara no había tenido alguna vez a un paciente desnudo ante sí? Bueno..., desnudo y atado... Bueno, vale: desnudo, atado y excitado... Al final, Pan consideró que sería muy difícil de explicar todo eso de una forma decente que no acabara manchando su reputación y terminara por volver imposible su «plan B» en caso de que no saliera bien la reclamación de la herencia de su abuelo materno, que no era otro más que buscarse un buen marido antes de que sus tíos la obligaran a casarse con el indeseable de su primo.

—¡Vamos allá! Tú puedes con lo que te echen, Panacea Sanders, para eso eres la digna hija de tu padre... —se dijo a sí misma, animándose para coger fuerzas antes de buscar al capitán Harrison para tratar de aclarar el malentendido que había cometido con ella.

Para su sorpresa, no pudo hallarlo en la cubierta, ya que este había sufrido algún tipo de percance y todos esos hombres que el día anterior le habían dirigido miradas perversas ahora se alejaban de ella a toda prisa, ignorándola, tan solo atreviéndose a mirar sus zapatos.

—¿Ha ocurrido algo mientras estaba en mi camarote? —preguntó Pan intrigada a su hermano.

—Nada, solo que Snake ha utilizado sus encantos para convencer al capitán de que lo que vio en tu camarote era un malentendido.

—¡Oh! Muchas gracias, Snake. Me alegro de que hayas podido solucionar este asunto. ¿Puedo saber qué le has dicho al capitán para sacarlo de su error?

—¡Oh, no mucho! Solamente le dije que eras mía —manifestó el Serpiente con una ladina

sonrisa asomando a su rostro.

—¿Cómo que soy tuya?! ¡No soy tu prometida ni tu esposa! Si apenas nos conocemos, ¿cómo puedo pertenecerte de alguna manera? —amonestó una enfadada Pan a ese presuntuoso sujeto.

—No te preocupes por eso, tarde o temprano serás mía —matizó el hombre, sacándola de sus casillas cuando, tras decir su última palabra, se alejó de ella para ignorar sus protestas.

—En cuanto bajemos al puerto nos desharemos de él —informó Pan a su hermano, muy enfadada.

—¿Vas a dejar a un paciente al que has salvado solo, en medio de una inmensa y despiadada ciudad, sin recordar nada salvo su nombre, con decenas de personas que podrían aprovecharse de su lamentable situación?

—No creo que nadie se atreva a aprovecharse de ese hombre —dijo Pan, señalando cómo Snake espantaba a un individuo que se cruzaba en su camino con una sola de sus miradas.

—¿Qué crees que diría papá? —inquirió Edmund, sabiendo perfectamente qué tecla tocar para que su hermana diera finalmente su brazo a torcer.

—Eres un maldito manipulador, ¿sabes? De acuerdo, no lo abandonaremos de inmediato, esperaremos a encontrar a alguien que lo conozca y entonces lo dejaremos a su cuidado y nos lavaremos las manos —sentenció Pan.

—¿Y si no encontramos a nadie?

—Vamos, Edmund, no puede ser tan difícil dar con alguien que conozca a ese hombre. No se trata de alguien que pase inadvertido, precisamente —replicó Pan, buscando a Snake con la mirada y encontrándose con que sus ardientes ojos se clavaban en ella, haciéndola saber que un hombre como él sería muy difícil de olvidar para cualquier mujer. No obstante, ella lo intentaría en cuanto bajara de ese barco.

\*

—¿En serio? ¿No habéis encontrado a nadie que lo conozca? ¿Ni siquiera a ese que huyó atemorizado en cuanto vio su cara? —preguntó Pan a esos dos pilluelos que se dedicaban cómplices miradas, mostrándole que no habían puesto mucho esfuerzo en encontrar a alguien que conociera a Snake.

—Creo que lo mejor es que nos lo quedemos. Snake puede servirnos de protección en esta ciudad enorme y amenazadora, Pan —opinó Edmund, agarrándose al Serpiente de un brazo.

—Nosotros sabemos protegernos solos, Edmund. Lo mejor para él es que se vaya con los suyos y recupere poco a poco la memoria, algo que si se queda no logrará —contestó Pan, cogiéndolo del otro brazo para comenzar a forcejear con él.

—¡Nos lo quedamos! —sostuvo firmemente Edmund.

—¡Se va! —declaró Pan decidida.

—¿Y por qué no me preguntáis mejor a mí? —interrumpió Snake, deshaciéndose del agarre de esos dos.

—Si ni siquiera recuerdas tu nombre, ¿cómo puedes saber lo que quieres? —preguntó Pan a su empecinado paciente, furiosa. Y este hizo que se atragantara con sus palabras cuando, mirándola posesivamente, anunció con voz seductora:

—Te quiero a ti.

—¡Pues no te puedes quedar conmigo! —objetó Pan sulfurada al tiempo que intentaba salir de su hechizo arrastrándolo hacia las concurridas calles del puerto.

»Perdone, ¿conoce a este hombre? —comenzó a preguntar a las personas que pasaban por su lado en su desesperación por hallar un lugar para ese peligroso sujeto, cualquiera, siempre que no fuera a su lado.

—¡El Serpiente! —gritó finalmente un desaliñado individuo que salió corriendo en cuanto lo vio.

—Por lo visto sí me llamo Serpiente —manifestó Snake con sorna, burlándose de la joven.

—¡Pero atrápalo! ¡Corre tras él! —exclamó Pan, viendo cómo su única oportunidad de deshacerse de él se alejaba.

—Sí, ahora..., voy en un momento... —declaró Snake mirándose desganadamente las uñas, dejando que ese tipo desapareciera entre el gentío.

—Lo has hecho aposta, ¿verdad? —preguntó Pan enfadada.

—¿Yo...? Qué va —contestó irónicamente ese hombre, haciéndose el tonto.

—¡Pues que conste que, si me quedo contigo, será a mi manera, bajo mis condiciones y solo hasta que recuperes la memoria! ¡En cuanto sepas quién eres te quiero fuera de mi vida!

—¿Y si nunca lo recuerdo?

—Pues tendrás que elegir una nueva vida, pero no cuentes con que yo esté en ella como algo más que como tu médico. Ahora, si me perdonáis, voy a por nuestro equipaje, que he dejado a buen recaudo en manos de unos niños.

—¡Oh, me encanta esta nueva vida, y no dudes ni por un momento de que tú estarás en ella! —susurró Snake atrevidamente mientras veía alejarse a la mujer con la que había decidido comenzar desde el principio.

—¿Crees que quedará algo de nuestro equipaje? —preguntó Edmund, reprobando lo confiada que podía ser su hermana en ocasiones.

—Tú no te preocupes por eso. Si lo perdemos, podemos intentar recuperarlo. Siempre y cuando tu hermana me lo pida en condiciones, claro está...

—¡Pues entonces vamos listos! —exclamó Edmund negando con la cabeza, conocedor del carácter de su hermana.

—¡Malnacidos hijos de un...! Tú lo sabías, ¿verdad? —preguntó Pan a Snake, interrumpiendo sus maldiciones al ver que ese sujeto la contemplaba con una mirada de satisfacción, tanto a ella como al lugar vacío donde deberían hallarse sus maletas.

—Yo no sé nada: recuerda que he perdido la memoria. No obstante, si te refieres al hecho de que no deberías haber dejado tus maletas a cargo de unos desconocidos, es algo que no solo yo sé, sino también todo el mundo.

—Parecían unos niños tan inocentes...

—Yo también parezco inocente.

—No, no lo pareces —dijeron al unísono los dos hermanos, que por primera vez estaban de acuerdo en algo.

—¿Y ahora qué hacemos? No tenemos nuestras maletas ni nuestro dinero, y solo nos quedan unas cuantas monedas, apenas suficientes para llegar a nuestro destino —se quejó Pan.

—Si me lo pides amablemente puede que te ayude a recuperarlas.

—¿Has recobrado ya tus recuerdos?

—No, solo retazos de ellos. Pero los suficientes como para llevarme a sospechar dónde pueden estar tus cosas.

—¡Oh, grandísimo dios de memoria perdida! ¿Podría vuestra merced hacernos a nosotros, pobres y míseros mortales, el gran favor de bajar de su pedestal y ayudarnos con su inmensa sabiduría a recuperar nuestras malditas maletas? —dijo Pan irónicamente, dedicándole a Snake una reverencia burlona, ante lo que este se limitó a reírse a la vez que le devolvía sus mordaces palabras.

—Me habría bastado con un simple «por favor», pero si deseas alabarme como a un dios, no seré yo quien te niegue ese placer —manifestó él ante todos los curiosos que observaban el mal carácter de esa pelirroja. Luego se acercó a Pan para susurrarle pecaminosamente al oído—: Antiguamente se sacrificaban vírgenes a los dioses..., ¿conoces a alguna que pueda satisfacerme?

—Por favor... —masculló ella entre dientes, haciendo que Snake le diera algunas palmaditas amistosas en la cabeza, como si se tratara de un animal al que estaba amaestrando, antes de decidirse a ayudarla.

—Buena chica —anunció, provocando que esa mujer no le mordiera por poco—. Vamos a mirar por los callejones más próximos. En ellos, los ladronzuelos rebuscarán en el equipaje, deshaciéndose del sobrepeso y quedándose con las cosas de valor.

Los hermanos Sanders siguieron a Snake en su búsqueda por las callejas y finalmente, tal y como como había predicho ese hombre, en una de ellas encontraron sus maletas abiertas, con sus ropas desperdigadas por el suelo y sin sus cosas de valor, que habían desaparecido.

—¡Menos mal que los papeles del abogado los llevaba conmigo, y que no han tocado mis libros de medicina! —exclamó Pan, abrazando alguno de sus preciados tomos.

—Los granujas no saben leer, por tanto ignoran la valía de algunos de esos libros y lo caros

que pueden llegar a ser —comentó Snake, cogiendo algunos de los libros que permanecían sobre el frío suelo.

—¿Y tú? ¿Sabes leer? —preguntó Pan, curiosa ante las palabras de ese sujeto, unas palabras que denotaban pasión por la lectura, como si para él fuera un placer prohibido y un deseo difícil de alcanzar desde su posición.

Ante su pregunta, Snake cogió el libro que ella tenía entre las manos y, al darle la vuelta, sonrió con malicia antes de leer en voz alta su escandaloso título.

—«El malvado conde y su concubina» —dijo alzando interrogativamente una ceja en dirección a Pan, haciendo que esta se sonrojara, para luego añadir con descaro—: Creo que este no trata precisamente de medicina.

La joven se apresuró a tratar de arrebatarle su novela para volver a esconderla en su maleta avergonzada, pero el perverso hombre se rio de ella mientras se alejaba de Pan para hojear ese libro con curiosidad. Y mientras la muchacha intentaba recuperar una de sus preciadas lecturas, Edmund reprendió su comportamiento una vez más.

—¡Pan! ¡Ese es uno de los libros que papá te prohibió leer!

—Si lo leo es solo por puro interés científico y nada más —sostuvo ella, pero sus excusas pronto fueron interrumpidas por un descarado que, abriendo ese libro por una página concreta, comenzó a mostrar lo inciertas que eran sus palabras.

—«Las manos del malvado conde comenzaron a alzar su vestido, y cuando descubrió el tesoro que su concubina ocultaba entre las piernas, la cogió desprevenida hundiendo su...»

Antes de que ese perverso hombre continuara con su indecente lectura, Pan le tapó la boca. Una boca que se silenció luciendo una pícara sonrisa mientras sus burlones ojos se fijaban en ella, al tiempo que su hermano le hacía varias incómodas preguntas al no comprender tan indecente lectura.

—¿Por qué la concubina escondía el tesoro entre sus piernas, Pan? ¿Y qué era ese tesoro? ¿Y por qué el conde le subía el vestido para encontrarlo?

—Snake se ha equivocado al leerlo: se trataba de su pierna, no «entre sus piernas», y el tesoro era... era... ¡una bolsa de dinero que ella llevaba atada, en la que se encontraban todos sus ahorros! —dijo ella, fulminando con la mirada al hombre que se carcajeaba de las justificaciones que estaba dándole a su hermano pequeño.

—¿Y por qué el conde se lo cogía? ¿Y qué cosa hundía? ¿Y dónde?

—¡El conde le arrebató su tesoro a la pobre concubina porque era muy malvado! ¡Y no hundía nada en ningún sitio! ¡Él era malo! ¡Ella intentaba convencerlo para que fuese bueno! ¡Él se dejaba convencer y luego se casaban, vivían felices y comían perdices! —terminó Pan, poniendo punto final a las preguntas de su hermano a la vez que dejaba de censurar la boca de ese sinvergüenza para arrebatarle el libro.

—Creo recordar que, en esa parte que estaba leyendo, el conde comía algo, pero no precisamente perdices...

—¡Ni una palabra más o te arreo con el libro! —amenazó Pan a ese endemoniado sujeto, recibiendo como única respuesta sus carcajadas.

La joven terminó de acomodar el resto de sus pertenencias en sus maltratadas maletas, y mientras Edmund hacía lo mismo con su propio equipaje, ambos no dejaron de quejarse de la falta de ahorros, sin los que, sin duda, tendrían un viaje muy difícil hasta su nuevo hogar.

Snake desapareció por unos instantes del sucio callejón, y cuando los hermanos ya creían que ese hombre los había abandonado a su suerte, volvió a aparecer junto a ellos, arrojando una bolsa repleta de dinero delante de sus narices.

—¿Adónde has ido? —preguntó Pan preocupada, para luego añadir mientras contemplaba la repleta bolsa—: ¿Cómo has conseguido esto?

—Recordé algo de mi pasado y lo he usado para dar con vuestra bolsa.

—Nuestra bolsa era roja, no marrón... —señaló Pan, dudando si aceptar o no ese dinero, unas cavilaciones con las que Edmund acabó cuando le dijo:

—Si tenemos que sobrevivir, esto nos hará falta.

Finalmente, aceptando la bolsa de dudosa procedencia que Snake les había conseguido, y dejando por imposible el deshacerse de ese hombre, Pan salió del callejón decidida a alquilar un carruaje que los llevara hasta su destino. Y mientras caminaba por esas calles de Londres, repletas de gente, no pudo evitar hacerle unas cuantas preguntas al olvidadizo sinvergüenza que los acompañaba.

—Snake, ¿podrías decirme dónde has encontrado esa bolsa y cómo la has conseguido? —inquirió contemplando cómo su acompañante tropezaba torpemente con varios transeúntes de aspecto adinerado que se cruzaban con él. Y cuando Pan vio que sus manos, vacías antes de esos tropezos, ahora contaban con un cuantioso botín, se tapó la boca escandalizada y murmuró en su dirección—: ¡¿Eres un ladrón?!

—No lo recuerdo —respondió Snake, excusándose ante ella. Pero, mientras lo hacía, a su rostro asomó una maliciosa sonrisa que no ponía en duda el tipo de hombre que era.

—De todos los que podría haber salvado en mi vida como médico, un conde, un príncipe, un simple pescador o un comerciante..., tengo que salvar al malo —se quejó Pan entre suspiros, lamentando su mala suerte.

—Muy bien. Pues ahora que sospechamos que soy malo, dime..., ¿cómo vas a reformarme, Pan? —preguntó perversamente Snake, recordándole el indecente libro que guardaba con tanto celo, en donde el protagonista era un malvado villano.

## Capítulo 5

Snake le estaba devolviendo con creces el favor a la extraña mujer que lo había rescatado, ya que tanto esa pequeña pelirroja como su hermano no paraban de meterse en problemas y él, que apenas estaba recuperando retazos de sus recuerdos, tenía que encargarse de protegerlos en un mundo que, por lo que podía recordar, no trataba demasiado bien a los incautos.

Cuando había visto a los pillos alejarse con las maletas de los Sanders había acudido a su mente un recuerdo de dos niños que corrían después de agenciarse una bolsa. Había sentido el miedo que sentían ellos a que alguien los atrapara, a no conseguir unas monedas para evitar que alguien peligroso los lastimara. También sintió su impotencia por no poder hacer otra cosa para sobrevivir, y el hambre, que los obligaba a ser más rápidos que sus perseguidores, porque esas monedas para ellos valían mucho más que para los nobles que los perseguían.

Snake presentía que uno de esos niños era él mismo, aunque no lograba situar al otro. Cada vez que su mente trataba de ubicarlo, le dolía enormemente la cabeza y las imágenes de esos recuerdos volvían a desaparecer, dejándolo de nuevo sin nada.

Rememorando lo que habían hecho esos niños de su recuerdo, Snake guio a los Sanders por los callejones hasta dar con su equipaje, y cuando tuvo entre las manos uno de los libros de Pan, por unos instantes recordó a un niño enseñándole a leer a otro, una bonita escena que fue rápidamente interrumpida por unos rudos y sucios tipos que le arrebataron aquel libro y, sin conocer su valor, lo quemaron junto con las esperanzas y los infantiles sueños de esos niños. Mientras ojeaba el volumen que sostenía entre las manos, Snake sonrió al recordar cómo uno de esos niños recogía empecinadamente las quemadas hojas de entre las cenizas y se volvía más poderoso, no por la fuerza bruta, sino gracias a su inteligencia.

Cuando salieron de ese callejón, necesitando tomarse un descanso de esos recuerdos que comenzaban a mezclarse en su mente, estos lo persiguieron, y Snake vio en esta ocasión que el niño que aprendía a leer se había vuelto un hombre muy listo, pero también muy frío y despiadado, sin sentimiento alguno, y no le gustó nada ese personaje, del que no dudaba que en algún momento había sido él.

Mientras caminaba por las calles en busca de esos pillos para reclamarles el dinero de los inocentes Sanders, tropezó con un noble orondo y sin modales que ni siquiera se disculpó con él, sino todo lo contrario: lo despreció por haberlo rozado. Snake concluyó que ese despreciable sujeto se merecía una lección y se asombró al notar que, sin apenas darse cuenta, ya se la había



dado, pues entre sus manos sostenía una repleta bolsa que le confirmaba que el inteligente pillo de sus recuerdos era él.

Solucionados sus problemas de dinero, volvió junto a los hermanos Sanders y decidió quedarse junto a ellos hasta saber quién era. Y mientras lo averiguaba, resolvió devolverles el favor de esa nueva vida que le habían concedido protegiendo a los miembros de esa familia de todos los sinvergüenzas de Londres. Para su desgracia, eran muchos los que había en una ciudad como Londres, repleta de ladrones. Aunque, por lo poco que recordaba, posiblemente él fuera el más peligroso de todos.

—¿No crees que el trayecto es más largo de lo aconsejable? Según las notas del abogado, ya deberíamos haber llegado a la gran casa de los Belarder —dijo Edmund, revisando las notas que su hermana había guardado a buen recaudo en el escote de su vestido hasta entonces.

—Puede que el cochero se haya perdido, o tal vez no sepa el camino correcto o...

—No, nada de eso. Nos están atracando —comentó Snake despreocupadamente, pasando las páginas del libro que había tomado prestado de Pan.

—¡No digas tonterías! ¿Cómo pueden pretender hacer algo así a pleno día? ¿Y por qué a nosotros?

—Sois extranjeros incautos, vais de un lugar al otro con una gran carga de equipaje y no tenéis ningún guía o algún pariente que os recoja. Eso, unido a vuestros inocentes rostros, es como si llevarais un gran cartel que pusiera «Robadme» al que ningún bandido se puede resistir.

—¿Qué hacemos? —preguntó Edmund alterado, moviéndose intranquilo en su asiento mientras Snake, sin inmutarse, contestaba a su preocupación con absoluta calma para, a continuación, seguir sumido en su lectura.

—Disfrutad del momento.

—¡No digáis tonterías! ¡No nos están atracando! —intervino Pan nerviosa.

—Ajá... Entonces, el carruaje acaba de parar en mitad de la nada porque sí, ¿no? —manifestó Snake, cerrando finalmente su libro.

—¡Nos están atracando! —señaló Edmund, dándole la razón a Snake, lo que provocó que su hermana se volviera furiosa hacia él para reprenderlo.

—¡Nadie nos está...!

—¡Bajen del carruaje, esto es un atraco! —exigió la apremiante voz del cochero tras abrir bruscamente la puerta, urgiéndolos con su amenazante pistola a dejar sus asientos.

—¿Decías? —preguntó Snake burlón, bajando con tranquilidad del transporte.

—¡Oh, cómo odio que lleves razón! —murmuró Pan, colocándose a su lado en el camino.

—Y más que me vas a odiar cuando en esta ocasión te pida algo a cambio de mi ayuda.

—¡Eh! ¡Te salvé la vida! —exclamó ella indignada, volviéndose furiosa hacia ese sujeto sin prestar ninguna atención al maleante que los apuntaba con su arma.

—Y yo salvé tu reputación —replicó Snake, ignorando al peligroso sujeto que tenía ante sí mientras negociaba el precio de su ayuda, sabiendo que él era más peligroso que el tonto que

pretendía robarles.

—¡No seas tan desagradecido! ¡Estoy llevándote a mi casa y, a la vez, cuidando de ti hasta que recuperes la memoria!

—Una casa a la que no llegarías de una pieza sin mi ayuda. En cuanto a lo de quién cuida de quién..., aún no lo tengo muy claro.

—¡¿Cómo te atreves a pedirle dinero a quien te ha salvado la vida y...?!

—Oigan, señores, ¡que los estoy atracando! —interrumpió el ladrón, más desconcertado que indignado ante el comportamiento de sus presuntas presas.

—¡Tú, cállate! —gritaron Snake y Pan al unísono, fijando por unos instantes sus furiosos ojos en el despreciable sujeto que los asaltaba, para luego continuar con su discusión.

—Bien, pon un precio. Después de todo, nos has ayudado a conseguir este dinero y lo menos que mereces es...

—No quiero dinero.

—Entonces ¿qué es lo que quieres?

—Que representes conmigo una de las más interesantes partes de este libro.

—¡Eres un... un...! ¡No tengo palabras para describir a un hombre como tú!

—Entonces ¿hay trato o no?

—¡Por supuesto que no hay trato! —gritó Pan, decidida a no sucumbir a las artes de un chantajista, más aún cuando sospechaba cuáles eran las indecentes partes de ese libro que quería llevar a cabo con ella.

—Perfecto. Pues, en ese caso, por mí que siga el atraco —anunció Snake. Y, para asombro de todos, subió al carruaje para sentarse cómodamente en él y continuar disfrutando de su lectura.

—¡No me lo puedo creer! —gritó Pan indignada, decidida a seguir a ese sujeto y despotricar contra él. Hasta que el arma de un bandido fue colocada frente sus ojos y cambió de opinión.

—¡Señorita, será mejor que se desprenda ahora mismo de todas sus cosas de valor!

—¡Pero si no tengo nada que valga la pena! ¡Ya nos lo han robado todo y...!

—¿Está segura de que no tiene nada que valga la pena? —manifestó el sucio bandido con voz insinuante, acercándose peligrosamente a ella.

—Snake... —pidió Pan con voz temblorosa mientras el bandido aproximaba su rostro al suyo a la vez que seguía amenazándola con el arma.

Pan consiguió con su ruego que el Serpiente se moviera en su asiento con inquietud, deseoso de dejar el libro para ir en su ayuda. No obstante, se mantuvo firme para que esa mujer aprendiera la lección.

—¡Snake, por favor! —rogó Pan, cada vez más atemorizada cuando ese sucio hombre la acorraló contra el carruaje, haciéndole notar la dureza de su cuerpo.

Con sus súplicas, consiguió que Snake no pudiera centrarse en su lectura ni oír otra cosa que no fueran sus ruegos, mientras que el bandido logró que apretara sus puños e intentara retener las

ganas de acabar con él.

—¡No toques a mi hermana, sucio ratero! —chilló Edmund, provocando que al fin soltara su libro y se dispusiera a ofrecer su ayuda, de nuevo de forma gratuita.

—¡Snake! —gritó Pan desesperada cuando, en el instante en el que su hermano intentó ayudarla, el ratero hizo un disparo de advertencia a los pies de Edmund, para luego pasar a reírse de ella lamiendo sus atemorizadas lágrimas.

—Por lo visto, señorita, no sabe elegir muy bien sus compañías, ya que ese hombre no moverá ni un dedo por usted.

—¡Snake, trato hecho, maldito seas! —gritó Pan, manteniendo sus ojos firmemente cerrados ante las caricias de ese malnacido, sin saber que Snake ya estaba allí para ayudarla antes de que ella se rindiera.

—Creo que intentas atracar a las personas equivocadas —declaró el Serpiente de manera amenazadora a la espalda de ese sujeto, y en cuanto este se volvió, lo dejó inconsciente de un solo puñetazo. Luego acogió a una llorosa Pan entre sus brazos y trató de hacer algo que, posiblemente, nunca había hecho en su vida: consolar el llanto de una mujer.

—Vamos, cielo, tranquilízate. Ese malnacido ya no podrá hacerte daño. Míralo, al parecer hoy no es su día de suerte —manifestó Snake, señalado al sujeto derrumbado que, desparramado en el suelo y sin su arma, ya no resultaba tan atemorizante.

—Al parecer, tampoco es nuestro día —opinó ella, todavía abrazada a ese fuerte y protector pecho. Y aunque también fuera el de un sinvergüenza, no le importó secar sus lágrimas sobre él.

—¿Cómo que no? ¡Ahora tenemos un carruaje! —dijo Snake maliciosamente.

—¿Piensas robarle a un ladrón? —preguntó Pan, cada vez menos escandalizada con el comportamiento de ese hombre.

—Ya sabes el dicho: «Quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón». Además, no me digáis que no es algo que no se merece... —concluyó Snake, logrando que, por primera vez, todos estuvieran de acuerdo en algo.

\*

—Vamos a ver si he entendido bien lo que está ocurriendo... ¿Me estás diciendo que Hans Tobleson, unos de los ladrones más conocidos de la ciudad a causa de sus secuestros y atracos, ha caído en nuestras manos porque alguien le robó el carruaje que se había agenciado, así como sus ropas y todas las pertenencias que llevara encima, y lo dejó atado y desnudo en las afueras? —preguntó el sargento Finn Callaway, un hombre de mediana edad con un afilado bigote, de cabellos castaños y agudos ojos negros mientras miraba intrigado a sus hombres.

—Sí, mi sargento —confirmó uno de los policías que controlaban los caminos de acceso a la ciudad, ya que el pillaje había aumentado considerablemente allí y en sus alrededores desde la desaparición del Serpiente.

—¡Quiero denunciar a mis atracadores! —exigió Hans desde la celda, ganándose una furiosa mirada del sargento.

—¡Tú te callas! —gritó Callaway, queriendo silenciar al granuja que, como todos los de esa ciudad, solo sabía clamar por su inocencia cuando los apresaban.

—Tenemos anotadas las descripciones de sus agresores, de acuerdo con la declaración de Hans —comunicó uno de los hombres. Y, resuelto a sacar en claro si se estaba gestando algún tipo de guerra entre bandas en la ciudad, Callaway se decidió a escuchar esa información.

—Bien, prosigue. ¿Quiénes son los perpetradores de ese asalto?

—Un niño de mirada inocente, una dama de cabellos rojos y un hombre al que los anteriores llamaban «Snake». Por la descripción que Hans nos ha proporcionado, podría tratarse del Serpiente...

—Perfecto. Entonces, según Hans, sus asaltantes son un niño, una mujer y un fantasma —resumió Callaway, acariciándose una sien para aliviar el dolor de cabeza que estaba comenzando a formársele ante tan tremendo montón de patrañas.

—¿Qué cree que deberíamos hacer, señor? —le preguntaron sus hombres, haciéndole pensar que si no tenía más granujas en sus celdas era porque, sin duda, estos eran mucho más listos que algunos de sus hombres... Aunque otros, no tanto...

—¡Quiero que detengan a esa mujer, al niño y al tal Snake porque no se han dejado robar y luego me han robado a mí! —volvió a gritar Hans desde su celda.

—¡Tú, a dormir la mona! —gritó Callaway exaltado, dirigiéndose hacia el tipo que ocupaba su celda—. Y vosotros... —continuó volviéndose hacia sus hombres entre suspiros de resignación—, vosotros seguid patrullando las calles. Y dejasos de buscar a niños, mujeres o fantasmas. Si digo que el Serpiente está muerto es que está más que muerto. Además, si realmente hubiera sido él, ¿qué iba a estar haciendo ese maleante en compañía de una mujer inocente y un niño, cuando a él tan solo le gustaba estar entre granujas de su misma calaña?

\*

A Snake le gustaba estar entre los miembros de esa familia porque, aunque el trabajo de protegerlos era arduo, sospechaba que la recompensa valdría la pena.

—¡Deja de mirarme como si yo fuera de tu propiedad! —se quejó una vez más Pan, sin saber que, dijera lo que dijese, ya era suya, porque ella era la única mujer capaz de derretir el corazón de la fría serpiente que él comenzaba a sospechar que era—. ¡Y deja de sonreír de esa forma! —añadió al ver la ladina sonrisa que acudía al rostro de Snake cuando fijaba sus ávidos ojos sobre ella. Por toda respuesta, él aceleró el paso de los caballos del carruaje, haciendo que la recta señorita que llevaba a su lado se agarrara con fuerza a él.

—Ahora que sabes que sé llevar estos caballos, ¿no sería mejor que viajaras en el interior del carromato?

—¿Y si se te olvida cómo conducir a mitad del camino? ¿O si te duele la cabeza al recordar algo de tu pasado y te descuidas? No creas que no me he dado cuenta de que te llevas las manos a la cabeza en más de una ocasión, sin duda rememorando algún trazo de tu pasado. Lo que no sé es por qué no quieres recordar...

—Tal vez porque puede que no fuese un hombre honrado —dijo Snake, admitiendo en voz alta esa posibilidad que cada vez parecía estar más cerca de ser cierta.

—¿Tú? ¿Con el comportamiento ejemplar que has exhibido hasta ahora? —declaró irónicamente Pan, haciéndole sonreír—. Sí, claro: no me he creído que eres un santo por poco, especialmente después de ver cómo te apiadabas de ese bandido —añadió burlándose un poco más de él.

—Lo dejé vivo, ¿no? —replicó Snake, lo que hizo que ella soltara un largo suspiro de resignación.

—Lo dejaste desnudo y atado en el camino después de dispararle a sus pies.

—No le hice nada que él no hubiera pretendido hacer con nosotros. Eres demasiado blanda, Pan, incluso con los bandidos.

—Pues alégrate de ello, porque, si no, tú no estarías a mi lado.

—En eso tienes razón. Tú eres una buena mujer y yo un diablo, el hombre perfecto para proteger a una ingenua dama como tú.

—¿Ah, sí? ¡Pues no te vi muy dispuesto a ayudarme si no ganabas algo a cambio!

—Señorita, ¿no le ha dicho nadie que el diablo nunca trabaja gratis, sino que siempre pide un alto precio a cambio de sus servicios? —replicó Snake, cogiendo con una mano las bridas de los caballos mientras con la otra tomaba la cintura de Pan para acercarla más a su persona y recordarle el trato que había hecho con él.

—Tú no eres un diablo, sino una astuta y taimada serpiente —le recordó ella, deshaciéndose de esa mano que la animaba a caer en la seguridad de unos peligrosos brazos que la protegerían de todo y que, por una vez, se sintió tentada de aceptar..., hasta que las alegres carcajadas con las que el Serpiente contestó a sus pullas le hicieron recordar que la persona que la acompañaba tan solo era un hombre que podía ser dañado.

—Anda, vuelve dentro del carruaje, o de lo contrario ofrecerás muy mala impresión a la estirada y noble familia que te espera al viajar al lado de un plebeyo.

—Nadie me espera, Snake, y me importa muy poco lo que otros piensen de mí. Una cosa que deberías saber de los americanos es que los títulos nobiliarios carecen de importancia alguna para nosotros.

—Entonces, si no vienes a reclamar un título o una posición, ¿qué te ha traído hasta aquí, Pan? ¿Qué es lo que quieres? —preguntó Snake, cada vez más interesado en la historia que los miembros de esa descuidada familia le iban desvelando poco a poco.

—Ganar tiempo para huir de una peligrosa serpiente. Y te puedo asegurar que no eres tú, Snake.

—No sé lo que pretendes hacer reclamando ese título para tu hermano, pero, por lo poco que recuerdo de las nobles familias de Londres, puedo asegurarte que solamente has salido de un nido de víboras para meterte en otro posiblemente peor.

—¡Vamos! No puede ser para tanto... —opinó Pan, consiguiendo con sus despreocupadas palabras que Snake sonriera maliciosamente.

Luego le susurró provocativamente al oído:

—Estoy deseando que te metas en un nuevo lío para ver el precio que puedo cobrarme al salvarte de él.

\*

La maravillosa mansión a la que llegaron los Sanders era una gran villa que parecía haber servido para el entretenimiento de la opulenta aristocracia. A pesar de ser concebida como casa de campo, tenía el aspecto de un verdadero palacio. La propiedad estaba compuesta por unos recargados jardines, una grandiosa fuente a su entrada y una casa con una sobreadornada fachada que parecía estar hecha para reyes. Por suerte, la ostentosa casa estaba también ligada a unos extensos y fructíferos campos agrícolas que su padre había desarrollado para la exportación y que daban grandes beneficios.

Habiendo avisado de antemano de su viaje por medio de una carta enviada por su abogado, unos educados criados corrieron a recibirlos en cuanto los Sanders llegaron a las puertas de la casa, pero también acudió una inesperada visita familiar que los hermanos no habían requerido: la viuda Belarder y sus hijos, a los que Pan no tardó en reconocer gracias a las anotaciones que su padre tomaba siempre en sus viajes.

Eran tal y como Darikson Sanders describía en su libro: la viuda Belarder era una hermosa mujer de unos cuarenta años con demasiados aires de grandeza y ojos avariciosos; su hijo, Barnaby, era un lord sin título de veinticinco años de edad y con aspecto de jugador empedernido, mientras que su hija, Alisa, tenía a sus veintidós años todo el aspecto de una coqueta dama que solo pensaba en cazar a algún incauto acaudalado en la trampa del matrimonio.

En cuanto Pan vio a esos personajes que acudían a recibirlos como si ese hogar les perteneciese, solamente pudo pensar que, una vez más, Snake tenía razón: justamente, como él le había advertido, esa fina mansión estaba llena de unas víboras a las que ella no había tenido en cuenta en sus prisas por huir de su tío.

—Buenas tardes, soy Astrid Belarder... Supongo que usted será lord Edmund. Su abogado nos notificó su visita —lo recibió la mujer, desplegando los mejores modales con el chico cuando un criado le abrió el carruaje—. Lamentamos terriblemente la muerte de su padre —continuó la dama muy digna—. Cuando supimos de su fallecimiento, no creímos que recordaran este pequeño trozo de tierra que administrará cuando crezca, lord Edmund, así que, como ve, la

otra rama de la familia se apresuró a ocuparlo para que esta hermosa propiedad no cayera en el descuido y el abandono; después de todo, mi hijo Barnaby es el siguiente en la línea de sucesión si usted rechazara esta herencia o si, Dios no lo quiera, le ocurriera alguna fatalidad —manifestó la viuda Belarder mientras ejecutaba una leve reverencia ante Edmund, manteniendo una firme postura y una pérfida sonrisa que pretendía ocultar detrás de un ostentoso abanico, una que sus hijos, que estaban detrás de ella, no pudieron esconder también mientras clavaban sus maliciosos ojos en el niño que, con apenas diez años, poseía un título que ellos ambicionaban.

—Bueno, pues si alguien se digna llevar su equipaje al interior, podremos ayudarlos a instalarlos en vuestro hogar —manifestó la viuda, dirigiendo una acusadora mirada a Pan, que, al hallarse sentada junto al conductor del carruaje, fue confundida con una simple criada—. En cuanto entremos podremos buscarle una habitación vacía en la que pueda acomodarse, y mañana llamaremos al abogado para proceder a la firma de unos documentos con los que... —continuó esa mujer que, a pesar de ir disfrazada con sus nobles vestimentas y sus caras alhajas, Pan no tardó en reconocerla como una pérfida serpiente.

Dispuesta a no dejar que nadie manejara a su hermano, Pan cogió una de sus maletas más pesadas, bajó de un salto del carruaje y, dejando su equipaje en manos de la asombrada viuda, anunció con descaro:

—Gracias por ofrecerse a llevar nuestras maletas.

—Pero ¿quién se cree usted que es...? —comenzó a quejarse Astrid exaltada, pero muy pronto tuvo que morderse la lengua después de que Pan le contestase.

—Soy Panacea Sanders, la hermana de lord Edmond Sanders, conde de Rubinstein, y su tutora legal hasta que él sea mayor de edad.

Luego Pan pasó al lado de esa noble familia junto a su hermano, anunciando en voz lo suficientemente alta como para que todos la oyeran:

—Vamos, Edmund, entremos en tu casa y busquemos la habitación que más nos guste para descansar del largo viaje. Ya nos encargaremos mañana de la limpieza de este lugar.

Cuando los Sanders entraron en la casa, los Belarder fijaron sus ojos en Snake, que, bajando despreocupadamente del carruaje, se apresuró a seguir a los hermanos hacia la casa.

—¡Encárguese usted de las maletas! —ordenó la furiosa viuda cruzándose en su camino, algo a lo que Snake contestó con una sonora carcajada para luego replicar:

—Lo siento, pero ese no es mi trabajo.

—¿Ah, no? ¿Y se puede saber entonces qué es lo que hace usted? —preguntó Barnaby, enfrentándose a él, creyéndolo erróneamente un desvergonzado criado.

—Yo protejo a los Sanders eliminando todo aquello que pueda suponerles un peligro —dijo Snake clavando sus fríos ojos en esa noble familia, a la que le dedicó una maliciosa sonrisa para que no les quedara duda alguna de que, por ahora, ellos eran los primeros en esa lista. Una lista que comenzaba a alargarse a cada paso que los inocentes Sanders daban en esa ciudad, haciendo

que Snake se preguntara cuántos enemigos habían dejado a sus espaldas esos dos inconscientes antes de emprender su viaje.

\*

En la pequeña habitación de una mugrienta posada del puerto de Boston, en la que apenas cabían, tres personas discutían acaloradamente. Tres serpientes cuyos planes habían fallado, pues, sin que supieran cómo, una joven atolondrada y un mocoso lo habían fastidiado todo.

—¡No puedo creer que esa estúpida chiquilla haya conseguido dejarnos en la calle! —gritó indignada Dorothea desde la pequeña y sucia habitación que habían podido adquirir al vender una de sus preciadas alhajas, o, mejor dicho, una de las alhajas de Pan—. ¿Por qué no hiciste nada cuando ese hombre nos echó a la calle? —le recriminó Dorothea a su esposo.

—¿Tal vez porque no quería que me rompieran los brazos y las piernas como amenazaron con hacer sus matones? —replicó Wilfred, muy molesto con la jugada de su insolente sobrina.

—¡Pero la ley estaba de nuestro lado! Si le hubieras dicho a la policía que... —protestó su mujer, sin saber que, cuanto menos se metiera la policía en sus asuntos, mucho mejor para ellos.

—¿Y qué les habríamos dicho? ¿Que esa era nuestra casa? —acalló Wilfred a su esposa, recordándole que la fortuna de la que habían disfrutado en los últimos meses nunca les había pertenecido.

—Aún no es nuestra, querido, pero en cuanto atrapemos a esa chiquilla y a ese mocoso lo será —recordó Dorothea con malicia, calmando a su marido con su dulce y pérfida voz, que predecía un desagradable final para esa osada mujer que se había burlado de ellos—. En cuanto encontremos a Pan, la casaremos rápidamente con nuestro Elton —declaró refiriéndose a su guapo hijo de hermosos cabellos negros y bonitos ojos verdes, que siempre encandilaba a las mujeres con su labia para luego volverlas sumisas bajo su férreo mandato—. Elton siempre ha tenido mano firme para las mujeres, y con Pan no será diferente. Y si esa chica se niega a cumplir nuestros deseos, siempre podemos amenazarla con hacerle daño a su hermano.

—Sí, pero primero tendremos que encontrarla... —le recordó él a su ansiosa mujer, que no entendía lo astuta que podía ser esa chiquilla que tanto se parecía a su difunto hermano.

—¡Vamos, Wilfred! Pan no es más que una simple muchacha, no ha podido ir tan lejos, y menos aún con la carga de un hermano enfermo. Seguro que en estos momentos está pasando más dificultades que nosotros —respondió Dorothea, replicando a las quejas de su marido. Hasta que su hijo entró precipitadamente en esa mugrienta habitación informándolos de algo inaudito.

—¡Pan y su hermano han huido a Londres!

—Pero ¿qué dices, insensato? —repuso Wilfred exaltado.

—El abogado no ha querido decirme nada sobre el paradero de Pan. A pesar de anunciarle que soy su prometido, ¡no ha soltado prenda ni siquiera cuando he utilizado los puños contra él! Solamente me ha sonreído triunfante mientras decía que mis primos estaban demasiado lejos



como para que yo pudiera alcanzarlos, unas palabras que me han llevado a preguntar en el puerto por si una mujer de las características de Pan había tomado un barco. Y sí: una extraña pelirroja acompañada de un niño sabiondo y cargada de decenas de libros se marchó de Boston hace más de un mes.

—Por lo visto, Edmund no estaba tan enfermo como aparentaba —señaló Wilfred.

—¡Dichoso niño! —gritó Dorothea, sintiéndose engañada una vez más por ese par de mocosos.

—No te preocupes, madre. Pan no tardará en arrepentirse de su huida hacia un lugar desconocido en el que no tiene adónde ir. Y cuando regrese a Boston estaremos nosotros para recibirla con los brazos abiertos, tanto a ella como a su dinero. Después de obtener una lección de mi firme mano, esa mujer no se atreverá a desobedecerme nunca más, y mucho menos a huir de mí —afirmó Elton, calmando a su madre a la vez que lucía una pérfida sonrisa, anticipando lo que le haría a esa mujer en cuanto estuviera entre sus manos.

—No sé qué decirnos..., mi hermano era muy listo y esa chiquilla parece haber sacado su inteligencia —apuntó Wilfred—. Por la forma en que se ha alejado de nosotros puede que sí tenga un sitio donde alojarse, un lugar en esa ciudad que mi hermano ocultó de mí. Tal vez, cuando Pan vuelva a nosotros no podamos hacer nada para quedarnos ni con ella ni con su fortuna.

—¿De qué forma podría librarse de nosotros? —preguntó Dorothea, calmada hasta que su marido le recordó:

—Casándose. Y es posible que en Londres pueda encontrar muchos candidatos para ello.

Ante esta apreciación, tanto Dorothea como Elton se rieron de Wilfred al recordar los pocos encantos que tenía Pan que pudieran atraer a los hombres. En Boston, tanto por su impertinente lengua como por su impulsivo comportamiento, había logrado que todos se alejaran de ella, especialmente cuando comenzaba a hablar de sus adorados tratados de medicina en vez de comentar los insulsos temas que solían tratar las demás damas en las selectas reuniones sociales que tenían lugar.

Las risas terminaron en cuanto Wilfred les recordó a sus familiares:

—El dinero de esa chica puede ser muy atractivo a la hora de que alguien decida casarse con ella, ¿no creéis?

Y, finalmente, la opinión de su marido llevó a que Dorothea expresara con alarma:

—¡Tenemos que encontrar a Pan lo más pronto posible antes de que alguien se dé cuenta de lo encantador que puede ser ese dinero!

## Capítulo 6

—No quiero tu dinero, quiero lo que me prometiste: representar conmigo una escena de ese escandaloso libro —declaró Snake cuando Pan probó a sobornarlo mientras intentaba cerrarle la puerta de su habitación en las narices, algo que, por supuesto, no consiguió. Muy pronto Snake estuvo en el interior de los aposentos de Pan, que comunicaban con los suyos, muy acertadamente elegidos.

—Al ver esta gran casa y el título que ostenta mi hermano, cualquier persona se habría decantado por el dinero y no por mí —se quejó Pan.

—No me interesa el dinero, me aburre. Creo que pude tener tanto, o lo ambicioné tanto en el pasado, que en esta nueva vida solo me provoca hastío. En cambio, tú me interesas mucho más... —dijo Snake, tumbándose despreocupadamente en la cama, para pasar a devorar a su encantadora presa con una ávida mirada llena de deseo.

Los ojos de Snake observaron con atención el blanco camisón que llevaba esa inocente chica, cubierto con un delicado batín que no tapaba nada. La casta prenda se extendía desde el cuello hasta los tobillos, cubriendo las partes más interesantes de esa mujer, pero la tela era muy fina, y entre las tenues luces de la estancia él podía distinguir cada una de las seductoras curvas, con las que no dudó en deleitarse.

—¿Sabes que es altamente indecoroso entrar en la habitación de una dama, y mucho más a estas horas?

—Creo recordar que nunca he sido un hombre decoroso. En cuanto a las horas a las que invado tu habitación..., ¿acaso prefieres que te visite por la mañana?

—¡Prefiero que no me visites en absoluto! —protestó Pan, molesta con ese peligroso sujeto del que no sabía cómo deshacerse—. De todos los hombres, ¿por qué tuve que salvar al más obtuso? —exclamó Pan, alzando furiosamente los brazos al aire mientras se paseaba con nerviosismo por la habitación—. Soy una mujer dulce y casta y no pienso perder mi inocencia entre los brazos de un granuja.

—¿Acaso prefieres perderla entre los brazos de un hombre virtuoso? —preguntó Snake desvergonzadamente, alzando una ceja—. Te advierto que esos tipos son muy aburridos. En cambio, yo... —añadió abriendo invitadoramente sus brazos.

—Sí..., no..., ¡deja de confundirme! —lo reprendió Pan, cada vez más nerviosa por la presencia de ese hombre en su habitación, y todavía más cuando él se levantó de la cama, acercándosele tentadoramente para colocarse a su espalda y comenzar a susurrarle al oído:

—¡Vamos! Para que veas que no soy tan malo, te dejaré escoger la parte de ese libro que quieres representar conmigo... —propuso hechizándola con su sensual voz mientras sus manos deslizaban sutilmente el batín de sus hombros hasta que cayó al suelo—. ¿Acaso tu curiosidad no te lleva a investigar si los placeres descritos en ese libro pueden ser verdad, Pan? —insinuó dejando caer su aliento en su cuello mientras sus labios se permitían rozarlo levemente con un beso, haciéndola estremecerse—. Comprobar por ti misma si es verdad que tu piel puede arder ante el contacto de un hombre... —declaró Snake a la vez que sus manos descendían lentamente por sus brazos desnudos hasta encerrarla en un cálido abrazo—. Si los besos te pueden hacer olvidarlo todo... —continuó mientras sus besos comenzaban a deslizarse por su cuello y sus hábiles dedos desabrochaban los botones del recatado camisón para apartarlo de su camino y seguir deleitándose con la suave piel que esa prenda había escondido a sus ávidos ojos—. Si mis mordiscos te pueden hacer gritar de placer... —siguió, bajando el camisón por los hombros de Pan hasta desnudar uno de ellos y proceder a morderlo sugerentemente, provocando que de la boca de esa mujer escapara un gemido de placer—. ¿No quieres experimentar el placer que era capaz de vivir la protagonista de ese libro cuando se abandonó a sus deseos, Pan? —preguntó él encantándola con sus palabras, con sus caricias y con sus besos, recordándole el placer que ella había deseado mientras leía esa inquietante novela.

—Esto... esto es... indecente —dejó salir Pan entrecortadamente cuando las manos de Snake acariciaban lentamente su cuerpo y los besos que dejaba en su piel comenzaban a convertirse en un veneno que la hacían arder. Snake estaba consiguiendo que Pan lo deseara cada vez más, tanto a él como al pecaminoso placer con el que la tentaba.

—No, mi inocente pelirroja, a esto solo se lo llama «seducción». Pero si quieres algo indecente..., ¿para qué estoy yo, sino para complacerte? —manifestó él antes de que una de sus manos bajara con brusquedad su camisón hasta desnudar sus pechos y exponerlos abiertamente ante su ávida mirada, al tiempo que la otra subía por sus piernas y se introducía atrevidamente entre ellas.

—¡Snake! —protestó Pan, saliendo por unos instantes del embrujo que ese hombre ejercía sobre ella con sus caricias, sus besos y sus tentadoras palabras. Pero entonces, la boca de él reclamó sus labios, silenciándola por completo.

Mientras una de sus manos acariciaba tentadoramente sus pechos, agasajándolos con los dedos hasta conseguir que sus excitados pezones se alzaran en busca de más caricias, unas que Snake les concedía con sutileza, haciendo que ella se arqueara en pos de más, la otra mano permanecía de forma pasiva entre sus piernas, para poco a poco ir adentrándose más en la calidez de sus muslos, llevándola a abrirse al goce y a darse cuenta de su deseo.

Las temblorosas piernas de Pan apenas la sujetaban ante ese placer desconocido para ella, unas sensaciones que la abrumaban, llevándola a la perdición. Su único apoyo era el duro cuerpo de ese hombre que la sujetaba mientras la hacía perderse entre sus atenciones.

Las caricias sobre sus senos se volvieron más intensas cuando esa mano que se deslizaba

suavemente sobre ellos pellizcó sus erectas cumbres, haciéndola gritar por la sorpresa y el miedo de que esa brusquedad le gustara. Sus protestas se perdieron en la boca de ese hombre, cuya lengua exigía una respuesta inmediata y no le daba descanso a su titubeante lengua, que apenas había aprendido a degustar el sabor de un pecaminoso beso.

Y cuando al fin la boca de Pan quedó libre de los labios de Snake, ninguna protesta surgió de ellos, ya que él se dirigió hacia sus pechos con una maliciosa sonrisa. Y antes de que Pan sospechara lo que pretendía hacer, comenzó a devorarlos, haciéndola gritar de placer. Mientras esa boca jugaba con sus erguidos pezones lamiéndolos, succionándolos y mordiéndolos levemente para luego seducirla con sus besos, una de las manos de Snake la retenía firmemente junto a él para que no huyera mientras comenzaba a acariciar con atrevimiento el húmedo vértice que había entre sus piernas, avivando su deseo hasta conseguir finalmente que se abriera a él, tras lo que Snake se apresuró a hundir uno de sus dedos profundamente en su interior.

Pan chilló a causa de la sorpresa y del deseo mientras esa invasión, poco a poco, la estaba conduciendo hacia un placer que le resultaba desconocido. En el instante en el que otro de esos dedos se adentró en su sexo marcando el ritmo del placer, ella se sintió abrumada y gritó el nombre del único hombre que podía acabar con esa tortura.

—¡Snake!

—Déjate llevar..., déjame guiarte hacia el placer que quieres experimentar —pidió él sensualmente, intensificando el ritmo de sus dedos, que entraban y salían impasiblemente de ella, sin concederle ninguna tregua o descanso frente al goce que estaba experimentando y que no le permitía pensar en otra cosa que no fuera el deseo.

Cuando Pan se rindió a ese hombre y se apoyó en él, ofreciendo sus senos a esas expertas caricias y moviendo las caderas en busca de sus experimentados dedos, Snake susurró a sus oídos pecaminosas palabras que la llevaron a seguirlo hasta donde él quisiera llevarla.

—¡Así es, mi preciosa pelirroja! Sigue buscando tu placer entre mis manos. Ríndete a tu deseo y embrújame con tus gritos de placer, que me hacen desearte cada vez más, que me llevan a querer hundirme profundamente en el apretado interior que baña ahora mis dedos, y no solo mi duro miembro, sino también mi lengua, para probar la tentadora miel que hay en ti...

Mientras pronunciaba esas pecaminosas palabras, Snake fue aumentando el ritmo de sus dedos, que se hundían en ella, así como el provocador roce de sus caricias. Cuando Pan se rindió al placer, convulsionó sobre las traviesas manos de él, dejándose llevar hasta el clímax, y gritó el nombre de Snake.

Ese pérfido hombre la miró con una sonrisa satisfecha, acunándola entre sus brazos. Y cuando el rendido cuerpo de Pan finalmente cedió y sus piernas temblaron, él fue su apoyo, uno que ella aceptó hasta que ese pecaminoso individuo le susurró al oído mientras la abrazaba con ternura:

—¿Cómo iba a preferir el dinero antes que presenciar cómo te fundes entre mis brazos?

Esas tiernas palabras la derritieron, hasta que Snake, tumbándola bruscamente sobre la cama,

le anunció con una perversa sonrisa que su seducción aún no había terminado.

—¿Recuerdas lo que venía ahora en aquella excitante escena del libro? —preguntó haciendo que se percatara de que las atrevidas caricias que había recibido habían sido muy similares a las que el malvado protagonista le había dedicado a la heroína de su novela.

Con estas palabras, Snake le recordó a Pan que ese episodio de seducción descrito en su libro no se había debido al deseo que el malvado protagonista pudiera sentir por ella, sino que formaba parte de una seducción planificada que realizaba para cobrar un alto precio por el rescate de su prisionera.

Mientras comenzaba a desabrochar su camisa frente a Pan, ella recobró la cordura del hechizo que ese hombre mantenía sobre su cuerpo, e, invitándolo insinuante a su cama, lo animó a desprenderse de su calzado. Y en cuanto Snake le dio la espalda confiadamente, Pan le repitió de forma taimada sus palabras:

—Recuerdas que me dijiste que yo podría elegir la parte de ese libro que quería representar contigo, ¿verdad?

Y, antes de que él sospechara lo que Pan pretendía, fue noqueado de nuevo con uno de los abultados libros que ella siempre llevaba consigo.

\*

—Otra vez no has sabido comportarte con mi hermana, ¿verdad? —preguntó Edmund a un furioso sujeto que, maniatado y amordazado, les dedicaba desde el suelo una airada mirada a él y a Pan.

—Él quería representar una parte de esta novela, y yo le he dado el gusto —declaró ella mientras salía de su cama para coger el libro, que era el único que había compartido la cama con ella esa noche, con la intención de recordarle al villano que tenía a sus pies cómo se las gastaba la heroína de esa historia.

—«Y tras dejar inconsciente al villano que intentó robarle su virtud, la concubina lo ató para poder huir de su perseguidor» —leyó mostrándole una sonrisa satisfecha a ese airado hombre, haciéndole ver que había cumplido con su parte del trato, aunque fuera a su manera—. ¿Ves? He cumplido con nuestro pacto —manifestó retirándole la mordaza a Snake y sopesando si desatarlo.

—Me la has jugado en esta ocasión, pero, conociéndote como te conozco, no tardarás en volver a meterte en problemas. Y entonces allí estaré yo, deseando librarte de ellos para pedirte un precio mayor.

—Un caballero nunca pone precio a su ayuda, sino que la ofrece desinteresadamente —se quejó Pan, molesta con las palabras de ese hombre, cerrando con brusquedad el libro, bastante enfadada.

—¡Oh, no sabes lo equivocada que estás! Hasta el más noble de los hombres, cuando ofrece

su ayuda, lo hace pensando en lo que puede obtener como recompensa. Especialmente si quien recibe el auxilio es una hermosa mujer... Por otra parte, creo que ambos estaremos de acuerdo en que yo no soy ningún caballero.

—¿Te has acordado de algo de tu pasado que te lleve a esa conclusión? —preguntó Pan, recordando a regañadientes que ese hombre era su paciente y que debía cuidar de él.

—Si lo que intentas preguntarme es si después de ese amoroso golpe he recordado quién era, la respuesta es no. Así que, sintiéndolo mucho, todavía no puedes librarte de mí.

—Hermana, no creo que reiterados golpes en la cabeza sea un tratamiento aconsejable para un hombre que ha perdido la memoria —opinó Edmund, recordándole a su hermana que no debería maltratar a su paciente.

—Este hombre ha acabado de lleno con mi dulce carácter —señaló Pan molesta, para luego cruzarse de brazos enfadada.

—Sí, claro..., tu dulce carácter —murmuró Edmund irónicamente, burlándose de la afirmación de su hermana mientras intentaba deshacer las cuerdas que rodeaban a Snake—. Creo que será mejor que lo desatemos —propuso forcejeando con los fuertes nudos que aprisionaban a ese hombre.

—No veo por qué... —repuso Pan despreocupadamente, dispuesta a seguir aleccionándolo. Hasta que la interrupción de una criada, que entró a su habitación solo para huir despavorida segundos después muy escandalizada, le ofreció una respuesta de por qué debía desatar a ese hombre, algo que su hermano no tardó en señalarle.

—Tal vez para que no escandalicemos a todos los criados y que la gente de este país no te tilde de pervertida.

—Me niego a ayudarte a desatar a un hombre que lo más probable es que muy pronto tendré que volver a atar —dijo Pan, dándole la espalda a Snake y a la maliciosa mirada que él clavaba en ella.

—Entonces lo mejor será que me lo lleve a su cuarto para desatarlo antes de que lleguen más criadas al tuyo —propuso Edmund a la vez que cogía los atados pies de ese hombre y lo arrastraba por la habitación de su hermana hacia la puerta que comunicaba con la estancia que Snake había elegido.

—Esto no va a quedar así —apuntó él, dejándose arrastrar por ese niño de diez años al tiempo que clavaba sus retadores ojos en la mujer que se la había jugado siendo más tramposa y astuta que él.

—No te preocupes, Snake: tanto mi libro como yo te estaremos esperando —anunció Pan, golpeándose la palma de una mano con el libro, y, sin amilanarse ante la fría mirada de ese hombre, le recordó—: Después de todo, yo no temo a las serpientes.

Como única respuesta, él le sonrió maliciosamente. Y mientras su mirada recorría todo su cuerpo con un ávido deseo, replicó más decidido que nunca:

—Pero lo harás, y entonces ya será demasiado tarde para ti, porque la serpiente te habrá

devorado.

\*

La hora del desayuno estuvo bastante cargada de tensión cuando los Sanders ocuparon la mesa principal y Edmund se sentó a la cabecera, desempeñando el papel de señor, uno que hasta entonces había pretendido exhibir Barnaby.

A la derecha del chico se encontraba su hermana y, a la izquierda, para asombro de los Belarder, Snake.

—Comprendo que las costumbres americanas son diferentes de las inglesas y tal vez no entendáis del todo las normas de cortesía y protocolo, según las cuales los criados nunca ocupan la misma mesa que sus señores junto a ellos —amonestó la viuda Belarder a Pan y a Edmund, como si ella fuera la señora de la casa.

—Snake no es nuestro criado. Es un ciudadano al que recogieron de un naufragio en el barco que nos trajo a Londres, del que decidí encargarme hasta que recuperara la memoria. Después de todo, yo lo salvé siguiendo las sabias enseñanzas de mi padre, un gran médico al que quiero emular.

—¡No digas tonterías, querida! Las mujeres no son médicos, ese es un trabajo solo para hombres. Y en cuanto a la estancia de ese sujeto aquí, ¿cómo te atreves a meter en mi casa a un desconocido, que podría ser un asesino o un vulgar ladrón?

—No he invitado al señor Snake a su casa, señora Belarder, sino a la casa de mi hermano —la rectificó Pan, haciendo que la viuda rechinara los dientes—, y a juzgar por sus modales y por las caras ropas que llevaba encima cuando lo recogimos del mar, tal vez sea un noble. O quizá incluso un príncipe de un país extranjero... —mintió descaradamente, haciendo que su hermano se atragantara con su desayuno, ya que todos, incluidos el propio Snake, habían llegado a la conclusión de que él solamente podía ser un granuja.

—Me ha venido a la memoria que, en otros países, la insolencia se castiga cortando la lengua al ofensor —intervino el muy sinvergüenza siguiéndole la corriente a Pan mientras se llevaba las manos a la cabeza, como si estuviera recuperando un recuerdo y le doliera.

Sus palabras consiguieron que la viuda Belarder al fin guardara silencio sobre ese tema. Pero, para su desgracia, también llamaron la atención de la coqueta Alisa Belarder, que comenzó a interesarse por Snake.

—«Snake» es un nombre muy extraño, y muy exótico y excitante... Tal vez sea verdad que es usted un príncipe extranjero —aventuró Alisa, dedicándole una insinuante sonrisa al hombre que tenía a su lado y al que, hasta entonces, había mirado con evidente desprecio. Pero eso solo fue hasta que surgió la remota posibilidad de que pudiera haber un posible título y una fortuna unidos a su nombre.

—No lo sé, por ahora mi nombre es lo único que recuerdo de mi pasado. ¿Usted también cree

que mi nombre es exótico y excitante, señorita Sanders? —preguntó Snake insinuantemente a Pan, desplegando sus mejores modales ante esa familia.

—Creo que su nombre solo señala lo taimado que puede llegar a ser —respondió la joven, enfrentándose al reto con el que él la desafiaba en esa mesa, para luego pasar a fulminar con una mirada a la mujer que desplegaba sus encantos con él, algo que, sin saber por qué, la molestaba demasiado.

—Pero puede que sea un príncipe de otro país, ¿no...? —inquirió Snake con sorna, repitiendo la mentira que había dicho Pan y que la interesada dama que tenía a su lado había creído posible, poniéndolo en un pedestal.

—Tanto si es un mendigo como un príncipe, tal cuestión es algo que no podremos saber hasta que recupere la memoria, señor Snake, y mientras tanto...

—Soy todo suyo... —manifestó él, haciendo que el rostro de Pan se tornara rojo a causa de sus insinuantes palabras.

—Sí, es todo mío... —convino Pan escandalosamente ante el resto de los comensales para luego ponerse en pie y, tras limpiarse la boca con una servilleta, anunciar—: Y por eso va a pagarme mi asistencia con su trabajo y nos acompañará a mí y a mi hermano mientras visitamos las propiedades de Edmund esta misma mañana. Debemos revisar que todo lo que dejó zanjado mi padre en esta tierra siga igual que cuando él se marchó de aquí. Así que, si me disculpan, mi hermano y yo tenemos mucho que hacer.

Edmund, siguiendo el ejemplo de su hermana, se levantó de la mesa. Snake también lo hizo, aunque se tomó su tiempo para responder a las insinuaciones de la coqueta mujer que tenía a su lado y que se despidió de él gritando animadamente:

—¡Adiós, príncipe!

Él sonrió burlón ante el título tan irreal que le habían concedido, y cuando llegó hasta Pan para escoltarla en esa nueva aventura, esta usó la ironía para completar su título en un susurro:

—Sí, príncipe de los ladrones...

—Puede que lo sea... —declaró Snake, algo preocupado cuando a su mente acudió el recuerdo de un trono abandonado, rodeado de granujas que no dudarían en matar por él.

\*

—¡El Serpiente está vivo! —gritó Blake, entrando a la carrera en la guarida de los peores maleantes de todo Londres, cuyo trono, a pesar de sus esfuerzos, aún no tenía dueño.

—¡Pero ¿qué dices, idiota?! —lo reprendieron al unísono los avariciosos hombres que ambicionaban el poder del Serpiente.

—¡Varios hombres me han dicho que lo han visto andar por las calles del puerto en la extraña compañía de una mujer y un niño! —insistió Blake ante los desconfiados granujas que



no querían oír su advertencia de que el rey de esa parte de los suburbios no había muerto y que no tardaría en volver para reclamar su trono.

—Será alguien que se le parece... —descartó rápidamente Luke, contando sus ganancias, que superaban a las de los demás mientras permanecía sentado en un lugar que no le pertenecía.

—Los hombres que me hablaron estaban totalmente seguros de que era él, aunque también me comentaron que parecía bastante desorientado, como si no recordara cuál era su lugar.

—¡Tal vez sea su fantasma, que quiere castigarnos a todos! —exclamó Colm, atemorizado por la oscura presencia que siempre los había gobernado.

—¡No digáis tonterías! ¡Los fantasmas no existen, y el Serpiente está muerto y bien muerto! —bramó Luke, intentando acallar a esos miedosos hombres. Pero aunque él y su brusca presencia pudieran imponer el miedo a esos miserables, nunca sería tan temido como el frío Snake.

—No deberías sentarte en su trono, Luke, o solo Dios sabe lo que podría hacerte el Serpiente cuando venga a reclamarlo —señaló temeroso Ehad, ganándose una fulminante mirada de su compañero.

—Tal vez deberíamos buscar a ese hombre que se parece tanto al Serpiente. Si no es él, nos resultará muy sencillo acabar con esos rumores. Y si verdaderamente se trata de él y está tan desorientado y perdido, quizá lo pillemos con la guardia lo bastante baja como para deshacernos para siempre de él —susurró maquiavélicamente el joven Babel al oído de Luke.

—Sí, creo que eso es lo que haremos... ¡Busquémoslo, y, cuando demos con él, acabemos con ese sucio reptil! —exclamó él animando a muchos de los hombres del lugar, mientras que otros más antiguos, y que conocían mejor a Snake, guardaron silencio, pues eran conscientes de lo que podía ocurrir si alguien pretendía jugar con una peligrosa serpiente sin saber que, cuando menos lo esperase, esta podía revolverse mostrando sus afilados colmillos y su mordedura letal.

## Capítulo 7

De todas las propiedades que pertenecían a Edmund, Pan se interesó por una pequeña iglesia del condado de Kent construida con piedra labrada. Un edificio sencillo, lleno de paz y espiritualidad. En él se apreciaba la belleza de una estructura antigua y un enorme patio ajardinado. Caminando por su interior se podían encontrar abundantes y sorprendentes gárgolas o interesantes tesoros junto al altar, como un crucifijo sajón. Pero la auténtica belleza de ese lugar, en opinión de Pan, residía en una extensa biblioteca que contaba con extraños tomos de medicina provenientes de distintos países, una rareza que resultaba impresionante.

Esa institución, además de albergar entre sus puertas la mencionada biblioteca, también acogía a alguno de los huérfanos del lugar, ofreciéndoles el cobijo y la enseñanza que merecían para convertirse en personas de provecho. Los fondos para mantenerse en pie procedían de la caridad de la gente de los alrededores, así como de las donaciones que el señor de esas tierras aportaba a su noble causa, por lo que Pan, preguntándose si habrían recibido dinero suficiente desde que su padre había fallecido y esos avariciosos parientes lejanos se mudaron a su hogar, se acercó a la iglesia en compañía de Edmund, al que presentó como el nuevo lord del lugar, y de Snake, que no se dejó presentar y se limitó a mirar con recelo la pequeña iglesia, ya que él opinaba que nadie daba nada sin pedir algo a cambio.

—Soy la hermana Gabriela y estoy encantada de recibirlos en esta pequeña casa del Señor. La hermana Ana, la hermana Sarah y yo misma nos encargamos de cuidar este lugar —les dijo una encantadora monja a la entrada de las instalaciones, una religiosa tan amante de los libros como Pan, que no tardó en explayarse en sus explicaciones.

Cuando la hermana Gabriela comenzó a mostrarles la biblioteca, Snake y Edmund pronto se aburrieron de oír a esas mujeres hablando soñadoramente de viejos tomos, por lo que, excusándose ante las damas, salieron al exterior para disfrutar del paisaje del extenso jardín, donde se toparon con unos revoltosos niños que jugaban allí.

—¿Crees que esos serán los huérfanos a los que se refiere mi hermana? —preguntó Edmund señalando a los chiquillos—. La verdad es que no sé por qué les daba mi padre tanto dinero en mi nombre, ni tampoco por qué mi hermana pretende que yo continúe haciéndolo ahora, cuando ese dinero podríamos utilizarlo en algún negocio —se quejó Edmund, sacando a relucir su alma de comerciante.

—Sí, esos son los niños a los que se refería tu hermana —contestó Snake fijando sus fríos ojos en ellos, viendo más allá de sus juegos un poco del dolor de una vida pasada—. Esos,

definitivamente, son niños sin hogar —volvió a señalar, sintiendo que el sufrimiento de esos chiquillos era muy similar al que él había sufrido en una ocasión.

—Snake, ¿recuerdas si tú fuiste un niño sin hogar? —se atrevió a preguntar Edmund cuando vio la mirada de ese hombre, que permanecía perdida, tal vez en algún amargo recuerdo.

—Cuando los miro, a mi mente acude el recuerdo de dos niños jugando como ellos. Luego el recuerdo se empaña y solo veo una gran oscuridad que me dice que esos niños no volvieron a reír mucho.

—¿No quieres recordar lo que les pasó a esos niños? ¿Qué fue de ellos? ¿Lo que te pasó a ti? —preguntó Edmund, sintiendo pena por el hombre perdido que tenía a su lado.

—No necesito recordarlo para saber qué pasó... Dime, lord Edmund, ¿qué crees que pasa con estos niños cuando este tipo de instituciones dejan de recibir dinero? —preguntó Snake, burlándose del poder que le daba ese título a un simple muchacho que apenas sabía cómo utilizarlo.

—No lo sé, tal vez les encuentren un hogar o...

—Yo te diré lo que pasa. Cuando los fondos escasean, lo primero que sobran son los huérfanos. Las instituciones cierran sus puertas y los niños se quedan en la calle, al amparo de las almas caritativas, salvo que... no existen las almas caritativas, Edmund.

—Entonces ¿qué les ocurre? —inquirió el chico, avergonzado por las despreocupadas palabras que había dejado salir de su boca con anterioridad.

—Que los recogen personas con rostros amables que luego resulta que no lo son tanto. Se aprovechan de ellos de decenas de formas distintas, llevándolos a una vida que no quieren, que no desean, pero de la que no pueden escapar.

—¿Cómo lo sabes, Snake? ¿Has recordado algo?

—No, solo recuerdo fragmentos de mi pasado, pero estas... —respondió él mientras se alzaba la camisa para enseñarle a Edmund las numerosas marcas de latigazos que tenía grabadas en la espalda— me dicen que en el pasado no debí de ser muy afortunado.

Cuando Snake volvió a recomponer su aspecto, se percató de que Edmund había dejado escapar algunas silenciosas lágrimas, unas que él se apresuró a limpiar.

—No llores por mí, no lo merezco. Pero si tienes el poder y el dinero, no los desperdicias y evita que el mundo cree otra fría serpiente como la que tienes delante —le aconsejó, para, a continuación, volver a fijar sus ojos en esos niños que le habían producido sensaciones a la vez alegres y amargas al ver reflejados en ellos los pocos recuerdos que poseía en esos momentos de lo que una vez fue su vida.

—Lo haré, los salvaré a todos... —declaró Edmund, dándose unos aires de héroe ante los que Snake sonrió con cinismo.

—Me parece bien, mi pequeño lord, pero antes de hacer nada será mejor que te asegures personalmente de que los que tienen el deber de cuidarlos en tu nombre lo están haciendo adecuadamente, en lugar de fingir que lo hacen solo para recibir tu dinero.

—¿Y cómo hago tal cosa? —quiso saber él.

Snake contestó quitándole su regia chaqueta, su chaleco y el apretado pañuelo del cuello. Y, tras dejarlo solo con la camisa, se la arrugó y la manchó, antes de desordenar su cabello. Luego ensució su rostro con un poco de tierra y le dijo sibilinamente al oído:

—Simple: siendo uno más de ellos para que te cuenten todos sus secretos, así que... ¡a jugar se ha dicho, lord Edmund!

Acto seguido, le dio un empujón hacia los demás niños, que no tardaron en acogerlo en sus juegos.

Snake se sentó cómodamente en un banco del jardín y disfrutó de las joviales risas que, sospechaba, no había oído muy a menudo en su vida.

Mientras mantenía los ojos cerrados y la cabeza reclinada en ese banco, unas dulces manos se deslizaron por su sien, masajeándola con dulzura, a la vez que una cálida voz le susurraba al oído:

—¿Has recordado algo, Snake?

—No, nada que valga la pena —contestó él, desechando los duros y borrosos momentos que acudían a su mente para sustituirlos por otros más placenteros que tenía cuando abría los ojos y se enfrentaba a esa hermosa pelirroja.

—No te esfuerces por recordar, eso solamente te traerá dolor de cabeza —dijo Pan, intentando alejar su mano de la cabeza de ese hombre ahora que su mirada se fijaba de nuevo en ella con deseo. Pero Snake no permitió que ella le retirara por completo sus caricias, y, reteniendo una de las manos de Pan, la acercó a su rostro, mostrándole el anhelo que sentía por ellas.

La joven continuó acariciando descuidadamente el rostro de ese hombre mientras le aconsejaba qué hacer para recuperar su memoria, una memoria que Pan no sabía si Snake quería recobrar.

—Aunque te aconsejo que no te esfuerces por recuperar tus recuerdos, tampoco debes negarte a ellos. Trata de recordar cuando estos vengan a ti, si no, puede que lo recuerdes todo de repente y en el momento más inoportuno, uno en el que tal vez no estés todavía preparado para saber quién eres.

—¿Y quién puedo ser yo sino un...? —comenzó a decir cínicamente Snake, para atribuirse una vez más el papel de villano, hasta que una chillona vocecita infantil los interrumpió:

—¡Príncipe, sálvame! —pidió una revoltosa niña de unos siete años, tirando del pantalón de Snake para llamar su atención y haciendo que ambos sonrieran ante sus palabras.

—¿De qué debo salvarte? —preguntó Snake poniéndose a la altura de la pequeña, haciendo que Pan mirara enternecida la dulce escena entre ellos.

—¡Tom y Jack no dejan de meterse conmigo y cogen gusanos del suelo y me persiguen porque saben que me dan miedo y me hacen chillar!

—Entonces lo que tú quieres es hacerlos chillar a ellos, ¿verdad? —inquirió Snake con una

maliciosa sonrisa, haciendo pensar a Pan que esa escena pronto dejaría de parecer tan tierna porque, sin duda, Snake estaba planeando una de sus maldades.

—Sí, bueno, no... ¡Lo que quiero es que les des una lección!

—Pero hay un problema si se la doy yo: no aprenderán que no deben meterse contigo, y en cuanto yo no esté, volverán a las andadas —señaló Snake, haciendo reflexionar a la pequeña.

—Entonces ¿qué debo hacer? —preguntó la niña preocupada.

—Fácil: debes ser tú quien les dé esa lección —contestó él, señalando a la incrédula chiquilla.

—¿Yo? ¡Pero soy muy pequeña y una niña y...!

—Y para ganar a un lobo no necesitas ser más fuerte que él, sino solo más inteligente —la interrumpió Snake. Y mientras pronunciaba estas palabras, cogió algo del suelo, lo escondió entre las manos y luego se lo enseñó a la niña, haciéndola gritar.

—¡Es...! ¡Es...! ¡Es...! —chilló ella aterrorizada e incapaz de poder terminar sus palabras, que Snake acabó por ella.

—Una serpiente, sí. Un pequeño reptil que, si sabes manejarlo con cuidado, nunca te hará daño. Y te puedo asegurar que son más bonitas y limpias que una viscosa lombriz —anunció, permitiendo que la pequeña serpiente se deslizara libremente por su mano, manipulándola sin ningún temor.

—Tiene muchos colores... —comentó la niña, acercándose a ella. Y, ofreciendo su mano a Snake, permitió que la serpiente jugara con ella.

—Y si tú has gritado al verla, imagina cuánto lo harán esos niños que te molestan —manifestó maliciosamente él, haciendo que la pequeña se diera cuenta del poder que tenía en sus manos y de cómo podía utilizarlo.

—¡Gracias, príncipe! —agradeció alegremente ella mientras, escondiendo la serpiente entre sus manos, corría para reunirse con los niños que siempre la molestaban.

—Eres malo —le dijo Pan a Snake, sin poder aguantar la risa al ver a la pequeña mocosa persiguiendo a unos niños el doble de grandes que ella, haciéndolos gritar.

—Sí, querida, y creo que me encanta serlo —confirmó Snake antes de coger a la joven desprevenida para darle un intenso beso con el que no pudiera olvidarse de él y de alguna de las maldades que aún quería llevar a cabo con ella.

Pan intentó apartarse del cálido cuerpo que la apresaba, pero esos ardientes labios y esa exigente lengua le hicieron imposible alejarse de ese embaucador sujeto, algo que lograron finalmente los gritos de escándalo de una aterrorizada monja ante las trastadas de la niña.

—¡María! ¡Suelta ahora mismo esa serpiente! —exigió la religiosa, seguramente pensando que la serpiente era peligrosa.

—¡Pero ellos dicen que él no es un príncipe! —sostuvo la niña indignada, negándose a soltar a su serpiente mientras señalaba a sus molestos compañeros, que se escondían aterrados detrás de la monja.

—Ese hombre no puede ser un príncipe, ¡ni siquiera un noble! —dijo uno de los mocosos señalando a Snake y las despreocupadas vestimentas que llevaba esa mañana.

—Y si lo fuera, ¿cuál es su título? —preguntó impertinentemente el otro niño, atreviéndose a asomar la cabeza por unos instantes desde detrás de la falda de la monja.

La chiquilla, que todavía amenazaba a sus compañeros con la serpiente, se negó a dar su brazo a torcer, y, alzando su rostro con orgullo, declaró ante todo aquel que quisiera escucharlo:

—¡Pues claro que es un príncipe: es el príncipe de las serpientes!

—Si me perdonas, creo que me reclaman —anunció Snake burlonamente al oído de la mujer que retenía entre sus brazos para ir a salvarlos a todos de una imprudente mocosa, de modo que se dirigió hacia la pequeña María, tomó a la serpiente de entre sus manos y, tras jugar con ella, la dejó correr de nuevo libre por el jardín.

—Algunas serpientes no son tan peligrosas como parecen, hermana. Esta imita los colores de una bastante venenosa, pero la pequeña franja de color blanco que hay entre las negras la señalan como una impostora. No es venenosa y, a lo sumo, puede conseguir espantar a algún ratón —explicó Snake, tranquilizando a la monja mientras la calmaba con sus palabras. Y cuando la religiosa ya se alejaba, aliviada al comprender que todo había sido una simple travesura de niños, Snake se volvió hacia los dos granujas que pretendían tomarse su revancha sobre María para dejar caer sobre ellos una sutil amenaza—: Las serpientes no son peligrosas, siempre y cuando sepáis manejarlas, claro está. ¿Vosotros sabéis? —inquirió, recordándoles que la pequeña María sí.

—¿Cómo sabes tanto de serpientes, Snake? —le preguntó Pan, tras haber escuchado las detalladas explicaciones que le había dado a la monja para tranquilizarla, demostrando que sabía diferenciar entre dos especies muy parecidas entre las que lo único que avisaba del peligro era un ínfimo detalle en el patrón de su color.

—Sospecho que aprendí mucho de ellas con todas las mordeduras que me dieron cuando era pequeño —contestó él, provocando que Pan se alarmara ante sus palabras.

—Snake, ningún niño podría haber sobrevivido a la mordedura de una serpiente venenosa, mucho menos a varias —manifestó la joven, recordando algunas de las enseñanzas de su padre, enseñanzas que el Serpiente contradujo al subirse las mangas de la camisa para descubrirle numerosas marcas de antiguas mordeduras en sus brazos en las que Pan no se había fijado con anterioridad.

—Pero ¿qué clase de vida has tenido hasta ahora, Snake? —señaló Pan angustiada, revisando uno de los brazos de ese hombre. Y, sin poder evitarlo, derramó por él las lágrimas que seguramente nadie habría derramado jamás.

—Una que no quiero recordar —confesó Snake, perdido en algún amargo momento que, por unos instantes, acudió a su mente, pero que desapareció en cuanto sintió que Pan besaba una vieja marca en su muñeca mientras le anunciaba con decisión:

—Aunque vengan a ti tus recuerdos, no tienes que volver a ser el hombre que eras en el

pasado. Puedes limitarte a ser simplemente el embaucador sinvergüenza que tengo ante mí ahora mismo.

Tras estas palabras, Snake volvió a sonreír. Y, sin poder evitarlo, atrajo de nuevo a esa mujer hacia sus brazos para disfrutar del calor que solo su cuerpo podía darle y de la calma que únicamente sus besos le proporcionaban a su confusa vida. Pero cuando sus labios se acercaban a los de Pan, fueron interrumpidos por una nueva visita a esa pequeña iglesia, una que, de repente, le hizo recordar a Snake cuánto odiaba a los cuervos.

\*

—No me gusta —susurró el Serpiente a Edmund mientras observaba a un adinerado lord que había hecho acto de presencia en esa iglesia, acaparando la atención de la monja que los había guiado antes, y también la de Pan.

—Creo que no te gusta porque está coqueteando con mi hermana —apuntó Edmund, señalando cómo ese pomposo individuo hacía una reverencia para acabar besando una de las manos de Pan, haciéndola ruborizarse.

—¡Bah! Yo la hago ponerse tan roja como el color de sus cabellos —descartó despreocupadamente Snake a su rival, aunque sus ojos volvieron a fulminar a ese sujeto cuando ella comenzó a reírse como una idiota y no como la inteligente mujer que en realidad era.

—Sí, pero tú la pones roja de enfado —indicó Edmund, recordándole las interminables peleas que mantenía con esa mujer, que aún se resistía a caer del todo en sus seductores brazos.

—Tal vez una de las razones de que no me guste sea que se acerca demasiado a tu hermana, aunque hay algo más..., y no sé qué es, pero la presencia de ese hombre me incomoda.

—Bueno, puede deberse a que es rico —expuso Edmund, alzando uno de sus dedos—, porque es guapo y tiene un título —continuó alzando otros dos—, porque ofrece generosas donaciones a la iglesia o porque es educado y bondadoso... —siguió, levantando más dedos, para intranquilidad del Serpiente.

—¡Hum! Demasiado perfecto... —declaró este mientras seguía contemplando a ese personaje que no terminaba de convencerlo.

Al parecer, lord Bastian Reginald, cuyas tierras colindaban con las de los Sanders, hacía una visita cada semana a esa iglesia, en la que dejaba grandes donativos, y ese preciso día era uno de los elegidos por el virtuoso hombre.

Ante todos, el lord aparecía como una persona de perfectos modales, impecable apariencia y gran amabilidad, pero sus negras vestimentas, muy adornadas por numerosas alhajas, y la sibilina sonrisa que les dedicaba a algunos de los niños le recordaron a Snake a alguien de su pasado, un recuerdo difuso que no podía ubicar, un hombre que parecía que no le caía demasiado bien. Y mientras observaba a ese noble con detenimiento, acudió a su mente la negra imagen de un avaricioso animal que lo llevó a mostrarse precavido.

—Ya sé por qué no me gusta: me recuerda a un cuervo, y creo que odio a los cuervos — reveló a Edmund antes de dirigirse hacia Pan y hacia ese personaje que la rondaba y que, sin aparentarlo, podía ser sumamente peligroso para todo aquel al que pudiera llegar a engañar.

\*

Pan estaba realmente complacida con el educado lord de sedosos cabellos negros, bonitos ojos azabache, elegante porte y bondadosa sonrisa que tenía ante sí. Sus modales, al contrario de los de un pecaminoso hombre que últimamente la acompañaba, eran de lo más exquisitos, como había demostrado al besarle caballerosamente la mano en cuanto los presentaron, a pesar de que ella careciera de título alguno que la pusiera a su mismo nivel.

A Pan le estaba gustando mucho conversar con ese hombre sobre la extensa biblioteca de la pequeña abadía, que él también apreciaba, y sobre los niños desamparados a los que le encantaba ayudar y para los que, en ocasiones, encontraba una casa adecuada, ofreciéndoles un sitio al que pudieran llamar hogar. Una encantadora conversación que muy pocas veces podía sostener con los hombres sin que estos se excusaran con rapidez porque los aburría o porque los intimidaba con su inteligencia.

Observando con detenimiento a ese atractivo y soltero lord, Pan pensó que tal vez podía comenzar a poner en marcha la segunda parte de su plan para librarse de las garras de su tío, en la que ella se buscaba un marido de su gusto antes de que le impusieran uno.

En un principio había pospuesto esa posibilidad, ya que no creía que pudiera encontrar a algún candidato adecuado para el matrimonio. Y también porque estaba algo distraída con todas las cosas que le habían sucedido desde su llegada a Londres, pero ahora tal vez podía comenzar a utilizar sus encantos con ese hombre.

Lo malo de estar siempre sumergida entre libros en lugar de en las selectas fiestas que solía celebrar la sociedad era que no recordaba cómo debía coquetear. No obstante, lo intentó, recibiendo a cambio la atención del hombre que menos deseaba que la persiguiera, uno que siempre estaba cerca de ella, rondándola para recordarle que, si una salvaba a una serpiente, esta siempre bailarían a su alrededor, no para ayudar, sino para hacerla caer ante su mordisco.

—¿Te encuentras mal? —susurró Snake en su oído mientras se colocaba a su espalda y la observaba con atención.

—No —murmuró ella entre dientes, intentando seguir con su conversación con lord Reginald.

—¿Estás segura de que no te duele nada? Tienes una cara muy extraña, entre dolorida y somnolienta.

—¡No me ocurre nada! —masculló Pan, cada vez más furiosa con él, intentando mantener la compostura ante lord Reginald y evitando volverse hacia Snake para golpearlo por sus molestos



comentarios, hasta que otro sujeto aún más molesto abrió la boca, provocando que lo fulminara con la mirada.

—Esa es la cara que pone cuando intenta conquistar a un hombre —comentó Edmund entre susurros a Snake—. O eso, o es que está estreñida —comentó vulgarmente su hermano, ganándose un capón de parte de Pan cuando lord Reginald no miraba. Y antes de que su hermana le tirara de las orejas, Edmund decidió retirarse de esa batalla en la que Snake se bastaba y se sobraba para hacer que Pan perdiera la compostura.

—Entonces ¿finalmente te has decantado por la opción más aburrida e intentas cazar al hombre virtuoso? Y yo que creí que te gustaban más los hombres perversos como yo —susurró Snake en su oído, haciéndola sonrojar al recordarle los ardientes momentos que había pasado entre sus brazos antes de que se decidiera a noquearlo con un libro.

—Creí que las cuerdas que lucías esta mañana te habían dado mi respuesta a tu intento de seducción —murmuró Pan, intentando ignorar a Snake para seguir prestando atención a la amplia disertación que lord Reginald le estaba dedicando acerca de la nueva novela que estaba leyendo.

—Sí, pero tras ver cómo respondías a mis caricias, decidí ignorar tu respuesta. A no ser, claro está, que pretendas llevar a cabo alguna perversión con ellas... —insinuó Snake burlonamente, muy cerca de su oído, haciéndola temblar con el simple roce de su aliento.

—No tengo ni idea de qué perversiones me hablas... ni quiero saberlo —cortó Pan antes de que él se explayara en su explicación, haciendo que su rostro se pusiera tan rojo como sus cabellos.

—Pues, por la forma en la que nos conocimos, por unos momentos llegaste a engañarme.

—¡Eso solo formaba parte de mi investigación!

—Una investigación en la que estoy dispuesto a ayudarte, ya quieras llevarla a cabo dentro o fuera de la cama.

—¡Eso no volverá a ocurrir, Snake, ni siquiera en tus sueños!

—¿Te cuento los sueños que he tenido contigo?

—¡No! —gritó Pan, temerosa de que las pecaminosas palabras de ese hombre la atrajeran hacia él de nuevo. Y mientras se distraía con el hombre que le susurraba a la espalda, no prestó atención al que tenía enfrente, hasta que se percató que los ojos de lord Reginald estaban clavados en ella, sorprendido por su brusca interrupción. Pan se dio cuenta de que su negativa hacia Snake había sido malinterpretada por lord Reginald, algo que siempre le ocurría cuando una maliciosa serpiente rondaba cerca de ella.

—Bueno, no a todo el mundo tiene por qué gustarle ese tipo de libros, pero creía que usted apreciaría la filosofía y las teorías de ese nuevo escritor.

—No, perdón, lord Reginald. Mi negación no se refería a que no estuviera de acuerdo con sus valoraciones al respecto, sino que era una respuesta a una de las molestas preguntas del señor Snake.

—¡Ah! Usted debe de ser el hombre al que la señorita Sanders acoge caritativamente bajo su ala hasta que recupere la memoria. Yo soy lord Bastian Reginald —se presentó el noble, tendiendo cortésmente su mano hacia Snake al tiempo que trataba de representar su papel de hombre perfecto, una mano que Snake ignoró para comprobar cómo reaccionaba ante una ofensa, dispuesto a ver si dejaba atrás su elaborado disfraz. Y, tal y como sospechaba, ante su insulto y su descaro, la máscara le falló durante unos instantes. Y aunque la bondadosa sonrisa de lord Reginald seguía apareciendo expuesta ante él, sus ojos miraron con desprecio al hombre que no bailaba al son de su mentira.

Tras el incómodo silencio que se hizo entre ambos, lord Reginald permaneció insistentemente con su mano extendida, ante lo que Snake alzó burlonamente una ceja, provocándolo un poco más.

—Tal vez la pérdida de memoria lo haya hecho olvidarse de las más elementales normas de cortesía, caballero, por las que debería usted presentarse adecuadamente ante los demás, especialmente cuando se trata de personas superiores a usted.

—Sí, tiene razón. Puede que mi grosería se deba a mi mala memoria... —comentó él, tendiendo finalmente su mano para apretar fuertemente la de ese lord a la vez que se acercaba a él para susurrarle una advertencia—: O, quizá, simplemente se deba a que quiero ser grosero.

Cuando el hombre quedó debidamente advertido, se apartó y, sin soltar el fuerte agarre de su mano, anunció bien alto para que todos lo oyeran:

—Yo soy Snake, y se podría decir que soy la peligrosa serpiente que protege a los Sanders de todo aquel que quiera hacerles daño. Por un módico precio, claro está —añadió con despreocupación, soltando la mano de ese lord e intentando aparentar que era inofensivo, algo que después de su amenaza no consiguió.

—¿Ah, sí? ¡Qué interesante! ¿Y cuál es su precio? —tanteó ese hombre, que, como todos los nobles, no soportaba que hubiera algo que no pudiera comprar.

—Uno que usted no puede pagar —repuso Snake, midiéndolo con una despectiva mirada igual de insultante que la que lord Reginald había exhibido hacia él.

—Le pago ofreciéndole un alojamiento y cuidando como médico de sus lesiones hasta que se recupere —intervino Pan, tratando de evitar que Snake siguiera provocando a ese noble, aunque, por desgracia, solo consiguió que pasara a provocarla a ella con sus maliciosas palabras.

—Y en libros: también me paga con el préstamo de lecturas muy interesantes —apuntó Snake mientras una maliciosa sonrisa acudía a su rostro.

—¿De verdad? ¿Y qué interesante lectura le ha prestado últimamente? —inquirió lord Reginald dirigiéndose hacia Pan e intentando volver a su amable disfraz. Una pregunta que solo consiguió que ella se tensara y que, para el asombro de todos, se volviera bruscamente hacia Snake para tapar su boca antes de que de esta saliera el nombre de ese indecente libro con el que tanto la provocaba.

Observando el malicioso brillo que había en los ojos de ese granuja que siempre se burlaba

de ella, Pan supo que, si retiraba las manos de esos labios, estos la delatarían. Así que, despidiéndose a toda prisa de lord Reginald, puso fin a la agradable charla que había estado manteniendo con ese lord y a la visita a ese lugar, obteniendo a cambio la satisfecha sonrisa de una serpiente que solamente quería protegerla, aunque tal vez demasiado.

## Capítulo 8

Proteger a los Sanders era más difícil de lo que Snake había creído en un principio, especialmente cuando Pan se dejaba encandilar por un hombre perfecto, con un perfecto título que tan solo lo llevaba a desear pegarle un perfecto tiro en su perfecta cabeza a ese idiota, para luego tirarlo al perfecto mar.

Tal y como Snake sospechaba, ese hombre tenía una doble cara, y únicamente mostraba la más virtuosa ante Pan desplegando todos sus encantos, lo que tan solo podía significar que la tenía en el punto de mira.

Ella, como cualquier tonta dama de la sociedad londinense, se había dejado deslumbrar por ese lord prestándole una atención que Snake había conseguido desviar únicamente picando a la escandalosa pelirroja con sus provocaciones, unas que ahora que estaban dentro del carruaje estaban siendo reprendidas, ocasionándole un gran dolor de cabeza.

—¡Te has comportado de una forma muy grosera con ese hombre! —se quejó Pan, haciendo que Snake alzara irónicamente una ceja, llevándola a corregir sus palabras—. Vale, más grosera de lo que es habitual en ti. Lo has amenazado, insultado y te has burlado de él...

—Bueno, no lo he matado... —replicó Snake, creyendo tener un punto a su favor, algo que Pan no vio así, al soltar un grito molesto antes de seguir con su sermón.

—¿Y acaso debo premiarte por ello? ¿Crees que es normal ir por ahí deshaciéndote de todo aquel que no te cae bien?

—No lo sé, puede que sea algo normal para mí —respondió Snake, haciendo que el niño que iba sentado a su lado se mostrara de acuerdo con él.

—En eso tiene razón —apuntó Edmund, consiguiendo que la furiosa mirada de su hermana se volviera hacia él.

—¡No lo alientes! —reprendió Pan a su hermano, para luego clavar de nuevo la mirada en un hombre que, con memoria o sin ella, definitivamente, no tenía remedio—. La verdad, Snake, no sé el porqué de tu comportamiento. Ese hombre no te ha insultado de ninguna manera y...

—Creo que estaba celoso —intervino Edmund, una posibilidad que ninguno de ellos había tenido en consideración.

—¡No seas ridículo! —lo amonestó Pan, descartando rápidamente sus palabras.

—Snake gruñe a todos los hombres que se te acercan, se molesta si dejas de prestarle atención y sus instintos asesinos surgen cuando coqueteas con alguien que no es él... —detalló el crío mientras levantaba un dedo ante cada una de sus apreciaciones.

—¡Eso no es verdad! —protestó Pan furiosa, volviéndose hacia Snake para reclamarle—: ¡Di algo!

—Creo que estoy celoso... —expresó pensativamente él, acariciando su barbilla—. Y siento que eso es algo que no había experimentado nunca hasta ahora...

»¿Qué se hace para acabar con los celos? —le preguntó a Edmund con curiosidad, ante lo que el niño contestó, metiendo a su hermana en un millón de problemas.

—Muy fácil: te casas con Pan.

—¡Aquí nadie va a casarse! —protestó enérgicamente Pan en cuanto vio los ojos de esa serpiente clavándose calculadoramente en ella, seguramente planificando una más de sus diabluras.

—Pero eso no es cierto, Pan: antes de que huyéramos, nuestros tíos querían obligarte a casarte con nuestro despreciable primo, y tu «plan B», en caso de sentirnos acorralados y no tener otra opción, era casarte con un hombre que no protestase demasiado y al que pudieras manejar... ¿Por qué no con él? —sugirió Edmund señalando a Snake, quien comenzó a devorarla con la mirada mientras le comunicaba sin palabras que estaba de acuerdo con ser el conejillo de Indias de su plan.

—Sí, ¿por qué no te casas conmigo? Te prometo que no protestaré... —señaló maliciosamente, recorriendo su cuerpo con una ardiente mirada, recordándole cómo pensaba entretenerse con ella para no tener que emitir protesta alguna ante ese supuesto matrimonio.

—Porque tú no eres un hombre fácil de manejar —declaró Pan, haciendo que esa serpiente sonriera satisfecha, tal vez porque con sus palabras demostraba lo mucho que lo conocía ya.

—Pero no me dirás que no te divertirías mientras lo intentas.

—Lo siento, Snake, pero es demasiado peligroso para mí jugar con una serpiente —declaró Pan finalmente, intentando poner fin a esa conversación. Y como respuesta recibió las carcajadas de ese hombre, unas carcajadas que se apagaron en cuanto el cochero detuvo el carruaje al haber llegado a su destino.

Sin permitir que otro que no fuera él la escoltara, Snake bajó del coche de caballos, le ofreció amablemente su mano a Pan y la ayudó a apearse, aprovechando para susurrarle maliciosamente al oído:

—Pero nuestro juego tan solo acaba de comenzar.

\*

Los planes de esa mujer eran realmente absurdos: intentar encontrar precipitadamente un marido en un país desconocido era meterse en una trampa tan peligrosa como esa de la que quería escapar.

Si conseguía entrar en la estricta sociedad para buscar algún buen partido entre los nobles, no recibiría proposiciones, ya que ella carecía de título alguno. Y si recibía alguna, procedería de

viejos, desvergonzados o vividores que gastarían sus posesiones despreocupadamente, con los que Pan y su hermano lo perderían todo.

Si, por otro lado, se decidía a buscar entre los burgueses, los comerciantes o los empresarios, podría dar con alguno bueno entre tanta manzana podrida, pero lo más probable era que todos los buenos ya estuvieran pillados y que solamente recibiera alguna que otra propuesta indecente con intención de convertirla en su amante.

—Más vale malo conocido que bueno por conocer... —se dijo el Serpiente mientras tocaba la puerta de Pan para hacerle una proposición decente, por una vez en su vida.

—¡No pienso abrirte, Snake! —exclamó ella. Y eso que en esa ocasión no había irrumpido por la puerta que comunicaba sus estancias, sino que, pacientemente y como todo un caballero, había llamado a la de su dormitorio.

—Ya sabía yo que lo de ser un caballero no iba a funcionar... —protestó Snake entre murmullos, para luego preguntar en voz alta—: ¿Cómo has sabido que era yo?

—¿Quién iba a llamar a la puerta de mi habitación a esta hora indecente sino un desvergonzado? Y el único desvergonzado que conozco eres tú.

—Me ofendes.

—Lo dudo.

—Y yo que venía a hacerte una proposición bastante decente...

—No pienso casarme contigo, Snake.

—¿Por qué?

—Porque no te conozco. Ni siquiera tú mismo sabes quién eres, y hasta podrías tener a alguien esperándote o, incluso, estar casado ya.

—No recuerdo que nadie me espere, Pan. De hecho, en los pocos y confusos momentos en los que vienen a mi mente recuerdos de mi vida, no veo a nadie especial. Solo cuando abro los ojos y te veo a ti encuentro a esa persona especial frente a mí —reveló Snake, colocando una mano sobre la puerta que los separaba, intentando alcanzar a Pan con sus palabras.

—Eres un embaucador con las palabras, pero no pienso caer, por eso no voy a abrirte.

—Ya sabía yo que ser un caballero no iba a funcionar..., ¡pues nada: tendré que ser un sinvergüenza! —anunció él antes de apresurarse hacia su habitación, dispuesto a entrar en la de Pan por la puerta que comunicaba sus estancias.

Mientras aceleraba su paso, oyó cómo una nerviosa chica hacía lo mismo para intentar bloquear su lado de la puerta que conectaba sus dormitorios, ignorando que nada podría detenerlo esa noche. O, al menos, eso era lo que pensaba Snake, hasta que, al llegar a su habitación, se encontró a una víbora en su cama.

La atractiva Alisa Belarder, con su rebelde melena rubia y sus interesados ojos azules clavados en él, lo esperaba en la cama ataviada con un sensual atuendo para dormir consistente en un largo batín, que no ocultaba nada, y un blanco camisón de una tela bastante transparente.

Manteniendo una pose insinuante, Alisa mostró a Snake sus desnudas y largas piernas y algo

de su profundo escote, intentando tentarlo con su cuerpo.

—Al fin has venido, mi príncipe... —ronroneó con voz sensual y unas falsas palabras con las que pretendía alabarlo.

A la mente de Snake acudieron imágenes de otras mujeres, unas más elegantes y otras más vulgares, pero todas con el mismo ávido gesto en sus rostros, indicativo de que solamente buscaban su poder o su dinero.

Pensó durante un instante que podría calmar su deseo por Pan con el cuerpo de esa mujer que lo aguardaba dispuesta en la cama, dándole de paso una lección a la reticente joven que lo alejaba de ella al hacerle oír los gritos de pasión de otra que sí lo aceptaba de buena gana. Pero no quiso ser un canalla con la única persona que le interesaba en esa nueva vida, así que, sin saber cómo lidiar con ese problema, lo dejó enteramente en manos de Pan para que ella lo solucionara.

Ignorando la invitación de Alisa, se dirigió hacia la puerta que comunicaba su estancia con la de Pan y, tras abrirla de una fuerte patada, se adentró en la estancia para tumbarse despreocupadamente sobre la cama de esa sorprendida mujer que, hasta entonces, tenía toda su atención puesta en los libros que compartían su lecho.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —preguntó molesta mientras le señalaba su habitación.

A lo que Snake contestó, tras soltar un desalentador suspiro:

—Hay una serpiente en mi cama y no sé cómo deshacerme de ella.

—¿Es venenosa? —preguntó Pan preocupada, dejando sus libros a un lado.

—No lo sé, ya que no he dejado que me muerda.

—Pero ¿no eras tú un experto conocedor de muchas especies?

—Sí, creo que lo soy. Pero a esta no sé cómo catalogarla. ¿Por qué no vienes a mi habitación y me ayudas a deshacerme de ella? —propuso Snake, levantándose de la cama mientras le tendía invitadoramente la mano para que lo acompañara.

—¡Como me estés mintiendo, te vas a enterar! —advirtió Pan, aún algo reticente a acompañarlo. No obstante, tras ponerse sus zapatos, un batín con el que cubrir su recatado camisón y coger un atizador con el que manejar a esa bicha, lo siguió hasta su habitación.

—¿Y bien? ¿Dónde está la serpiente que ha irrumpido en tu cama? —preguntó Pan beligerante mientras irrumpía en el otro dormitorio preparada para enfrentarse a todo..., a todo excepto a la imagen de una mujer con escasa vestimenta que, en cuanto la vio entrar esgrimiendo el atizador, salió corriendo precipitadamente sin dejar de disculparse por el camino, fijando su atemorizada mirada en Pan y en el arma que portaba.

—¡Lo siento...! ¡De verdad que lo siento...! No sabía que era tu amante..., te prometo que no volverá a ocurrir... —manifestó Alisa temblorosamente, sin darle tiempo a Pan a explicar ese malentendido en el que se había metido por culpa de una taimada serpiente.

—¡Espera! ¡No es lo que piensas! —exclamó ella en dirección a la puerta, que se había cerrado precipitadamente de un sonoro golpe que le hizo comprender que su nombre se vería

mezclado en un nuevo escándalo—. ¿Se puede saber qué hacía esa mujer en tu cama? —preguntó volviéndose furiosamente hacia el culpable de todo.

—¿La busco y se lo preguntamos? —propuso Snake con malicia, dirigiéndose hacia la puerta.

—¡Ni se te ocurra! —declaró Pan, amenazando con el atizador a la serpiente adecuada en esa ocasión—. ¿Me estás diciendo que no la has invitado tú a tu cama?

—No lo hice. En cuanto entré por la puerta para dirigirme a tu habitación, me la encontré en mi lecho, esperando a un príncipe. Y como no quería estropear tu extravagante historia comportándome como un canalla, fui en tu busca para que solucionararas el lío en el que tus mentiras me metieron.

—Estoy orgullosa de ti. Me resulta increíble que no te hayas aprovechado de la mujer que has encontrado en tu cama y...

—No me concedas méritos que no tengo: no he seducido a Alisa solo porque quiero aprovecharme de otra mujer, concretamente, de la que tengo delante —reconoció Snake fijando sus ávidos ojos en ella, haciéndole ver que se había metido de lleno en el nido de la serpiente y que, en esta ocasión, tal vez no podría escapar.

—Será mejor que me retire a mi habitación —dijo Pan, intentando volver a su cuarto mientras, descuidadamente, le daba la espalda a Snake, un error del que solo se dio cuenta cuando ese taimado hombre la aprisionó entre sus brazos para susurrarle al oído:

—Y dime, ¿qué habrías hecho si me hubiera aprovechado de lo que tan gustosamente me ofrecía Alisa...? —preguntó al tiempo que su aliento se deslizaba por su cuello para depositar un sensual beso sobre él—. ¿Si hubieras oído unos gritos de pasión similares a los que tú dejaste escapar de entre tus labios cuando te rendiste ante mí...? —continuó mientras su lengua se deslizaba lentamente por la piel de Pan, haciéndola temblar—. ¿Si me hubieras encontrado en esa cama disfrutando del placer que me niegas pero que en verdad deseas...? —terminó, propinándole un pequeño mordisco castigador en el cuello, un simple roce de sus dientes con el que buscaba excitarla y, a la vez, reprenderla por su negativa a rendirse a él de nuevo.

—Habría utilizado el atizador con la serpiente adecuada... —contestó Pan, volviéndose para enfrentarse a ese hombre, apretando el atizador fuertemente entre las manos, sintiendo que ese hipotético momento que Snake le había expuesto le habría dolido, quizá demasiado.

—¿Celosa? —preguntó él, haciéndole reflexionar sobre cuáles eran sus sentimientos, para luego recordarle antes de dejarla marchar—: Pues esos pequeños celos no son nada comparados con los que yo siento cuando otro hombre se acerca a ti mientras soy consciente de que pueden arrebatarte fácilmente de mi lado, poniendo fin a todo mi mundo... Porque, desde que volví a abrir los ojos, mi mundo eres tú.

La respuesta de Pan fue correr hacia su habitación y apoyarse contra su puerta rota mientras se escondía de lo que comenzaba a sentir por un hombre al que era peligroso amar, pero también era un hombre que le provocaba dolor rechazar, sobre todo cuando su corazón le decía que, en



ocasiones, esa taimada serpiente no le mentía y le expresaba todo lo que sentía su frío corazón, uno que quizá ella era la única capaz de calentar.

—En esta ocasión te dejaré ir —anunció un seductor hombre tras la puerta que apenas se mantenía debidamente cerrada entre sus habitaciones—. Pero la próxima tendrás que enfrentarte tanto a lo que sientes por mí como a tu deseo —terminó Snake, haciéndole saber que no le permitiría esconderse de lo que sentía por mucho tiempo.

No obstante, a la mañana siguiente, Pan lo intentó...

\*

La avariciosa viuda Belarder lucía esa mañana una gran sonrisa. Sin darse cuenta de que sus despreocupadas palabras atraían sobre ella alguna mirada de disgusto, en especial de Snake y Edmund, que no dejaban de mirar el papel que ella agitaba continuamente con emoción entre sus manos:

—¡Oh, querida! ¡Apenas acabas de llegar a la ciudad y ya te mezclas con la más alta sociedad! ¡No puedo creer que lord Bastian Reginald, conde de Tiferson, te haya invitado a una de sus concurridas fiestas!

—¿Cree que debo asistir? —preguntó Pan, sin querer perder tiempo en esas insulsas fiestas que la obligarían a dejar de lado sus investigaciones, pero sabiendo que si no acudía no podría poner en marcha parte de su alocado plan de encontrar esposo.

—¡Oh, por supuesto! Sería una grosería rechazar esta invitación. Además, esa fiesta estará llena de cotizados solteros de los que, tal vez, puedas llamar la atención —declaró la viuda, recorriendo la figura de Pan con una irónica mirada que aseguraba que no creía que ella fuera capaz de captar la atención de ningún hombre—. Si quieres, podemos ayudarte a elegir el atuendo más adecuado para la ocasión. Tendremos poco tiempo, tan solo un mes para prepararnos, pero esa fiesta vale la pena. A cambio de nuestro consejo, únicamente te pediremos que nos dejes acompañarte a ese evento —manifestó Astrid taimada mientras golpeaba la invitación contra sus labios, ocultando una maliciosa sonrisa.

—Hermana, recuerda lo poco que te gustan esas fiestas, y que acudir a ella te quitaría mucho tiempo de tu importante investigación —intervino Edmund, haciéndola dudar. Hasta que sus ojos se toparon con los de una fría serpiente que la reclamaba y que, mirándola a disgusto, le ordenó con descaro:

—No vayas a esa fiesta.

—No soy nada suyo para que me prohíba ir a ningún sitio, señor Snake, y, aun si lo fuera, nunca permito que otros me digan lo que tengo que hacer —expuso Pan, empleando el tono formal que solo usaba con él cuando estaban ante otras personas, uno que Snake comenzaba a detestar.

—¿Recuerda usted, señorita Sanders, cómo son esas fiestas? —preguntó fríamente él,

ocultando su enfado tras una falsa sonrisa que engañó a todos excepto a ella y a Edmund.

—Sí: encantadores eventos llenos de bailes y comida exquisita —dijo Pan, sin querer dar su brazo a torcer en esa discusión, a pesar de no tener ningún recuerdo agradable de los bailes de Boston, en donde siempre que asistía a uno de ellos únicamente era recibida por cuchicheos y maliciosas miradas.

Las palabras de la joven provocaron que Snake alzara una ceja irónicamente y que un sarcástico discurso saliera de sus labios, recordándole aquello a lo que se enfrentaría si acudía a ese baile.

—Sí, claro: encantadores eventos llenos de mujeres que van allí para presumir de sus grandiosos vestidos y sus caras joyas. Bailes que catalogan a las mujeres como «solteronas» o como «la sensación de la Temporada», según el número de veces que las saquen a bailar, de acuerdo con los estándares de una sociedad insufriblemente petulante. Maliciosos cotilleos que suben de tono alrededor de aquellas personas a las que las malas lenguas viperinas de la alta sociedad han decidido despedazar. Exquisitas comidas ante las que se reúnen los orondos nobles para conversar sobre cómo acabar con un hambre que nunca han sufrido o con unos problemas que nunca han experimentado... Así son esos *maravillosos* bailes que los nobles como lord Reginald organizan...

»Creo sinceramente que haría mejor en aprovechar su tiempo investigando lo que desea, señorita Sanders, en lugar de verse forzada a ocultar su inteligencia solo para buscar un estúpido candidato a marido al que poder manejar —finalizó Snake antes de levantarse de la mesa del desayuno para después limpiar su rostro con una servilleta y arrojarla furiosamente sobre la mesa.

—¡Vamos, vamos, señor Snake! ¡No exagere! ¡Los bailes no son tan malos! —protestó nerviosamente la viuda Belarder, viendo que la oportunidad de acudir a él se le escapaba de las manos.

—No obstante, asistiré a ese baile —sentenció Pan levantándose también. Y tan groseramente como su invitado, golpeó la mesa con las dos manos para enfrentarse a él—. Y nada de lo que usted pueda decirme, señor Snake, me hará cambiar de opinión. ¿Qué tiene que decir a esto? —lo retó, avivando más las llamas de su enfado, sin importarle lo peligrosa que esa víbora pudiera llegar a ser.

—Que vamos a ir a comprar un vestido... —masculló él entre dientes, furioso con esa empecinada mujer que siempre tenía que retarlo sin olvidarse de lo peligroso que podía ser provocar a una serpiente.

\*

—Estás enfadado, ¿verdad? —preguntó Edmund al ver cómo, en esta ocasión, su hermana había permitido que la señorita Alisa y la viuda Belarder trataran a Snake como a un mulo de

carga.

A cada paso que daban hacia una nueva *boutique*, los paquetes se acumulaban en las manos de Snake y de Edmund, y el muchacho estaba seguro de que, de un momento a otro, el temperamento de ese hombre no tardaría en saltar.

—Me pregunto por qué razón, si tu hermana es tan inteligente como creo que es, se deja aconsejar por esas dos víboras —replicó Snake, bastante molesto.

—Porque en lo referente a la sociedad y sus costumbres no tiene ni idea. Pan es una auténtica ingenua en ese aspecto. En Boston siempre era la chica que se quedaba a un lado, a la que ningún hombre elegía nunca para bailar. Y cuando entablaban alguna conversación con ella, sus acompañantes no tardaban en huir, o aburridos o asustados, principalmente cuando comenzaba a hablar de los libros de investigación de mi padre.

—Sí, ya conozco esos libros de primera mano —dijo Snake, recordando los contundentes golpes que había recibido con ellos en más de una ocasión.

—Espero que esta vez sea diferente —suspiró Edmund, nada convencido, viendo a través de los escaparates de esa nueva *boutique* cómo las mujeres que rodeaban a Pan la hacían probarse un soso vestido rosa lleno de lazos y volantes que no la favorecía en absoluto.

—¿De verdad crees que en esta ocasión será distinto? ¿No ves que esas arpías solamente quieren dejar a tu hermana en ridículo en esa fiesta?

—¿Y qué hacemos, Snake? ¡No quiero que Pan llame la atención de lord Reginald, pero tampoco deseo verla llorar como en otras ocasiones!

—Vamos a vestirla para la ocasión, pero solo para mí, porque te puedo asegurar que voy a asistir a ese baile y no voy a permitir que nadie que no sea yo se acerque a ella.

—Te creo —aseguró Edmund, recordando el interés que ese hombre mostraba por su hermana y lo peligroso que podía ser con cualquiera que se cruzara en su camino—. Pero ¿cómo vamos a ayudarla si tenemos las manos ocupadas con otros asuntos? —inquirió señalando los numerosos paquetes que llevaban él mismo y Snake.

—Deshaciéndonos de esos asuntos... —anunció este último al tiempo que dejaba las decenas de cajas que cargaba en sus brazos entre los del primer pillo que encontró en su camino. Por supuesto, el joven ladronzuelo no tardó en salir corriendo con ellas, perdiéndose entre el gentío.

—¡Pero esas eran las compras de la señorita Alisa y de la viuda Belarder! —señaló Edmund, viendo que les sería imposible recuperar esos paquetes..., siempre y cuando quisieran recuperarlos, algo en lo que el hombre que tenía a su lado no mostró excesivo interés.

—¡Bah! Que no las hubieran dejado en un lugar donde podrían llegar a perderlas —dijo Snake luciendo una maliciosa sonrisa, una ante la que Edmund, curado de espantos, se limitó a encogerse de hombros para luego seguir a ese hombre en otra aventura más, una en la que estaba seguro que ningún villano les haría daño, porque ese hombre que lo acompañaba era el mayor villano de todos cuantos había en esa ciudad.

\*

Snake recorrió los numerosos escaparates de las ñoñas tiendas femeninas donde nada llamó su atención. Demasiados lazos, demasiados encajes y bordados de colores tristes y apagados... Por lo visto, un mes no era suficiente tiempo para prepararse para una fiesta, y menos aún, para una de disfraces tan glamurosa como la que había preparado lord Reginald, para la que todas las mujeres ya hacía meses que tenían sus disfraces encargados.

—Olvídate de hacer destacar a mi hermana, aquí no hay nada que pueda servirle —dijo Edmund, señalando los escaparates donde siempre veían lo mismo: algún insulso disfraz de princesa de dulces tonos pastel o rosado que jamás pegarían con la delicada y blanca piel de Pan ni con el furioso color rojo de sus cabellos—. Definitivamente, ella no es una princesa —opinó el chico, recordándole a Snake su vehemente temperamento, que en ocasiones podía ser tan ardiente como sus cabellos.

—No, tu hermana no es una princesa: es una diosa —declaró el Serpiente, manteniendo sus ojos fijos en un vestido, una osada creación para cualquier mujer, uno que muy pocas se atreverían a llevar..., excepto Pan.

—¿De qué crees que será ese disfraz? —preguntó Edmund, contemplando un largo y sedoso vestido de diferentes tonos verdes en cuyas faldas había bordadas varias serpientes enredadas. Algunas de ellas destacaban más que las otras al abrir sus bocas, exhibiendo sus dientes amenazadoramente, mientras la pedrería roja de sus ojos brillaba con gran intensidad. El corpiño era también verde, con un intrincado bordado que parecían escamas, y sus formas no eran tan voluminosas como las de otros vestidos, sino que se ceñían escandalosamente al cuerpo de la dama que lo llevaba.

—Vayamos a averiguarlo —propuso el impaciente Snake, cada vez más interesado en ese disfraz, mientras se adentraba en esa tienda que no se encontraba tan abarrotada como las demás.

—Buenos días, señores. Soy Selena, la dueña de este humilde establecimiento. ¿Puedo preguntar a qué se debe su visita? —se interesó la propietaria de la pequeña tienda, intrigada por la presencia de Snake en su negocio, un hombre que, aunque vistiera elegantes ropas, parecía más un sinvergüenza que un noble.

—Quiero adquirir el vestido del escaparate.

—Señor, se lo vendería gustosa, pero para mí desgracia se trata de un caro encargo de una duquesa que luego rechazó y se negó a pagar. Ella quería lucir un disfraz exclusivo que representara a alguna osada diosa o semidiosa relacionada con algún tipo de animal y yo, en mi atrevimiento, le hice el de la diosa de las serpientes. Tras verlo, no tardó en rechazarlo y en castigarme negándose a pagar mi trabajo porque consideró un insulto que yo la relacionara con serpientes. A continuación, se dedicó a esparcir chismes y rumores por toda la sociedad en contra de mi creación para que ninguna mujer quisiera lucirlo.

—No obstante, lo quiero... —insistió Snake observándolo ahora con más anhelo que antes.

—Señor, no a todas las mujeres les quedaría bien ese disfraz, y para no perder dinero, tendría que venderlo por lo menos al precio del coste de los materiales que utilicé. Tenía planeado mostrarlo en mi escaparate hasta después de la fiesta de lord Reginald, tras la que seguramente lo descoseré para hacer con él otro tipo de vestido menos escandaloso.

—Yo conozco a la mujer idónea para lucir ese vestido, una que lo hará resplandecer en esa fiesta mucho más que cualquier duquesa, y que dejará esos chismes a la altura del betún.

—Si me trae a una mujer que le haga justicia a ese vestido y paga su precio, no me negaré a vendérselo. Pero se lo advierto: dudo mucho que una mujer así exista —contestó Selena, apuntando en un trozo de papel el elevado precio de la prenda, negando con la cabeza ante el atrevimiento de ese hombre al querer comprarlo.

Snake contempló el elevado precio con una sonrisa, al tiempo que Edmund, espantado por lo que podía llegar a costar un vestido, preguntó a su acompañante mientras salían de la tienda:

—¿Cómo conseguiremos ese dinero?

Snake se limitó a sonreír maliciosamente al inocente niño que lo acompañaba, provocando que este añadiera antes de que él abriera la boca:

—¡Déjalo! Mejor no me cuentes nada, ya que no quiero ser cómplice de tus turbios asuntos. Creo que mejor me vuelvo con mi hermana —declaró decidido a alejarse de ese sinvergüenza, que, por toda respuesta a su pregunta, dejó salir unas insolentes carcajadas.

## Capítulo 9

El Serpiente estaba muerto y Bruno no sabía cómo sentirse por ello. Había odiado a su hermano durante muchos años por casi acabar con su vida y por abandonarlo medio muerto en un callejón. Pero ese abandono le había servido para huir de esa vida de asesino que él nunca había deseado llevar y de la que nunca supo cómo escapar.

La chica que lo había recogido en la calleja se había convertido en la mujer a la que él se dedicó a proteger con todo su corazón, una mujer que, para su desgracia, lo había tratado más como a un hermano que como a un hombre. Jocelyn Hellmon había curado sus heridas y le había dado un lugar en su excéntrica familia, constituida por un padre inventor, una exprostituta que ejercía de ama de llaves y de madre sobreprotectora y un perro del tamaño de un caballo pequeño que parecía un animal salido del infierno pero que, paradójicamente, recibía el estúpido nombre de *Fifí*.

Las locas aventuras de esa familia en ocasiones lo hacían echar de menos a la suya, a ese hermano perdido que había dejado atrás su inocencia más rápido que él mismo en las sucias calles de los suburbios, hasta que terminó convirtiéndose en el frío y oscuro personaje al que todos temían y odiaban por igual en Londres.

Hacia unos meses habían vuelto a encontrarse en una entrañable reunión en la que su hermano lo había torturado cuando él se adentró en su guarida, y mientras otros clavaban un cuchillo en él, Snake se había reído de sus intentos de recordar el pasado, provocando que cualquier mínimo sentimiento que pudiera haber tenido aún por él desapareciera. En esa ocasión, Bruno se marchó del lado del Serpiente advirtiéndole que la próxima vez que se encontraran no dudaría en ofrecerle el mismo trato clavándole un cuchillo... Pero ahora que era consciente de que estaba muerto, no sabía cómo sentirse.

El Serpiente había muerto en el mar mientras cometía otra más de sus fechorías. En medio de una explosión en un barco cargado de armas, no quedó ni rastro de él. Bruno, recordando que Snake no era buen nadador, sabía que, o bien las llamas habían acabado con su vida, o lo había hecho el implacable mar.

Por unos instantes lloró por ese hermano pequeño con el que jugaba cuando eran niños antes de que sus padres murieran y los llevaran a un orfanato, en el que se apoyó en sus peores momentos cuando el lugar cerró y se vieron obligados a malvivir en las calles. Un hermano al que siempre intentó proteger cuando los hombres que los recogieron de las calles fueron lobos vestidos de cordero que, con su crueldad, los convirtieron a ambos en diablos.

Mientras todos recordaban al Serpiente con odio y miedo, él se prometió recordar solo lo bueno que había habido en él. Y mientras reflexionaba de este modo, paseando distraídamente por las calles de Londres, Bruno tropezó con un hombre en su caminar y, tras alzar los ojos, para su enorme sorpresa, se encontró con que el individuo que se disculpaba con él era su hermano en carne y hueso y que, encima, le estaba robando la bolsa.

—Disculpe —se excusó el Serpiente tras mirarlo como si no lo conociera, para luego proseguir su camino perdiéndose entre el gentío.

—¡Pero ¿qué demonios...?! —maldijo Bruno, y, sin saber qué hacer, paralizado por la sorpresa, se decidió a perseguir de inmediato a esa aparición, ese fantasma que muchos habían comenzado a decir que había vuelto del infierno, algo que él no había terminado de creerse. Hasta ese momento.

Mientras lo perseguía manteniendo las distancias, Bruno observó cómo su hábil hermano robaba a algún que otro incauto y lo siguió, decidido a acabar con el malicioso plan que Snake se trajese entre manos. Pero, tras seguirlo durante horas, Bruno se percató de algo sorprendente: sus acciones no eran tan maliciosas ni tan perversas.

La serpiente que veía ante sí no era la que él conocía. Ese hombre se dejaba reprender y manejar por una pequeña mujer de cabellos rojos y por un niño que a veces lo seguía en sus maldades y a veces lo regañaba. Y acabó descubriendo, con inmensa sorpresa, que la finalidad de esos robos que su hermano estaba cometiendo era para comprar un vestido de fiesta que se mostraba en el escaparate de una tienda ante la que esos tres discutían. Y, para su estupefacción, Bruno oyó a ese extraño proferir las risas de un hermano que hacía mucho que no oía. Todo lo que veían sus ojos podía tratarse de un engaño de esa taimada serpiente, pero esa risa era algo que nadie podría haber fingido, mucho menos el gobernante más temido de los suburbios.

Bruno derramó nuevas lágrimas por su hermano, pero en esta ocasión de pasmada felicidad. Y a la vez que rogaba porque nadie volviera a despertar nunca a la fría serpiente que probablemente aún seguiría durmiendo en su interior, tropezó de nuevo con Snake. Esta vez, sus fríos ojos azules lo miraron confundidos, y una de sus manos lo retuvo por unos instantes para preguntarle interesado:

—¿Nos conocemos de algo?

—No —dijo Bruno después de mirarlo directamente a los ojos, confirmando en ellos que su aparente olvido no formaba parte de sus mentiras.

Tras ello, se alejó de él, sonriendo complacido al conocer el buen hombre en el que se habría convertido su hermano si no hubiera sufrido en manos de los villanos de esas calles hasta convertirse en el más malvado de todos únicamente para sobrevivir.

—Ahora puedes alejarte de todo y ser un hombre honrado... —susurró admirando a Snake desde lejos. Y cuando lo vio robar una nueva bolsa a un orondo lord antes de adentrarse en la tienda, suspirando resignado, añadió—: Bueno, todo lo honrado que un hombre como tú puede llegar a ser.

\*

Pan había dejado por imposible la elección de su disfraz para la fiesta de lord Reginald ante el interminable trajín de empalagosos vestidos con los que lady Alisa y la viuda Belarder la atosigaban, proporcionándole un insoportable dolor de cabeza. Dejándolo todo en sus expertas manos, la joven se había escabullido hasta una librería, en donde se encontró más a gusto que en esas caras *boutiques*. Su hermano Edmund, que siempre sabía dónde encontrarla, la había sacado de ella casi a rastras para anunciarle que Snake y él habían dado con un vestido apropiado, tras lo que la habían llevado a una escondida tienda en cuyo escaparate llamó su atención un hermoso vestido verde. Cuando Edmund le señaló que justamente ese era su vestido, Pan se sintió abrumada. Y sin saber si daría la talla para llevar tan elegante atuendo, comenzó a protestar. Unas protestas que fueron desoídas por los dos hombres que la arrastraron hacia el interior del establecimiento, asegurándole que ellos se encargarían de todo.

—En serio, no creo que sea un vestido adecuado para mí... —negó ella una vez más mientras su hermano y Snake la empujaban hacia el interior. En cuanto entró, sus quejas fueron cortadas de inmediato por la voz de la dueña del establecimiento, quien, nada más verla, gritó emocionada:

—¡No puedo creer que hayáis encontrado a la persona perfecta para lucir mi creación!

—Ya se lo dije: es idónea para lucir ese disfraz de diosa —declaró Snake, colocándose a la espalda de Pan y empujándola más hacia el hermoso atuendo.

—¿Yo? ¿Diosa? —preguntó Pan, temerosa de no estar a la altura de su disfraz. Hasta que, recordando algunos extraños detalles de esa prenda, preguntó al malicioso hombre que tenía a su espalda—: ¿De qué clase de diosa estamos hablando exactamente?

—¿De qué va a ser? De la diosa de las serpientes... —anunció él con una perversa sonrisa.

—¡Sabes que odio las serpientes..., ¿y tú pretendes vestirme de la diosa de todas ellas?! —se quejó Pan, volviéndose hacia ese malvado individuo, que, posiblemente, solo quería meterse con ella una vez más.

—Mira ese vestido y dime que no lo deseas mucho más que esos insulsos trajes de princesa o de algún estúpido animal que tus acompañantes te han hecho probarte.

—La señora Belarder ya ha elegido para mí un adecuado vestido de princesa.

—Y yo uno muy inadecuado de diosa, ¿con cuál te quedas? —replicó tentadoramente Snake, señalándole el atrayente vestido y animándola a ponérselo.

—Bueno, supongo que por probármelo no pasará nada —accedió Pan, dejando que la propietaria del establecimiento, la señorita Selena, la acompañara a los vestuarios para ayudarla.

Cuando se vio ataviada con el extraño vestido, Pan lo deseó más que nunca. El corpiño se ajustaba a sus pechos y a su cintura como una segunda piel, mostrando al detalle cada una de sus curvas. Las faldas se desplegaban en torno a sus piernas, haciendo que cada tono de verde



brillara creando la sensación de que las serpientes bailaran junto a ella, y que, cuando Pan daba vueltas con el vestido, estas parecían danzar a su son.

—Es hermoso... —suspiró Pan soñadoramente delante del espejo.

—Y es todo tuyo —anunció Snake cuando la mujer dejó entrar a los caballeros para que vieran cómo le quedaba su disfraz.

—Pero no puedo permitírmelo y...

—Pero yo sí —la interrumpió Snake. Y antes de que Pan preguntara de dónde provenía su dinero, Snake comenzó a encargar más complementos para ese inusual disfraz.

—Me encanta ese sensual corpiño, pero necesitamos tapar un poco de la hermosa piel con la que solo yo deseo deleitarme. Quiero un chal a juego con el vestido, de un verde que haga destacar sus cabellos y cuyas serpientes adviertan a todos, con sus afilados colmillos, que Pan no se toca. Los zapatos de baile que también sean verdes, a tono con las escamas del corpiño. Y, por último, quiero un antifaz de escamas verdes y doradas, ¿podrá conseguirlo?

—Sí, no habrá ningún problema. Conozco a un artesano que elabora unas máscaras maravillosas, le encargaré una a juego con este hermoso disfraz. En cuanto al chal, es un complemento que tenía pensado hacer hasta que la duquesa rechazó mi creación. Sobre los zapatos, tampoco habrá problema: hay tiempo suficiente y no tardaré demasiado en hacerlos — declaró la dueña de la *boutique*, cada vez más emocionada.

—También quiero un disfraz para mí, ya que la acompañaré.

—¿Y de qué irá usted, señor?

—Él irá de serpiente —contestó Pan, sabiendo de antemano que ningún otro atuendo sería más idóneo para Snake.

—Exacto: iré de serpiente negra, una venenosa cobra. Los pantalones podrían ser los de un simple traje, pero el chaqué deberá ir en varios tonos de negro y asemejarse a unas escamas. ¿Se cree capaz de hacerlo, mi señora?

—¡Por supuesto! —exclamó Selena—. El fajín debe ser verde para acompañar el atuendo de la dama, ¿y su máscara?

—Negra. Y representando el rostro de una peligrosa cobra mostrando sus afilados colmillos.

—¡Por Dios, qué osado! —contestó Selena, recordando que para ese tipo de eventos todos los hombres elegían insulsas máscaras para encantar a la audiencia, no para espantarla.

—Señora, mi diosa los encantará a todos, por lo que yo habré de asustarlos para recordarles que ella es mía —contestó él, haciendo reír a esa mujer ante su atrevimiento, que, sin duda, constituiría todo un acontecimiento en esa fiesta.

—Como adornos, quiero una pequeña tiara dorada y unas pulseras para sus brazos. Por supuesto, con forma de serpientes.

—La tiara se puede encontrar con facilidad en cualquier joyería, pero las pulseras serán difíciles. Si buscan conseguir un aire exótico, deberían buscar en los puestos del puerto, adonde

llegan algunas joyas de Oriente que tal vez llamen su atención —aconsejó Selena a su cliente después de anotar todas sus preferencias.

Y, para su asombro y al contrario que los nobles a los que estaba acostumbrada a atender, ese extraño hombre lo pagó todo por adelantado.

—Es un placer hacer tratos con usted —aseguró Selena poco después, cuando la dama se hubo cambiado y sus clientes estuvieron listos para partir, considerando que no había tenido tanta mala suerte al haber creado ese traje de diosa de las serpientes que algunos decían que anunciaba desgracias, mientras que otros afirmaban que presagiaba prosperidad.

«Dependerá de la serpiente que sea...», se dijo Selena despreocupadamente cuando se encontró a solas, volviendo a su labor para fabricar el atuendo para la temida cobra que sería ese hombre al que alguien había tenido el atrevimiento de invitar a un baile.

\*

—Snake, nadie te ha invitado a ese baile.

—Si tú vas, yo voy —contestó él ante las protestas de Pan mientras se dirigían hacia el puerto.

—Yo lo he invitado —intervino Edmund, que a continuación le recordó—: Debes llevar a ese baile una carabina adecuada que te proteja de todos.

—¿Consideras a Snake una «carabina adecuada»? —preguntó Pan, alzando irónicamente una ceja hacia su hermano.

—Vale, tal vez no sea la más adecuada, pero no puedes negarme que espantará a todos los hombres.

—Sí, justamente lo que no necesito si pretendo buscar entre ellos un candidato a marido. Por otra parte, ¿quién me protegerá de él? —inquirió la joven, fijando sus acusadores ojos en Snake.

Él, como siempre, le dirigió una perversa sonrisa antes de murmurarle sensualmente al oído:

—Tú sabes protegerte muy bien de mí, Pan. Cuando quieres hacerlo, claro está... Ahora, si me lo permitís, me retiraré para buscar los complementos de tu vestido, dejándoos sumidos en una interminable discusión sobre si iré o no a esa fiesta, cuando es más que evidente que, si deseo estar en ella, nadie podrá impedírmelo —anunció antes de perderse entre los pequeños puestos del lugar.

—Tendremos que vigilarlo —declaró Pan, resignándose a que Snake asistiera al evento.

—Dirás que *tendrás* que vigilarlo. No creo que esa celebración sea como las despreocupadas reuniones de Boston donde yo podía asistir. Supongo que más bien será como las suntuosas cenas de gala en las que nuestros padres me dejaban en casa.

—¿Estarás bien? —preguntó Pan, reticente a dejar a su hermano solo en la mansión.

—No te preocupes, me encerraré en mi habitación con algún libro. Yo ahora me preocuparía más por si serán ellos los que estén bien... —comentó Edmund, señalando la forma de regatear

de Snake con los dueños de los puestecitos, pues si creía que lo estaban timando, apretaba bien fuerte la corbata del vendedor hasta que este dejaba de estafarlo o de respirar.

—¡Ese hombre no tiene remedio! —exclamó Pan, echando las manos al cielo.

—Sí, pero nos ha ayudado mucho y lo sigue haciendo. Tal vez deberíamos ser nosotros quienes, por una vez, le regalásemos algo a él.

—¡Hum! Quizá tengas razón, pero ¿qué? —preguntó Pan, mostrándose de acuerdo con la idea de su hermano.

—Tal vez algún complemento para su disfraz —propuso Edmund.

Y mientras Snake seguía regateando con un nuevo comerciante, ellos se adentraron entre los puestos para buscar el debido presente para una serpiente.

\*

Tras horas de búsqueda no habían encontrado nada que llamara su atención para regalarle a ese hombre, ya que lo que querían los caballeros de la sociedad y lo que le gustaría a Snake difería mucho.

—¡Pst, pst...! ¡Aquí! —vociferó un sucio personaje, que se había fijado en los hermanos Sanders y pretendía llevarlos aparte para hacerles una proposición. Y cuando por fin consiguió llamar la atención de ambos y abrió su abrigo para mostrarles su mercancía, se llevó un tortazo de la mujer y una patada del niño.

—¡Uy! ¡Lo siento, señor! Creíamos que era como uno de esos sucios pervertidos que hay en Boston y que pretendía enseñarnos otra cosa en lugar de ese bastón —se disculpó Pan con el pobre hombre, al que casi habían dado una paliza.

—No tengo licencia para vender en los puestos y nadie me quiere comprar este bastón, pero ustedes, al ser extranjeros, tal vez sean menos supersticiosos.

—¡Pan, creo que esto le gustaría! —señaló Edmund, admirando el extraño bastón negro que ese hombre tenía en las manos, cuya empuñadura tenía la forma de la cabeza de una serpiente con las fauces abiertas a la espera de atacar.

—¡Sí, sin duda este es el regalo apropiado para ese perverso hombre! Pero, señor, ¿por qué dice que nadie quiere comprárselo?

—Pues verá usted, señorita, parece ser que este bastón pertenecía a un hombre malvado que gobernaba los suburbios de una forma implacable. Un vil asesino que murió hace poco en uno de sus últimos trapicheos. Los más supersticiosos del lugar afirman haber visto su fantasma merodeando por el puerto, reclamando la cabeza de todo aquel que intente ocupar su lugar.

—¡Bah! Nosotros tenemos historias más espeluznantes que esa en nuestro país... ¿Te acuerdas de la del hombre sin cabeza, Edmund? —repuso Pan, quitándole importancia a esa historia con la que los hermanos sospechaban que el vendedor únicamente quería subir el precio de ese artículo.

—O la del espejo y el fantasma... —recordó el chico, al que nada lo espantaba.

—Muy bien. ¿Y por cuánto ha dicho que vende ese bastón? —preguntó Pan, dispuesta a regatear con ese sujeto para conseguir el artículo.

—Veinte libras —anunció el individuo con decisión.

—¿Por un bastón que no puede vender, según usted mismo ha confesado? —inquirió Pan cruzándose de brazos, negándose a que la estafaran.

—Está bien, diez.

—Sigue siendo demasiado caro y..., ¿cómo me ha dicho que lo consiguió? —indagó ella, metiendo presión mientras recordaba las lecciones de su padre sobre cómo comerciar.

—Siete, y no pienso bajar más mi precio, señorita.

—Vámonos, Edmund. Aunque este sería un presente que podría agradarle a Snake, no quiero que me estafen —manifestó Pan, dándole la espalda a ese sujeto a la espera de una nueva oferta.

—¿Ha... dicho... Snake...? —preguntó el hombre, atónito y temeroso, dejando salir un angustiado gritito—. ¡Cinco libras! ¿Le parece razonable, señorita?

—¡Ahora comenzamos a hablar el mismo idioma! Cinco me parece un precio más que razonable —convino Pan, pensando que los métodos de regateo del Serpiente habían llegado a oídos del espantado sujeto que tenían ahora ante ellos.

—¡Mira! Parece que Snake ha terminado con sus compras —anunció Edmund, haciéndole señas para que se acercara hasta donde se encontraban ellos.

—Bueno, habíamos quedado en que el bastón costaba cinco libras, ¿verdad? Aún me parece algo caro para ser un bastón, pero...

—¡Se lo regalo! —exclamó finalmente el tembloroso individuo, sin dejar de lanzar nerviosas miradas tras ella. Y cuando depositó el objeto entre sus manos, salió corriendo despavorido, como si el mismísimo demonio fuera tras él.

—¡Vaya! Nunca creí que fuera tan buena regateando... o que los ingleses fueran tan malos —comentó Pan a su hermano, para luego esconder el bastón a su espalda.

Cuando Snake llegó junto a ellos, los hermanos Sanders lo recibieron con una sonrisa.

—¡Tenemos un regalo para ti: el complemento perfecto para tu disfraz! —dijo Pan alegremente, mostrándole el extraño bastón que habían adquirido.

—Dicen que perteneció al difunto amo de los suburbios y que su fantasma ronda por el puerto en busca de sus posesiones —apuntó Edmund, intentando amedrentar a ese imperturbable hombre.

—No temo a los fantasmas; temo más a los hombres. Ellos sí pueden llegar a hacerme daño. ¡Hum! Me gusta este regalo, creo que va mucho conmigo —anunció Snake mientras tomaba el bastón entre las manos y comenzaba a manejarlo como si le perteneciera desde siempre.

—¿Crees que él puede ser...? —preguntó el curioso Edmund a su hermana al verlo manejar el bastón con gran destreza.

—No —descartó ella rápidamente, ya que su serpiente, a pesar de ser peligrosa, nunca podría

ser tan despiadada y venenosa como el hombre al que, vivo o muerto, parecía que todo Londres no podía dejar de temer.

## Capítulo 10

Tras terminar con las compras, habían vuelto donde se encontraba su carruaje. En él, lady Alisa y la viuda Belarder injuriaban a Snake al no hallar ninguno de sus paquetes, que, inconscientemente, habían dejado en manos de ese hombre. La respuesta de él fue ayudar a Edmund y a Pan a subir al carruaje para luego cerrar la puerta en las narices de esas damas y, para su asombro, azuzar a los caballos, abandonándolas en mitad del camino.

Cuando llegaron a la gran casa, Pan reprendió una vez más el comportamiento de ese hombre que no tenía remedio, a lo que este replicó con otra más de sus provocaciones.

—¡No me puedo creer que hayas dejado a esas mujeres solas y desamparadas en Londres!

—No te preocupes, esas víboras muerden, así que no les pasará nada. Seguramente pagarán a algún cochero para que las traiga a casa, y si no encuentran el dinero, porque lo hayan perdido o, tal vez, porque algún desaprensivo se lo haya robado... —dijo Snake, mostrándole la bolsa de esas damas con una ladina sonrisa—, se pegarán una buena caminata que puede que les sirva para bajarles esos humos por los que se creen las dueñas y señoras de este lugar mientras tratan a los demás como simples esclavos.

—Eres malo —declaró Pan, negando con la cabeza ante las acciones de ese hombre, pero sin poder evitar que una sonrisa acudiera a su rostro por la lección que les había dado a esas mujeres, que lo habían tratado ese día como si fuera su lacayo.

—Y tú demasiado blanda. Deberías echarlas.

—Les he concedido un tiempo prudencial para recoger sus cosas hasta después del baile de lord Reginald, y, mientras tanto, pienso aprovecharme de sus conocimientos sobre la sociedad londinense. Quién sabe..., tal vez incluso hasta les pida ayuda para encontrar un marido adecuado.

—Tienes un candidato bastante adecuado aquí mismo, al que no dudas en desaprovechar.

—Snake, puedo decir muchas cosas de ti, y la mayoría de ellas no son nada halagadoras... La posibilidad de que pudieras ser un marido adecuado es algo que nunca contemplaré seriamente.

—¡Ah, entiendo! Lo que quieres es tener un matrimonio aburrido.

—La verdad es que no deseo marido alguno, pero si mi tío me encuentra y me obliga a casarme con su hijo, tendrá todas las de ganar, se hará con mi fortuna, con mi casa y, sobre todo, con mi hermano, cuya vida no pienso poner en riesgo por un mero capricho. Así que, para tratar de evitar ese destino, voy a prepararme para todo, y la primera medida que voy a adoptar es

hacer una lista de posibles candidatos adecuados para el matrimonio. Obviamente, tú no estás en ella.

—Por ahora... —advirtió Snake al tiempo que se alejaba hacia su habitación, seguramente con la idea de llevar a cabo alguno de sus planes de seducción en los que, por desgracia, Pan siempre caía.

Como ella sospechaba, Alisa y la viuda Belarder llegaron a la mansión a altas horas de la noche. Por su aspecto, era más que evidente que habían hecho la mitad del camino a pie y la otra mitad en el carruaje que Pan le prestó a Barnaby Belarder cuando este se percató de la ausencia de su hermana y su madre.

La habitual lengua viperina de la viuda Belarder en esta ocasión permaneció en silencio cuando se encontró con Snake, pero su mirada llena de odio y su desaliñado aspecto lo decían todo por ella, un hecho ante el que Snake se carcajeó mientras le arrojaba su bolsa de vuelta, asegurándole que la había perdido y él la había encontrado por casualidad.

La cena de esa noche no fue tan tensa como las anteriores, ya que los Belarder decidieron encerrarse en sus cuartos y los Sanders pudieron divertirse dejando atrás los rígidos modales que exigía la alta sociedad para pasar a ser simplemente ellos mismos. Y así, al mismo tiempo que Pan hablaba sobre los procedimientos médicos que le interesaban y sobre partes del cuerpo que nunca deberían ser mencionadas por una señorita, Edmund se explayaba sobre la puesta en marcha de nuevos negocios y acerca de lo interesante que le habían resultado los inventos mecánicos que había visto en varios de los escaparates de la ciudad.

Por su parte, Snake se limitó a sonreír mientras disfrutaba de ese ambiente. Y, sin poder aportar nada de sus gustos o preferencias, ya que estos se hallaban enterrados bajo su nebulosa memoria, solo pudo asegurar lo mucho que le gustaba esa familia y, en especial, esa pelirroja que intentaba escapar siempre de una serpiente sin saber que, para ella, ya era demasiado tarde porque él la había mordido con el veneno más peligroso que existe: el de la curiosidad. Uno al que una mujer como Panacea nunca podría resistirse.

\*

Cuando Pan entró en su habitación, encontró sobre la elegante cama de dosel rojo una atrevida combinación que llamó su atención: un camisón de seda de un hermoso tono verde junto a un batín del mismo color en cuya espalda había una exótica serpiente bordada.

—Snake... —murmuró, aludiendo al único individuo capaz de hacerle ese atrevido regalo mientras se veía incapaz de dejar de acariciar el suave tejido, preguntándose cómo se sentiría al llevar puesta esa pecaminosa prenda—. Este no es un regalo adecuado para hacerle a una dama —musitó, regañando a ese osado hombre como si se encontrara ante ella. No obstante, aunque se resistiera a admitirlo, se trataba de un presente que le había encantado.

Segura de que Snake podría irrumpir en su habitación en cualquier momento, Pan echó la

llave a la puerta principal de su cuarto y decidió obstaculizar la puerta secundaria que comunicaba su estancia con la de Snake. Hasta que estuvo segura de que su improvisada barricada era suficiente para detener a ese hombre, no cesó en su trabajo, y así acabó atrancando la puerta con una cómoda, un pequeño baúl, una mesa y las dos sillas de la estancia: todo el mobiliario de la habitación, salvo el lecho, fabricado en roble con intrincados tallados en su cabecera que le resultaba imposible de mover, la pequeña mesilla que había a su lado, necesaria para depositar un candil con el que iluminar su lectura durante la noche; el biombo, que no representaría ningún obstáculo, y la bañera de estaño que se ocultaba tras él, algo bastante aparatoso y pesado.

Concluido su trabajo, Pan contempló su cuarto, en el que ahora predominaba el espacio libre de muebles, donde podía observar el par de bonitas y caras alfombras que se extendían por el suelo, y las paredes, adornadas con cuadros que representaban imágenes de la naturaleza. Después estudió pensativamente su barricada antes de decidir que sería suficiente para detener los sibilinos pasos de una serpiente.

—Creo que con esto bastará —opinó sacudiendo las manos y felicitándose por un trabajo bien hecho.

Luego se preparó para dormir, y mientras lo hacía, sus ojos no pudieron evitar apartarse del soso camisón blanco de algodón que tenía entre las manos para desviarse hacia la tentadora prenda que continuaba sobre su cama.

—¿Qué puede pasar si me lo pongo? —se dijo cogiendo el sedoso camisón—. Además, nadie se enterará nunca... —susurró finalmente, decidida a dejarse embaucar por el tentador regalo de una serpiente.

\*

A esas altas horas de la noche nadie que se considerase decente se hallaría fuera de su cama, pero él no era un hombre decente, y la cama en la que quería encontrarse no era precisamente la que estaba en su habitación.

Suponiendo que esa astuta pelirroja habría colocado algún tipo de obstáculo en su camino para llegar a ella, Snake no se molestó siquiera en intentar abrir la puerta que comunicaba ambas estancias, así que, dirigiéndose hacia el pasillo, utilizó uno de los artículos que había comprado esa mañana, del que tenía un leve recuerdo acerca de cómo usarlo: un juego de ganzúas.

Tras forcejear durante unos instantes con la cerradura de la habitación de Pan, iluminado por la leve luz del candil que llevaba consigo, la puerta al fin cedió.

«Pues sí: sé utilizarlas», se dijo ese malicioso hombre, luciendo una audaz sonrisa mientras se adentraba en la estancia de la que Pan había intentado mantenerlo apartado, sin recordar que las astutas serpientes siempre se colaban por donde uno menos podía imaginarse.

—Exagerada... —declaró él al ver la barricada que había dispuesto esa mujer contra la



puerta que comunicaba sus dormitorios.

Luego, tras depositar el candil sobre la pequeña mesilla de noche que había junto a la cama, se dedicó a contemplar a la hermosa mujer que siempre lo tentaba.

—Al final no has podido evitar caer en la tentación, ¿verdad? —murmuró al comprobar que el camisón que la joven llevaba esa noche era la exótica prenda que él había dejado en su cuarto—. Y ahora, ¿qué hago contigo, cuando me rechazas para luego tentarme? —musitó pensativo, cogiendo entre sus manos uno de los rojos mechones del cabello de esa ardiente mujer, que no dudó en besar antes de dejar que se deslizara entre sus dedos.

Dirigiéndose hacia el otro lado de la cama que Pan ocupaba, no lo pensó dos veces antes de apartar los libros que se interponían en su camino para llegar a ella. Y cuando vio la página por la que se mantenía abierto uno de esos tomos, no tuvo dudas de que él era el hombre adecuado para que la joven continuara con su investigación.

—¡Que no se diga que no aportó nada a la ciencia! —declaró maliciosamente, comenzando a desprenderse de su ropa. Una vez que estuvo totalmente desnudo, se introdujo en la cama para acoger a esa mujer entre sus brazos mientras le susurraba perversamente al oído, animándola a despertarse:

»Pan, una peligrosa serpiente se ha metido en tu cama... Me pregunto qué harás ahora.

\*

Pan estaba teniendo un raro sueño relacionado con unas serpientes, algo que estaba totalmente segura de que se debía enteramente a ese hombre que siempre la tentaba. Pero en esta ocasión no tenía miedo de esas víboras que se deslizaban lentamente por su cuerpo, haciéndola estremecer.

La lengua de una de ellas resbalaba por su cuello, al tiempo que otra serpenteaba entre su ropa, levantando la suave tela de su camisón, y posteriormente por su escote, rodeando sus senos y alzándolos para sacarlos de su encierro.

De repente, los roces de esas serpientes se convirtieron en las ardientes manos de un hombre que se internaban por los lugares más prohibidos, que calentaban su piel y la abrumaban con la excitación de sus caricias. Unas manos de las que habría huido, si no hubiera reconocido la voz de un peligroso sinvergüenza que siempre la provocaba para perseguir su deseo.

—Despierta, Pan: ¿estás preparada para jugar con una serpiente? —anunció Snake sensualmente en su oído.

Y, dispuesta a disfrutar más de lo que le podía ofrecer ese sueño, ella declaró mientras se acomodaba entre los excitantes brazos de ese canalla:

—Déjame seguir soñando un poquito más...

—¿Y qué quieres soñar? —preguntó la provocativa voz de Snake, tentándola con lo desconocido.

—Con un placer que me haga gritar... —desveló Pan, recordando algunos de los excitantes pasajes de su novela.

—Entonces, para ello solo tienes que probar la lengua de una serpiente... —anunció la serpiente de su sueño antes de comenzar a deslizarse por el cuerpo de Pan.

Las manos que antes solo habían rodeado sus senos sutilmente los agasajaron en esta ocasión con sus caricias hasta hacer que las cumbres de sus excitados pechos se alzaran, rozándose exquisitamente con la seda del camisón.

De repente, Pan sintió cómo una húmeda lengua se deslizaba por encima de la tela, lamiendo, succionando y mordiendo levemente sus enhiestos pezones hasta hacerla gemir ante ese desconocido placer que comenzaba a abrumar su cuerpo.

Los tirantes del camisón fueron retirados lentamente por sus hombros hasta que la prenda quedó recogida en torno a su cintura, exponiendo sus senos a la fría noche, pero muy pronto una cálida lengua calentó su piel, haciendo que la joven se arqueara hacia esa tentadora boca que provocaba que su cuerpo ardiera de excitación.

Las manos que los acogieron con delicadeza los abrumaron con las caricias de unos dedos que jugaban con sus erectos pezones hasta hacerlos endurecer. Entonces llegaba el turno de esa malévolamente lengua, que lamía las sensibles cumbres y la hacía enloquecer.

Pan sujetaba con fuerza las sábanas de su cama en medio de un tórrido sueño que no podía controlar, pero que tampoco deseaba que terminara, mientras gemidos de deseo escapaban de su boca.

Las manos se alejaron lentamente de su cuerpo para comenzar a subir su camisón al mismo tiempo que esa boca no concedía ni un descanso a los sensibles senos que reclamaban sus caricias. Las rudas manos que, sin duda, nunca serían las de un caballero, se introdujeron por debajo del camisón hasta hacerse un hueco entre sus piernas y abrirla sin clemencia a lo desconocido.

Pan intentó cerrarlas con timidez, pero la mano que descansaba sobre el vértice entre sus muslos comenzó a moverse lentamente, acariciando una zona muy sensible de su cuerpo, que la llevó a mecerse al compás que marcaban esos traviesos dedos.

La lengua de esa sibilina serpiente siguió su camino, descendiendo por su cuerpo. Y cuando llegó con su cálido aliento hasta el lugar más íntimo, Pan intentó cerrar las piernas abochornada. Pero ese rudo hombre de sus sueños no se lo permitió, y, muy dispuesto a devorarla por completo, deslizó lentamente sus manos hacia el trasero de su presa, cogiéndola con fuerza para elevarla hacia su boca.

El goce que le supuso a Pan el roce de esa húmeda lengua la llevó a agarrarse de los cabellos de su amante, guiando su boca hacia el placer de lo desconocido. Sus caderas se alzaron en busca de esa malvada lengua que no mostraba piedad alguna con su inocencia, y cuando un dedo se introdujo en su interior, marcando el apremiante ritmo de su necesidad, ella se dejó ir hacia la cumbre del éxtasis.

Pan despertó en medio del mayor placer de su vida, sabiendo que ese momento no podía ser parte de un simple sueño, un éxtasis que no pudo detener mientras gritaba cautivada el nombre del individuo que la miraba intensamente desde la íntima posición que ocupaba entre sus piernas.

—¡Snake! —chilló reprendiéndolo y, a la vez, apremiándolo a que continuara con su tortura. Y él, fijando sus intensos ojos en ella, la hizo llegar otra vez al clímax con su lengua. Pan convulsionó sobre esa boca, marcando sus uñas en los rubios cabellos de Snake.

Cuando el intenso orgasmo terminó y ella creyó que tendría voz para amonestar a ese hombre por el atrevimiento mostrado al entrar en su habitación y despertarla por medio de actos tan indecentes, como si él adivinase lo que iba a hacer, besó lentamente sus muslos para luego volver a devorar su sensible clítoris, provocando que los ecos del orgasmo que acababa de tener se unieran a otro con el que no tardó en rendirse de nuevo a él.

Snake la torturó con su lengua durante buena parte de la noche, haciendo que gritara a cada instante su nombre, que cambiara de posición sumisamente en la cama al antojo de ese osado individuo y que su cuerpo se frotara contra el suyo, calentándola cada vez más.

La ruda evidencia del deseo de ese hombre rozó con atrevimiento su sexo cuando Pan descansaba sobre sus rodillas en la cama mientras él lamía tentadoramente su espalda.

—Snake, no me robes algo que no te he dado —le pidió temerosa de que tomara de ella más de lo que podía darle.

—¿Guardas tu virtud para el hombre perfecto? —inquirió él con cinismo mientras seguía rozando su duro miembro contra ella.

—No, pero me gustaría dársela a un hombre que me ame y del que yo me haya enamorado —contestó inocentemente Pan, revelándole sus sueños a una serpiente.

Y, para su asombro, la serpiente se alejó, concediéndole un suspiro a su excitado cuerpo. Aunque solo fue para jugar de nuevo con ella a la vez que le susurraba al oído:

—Entonces tendré que conformarme con todo lo demás.

\*

Pan había dormido como nunca esa noche.

Se encontraba relajada sobre su blanda cama, que jamás le había resultado tan cómoda como hasta ese momento. Y, mientras se desperezaba intentando recordar qué era lo que la había llevado a dormir tan plácidamente en ese lecho, terminaron de despertarla los gritos de una criada que señalaba en su dirección con espanto, una respuesta que Pan consideraba exagerada ante su posiblemente desastroso aspecto de esa mañana, hasta que notó que unos fuertes brazos la apresaban y se encontró con un hombre desnudo en la cama.

—¡Puedo explicarlo! —intentó excusarse antes de que la criada saliera corriendo a anunciarle a toda la casa un nuevo escándalo. Pero cuando la puerta de su habitación se cerró y Pan se volvió hacia él, confesó en voz alta—: No, no puedo explicarlo...

Molesta con la serpiente que se había colado hábilmente en su lecho, se apresuró a salir de él. Y, cuando se encontró debidamente ataviada con un recatado vestido de paseo, se enfrentó a ese hombre que, sin duda, le debía una explicación.

—¿Se puede saber qué haces en mi cama, Snake? —preguntó furiosa, cruzando sus brazos y esperando una respuesta.

—La mía tenía bultos y no podía dormir, así que decidí probar la tuya, a ver si era mejor —explicó él, mintiendo con descaro mientras se acomodaba provocadoramente.

—¿Y tenías que hacerlo desnudo? —lo reprendió Pan, señalando su total falta de ropa.

—Bueno, vi los libros que estabas estudiando y decidí seguir ayudándote en tus investigaciones —expuso él, cruzando despreocupadamente los brazos detrás de la cabeza—. Puedes dibujarme cuanto quieras —añadió señalándole lo animado que estaba esa mañana.

—No, gracias, ya que es posible que me pidas un precio a cambio de tu ayuda que yo no esté dispuesta a pagar.

—Pero el precio que pagaste ayer por mi ayuda fue uno que te encantó costear, ¿verdad? —replicó él, pasándose la punta de la lengua por el labio superior, recordándole todo lo que había hecho con ella, haciéndola sonrojar.

—Creí que el precio por acompañarme ayer a la ciudad era la invitación a ese baile.

—Pues creíste mal.

—Yo no pensaba pagarte nada, de todos modos.

—Pero yo sí pensaba cobrártelo —declaró Snake, riéndose de ella al tiempo que le recordaba —: Preciosa, no soy un santo, y toda ayuda tiene un precio.

—¡Eres...! ¡Eres...! ¡Oh! ¡No tengo palabras para describirte, salvo que sean para decir que eres una maldita serpiente! —exclamó Pan, obteniendo con su apreciación la risa de ese hombre, una que la enfureció más y la llevó a arrojarle a Snake a la cabeza lo primero que encontró.

Después, sin molestarse en comprobar si su proyectil había alcanzado su objetivo, Pan abandonó la habitación para centrarse en algo que le permitiera distraerse de ese atrevido sinvergüenza y de unos recuerdos que no podría olvidar con tanta facilidad. Unos recuerdos que le corroboraban que ella solamente podría arder entre los brazos de la taimada serpiente que en esos momentos ocupaba su cama.

\*

En uno de los apacibles jardines que rodeaban los terrenos de la mansión, Edmund había decidido ayudar a su hermana en su investigación dibujando algún bosquejo de las plantas del lugar que ella le señalaba que podían contener algún ingrediente para los remedios que aparecían en los libros de su padre. Mientras Pan se mantenía alejada de él y de Snake, comparando las notas de sus libros con las plantas del lugar, Edmund no pudo evitar indagar sobre cómo llevaba

Snake la extraña relación que mantenía con su hermana. Especialmente después de ver el singular aspecto que lucía esa mañana.

—Has vuelto a hacerla enfadar, ¿verdad? —preguntó señalando el morado que tenía Snake en el ojo.

—Respóndeme a una pregunta: esos malditos libros que le dejó tu padre, en verdad son un arma, ¿no? —repuso Snake molesto, demostrándole a Edmund que sus sospechas eran correctas y que había vuelto a molestar a su hermana.

—No, solo son libros. Aunque mi padre a menudo nos decía que los libros son las armas más poderosas que existen. Sospecho que lo afirmaba por el poder que conlleva la sabiduría y la información que hay encerradas en ellos, pero quizá mi hermana se lo haya tomado al pie de la letra... ¿Se puede saber qué hiciste en esta ocasión para enfadarla?

—La lamí.

—¡Puaj! ¡Eso es asqueroso! Yo también te habría puesto un ojo morado... —declaró el inocente niño, todavía desconocedor de los placeres de los adultos.

—Pero a ella le gustó.

—Entonces ¿por qué te pegó?

—Porque le molestó que le hubiera gustado.

—¡No os entiendo! Pero bueno, de cualquier modo deberías hacer algo para ganarte su perdón, porque ya ha comenzado a redactar esa maldita lista de candidatos, y tú no estás en ella. ¡Ah! Y adivina a quién quiere poner en el primer lugar...

—Al intachable lord Bastian Reginald... —manifestó Snake irónicamente.

—Exacto. Y tienes razón: ese tipo me da mala espina, aunque no sé por qué. Tal vez sea porque su amabilidad me recuerda a la de mi sibilino tío antes de que se metiera en nuestro hogar para convertir mi vida y la de mi hermana en un infierno.

—A propósito de eso, cuéntame, Edmund, ¿cómo es el hombre del que huis?

—Taimado, astuto, avaricioso y persistente. Mi hermana dice que él mató a nuestro padre, aunque aún no ha podido demostrarlo. Ante la sociedad, mi tío muestra una falsa cara y unas aún más falsas lágrimas mientras, bajo cuerda, intenta quedarse con nuestro dinero y, quizá, con nuestras vidas.

—No te preguntaré si la policía os ayudó, porque creo recordar lo incompetentes que pueden llegar a ser y cuánto se lavan las manos en estos asuntos.

—Mi hermana les aseguró que mi padre fue envenenado, pero la policía desoyó las palabras de una mujer que, aunque es mucho mejor que algunos médicos, carece de título simplemente porque no la dejan acceder a sus instituciones para estudiar. En las investigaciones sobre mi tío no hallaron ningún veneno en sus manos, y además, él se hallaba convenientemente lejos en el momento en el que mi padre murió. Pero luego se apresuró a estar cerca de nosotros cuando la herencia de nuestro padre pasó a nuestras manos.

»En Boston se hizo un hueco en nuestro hogar, intentando manejar todos nuestros bienes,

aludiendo ante los abogados que mi hermana era una mujer soltera y que yo aún soy demasiado pequeño para saber administrar tal fortuna. Por suerte, nuestro abogado era amigo de papá y ha hecho todo lo posible para que mi tío no pueda acceder a nuestro dinero con la facilidad que él quisiera. Mi hermana no ha dejado de ponerle trabas, e incluso ha logrado que se reabra la investigación sobre la muerte de nuestro padre mientras yo me hacía pasar por tonto para que «no me tuvieran en el punto de mira», de acuerdo con las palabras de Pan. Huir para ganar tiempo fue la única opción que vimos, y no tengo ninguna duda de que mi hermana se casará con cualquier hombre que ella considere adecuado para que nos proteja de nuestro tío. Lo malo es que dudo mucho que lord Reginald, por muy noble que parezca, pueda protegerla de la serpiente que es mi tío... En cambio, tú... —manifestó Edmund, depositando sus esperanzas en Snake, un hombre que sintió que nadie antes había creído en él como lo hacía ese inocente niño ahora.

—¿Y cómo crees que un hombre como yo, sin apenas recuerdos, puede protegeros a tu hermana y a ti?

—Interponiéndote en el camino de mi tío, escondiendo a Pan de sus garras, enfrentándote a ese sucio personaje con todo lo que tengas... y matándolo, si hace falta —declaró el muchacho, clavando en él unos ojos sedientos de venganza que ya no lo hacían parecer un niño tan inocente.

—Nunca pidas la muerte de alguien a un tipo como yo, Edmund, porque podría llegar a tomárselo en serio —repuso despreocupadamente Snake, levantándose del mullido lugar en la hierba que había ocupado hasta entonces para revolverle los cabellos a ese infante, queriendo quitarle seriedad al rígido rostro que tenía frente a él.

—¡Prométeme que harás todo lo que te sea posible para proteger a mi hermana! —pidió Edmund, reteniendo la manga de su camisa antes de que Snake se alejara de él, suplicando con sus doloridos ojos por algo que nunca debería pedir un niño.

Otro hombre más honrado se habría limitado a ignorarlo, pero Snake, comprendiendo ese dolor, contestó a su petición.

—Edmund, no se debe provocar a una serpiente si no quieres probar su veneno. Y, definitivamente, si tu tío pretende haceros daño, me está provocando. Yo no consentiré que nadie os haga daño, y haré cualquier cosa para manteneros a salvo, incluido acabar con cuantas serpientes encuentre en mi camino, porque, ¿sabes una cosa?, de todas, yo soy la más peligrosa —anunció Snake, consiguiendo que Edmund volviera a sonreír—. Y ahora, vayamos al encuentro de tu hermana para tratar de que me meta en esa lista. Y si no lo logro, pienso destruirla a la menor oportunidad para que, de una manera u otra, solo pueda pensar en mí.

—Sería mejor que trataras de suavizar su carácter, no alterarlo. ¿Por qué no la ayudas con su libro dibujando algunas de esas flores que está estudiando? Avanzar con sus investigaciones siempre la pone de buen humor.

Como contestación, Snake le enseñó lo que había dibujado en su cuaderno hasta el momento.

—¿Qué es eso?

—Esto es la prueba de que, definitivamente, no soy un artista —declaró riéndose de las

vueltas que daba Edmund al cuaderno, pues era incapaz de discernir la flor que, supuestamente, Snake había dibujado.

—No creo que puedas ayudarla —dijo Edmund desanimado a la vez que lo apremiaba a esconder su lamentable dibujo cuando su hermana comenzaba a acercarse a ellos.

—¿Cómo que no? Me has dado una magnífica idea que no pienso desperdiciar...

—¿Y cómo vas a...? —empezó a preguntar el muchacho, hasta que, antes de que su hermana llegara a donde ellos estaban, Snake cambió su dibujo precipitadamente por el de Edmund, haciéndose con su trabajo.

—¡Mira! He descubierto que tengo dotes de artista —anunció el Serpiente con descaro, enseñándole a Pan el dibujo del chico como si fuera suyo.

—¡Vaya, Snake! ¡Eso es magnífico!

—Tal vez, si tú quieres, yo podría ayudarte con tu investigación haciendo algún que otro boceto para tu libro. Unos que no muchos se atreverían a hacer, pero que tú crees totalmente necesarios... —declaró él. Y cuando Edmund iba a recordarle que esa no era la forma más adecuada de llamar la atención de su hermana, Pan desvió la mirada mientras se sonrojaba, haciendo dudar al muchacho de su apreciación.

Finalmente, el chico no dijo nada y se limitó a observar cómo su hermana se alejaba, algo sulfurada, mientras era perseguida por las encantadoras palabras de una serpiente que Edmund no dudó que se saldría con la suya una vez más.

## Capítulo 11

—¿En serio? Snake, comprendo que quieras ayudarme con mi investigación, pero no entiendo por qué has tenido que encerrarte conmigo en el estudio, cuando es evidente que con este comportamiento solamente lograremos atraer más rumores indeseables sobre nosotros — protestó Pan en su inocente velada de té, cuando ese hombre se dirigió hacia la puerta para cerrar el pestillo.

—Créeme: los rumores habrían sido mucho más escandalosos si hubiera accedido a ayudarte en tu investigación con las puertas abiertas. Y ahora, desnúdate —reclamó recibiendo al instante una sonora bofetada de una mujer indignada.

—¿Tienes alguna petición irracional más que hacerme? Te advierto que estoy preparada para ello —replicó Pan, mostrándole su implacable mano a ese descarado, que, a pesar de acariciar su dolorida mejilla, aún lucía una ladina sonrisa.

—Solo quería ayudarte en tu investigación. Recuerdo que los bosquejos del cuerpo humano que hiciste únicamente contemplaban la anatomía masculina, y no incluiste la femenina, y ahora que hemos descubierto mi don artístico, pensé que podría ayudarte con eso. En fin, si no quieres avanzar en tus estudios, tú misma... —la tentó él encogiéndose despreocupadamente de hombros, como si no le importara lo más mínimo que rechazara o aceptase su proposición. Y cuando se disponía a salir de la estancia, la duda en la voz de Pan lo llevó a detenerse en el acto.

—Eso que dices es cierto... Tal vez podríamos intentarlo, siempre y cuando me prometas que te comportarás decentemente y mantendrás las distancias —cedió Pan, aún dudando sobre si habría caído en una nueva trampa de esa serpiente, unas dudas que aumentaron en cuanto él se alejó de la puerta y se acercó a ella luciendo una complacida sonrisa.

—Estoy dispuesto a ayudarte en cualquier cosa y, por supuesto, dibujaré todo lo que me pidas. Y cuando digo «todo» es todo —declaró Snake, recorriendo su cuerpo con una ávida mirada.

—¡Permanecerás en todo momento en esa silla, y no te moverás ni un milímetro! —le ordenó Pan, señalándole el apartado y agradable rincón de la estancia dedicado al té, donde había un engalanado sofá acompañado por tres sillas que rodeaban una encantadora mesa redonda, donde ella comenzaba a apartar el juego de té para colocar en su lugar papel, lápiz y unas tablillas para realizar su trabajo.

Snake tomó asiento en la silla indicada, acomodándose con una tablilla entre las manos. Y, tomando papel y lápiz como un profesional, le recordó a la joven que era todo un sinvergüenza:



—Si quieres que dibuje alguna parte de tu cuerpo para tu libro, tendrás que enseñármela.

—Creía que los artistas podían emplear la imaginación para plasmar parte de sus obras sobre el papel —replicó Pan con ironía.

—Tal vez, pero yo no he recuperado aún la memoria, así que tendré que observar con detenimiento lo que quiero dibujar para plasmarlo con exactitud.

—Me quitaré solo lo imprescindible detrás del biombo, así que, cuando vuelva, espero que sigas mostrándote como todo un profesional —declaró Pan, señalando un pequeño biombo que separaba la apacible zona de descanso del gran escritorio que se extendía al fondo de la estancia.

—Por supuesto: te prometo que solo te miraré con ojos de artista —manifestó él con una sonrisa sibilina.

Pan tardó algo en desprenderse de las prendas más abultadas, capaces de esconder las formas de su cuerpo. Y, mientras lo hacía, no podía dejar de reflexionar sobre si era buena idea confiar en ese hombre.

Cuando Pan salió de detrás del biombo vistiendo solamente una camisa interior que le llegaba recatadamente hasta los tobillos, sus sospechas se confirmaron: ella nunca debería confiar en un hombre como él.

—Comprendo que me pidieras que me deshiciera de algo de mi ropa para poder intuir el cuerpo femenino a la hora de hacer tus dibujos, pero lo que no comprendo es... ¿por qué tienes que desnudarte tú también para dibujarme? —preguntó ella, bastante molesta con las artimañas de ese sujeto al tiempo que señalaba su más que evidente desnudez, únicamente tapada por la tablilla con las hojas que tenía entre las manos.

—Querida, tan solo estaba haciéndote un favor posando para ti para que no perdieras la oportunidad de plasmar mi cuerpo desnudo, por el que tanto interés has mostrado.

—¡Hum! Comencemos... —propuso Pan. Y aceptando el reto que Snake le lanzaba, se sentó frente a él, cogió otra tablilla y varias hojas de papel y empezó a hacer bocetos del cuerpo desnudo que se ofrecía a la ciencia tan libremente—. Primero, la cabeza: dibujemos un retrato simple hasta el cuello.

—Entonces, querida, tendrás que desabrochar parte de ese recatado atuendo, o de lo contrario únicamente podré dibujar molestos botones, algo de encaje y poco más —repuso atrevidamente Snake, haciendo que Pan se desabrochara la camisola, exponiendo su blanca piel.

—Un poco más..., hasta los hombros será suficiente —dijo él como todo un profesional, para luego añadir provocadoramente—: Por ahora...

Mientras los ojos de él la observaban con atención, Pan intentó concentrarse en plasmar el rostro de penetrantes ojos azules de ese hombre de hipnótica mirada que nunca se podría captar del todo en una pintura, o dibujar esa sonrisa ladina con la que siempre la perturbaba, o esos atractivos labios, a los que siempre acudía algún comentario inadecuado.

Y al mismo tiempo que ella lo dibujaba, dejándose encantar por su hermosa apariencia, Pan se sentía observada por la atenta mirada de ese taimado hombre que, una vez más, jugaba con

ella.

—Creo que ya hemos pasado mucho tiempo dibujando nuestras caras, ¿por qué no pasamos a partes más interesantes como...?

—¡Los brazos! —anunció Pan con voz chillona, intentando que Snake no le reclamara que expusiera ante él otras partes más atrevidas.

—Los brazos, pues —cedió él, mostrándole sus desnudos y fuertes brazos para luego indicarle—: Tendrás que alzar las mangas de esa molesta prenda, o deshacerte de ella por completo, para que pueda seguir dibujándote.

Pan se subió las mangas con algo de nerviosismo, que intentó disimular pidiéndole a Snake que posara de determinada manera.

—¿Puedes doblar un brazo para que pueda plasmar debidamente en mi dibujo la articulación del codo?

—Faltaría más —respondió él antes de ceder sumisamente a su petición, posando para ella el tiempo que necesitara.

Cuando Pan no pudo disimular más que ya hacía tiempo que había terminado los esbozos de los brazos, Snake volvió a proponer que dibujaran otra parte de su cuerpo.

—Tal vez ahora deberíamos pasar a...

—¡A las piernas! —propuso ella, sacando una sonrisa del malicioso rostro de Snake, que llevó a Pan a darse cuenta de que con esa propuesta se había metido en problemas.

—Bien, pero para eso tendrás que levantar tu camisola... —señaló él.

—Solo lo necesario... —manifestó Pan, subiendo lentamente la prenda hasta los tobillos.

—Bonitos tobillos... Ahora quiero ver todo lo demás.

—Yo... Creo que, después de todo, no es tan importante terminar ese libro —dijo Pan nerviosamente, intentando esquivar la intensa mirada de Snake a la vez que sus dubitativas manos sujetaban con firmeza su camisola, sin decidirse a alzarla más.

—Cobarde... —la provocó él sin moverse de su posición, retándola con la mirada a que dejara atrás sus miedos, y ella, como la digna hija de un investigador que era, olvidándose del pudor o del miedo, siguió adelante con el peligroso juego que había iniciado con una astuta serpiente.

Apretando con nerviosismo la tela entre las manos, Pan la deslizó despacio ante la expectante mirada de Snake, llegando hasta las rodillas. Y cuando los ojos de él permanecían clavados en ella, señalando que no era suficiente, Pan cerró los ojos y, valientemente, se alzó la camisola hasta los muslos, sin olvidarse de tapar convenientemente las partes que aún no estaba preparada para mostrar a ningún hombre.

En cuanto Snake vio que sus manos no seguirían alzando insinuantemente esa prenda, tras soltar un suspiro algo frustrado, volvió a su trabajo.

—Es tu turno de enseñarme algo digno de dibujar —apuntó Pan cuando vio que el lápiz de ese hombre no se movía.

Y Snake, con todo el descaro del que era capaz, dejó a un lado sus dibujos y se levantó de su silla, anunciando con atrevimiento al tiempo que abría los brazos y ofrecía todo su cuerpo a la ciencia, o, mejor dicho, a ella...

—Puedes empezar por donde quieras.

Pan, sintiendo gran curiosidad por el cuerpo de ese hombre, caminó en torno a este armada con su papel y su lápiz, contemplándolo cada vez más intrigada con el complicado personaje que se alzaba frente a ella. En su atenta observación, Pan no pudo evitar recorrer con sus dedos alguna de las cicatrices que Snake tenía en la espalda.

—Esas no hace falta que las dibujes —manifestó él, alejándose de Pan por primera vez.

—No obstante, son parte de ti.

—Sí, lo son. Si recordara cómo me las hice te lo contaría para que te compadecieras de mí y las curaras... —declaró él, reteniendo su mano para luego dejarla marchar con un beso antes de añadir—: Pero como no recuerdo gran parte de mi pasado, no puedo decirte nada.

—Ver tus heridas me lleva a preguntarme cómo te las hiciste —comentó Pan, recorriendo despacio las cicatrices de su espalda con un dedo—, pero lo que más me preocupa ahora es que si estas son las heridas de tu cuerpo, ¿cómo de grandes serán las que llevas en tu alma?

Y, para asombro de Snake, Pan depositó un dulce beso en su maltratada espalda.

—Tal vez sea mejor que terminemos por hoy con los dibujos —propuso la joven en ese instante, tratando de alejarse de él al percatarse de su atrevimiento.

Pero Snake, volviéndola en su dirección, retuvo su mano negándose a dejarla marchar.

—Pero tú necesitas esos dibujos —le recordó, inventando una excusa para estar más tiempo a su lado.

—Ya me las apañaré, tal vez... tal vez la mejor opción sea observar detenidamente las partes de mi cuerpo que quiero dibujar frente a un espejo... —improvisó Pan cuando sus ojos se toparon con el gran espejo que adornaba una de las paredes de esa habitación.

—¿Ah, sí? ¡Qué interesante! ¿Y cómo lo harías? —se interesó él con voz seductora mientras se colocaba a la espalda de Pan, fijando sus intensos ojos azules en la imagen del espejo—. Dime, ¿podrías desnudar tu hermoso cuello y reflejar en ese papel toda su suavidad? —preguntó sugerentemente, apartando despacio la tela de la camisola para rozar su cuello con el sutil contacto de sus labios—. O tu espalda... —continuó, bajando la tela hasta descubrir sus níveos hombros, provocando que esa prenda mostrara gran parte de su escote.

El cuerpo de Pan temblaba entre las manos de ese tentador que la hipnotizaba con sus caricias. Ella contemplaba su seducción en el espejo que tenía delante, del cual no podía apartar la vista, fascinada.

—¿Podrías desnudar tus senos sin sonrojarte ante el espejo? —inquirió sensualmente Snake mientras sus manos bajaban lentamente la tela, concediéndole tiempo suficiente para protestar. Pero Pan, seducida por la imagen que tenía ante ella, no emitió sonido alguno cuando las traviesas manos de él continuaron bajando su camisola.

La tela descendió hasta exponer sus senos, apresando sus brazos en el proceso, y Snake no tardó en aprovecharse de la situación, y, acogiendo sus pechos entre las manos, los levantó para jugar con ellos ante el espejo, donde le mostraba a esa mujer lo intensa que podía ser su pasión.

—¿Serías capaz de plasmar en el papel lo seductores que pueden ser estos a la vista de cualquier hombre? —susurró junto a su cuello mientras sus dedos jugaban con los excitados pezones, haciendo que la piel se le erizara y que su cuerpo ardiera ante los intensos ojos que no se apartaban de ella a través del espejo, disfrutando de su reacción—. ¿O la excitación que pueden sentir cuando yo los toco? —añadió pellizcándolos sutilmente sin piedad, sacando un gemido de sus labios.

»¿Y podrías describir lo largas, hermosas y sensuales que son tus piernas? —continuó antes de alzar el camisón con una de sus manos mientras la otra seguía jugando con sus expuestos senos, pellizcando sus sonrosadas cumbres, haciéndola gemir ante el leve dolor y el placer que sus caricias le provocaban.

»Y dime, Pan, ¿serías capaz de mostrarlo todo de ti ante ese espejo sin avergonzarte de ello? —inquirió al tiempo que su mano, todavía oculta entre los pliegues de la camisola, buscaba comprobar en su húmedo sexo cuán profundo era su deseo. Al principio se limitó a acariciarle suavemente el clítoris con leves pasadas de sus dedos, observando con sus intensos ojos y su ladina sonrisa cómo se derretía ella entre sus manos. Luego la torturó con el placer mostrándoselo, acercándola al clímax para después negárselo hasta hacer que se arquease entre sus brazos reclamando esas caricias.

Fue entonces cuando uno de sus audaces dedos se hundió profundamente en su interior, haciéndola gritar su nombre, aunque Pan no sabía si protestaba por sus atrevidas acciones o porque estas no fueran un poco más audaces.

—¡Snake! —volvió a protestar ella cuando otro de sus dedos se unió al primero, estableciendo un delirante ritmo que la llevó a estremecerse entre sus brazos.

—¿Estás segura de poder plasmar en ese papel todo lo que representa tu cuerpo? —insistió Snake, levantando de repente su ropa, mostrándole en el espejo cómo se hundían sus dedos profundamente en ella mientras su sexo lo reclamaba.

—Siempre... puede dibujarme... otra persona... —repuso Pan de manera entrecortada, no queriendo ceder ante ese individuo, aunque su cuerpo ya se hubiera rendido a él.

—No hay otro hombre para ti —declaró con frialdad Snake antes de marcar su cuello con un pequeño mordisco que le causó tanto dolor como placer. Y, como si quisiera grabar sus palabras a fuego en su piel, una de las manos de Snake comenzó a marcar un ritmo implacable entre sus piernas al mismo tiempo que la otra agasajaba sus sensibles senos, haciéndola presa de un placer para el que tal vez aún no estaba preparada.

Abrumada por el goce que recibía, Pan se arqueaba contra ese solido hombre de cuya penetrante mirada no podía huir en el espejo. Sus caderas se alzaban contra su mano, sus pechos

reclamaban más caricias de esos dedos, y sus piernas, que temblaban de placer, apenas podían mantenerla en pie.

De repente, los dedos de Snake intensificaron el ritmo con el que entraban y salían de su sexo, rozando su sensible clítoris al mismo tiempo. Pan no supo si alejarse o acercarse a ese placer que la sobrecogía, por lo que finalmente fue Snake quien decidió por ella cuando, reteniendo sus caderas, la obligó a sentirlo todo y a no huir del placer que podía lograr entre sus brazos.

La joven gritó el nombre de Snake, convulsionándose entre sus brazos, sin poder apartar sus ojos ni un instante del hombre que le impedía huir de él y de su deseo. Y, siguiendo el ritmo que él imponía, llegó al orgasmo entre los tentadores brazos de un sujeto al que nunca llegaba a conocer del todo, tal vez porque era una esquivia serpiente.

—Bien. Creo que con esto he terminado de ayudarte —declaró Snake al lánguido cuerpo que descansaba entre sus brazos mientras recomponía las ropas de Pan, tapando el sugerente cuerpo que no le había importado exponer ante ese espejo unos segundos antes—. A no ser que quieras que te ayude en algo más... —añadió desvergonzadamente, apartándose de ella para mostrar su completa desnudez frente al espejo, haciéndola salir del embrujo de su mirada cuando sospechó que las pretensiones de Snake únicamente acabarían con ella perdiendo su inocencia, algo que el alzado miembro que él exhibía ante la joven confirmó.

Pan huyó con celeridad hacia el biombo, donde se encontraban sus ropas, para vestirse lo más rápidamente posible y salir de esa habitación sin formar ningún escándalo. Uno del que, por supuesto, no pudo huir cuando, una vez vestida, se dirigió hacia la puerta, la abrió y se topó con una criada que abrió los ojos espantada al ver a un hombre desnudo en el sofá.

—¿Me creería si le dijera que solamente estábamos disfrutando de una agradable taza de té? —inquirió burlonamente Snake, dando un lento sorbo a su bebida y consiguiendo que la criada reaccionara al fin y saliera corriendo despavorida, como en otras ocasiones.

»Creo que siempre nos pilla la misma —comentó a continuación desvergonzadamente, sin mostrar ni una pizca de arrepentimiento.

—Será mejor que te vistas —lo reprendió Pan, volviendo a cerrar la puerta para que nadie más los interrumpiera.

—Creí que me preferías desnudo..., en fin, qué se le va a hacer. Que no se diga que no cumplo con todos los deseos de mi mujer —dijo Snake, recordándole maliciosamente cómo había cumplido con todos sus calenturientos y pecaminosos sueños frente al espejo.

Mientras él se vestía, Pan dudaba sobre lo que sentía por ese hombre, pero no pudo evitar observarlo con atención. Se trataba de un sujeto tentador y atractivo capaz de hechizarla únicamente con sus palabras. Un tipo listo y de agudas contestaciones con el que jamás se aburría y con el que podía hablar de cualquier tema, incluso de aquellos prohibidos por las civilizadas reglas de la sociedad. Un hombre que, a veces, parecía un caballero, mientras que en otras parecía un granuja. Era una persona que podía ser tan peligrosa como su nombre anunciaba,

un hombre que guardaba marcas tanto en su cuerpo como en su alma que lo convertían en alguien desconfiado y tan taimado como una serpiente. «Y, aun así, Snake es una serpiente a la que no puedo temer», reflexionaba mientras recordaba todo lo que era capaz de hacer ese individuo solo para protegerla.

Tal vez su apreciación de Snake estaba comenzando a verse distorsionada porque su corazón siempre se sobresaltaba por su causa, y Pan empezaba a sospechar que se estaba enamorando de él. Finalmente, tras echarles una mirada a los bocetos de ese sinvergüenza, decidió que lo que sentía en esos momentos era un gran enfado.

—Snake, ¿qué es este palito doblado que has dibujado con un círculo al final y otros cinco palitos más pequeños saliendo del círculo? —preguntó molesta por los engaños de ese hombre.

—¡Ah! Eso es un brazo doblado y una mano con sus cinco dedos... —respondió Snake socarronamente, terminando de vestirse, sin molestarse siquiera en mirar el dibujo que Pan le mostraba, cada vez más enfadada.

—¿Y estas dos líneas dibujadas verticalmente?

—Un cuello, ¿qué va a ser? —replicó él, avivando más su disgusto.

—¿Me puedes explicar en qué me parezco yo a este monigote que has hecho? —insistió la joven indignada, colocando el ridículo garabato que hasta un niño de diez años habría hecho mejor delante de ese hombre y su esquiva mirada.

—Tiene ojos, orejas, boca y nariz..., aunque veo que se me ha olvidado ponerle el pelo.

—Por mi bien y el de la ciencia, será mejor que no me ayudes más —declaró Pan enfadada.

A continuación, tras hacer una bola de papel con el dibujo de Snake, se la arrojó a la cara para luego marcharse de la habitación, sin importarle que ese hombre estuviera vestido o no.

En los pasillos, la furiosa pelirroja se encontró con su hermano, y, decidida a pagar su enfado también con él, no dudó en reprenderlo.

—¡Ni se te ocurra volver a ayudarlo, Edmund! —le advirtió antes de proseguir su camino, deduciendo correctamente en ese momento quién había realizado en realidad los bocetos de esas flores que Pan había creído obra de Snake.

Sabiendo quién era el único hombre capaz de cabrear a su hermana de esa manera, Edmund no dudó en adentrarse en el estudio para encontrar al Serpiente terminando de arreglarse la corbata.

—¿Qué has hecho ahora para enfadarla de esa manera? —quiso saber, resignado a que Snake siempre acabara estropeándolo todo con su hermana.

—Le he hecho un retrato —explicó despreocupadamente él, mostrándole un horroroso monigote consistente en un enorme círculo con otros dos que hacían las veces de ojos, una grotesca boca y dos orejas enormes.

—¡Vaya! Yo también me habría ofendido si me hubieras hecho un retrato como ese. Como sigas así, no vas a conseguir aparecer en esa lista suya.

—No te preocupes, Edmund: yo sé cómo convencer a una mujer. Mis encantos nunca fallan

—manifestó Snake, saliendo del estudio con una sonrisa ladina, seguramente para ir en busca de Pan. Algo que, si la conociera mejor, sabría que debería dejar para más adelante, cuando su enfado se apaciguara.

«O tal vez no», pensó Edmund cuando vio cómo Pan pretendía ignorar a Snake y que este no se lo permitía, sino que, tras susurrarle algo al oído, la hizo enrojecer, y no solo de enfado.

—Espero que logres convencerla de casarse contigo. Y, sobre todo, que lo hagas antes de que llegue esa peligrosa serpiente que es mi tío, porque sé que tú eres el único capaz de protegernos de él y de sus maliciosas intenciones —rogó mientras contemplaba de lejos cómo jugaba su hermana con una serpiente que, a pesar de ser peligrosa, nunca le mordería, porque era más que evidente que se había enamorado de ella.

## Capítulo 12

Los suburbios de Londres se dividían en dos áreas: la nordeste y la sureste, cada una de ellas gobernada por sendos poderosos sujetos hasta hacía poco. El sureste incluía las áreas más pobres, sucias y descuidadas, donde se podía encontrar a los más temidos maleantes, los más turbios negocios y los hombres más crueles, a los que solo se los podía controlar por medio del dinero o del miedo.

El Serpiente, antiguo mandatario de esta zona, había decidido someterlos con el miedo, una elección que había funcionado para que esas sucias ratas se mantuvieran en su lugar. O, por lo menos, lo había hecho hasta que este desapareció, momento en el que las alimañas habían comenzado a morderse entre ellas y a los demás en su afán por hacerse con el poder que representaba el trono vacío que ahora se mostraba frente a ellos.

El nordeste, por su parte, estaba gobernado por Clive Sin, un hombre que hacía que sus negocios turbios no parecieran tan deshonestos, consiguiendo incluso que algunos nobles se interesaran en ellos y que los apoyaran con su capital para conseguir las mercancías de contrabando que traía de otras tierras. Los granujas de esa zona eran leales a él, no eran gobernados a base de miedo y nunca pondrían en duda a Clive Sin ni a la persona que este dejara al mando mientras él no estuviera en ese lugar. No obstante, otros menos inteligentes sí se atrevían a hacerlo, especialmente cuando quien ocupaba su sitio mientras Clive estaba de viaje era su esposa, Jocelyn Sin.

—¡Usted es una mujer! —exclamó sorprendido un orondo norteamericano de mediana edad, avariciosos ojos verdes y negros cabellos, haciendo que Jocelyn alzara por unos instantes la mirada de los papeles que estaba leyendo, para dirigirlos hacia su impertinente visita.

—Pues sí, se trata de algo más que evidente. Lo felicito por su capacidad de observación... —contestó con sarcasmo la mujer de inteligentes ojos azules, cabellos castaños, rostro inocente y unos pequeños anteojos que la llevaban a parecer una ratita de biblioteca, una imagen que contribuía a que quienes no la conocieran la infravalorasen, hasta el momento en que era demasiado tarde y se percataban realmente de lo peligrosa que podía ser. Y ese tipo, representante de una familia norteamericana que requería sus servicios, definitivamente, la estaba infravalorando e insultando al adentrarse en la estancia como si le perteneciera.

El jactancioso individuo se pavoneaba ante ella, seguido muy de cerca por una mujer de rubios cabellos y ojos azules, tan avariciosos como los de su acompañante, una altiva y avinagrada americana de unos cuarenta años que trataba de ocultar su edad bajo sus joyas y su



recargado atuendo. A la pareja los acompañaba un orgulloso joven que observaba todo cuanto lo rodeaba con un gesto de suficiencia, creyéndose claramente mejor que Jocelyn y los rufianes que la guardaban. El joven acompañó a la dama hasta las sillas colocadas frente al escritorio donde trabajaba Jocelyn, donde esa familia tomó asiento finalmente.

El joven idiota no dudó en devorar a Jocelyn con los ojos, una grosería que estuvo a punto de costarle cara cuando los celosos guardianes que su marido había dejado para que la protegieran se interpusieron en el camino de esa viciosa mirada, y ella tuvo que intervenir para tranquilizar a Don y a Bill y que no lo mataran, mientras sus hombres insistían en seguir sobreprotegiéndola, impidiéndole lanzarle a ese insultante joven uno de los dardos paralizantes que ocultaba en su pulsera.

Los personajes que invadieron su despacho, solicitando supuestamente su ayuda, vestían ropas demasiado recargadas para el gusto de Jocelyn, unos atuendos que ella había visto a menudo lucir en la sociedad a personas que carecían de dinero pero querían presumir de lo contrario. Ninguno de esos sujetos le gustó a la joven. No obstante, no los echó de su despacho, pues quería oír cuál era su petición.

—Soy Jocelyn Sin. Mientras mi marido se encuentra de viaje en España me ha dejado a mí a cargo de sus negocios. Si tienen alguna queja porque sea una mujer, ahí tienen la puerta —manifestó con contundencia la joven, señalándoles la salida a esa desagradable familia mientras les daba la opción de decir lo que querían de ella.

—No, no tengo ningún inconveniente. Solo es que me sorprendió tener que tratar con una mujer, pero no pasa nada: puede que incluso sea mejor y me resulte más fácil hablarle de nuestros problemas, ya que quizá usted podría comprender mejor nuestra desolación, señora Sin. Me presentaré: yo soy Wilfred Sanders, un acaudalado comerciante de Boston. Ella es mi esposa, Dorothea —comentó el extraño hombre. Y, como si fuera un acto ensayado, nada más oír su nombre, la aludida rompió a llorar—. Y él es Elton, nuestro querido hijo —continuó Wilfred, señalando a su vástago, un hombre de apariencia atractiva, pero cuyos ojos maliciosos daban testimonio del feo interior que ocultaba—. Mi familia y yo acabamos de llegar a Londres. El caso es que habíamos quedado en encontrarnos con nuestra sobrina en uno de los hospedajes del puerto, y ella no apareció. Mi querida Pan viajó desde Boston con su hermano hará ya unos dos meses, y creo que debe de haberse perdido en esta enorme ciudad. Con lo inocente que es, me temo lo peor. Puede ser que haya caído en las manos de algún granuja... y, para mayor tragedia, tiene que ocuparse de su desvalido e indefenso hermano de apenas diez años, que no sabe mantenerse por sí mismo —declaró el orondo hombre, intentando hacerse el compungido ante Jocelyn, algo que, por supuesto, no funcionó con ella, que era capaz de ver a través de cualquier mentira.

—¡La culpa es de la policía, que no parece estar dispuesta a ayudarnos a encontrarlos! ¡O, por lo menos, no lo hace con la rapidez que nosotros deseáramos! Uno de ellos nos habló del señor Sin y nos dijo que tal vez podría ayudarnos —intervino la dramática mujer, que hasta

entonces había permanecido callada, añadiendo unos cuantos lloros más al final de su actuación con los que pretendía parecer desamparada, aunque, más bien, aumentaban la falsedad que ocultaban sus palabras.

—Ya, mamá, ya... Sé cuánto echas de menos a mi prometida y al pequeño Edmund, pero no te preocupes: ¡estoy seguro de que esta encantadora señora nos ayudará a dar con ellos! —apuntó en ese momento el más joven de esos mentirosos, destacando cuál era el papel que desempeñaba él en la vida de la desaparecida, uno que Jocelyn se preguntó si no se lo habría adjudicado por sí mismo.

—De acuerdo, díganme: ¿la huida de su sobrina ocurrió después de que se comprometiera con su hijo? Se lo pregunto porque muchas personas suelen olvidar que las mujeres tienen criterio y deseos propios y, en ocasiones, las familias pretenden imponer sus ideas acerca de lo que es mejor para ellas, sin siquiera preguntarles.

—¿Insinúa que mi prometida huyó de mí?! —exclamó Elton, con el grado justo de indignación.

—Usted lo ha dicho, no yo —replicó Jocelyn, lo que provocó que el temperamento de ese joven estallara, haciéndole levantarse airadamente de su silla, al parecer olvidando el lugar en el que se encontraba, pues de inmediato Don y Bill actuaron y lo redujeron, amenazándolo con sus armas y obligándolo a que recobrarla la compostura—. De acuerdo. Entonces su petición es que encuentre a sus sobrinos en esta ciudad —resumió Jocelyn despreocupadamente, para luego preguntar—: ¿Vivos o muertos?

—¡Vivos, por supuesto! —exclamó Wilfred con gran indignación tras vacilar por una fracción de segundo, haciendo sospechar a Jocelyn que la verdadera razón por la que se encontraban allí no era tan noble como pretendían fingir. Esas desagradables personas querían que ella se convirtiera en su arma para asesinar a unos inocentes, un arma que luego desecharían culpándola de todo ante las autoridades del lugar.

Sus hombres, intuyendo también lo que pretendían aquellos, creyeron que Jocelyn rechazaría su petición, pero ella, sorprendiéndolos, aceptó.

—Está bien: ordenaré que busquen a sus sobrinos. ¿Podrían facilitarme una descripción lo más detallada posible?

—¡Claro que sí, buena señora! ¡Muchas gracias! —exclamó Wilfred visiblemente aliviado, aunque Jocelyn estaba segura de que no era por agradecimiento ante su ayuda para encontrar a sus familiares perdidos—. Pan es una dulce chica de veinticuatro años, pelirroja y de ojos verdes, tan hermosa como su difunta madre, que en paz descanse. Por su parte, su hermano Edmund se parece más a su fallecido padre, mi querido y añorado hermano: es un revoltoso niño de diez años, de ojos también verdes y cabellos negros. Le agradezco mucho su ayuda, ya que después de la muerte de mi hermano soy el único pariente que les queda a ese par de huérfanos, unos niños a los que no dudé en acoger bajo mi ala protectora y a los que quiero tanto como a mi propio hijo.

—No se preocupe, señor Sanders: si tenemos noticias de ellos, se lo haremos saber, al igual que el precio por nuestros servicios —declaró Jocelyn, recordándoles que, a pesar de lo afligidos que estaban, en ningún momento habían puesto sobre la mesa ninguna jugosa recompensa para encontrar a sus sobrinos.

—¡Por supuesto! Estoy dispuesto a pagar cualquier precio por mi familia —aseguró teatralmente el hombre mientras sus dos acompañantes estropeaban su maravillosa actuación protestando—. Siempre y cuando sus honorarios se encuentren dentro de lo razonable, claro está —declaró finalmente el avaro personaje.

—Pues muy bien. Estamos de acuerdo. Y ahora, si me perdonan, tengo mucho trabajo que hacer —dijo Jocelyn, indicándole a uno de los pillos que se encontraban en los pasillos que condujera a los Sanders hasta la calle.

Solo cuando la joven estuvo segura de que esas alimañas habían salido de su guarida, anunció en voz alta en dirección a Don y a Bill:

—Necesito a Bruno.

—¿Para qué quiere a un asesino, jefa? —quiso saber Don, curioso, al tiempo que Bill añadía:

—¿Acaso piensa eliminar a esos chiquillos?

—No: necesito a Bruno para que elimine a todas las alimañas que ese tipo está dispuesto a mandar tras ellos —respondió Jocelyn, decidida a proteger a esos inocentes de los que dudaba mucho que pudieran sobrevivir en esa ciudad.

\*

Después de lo que pasó en el estudio, Pan no se había vuelto a quedar a solas con Snake. Siempre se aseguraba de tener la compañía de su hermano o de alguno de esos impertinentes parientes lejanos que se habían encontrado en Londres, aunque eso no le impedía a Snake susurrar alguna que otra atrevida proposición en su oído cuando nadie miraba.

Bajo la guía de la viuda Belarder, Pan había comenzado a elaborar una lista de hombres que podrían ser candidatos adecuados con los que desposarse, un listado que siempre desaparecía para acabar siendo infantilmente sustituido por otro en el que el único nombre que había era el de Snake.

Ya habían pasado dos meses desde que Pan y Edmund tomaron un barco en Boston, cerca de un mes desde que llegaron a Londres, y un par de semanas desde que mantenía una distancia más que prudencial con Snake, haciendo bullir el mal humor de esa serpiente. Y como ella sabía lo peligroso que podía ser, no dudó en sacarlo de su encierro antes de que se decidiera a morder a uno de los impertinentes Belarder. Pan creía que el mal humor de Snake se esfumaría al visitar la ciudad, pero, al parecer, este persistía cada vez que ella procuraba mantenerse apartada de él, al contrario de lo que este deseaba.

—¡Vamos..., que ese hombre solo me ha pedido la hora! —se quejó Pan cuando vio cómo

Snake cogía fuertemente la mano del hombre que había tenido la desgracia de tropezarse con ella.

A continuación, se alejó del Serpiente para contemplar el curioso escaparate de una tienda, en el que su hermano se mostraba muy interesado, contemplando unos ingeniosos muñecos mecánicos.

—Te estaba robando —manifestó Snake furioso, resistiéndose a soltar la mano de ese sujeto.

—¡No me estaba...! —comenzó a protestar Pan, hasta que Snake sacó su bolsa de entre las manos de ese pillo.

—¿Decías? —inquirió alzando irónicamente una ceja mientras meneaba la pequeña bolsa delante de los ojos de la joven.

—¡Oh, cómo odio que siempre tengas razón! —reconoció Pan, pisando con fuerza el suelo como protesta—. Ahora déjalo marchar —exigió mirando cómo Snake retenía con dureza la mano de ese hombre.

—Se merece una lección.

—¿Por robarme? No creo que tú seas el más indicado para dársela —declaró Pan, recordándole que él posiblemente era el mayor ladrón de todos.

—Pero se la merece por intentar engañarte. A los que se atrevan a robarte hay que dejarles claro por qué no deben intentarlo nunca más, y no hay nada mejor que el miedo para aleccionarlos —sostuvo Snake, mostrándose implacable y frío, permaneciendo con la mirada perdida como si esa fuera una dura lección que alguien había grabado a fuego en su alma. Y, mostrando una parte de sí que ninguno de los Sanders habían visto hasta entonces, por unos momentos Snake se convirtió en una peligrosa serpiente. Hasta que Pan lo hizo volver a ser simplemente el granuja que habían conocido.

—¡Por Dios! Desde que he llegado a Londres no he parado de meterme en problemas. Ese hombre no es el primero ni será el último que intente robarme, Snake, así que suelta sus manos antes de que le rompas los dedos. Estaré más atenta en adelante.

—Eres demasiado blanda —se quejó él mientras apretaba la mano del ratero, haciendo que se pusiera de rodillas ante ellos.

—¡Y tú demasiado duro! —repuso Pan molesta cruzándose de brazos, empeñada en salirse con la suya.

—Si le rompes los dedos, mi hermana va a querer curarlo —intervino Edmund, acabando con la discusión.

—¿Eh? ¡No serías capaz! —declaró Snake indignado.

—Por supuesto que sí, no está en mi naturaleza ver a alguien herido e ignorarlo. Mi vocación de médico me anima a auxiliar a todo el que necesite mi ayuda, sean cuales sean las circunstancias en las que se haya herido.

—Por esta vez te has librado, pero espero que aprendas a quién no debes robar... —advirtió amenazadoramente Snake antes de soltar la mano del ladronzuelo, que salió corriendo como

alma que lleva el diablo.

—Bueno, y ahora que este asunto ha concluido y Snake ha aprendido algo de modales, vámonos de compras.

—¿Qué vas a comprar en esta ocasión? —preguntó él interesado, decidiendo que quizá esa vez intentaría seducir a esa mujer en uno de los vestuarios de alguna cara *boutique*, unas ilusiones que se rompieron en mil pedazos en cuanto Edmund le contestó:

—A juzgar por su sonrisa, es más que evidente que no vamos a comprar ropa.

—¿Y entonces? —inquirió él extrañado, pues a todas las mujeres les encantaban las joyas y los vestidos, hasta que recordó que Pan no era como las demás.

—¡Vamos a comprar libros! —propuso emocionada, alejándose hacia el escaparate de la librería más próxima.

—No creo que mi hermana se meta en muchos líos en esta ocasión —declaró Edmund ante su frío guardián.

—Tú solo espera y verás... —repuso Snake antes de acercarse a Pan para apartarla de otro de esos pillos que la veían como una presa fácil, sin saber que en realidad era la presa que una ávida serpiente no pensaba dejar escapar.

\*

Wilfred Sanders había dejado a su familia descansando en una pobre habitación de una sucia posada del puerto, que era lo único que podían permitirse hasta que encontrara a sus sobrinos.

Había dejado caer por los alrededores alguna que otra moneda para soltar las lenguas de los pillos de las cercanías y dar así con el paradero de los sucios personajes que necesitaba. Wilfred quería contratar a lo peor de esa ciudad para hacer un trabajo que, al parecer, todos los demás eran incapaces de llevar a cabo allí, y ahora que había dado con ellos entraba con miedo en la guarida del Serpiente.

Penetró titubeante en un viejo edificio abandonado y oscuro, lleno de peligrosos hombres que rodeaban el único mueble de la estancia, una gran silla semejante al trono de un rey. En el suelo, junto sus pies, reptaban unas cuantas serpientes, como si el lugar les perteneciera, unos animales a los que los maleantes del lugar no se atrevían a tocar, igual que el trono.

—Y díganos, ¿qué lo trae a nuestros dominios? —preguntó la voz de un brusco y rudo sujeto bastante intimidante, tanto por su corpulento aspecto como por las cicatrices de su cara.

—Quería hacerles un encargo... —declaró Wilfred. Y, sabiendo que con esos hombres las falsas lágrimas no valdrían de nada, arrojó hacia ellos una bolsa con parte del dinero que habían conseguido de la venta de las joyas de su sobrina, para anunciar a continuación—: Quiero que encuentren a dos personas. Esto es solo parte del pago que les haré si me los entregan.

—¿Los quiere vivos o muertos? —preguntó el temible individuo después de coger la bolsa del suelo y comenzar a contar las monedas.

—Me hacen falta vivos, pero si llegan un poco lastimados no lo tendré en cuenta —informó Wilfred, haciéndoles ver que si trataba con ellos era porque sus intenciones no eran demasiado honestas, lo cual hizo que esos hombres no dudaran en aceptar su petición.

—¿Cómo son las personas que tenemos que encontrar? Si son dos, es posible que el precio sea más elevado.

—Uno es un mocoso impertinente de cabellos negros y ojos verdes que apenas les dará trabajo; la otra es una pelirroja de veinticuatro años, de ojos verdes que juega a ser médico. Si quieren una recompensa mayor por su trabajo, cóbrensela a ella —manifestó Wilfred astutamente, asegurándose que su sobrina recibiría el debido escarmiento por su huida.

—¡Me gusta cómo piensa! Hace tiempo que no disfrutamos de los encantos de una mujer, y si esta es una fina dama, seguramente disfrutaremos el doble —declaró ese temido personaje, haciendo reír a sus hombres mientras mostraba una maliciosa sonrisa—. Vuelva aquí dentro de un mes, tal vez los encontremos antes, pero, sin duda, todos queremos disfrutar de nuestro premio.

—Muy bien, señores: cuento con ustedes —dijo Wilfred, decidido a marcharse. Aunque antes de hacerlo, la curiosidad pudo con él, y, señalando el trono vacío, preguntó—: ¿Por qué nadie se sienta en él?

—Porque solamente el más despiadado de nosotros puede ocupar ese lugar, y aún estamos determinando quién es —contestó el tipo, haciendo reflexionar a Wilfred sobre cuán despiadado debía de haber sido el anterior regente de los suburbios para que continuara siendo temido a pesar de que había desaparecido hacía tiempo.

«O tal vez no...», pensó cuando, mientras salía, un hombre entraba gritando aterrorizado que había visto al Serpiente, provocando que muchos de esos crueles personajes no pudieran evitar exhibir su miedo.

—Ojalá nunca tenga que enfrentarme a un personaje como ese... —susurró Wilfred, alejándose con temor del territorio de una peligrosa serpiente.

\*

Bruno se preguntaba por qué lo había mandado llamar Jocelyn y en qué nuevo lío se habría metido para reclamar sus habilidades, unas que, después de tantos años, tenía algo olvidadas, pero que no dudaría en recuperar para protegerla de todo lo que pudiera hacerle daño, incluido el papel que la propia Jocelyn había adoptado en los suburbios sustituyendo a su marido en su ausencia, un rol nada adecuado para una dama, pero en el que ella se desenvolvía a la perfección.

—¿Has mandado llamar a un asesino? —anunció Bruno, adentrándose en la estancia, para después dedicarle una burlona reverencia ante la que Jocelyn alzó una ceja para luego corregirle:

—No, he mandado llamar a mi amigo. Quiero que aceptes un trabajo.

—¿A quién tengo que matar? —se apresuró a preguntar Bruno, sabiendo lo mucho que le

molestarían a Jocelyn sus palabras, ya que para ella él nunca sería un asesino, a pesar de su turbio pasado—. Y espero que no pretendas que lo haga con el gaznate seco —añadió señalándole las exquisitas bebidas que tenía Clive Sin en su aparador, de las que no dudaba en aprovecharse cada vez que entraba en ese despacho.

—No tienes que matar a nadie, Bruno, tan solo encontrar a dos incautos americanos y, tal vez, protegerlos de todos los maleantes que se les acerquen —lo informó Jocelyn mientras le servía una copa de un excelente licor.

—¿Cómo son? —preguntó él despreocupadamente, deleitándose con ese licor hasta que Jocelyn le dio la descripción de las personas que tenía que proteger, lo que provocó que casi se atragantara con su bebida.

—Se trata de dos hermanos: ella es una dama de Boston de veinticuatro años, pelirroja, de ojos verdes. Su hermano es un niño de diez, cabellos negros y ojos verdes. Espero sinceramente que no hayan caído en las manos de ningún hombre malvado.

Entre toses, Bruno intentó tragarse ese licor que comenzó a saberle más amargo que nunca, pues sospechaba que esos dos individuos a los que tenía que proteger ya habían caído en manos de un villano. Del más malvado de todos.

—¿Por qué crees que están en peligro? —preguntó cuando pudo hablar después de que Jocelyn le diera algunas fuertes palmadas en la espalda, que, aun así, no lo ayudaron a dejar atrás el mal trago de sospechar que su hermano tal vez no había cambiado tanto como pensaba.

—Su tío se ha atrevido a venir a mi despacho o, mejor dicho, al del gobernante de los suburbios, para pedir que los encontremos. Y aunque parezcan las medidas de un hombre desesperado por hallar a sus familiares, no creo que sus intenciones sean honorables, ya que me resulta más que evidente, por su avariciosa mirada, que tan solo quiere encontrarlos para deshacerse de ellos con sus propias manos.

—¿De quién quieres que los proteja entonces? ¿De sus familiares?

—Sí, y también de los maleantes que ese hombre mandará en su busca en cuanto hable con los desorganizados personajes que servían al Serpiente. En resumen, de todo aquel que pueda llegar a hacerles daño. Cuando los encuentres, quédate con ellos hasta que tengas la seguridad de que están a salvo.

—¿Y si ellos ya han encontrado a alguien que los proteja? —preguntó Bruno, permitiéndose mantener esperanzas de que su hermano hubiera cambiado, a pesar de que las circunstancias le dijeran lo contrario.

—Entonces déjalo todo en sus manos. ¿Aceptarás este trabajo, Bruno?

—Sí, Jocelyn. Me interesa mucho... —declaró él, consciente de que para saber si esos chicos estaban en peligro tendría que acercarse más a ese desconocido del que se había alejado.

—Gracias, Bruno —agradeció amablemente Jocelyn, como siempre, poniendo toda su confianza en él, una confianza que nadie debería concederle a un asesino. Aun así, ella se la daba sin saber aún cuántas cosas le ocultaba.

—No, gracias a ti —repuso él antes de salir de la habitación, dispuesto a proteger a esa familia de todo, incluso de una serpiente que bailaba a su alrededor y a la que él tendría que acercarse para saber si seguía siendo peligrosa o no.

\*

Snake sentía que los seguían. Y, en esa ocasión, los ojos que se fijaban en los Sanders no eran los de los simples pillos del lugar, sino otros más despiadados que lo llevaron a mantenerse alerta. Un hombre de despreocupados andares y elegante apariencia, rubios cabellos y sagaces ojos azules no dejaba de vigilarlos; un hombre que lo ponía nervioso, pero que no parecía albergar malas intenciones hacia ellos, ya que lo había visto en más de una ocasión deshacerse discretamente de algún sujeto que intentaba acercárseles, dirigiéndolos hacia un callejón.

—Hoy no te apartes de mí ni un instante —susurró Snake a Pan, más inquieto que nunca. Y esa mujer, cómo no, tenía que sacarlo de quicio malinterpretando sus propósitos.

—No voy a volver a dejarme seducir por ti. Lo mejor, hasta que encuentre un marido conveniente, es que mantengamos las distancias.

—Oh, ¿eso significa que cuando encuentres un marido conveniente me dejarás volver a meterme en tu cama?

—¡No! —exclamó Pan ofendida, comenzando a reprimirlo de nuevo a causa de sus atrevidas palabras—. Nunca sería infiel. Cuando me case, no permitiré que un hombre que no sea mi esposo se meta en mi cama, por mucho que me tiente...

—Entonces cástate conmigo y así solucionaremos ese pequeño problema de la infidelidad —dijo Snake, interrumpiendo su discurso mientras continuaba mirando nerviosamente a su alrededor en busca del peligro—. Por cierto, ¿dónde está tu hermano?

—Lo dejé alejarse para que mirara unos escaparates con pequeños muñecos autómatas en los que estaba bastante interesado, ¡pero no cambies de tema! Como te iba diciendo, mi cama...

—Sí, sí. No te preocupes, la visitaré esta noche saltándome todas las barricadas que me pones —declaró Snake, desoyendo las protestas de Pan mientras la arrastraba hacia el lugar donde debía de encontrarse Edmund—. ¿Por qué tenéis que meteros en problemas continuamente? —se quejó, siguiendo su camino en busca del niño.

—¿Qué ocurre, Snake? —preguntó entonces ella, preocupada por su extraño comportamiento.

—Desde que llegamos a la ciudad nos han estado siguiendo varias personas, y sospecho que las intenciones de esos sujetos no son demasiado buenas.

—Serán los típicos ladrones con los que nos topamos.

—No, sus ojos no ambicionaban vuestras bolsas. Iban a por algo de más valor, como podrían ser vuestras vidas.

—¡Snake! —exclamó Pan atemorizada, solicitándole su ayuda para buscar a su hermano.



—No te preocupes, lo encontraremos —declaró él, haciéndole saber que haría lo que fuera necesario para hallarlo.

Una vez llegaron a la tienda, tal y como Snake sospechaba, Edmund no se encontraba allí. El Serpiente comenzó a tratar de recordar la complicada red de callejones, y, pese a que sus recuerdos aún eran confusos, no dudó en adentrarse en ellos para dar con Edmund.

Como pensaba, uno de esos sucios y ensombrecidos callejones llevaba a un amplio y oscuro escondrijo lleno de cajas vacías apiladas y basura. Snake encontró a Edmund en ese lugar, y, para su asombro, el niño estaba siendo protegido por una de las peligrosas sombras que los había perseguido esa mañana.

Decidiendo pedirle cuentas más adelante a ese hombre sobre sus razones para perseguir a los Sanders, Snake se apresuró a ayudarlo a proteger a Edmund, ya que el desconocido se enfrentaba a cinco tipos despiadados con un cuchillo, mientras sus contendientes llevaban una afilada navaja cada uno.

—¡Tú quédate aquí, lejos del peligro! —le ordenó a Pan, colocándola en un lugar apartado entre las sombras, alejado de la pelea.

—¡No estás armado! —le recordó ella, reteniendo una de sus manos por unos instantes, dividiendo su preocupación entre él y su hermano.

—Creo que nadie se ha preocupado por mí como tú lo haces... —expresó Snake, acariciando dulcemente el rostro de Pan antes de permitirse robarle un beso de sus labios, que apenas fue un leve roce entre ambos.

—Eso no lo sabes, ya que aún no has recuperado la memoria —dijo Pan. Y antes de que Snake se alejara, le dio un beso tan apasionado como aquellos con los que él siempre la tentaba.

—No te preocupes: tengo mi bastón, mis puños y el arma más peligrosa para un hombre como yo: mi ingenio —declaró el Serpiente, separándose de ella.

—¡Si no vuelves vivo no podrás reclamar tu recompensa por salvarnos! —gritó Pan, haciéndole sonreír maliciosamente porque, ahora que sabía que le aguardaba un premio de incalculable valor, no pensaba perder esa pelea.

\*

Cinco hombres se enfrentaban al tipo que protegía a Edmund. Cada uno parecía más aterrador que el anterior, y, ya que no parecían tener buenas intenciones, Snake no dudó en jugar sucio con ellos.

Deslizándose con tanto sigilo como una serpiente, golpeó duramente con su bastón la parte posterior de las rodillas del primero que tuvo a su alcance, haciendo que cayera al suelo y se golpeará la cabeza, quedando fuera de juego de inmediato.

El tipo más cercano de los otros cuatro se volvió hacia Snake, dispuesto a atacarlo con su navaja, pero él pateó una de las cajas que había por el callejón, lanzándola a la cara del sucio

sujeto. El agresor reaccionó instintivamente para proteger su cabeza, momento que Snake aprovechó para darle un bastonazo en el estómago, haciendo que se doblara sobre sí mismo y colocando su cabeza en la posición adecuada para que él le propinara un fuerte rodillazo, dejándolo inconsciente.

Ya solo quedaban tres.

Snake se dispuso entonces a llegar junto a Edmund, usando su bastón para apartar las cuchilladas que otro de esos rufianes le lanzaba con su navaja y respondía a los ataques que recibía con alguna que otra fuerte estocada, utilizando el regalo de Pan como una vara. Finalmente, llegó hasta el hombre que protegía a Edmund, un tipo que, al parecer, era muy hábil con el cuchillo que tenía entre las manos, así como con algunos más que escondía bajo sus mangas.

Al ver a los contrincantes del desconocido heridos por su cuchillo, además de los dos que habían quedado inconscientes por sus golpes, Snake creyó que tenía las de ganar en esa pelea. Hasta que otras alimañas salieron de entre las sombras de los callejones, uniéndose a los primeros y triplicando su número.

—¿Se puede saber cuántos enemigos tienes? —preguntó al individuo que protegía a Edmund en cuanto llegó hasta él.

—¿Mis enemigos? —inquirió el desconocido, levantando una ceja en gesto irónico sin dejar de luchar con su cuchillo mientras replicaba sarcásticamente—: Estos son los tuyos, Snake.

—Más tarde hablaremos sobre por qué seguías a los Sanders y de tus intenciones hacia ellos...

—¿Y no prefieres mejor saber quién eres o de qué te conozco?

—En estos momentos mi pasado no me importa demasiado, estoy mucho más interesado en mi presente y mi futuro —repuso él, echando una mirada rápida hacia Pan.

Esa momentánea distracción fue un terrible error, pues lo llevó a verse separado de ese hombre mientras una decena de alimañas lo rodeaban. Defenderse solamente con un bastón y su ingenio era demasiado difícil, pero, aun así, Snake no renunció a su empeño de librarlos de esas sabandijas y siguió luchando sin concederse ni un instante de respiro. Esquivaba puñetazos y patadas de sus agresores al tiempo que empleaba su bastón para desviar las navajas o los palos que algunos de los criminales utilizaban contra él. Inevitablemente, algunos ataques acertaron en sus brazos o en su costado, hiriéndolo, pero Snake hizo caso omiso del dolor, lo ignoró y continuó la batalla.

Finalmente no fueron las fuerzas ni las armas de esos hombres las que pudieron con él, sino las artimañas de uno de los rufianes que había permanecido escondido entre las sombras.

—¡Snake! —gritó Pan, haciendo que sus ojos se volvieran hacia ella para ver cómo un sucio tipo había emergido de entre las sombras para atrapar a Pan y ahora le mostraba el valioso rehén que tenía entre las manos. Se trataba de un hombre rudo, de bruscos rasgos y muy musculoso,

que retenía a Pan con una sola de sus manos, cogiéndola por la cintura en un agarre del que a la joven le resultaba imposible evadirse, mientras mantenía una afilada navaja contra su cuello.

—¡Suelta tu bastón o le rebanaré el gaznate! —amenazó el malicioso personaje con una sonrisa llena de satisfacción, como si lo conociera y disfrutara enormemente de su caída.

Snake alzó fríamente la mirada hacia ese tipo. Luego arrojó su bastón a un lado.

—¡Snake, no! —gritó Pan, aterrada al ver cómo los hombres que lo rodeaban comenzaban a atacarlo. Pero incluso sin su bastón para detener los ataques de las navajas, Snake hirió a un par de rufianes.

—¡No te defiendas! —ordenó el despiadado sujeto que retenía a la chica, presionando su cuchillo contra la delicada piel y causando que un hilillo de sangre se deslizara por su cuello.

Snake apretó los puños y permaneció de pie sin moverse. Sin embargo, como respuesta hacia las exigencias de ese pérfido sujeto que disfrutaba con su tortura, simplemente sonrió. Los hombres que lo rodeaban no dudaron en abalanzarse contra él.

—Veamos cuánto puede aguantar tu salvador —susurró el rudo hombre al oído de Pan, riéndose de los esfuerzos de Snake por salvarla, para luego añadir maliciosamente—: Y no te preocupes por la suerte de tu hermano y la tuya, no pensamos mataros, ya que sois un encargo que nos ha hecho un rico americano. Ahora bien..., también nos ha comentado que no le importa mucho en qué estado te entreguemos a él, así que disfrutaremos todos de ti antes de dejaros a ambos en sus manos... —anunció el despiadado hombre antes de lamer provocativamente el cuello de Pan, haciéndola estremecerse de asco.

Cuando ese indeseable aflojó momentáneamente su agarre para poder tocar sus senos, también apartó el cuchillo del cuello de la joven por unos instantes, lo que ella aprovechó para propinarle un fuerte mordisco en el brazo que sostenía el arma, consciente de que, si no se deshacía de esa alimaña, Snake seguiría sin defenderse, dando su vida por ella.

La rápida reacción del malvado sujeto fue apartarla de sí con un fuerte empujón. Pan cayó sobre unas duras cajas de madera y se golpeó la cabeza contra ellas, quedando sumida en la inconsciencia. Pero antes de desvanecerse le pareció ver los fríos ojos de una serpiente en la que se acababa de despertar la sed de sangre por culpa de todos los idiotas que la habían provocado.

\*

Snake permanecía de pie y firme, recibiendo los golpes de esos hombres, que apenas notaba. Era como si su cuerpo ya estuviera acostumbrado al dolor y esos puñetazos solo fueran un leve recuerdo de lo cruel que había sido su vida. Y ya que no podía alzar los puños para defenderse de los enemigos que lo rodeaban, les dedicaba una sonrisa burlona con la que no les concedía la victoria sobre su persona, haciéndolos enfurecer.

—¡Defiéndete! —exigió el desconocido que lo ayudaba desarmando a los rufianes que pretendían hundir sus cuchillos en él.

—No, porque le hará daño —declaró Snake señalando a Pan y el cuchillo que amenazaba su cuello, lo que lo llevaba a desistir de defenderse.

—¿Es que acaso ella es más importante que tu vida? —preguntó ese hombre, molestándolo una vez más.

—Ella es mi vida desde que desperté entre sus cuidadosos brazos. Sin ella no soy nada.

—El hombre que eras no habría dado la vida por nadie... —comentó su aliado.

—Pues el que soy ahora no dudará en darla siempre por ella —repuso Snake, negándose de nuevo a defenderse. Hasta que el hombre que lo ayudaba le señaló acertadamente:

—¿De verdad crees que no dañarán a tu mujer si no te defiendes?

Los ojos de Snake buscaron a Pan más allá de la multitud que se cerraba a su alrededor, golpeando su cuerpo sin piedad. Y cuando dio con ella y pudo ver su cuerpo en el suelo, inconsciente, una furia asesina que se había guardado dentro de sí hasta ese momento salió de su interior, dejando escapar al mismo tiempo un furioso grito que reclamaba la sangre de todo aquel que hubiera dañado a su mujer.

Los recuerdos del pasado en los que se había sentido indefenso, vulnerable y maltratado, así como los de las innumerables veces en las que no había podido defenderse, volvieron a él. Su pasado se mezclaba ahora con su presente, aumentando la confusión. Pero si algo tenía claro Snake en esos instantes era que recordaba claramente quién era él en ese lugar.

—¡Cógelo, es un arma! —le gritó su compañero de lucha, lanzándole el bastón.

Él lo atrapó al vuelo con una mano y, cuando alzó la cabeza mostrando sus despiadados ojos azules a los enemigos que lo rodeaban, acompañados por su maliciosa sonrisa, supo que todos y cada uno de ellos habían comprendido que el Serpiente había regresado. Pero ya era demasiado tarde para todos, pues habían provocado su cólera.

Snake tocó los dientes de la vengativa serpiente que hasta el momento había creído un simple bastón, y, extrayendo la espada que escondía en su interior, la blandió sin piedad contra sus enemigos. Alejando a los hombres que lo rodeaban, se hizo con el cuchillo de uno de ellos y lo lanzó expertamente contra el despiadado indeseable que se cernía sobre la inconsciente Pan, que fue el primero en morir por haberse atrevido a dañar a la mujer que amaba. Su cuerpo se desplomó pesadamente hacia el suelo con el cuchillo clavado en su sien.

A continuación, con la habilidad de una ágil y veloz serpiente, el implacable Snake se concentró en los rufianes que poblaban el callejón, dando rienda suelta a su ira, pero no los mataba: solo los aleccionaba hiriendo sus cuerpos con múltiples cuchilladas que los iban agotando y haciendo que todos cayeran finalmente al suelo, desfallecidos.

—¿Están muertos? —preguntó el hombre que lo había ayudado, un sujeto del que Snake jamás habría esperado algún tipo de ayuda.

—No, hermano, solo están envenenados —declaró él mientras limpiaba su arma en las ropas de uno de esos hombres, haciéndole saber a Bruno que había recuperado la memoria. Luego

volvió a enfundar su espada y le anunció con despreocupación—: Que vivan o mueran dependerá de cómo respondan sus cuerpos al veneno.

Luego, sin ningún obstáculo en su camino, Snake se encaminó hacia la mujer que amaba, al tiempo que Edmund se disponía a abandonar la protección del hombre que lo había mantenido a salvo para correr hacia el Serpiente. Su protector lo retuvo por unos instantes y le preguntó mientras le mostraba de lo que este era capaz:

—¿Sabes quién es?

—Por supuesto: es Snake, nuestro Snake —señaló el niño, mostrándole a Bruno un aspecto de ese hombre que él nunca había llegado a ver.

Tras acoger a Pan entre sus heridos brazos, Snake todavía pretendía protegerla de todo. Y, aceptando el abrazo de ese niño, comenzó a caminar para salir de ese sucio callejón en el que nunca deberían haber entrado.

—Hermano, me han ordenado protegerlos —manifestó Bruno, una afirmación que tuvo como repuesta que Snake se volviera hacia él con unos ojos gélidos, advirtiéndole con seriedad:

—Atrévete a arrebátarmelos...

Luego siguió su camino sin importarle darle la espalda a un asesino, porque lo más importante para él era mantener a salvo a los Sanders. Para su sorpresa, el asesino se limitó a seguirlos y Snake se lo permitió mientras sus intenciones fueran mantener a salvo a esa mujer y a ese niño que le habían concedido a él una nueva oportunidad en la vida.

Que el Serpiente permaneciera oculto desde ese momento o decidiera salir a la luz con toda la crueldad de la que era capaz únicamente dependería de cuántos enemigos encontrara en su camino.

## Capítulo 13

—Bueno, ya no tenemos ninguna duda: el Serpiente ha regresado —anunció el sargento Callaway a sus hombres mientras recogían los cuerpos amontonados de algunos de los mayores granujas de Londres que alguien había dejado desconsideradamente abandonados en un callejón—. ¿Cuántos muertos hay? —preguntó a sus hombres resignado mientras se masajeaba las doloridas sienes para intentar aliviar el dolor de cabeza que se le avecinaba al comprobar que ese cruel individuo había retornado a su trono en el sureste de los suburbios, un hecho que Callaway no sabía si era bueno o malo para él.

—Señor, solo hay un muerto. Ese de allí que tiene clavado un cuchillo en la cabeza.

—¿Y los demás?

—Todos están inconscientes, pero tienen pulso y aún respiran, aunque nos resulta imposible despertarlos.

—Envenenados... —declaró Callaway, perfecto conocedor de los métodos del Serpiente—. Bueno, chicos, Snake ha vuelto y nos ha dejado un regalo, así que aprovechémoslo: traed el carro, que hoy vamos a llenar las celdas y a retirar toda esta escoria de las calles de Londres.

—¿No cree que deberíamos llamar a un médico?

—Los venenos que utiliza el Serpiente son muy variados y exóticos, algo para lo que no creo que ningún médico de esta ciudad esté preparado, así que, si te encuentras con ese criminal, más vale que corras —advirtió el sargento a uno de los novatos que no conocía las leyendas que se contaban acerca de tan temible personaje—. Conociendo al Serpiente y su escabroso humor, estos tipos serán nuestras bellas durmientes durante unos cuantos días o no despertarán jamás.

—Señor, ¿y a ese por qué lo trató de un modo diferente? —preguntó de nuevo el joven policía, señalando al que, de momento, era el único muerto.

—La respuesta es sencilla: ese hombre había hecho enfadar al Serpiente.

—¿Cree que Snake ha vuelto para reclamar su lugar, señor?

—No lo sé. Hubo mucho secretismo y mucha confusión después de su supuesta muerte, como si Snake pretendiera permanecer en su tumba, pero creo que sus hombres no lo dejaron en paz y, por lo que podemos ver, ha vuelto bastante enfadado, un detalle que no sé si será malo para nosotros o únicamente para aquellos que lo hayan provocado. Nunca se sabe con una serpiente, de modo que, por el momento, tan solo podemos observar y aprovecharnos de los regalos que deje en nuestras manos.

—¿Cree que esa mujer pelirroja y ese niño que vieron con el Serpiente tienen algo que ver

con esto? ¿No le parece que esa mujer y ese crío podrían ser las personas que está buscando el señor Sanders?

—Muchacho, tienes que aprender a diferenciar a los tipos buenos de la basura: ese hombre que pedía nuestra ayuda tenía la avaricia marcada en los ojos. Estoy seguro de que sus intenciones para con sus sobrinos no eran nada buenas... Y en cuanto a la relación que esos dos tienen con el Serpiente, puede que tan solo se cruzaran con él o que esto sea el resultado de que Snake intente proteger a alguien. No lo sé, porque nunca he visto a ese desalmado preocuparse por alguien que no fuese él mismo. De todas formas, en lo referente a los Sanders, nosotros nos lavamos las manos. No quiero arriesgarme por nada del mundo a enfadar a una serpiente —dijo el sargento, señalándole las numerosas víctimas de ese callejón, de las que, definitivamente, no quería formar parte. Así que, mientras la serpiente se mantuviera jugando en su territorio, él no se metería con lo que hiciera o dejara de hacer Snake.

\*

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Pan a Snake confundida, después de despertar en la cama de su habitación.

—Primero dime qué es lo último que recuerdas —exigió él preocupado, preguntándose si todos los golpes en la cabeza hacían que las personas olvidaran su pasado, y, si así era, temiendo que ella lo hubiera olvidado a él.

—Recuerdo a un hombre amenazando mi cuello mientras tú te dejabas golpear. Recuerdo que lo mordí y forcejeé con él para librarme de su agarre para que tú no te dejaras matar por esos tipos. Y después recuerdo que me golpeé la cabeza contra unas cajas. Ahí debí de perder la consciencia, porque no hay nada más hasta que he despertado aquí... ¡Ah! Y también recuerdo que antes de desmayarme te vi cubierto de sangre y de heridas y que en tu rostro aparecía una gélida mirada que por un momento me atemorizó... Nada más... ¿Cómo salimos de aquel callejón?

—Los abatí a todos con mi bastón hasta llegar hasta ti y luego te saqué en brazos de ese sucio lugar y no te solté hasta estar seguro de que estabas sana y a salvo —expuso Snake, contando tan despreocupadamente la verdad que pareció una más de sus mentiras.

—Bueno, si no quieres contarme cómo lograste sacarnos de allí, no lo hagas, pero no te inventes historias tan absurdas.

—Estoy preocupado por ti, ya que te has olvidado de lo más importante... —declaró Snake con un tono tan turbado que inquietó a Pan.

—¿El qué? —preguntó ella nerviosa, hasta que lo vio ocultar detrás de una de sus manos una maliciosa sonrisa.

—Has olvidado lo mucho que me amas y que al fin has aceptado casarte conmigo —manifestó Snake burlonamente, haciendo que Pan se olvidara de los fríos ojos que había visto en

el callejón.

—No, no lo he olvidado, porque tal cosa nunca ocurrió, hombre aprovechado —declaró con una sonrisa asomando a su labios a la vez que golpeaba a ese sinvergüenza. Unos leves golpes que apenas debería haber notado, pero que hicieron que Snake se encogiera de dolor—. ¡Oh, tus heridas! —exclamó Pan, apresurándose a salir de la cama para comenzar a despojarlo de su camisa..., hasta que un carraspeo interrumpió su intento de desnudar a Snake y, al fin, Pan se dio cuenta de que había un hombre desconocido en su habitación, además de su hermano Edmund que, una vez más, negaba con la cabeza ante su inadecuado comportamiento.

—Querida, no creo que este sea el mejor momento ni el lugar —dijo Snake burlonamente, permitiendo que Pan le quitara la camisa.

—No es lo que parece: yo no pretendía desnudarlo..., bueno, sí pretendía desnudarlo, pero solo para revisar sus heridas porque soy médico —intentó explicarse ella ante el desconocido para que no la tachara de pervertida. A continuación se interesó por ese sujeto—: ¿Y quién es usted?

—Él es Bruno, un conocido de Snake —señaló Edmund, trayendo el maletín de su hermana para que pudiera curar al Serpiente, que solamente se había limitado a limpiarse la sangre y no se había dejado atender más hasta que Panacea despertara.

—¡Ah! Muy bien, ahora que has encontrado a alguien que te conoce, tal vez pueda ayudarte a recuperar tu antigua vida y tus recuerdos —manifestó Pan, revisando sus heridas. Y, a pesar de que debería sentirse contenta por él, se entristeció al saber que Snake ya no tendría ningún pretexto para quedarse a su lado.

—No me conoce tan bien, y no creo que pueda ayudarme a recuperar mi memoria, por eso creo que lo mejor para mí será que permanezca al lado de mi médico —apuntó él. Y cuando Pan abrió la boca para rebatir sus palabras, no tardó en volver a cerrarla al continuar Snake—: A juzgar por el ataque de hoy, podemos deducir que tu tío está en la ciudad, por lo que queda claro que me necesitas a tu lado para protegerte.

—¿Cómo has podido dejarte hacer esto? —protestó Pan, intentando eludir esa conversación concentrándose en curar a Snake—. Algunas heridas son simples rasguños, pero otras son tan profundas que van a necesitar algunos puntos. Te proporcionaré un narcótico para reducir el dolor antes de suturar tus heridas —explicó sacando un pequeño botecito de su maletín, que Snake no tardó en rechazar antes de confesarle:

—Ningún narcótico ni veneno funciona conmigo.

—Pero ¿qué dices? —inquirió ella sorprendida.

—Aguantaré el dolor. No será la primera vez que lo haga, y presiento que no será la última.

Pan preparó la aguja y el hilo para cerrar las heridas de ese hombre, y, tras esterilizar el material, comenzó con la difícil tarea de curar a Snake, una que se complicaba más cuando esa serpiente la distraía con unas palabras que no quería oír.

—Solo es cuestión de tiempo que tu tío os encuentre, ¿qué vais a hacer? —insistió él,



provocando que las manos de Pan temblaran.

—No lo sé. No creí que pudiera dar con nosotros tan rápido, y aún no estoy preparada para enfrentarme a él. Mi instinto me dice que corra, pero como ya no tengo adónde huir, supongo que me buscaré un marido que él no pueda engañar con facilidad y que me pueda librar de casarme con mi primo.

—También podrías contratar a un asesino y adelantarte a él encargando su muerte. Creo que conozco a alguno que estaría muy dispuesto a ayudarte... —propuso Snake con una sonrisa burlona, fijando sus ojos en Bruno.

—No bromees con esas cosas, Snake —lo reprendió Pan, sin saber que ese hombre no bromeaba—. La única solución para que mi tío no se haga con mi fortuna y con la tutela de Edmund es casarme, así que hazme un favor y deja de perderme esas listas de candidatos de una maldita vez —añadió acabando con el último punto de sutura, tirando tal vez un poco más de lo necesario.

—Solamente lo hago por tu bien, ya que no has investigado a esos hombres que has designado como candidatos potenciales y, después de casarte con alguno de ellos, podrías llevarte alguna sorpresa bastante desagradable. Además, siempre sustituyo esas listas tuyas por otra mucho más conveniente.

—Sí, claro: por una en la que el tuyo es el único nombre que aparece —repuso Pan con un suspiro mientras le arrojaba su camisa para que se vistiera.

—Bueno, ahora que este hombre está aquí no tendrás que preocuparte de nada: Bruno conoce los trapicheos y los trapos sucios de todos los tipos de la ciudad y no dudará en ayudarte contándote todo lo que debes saber acerca de los que encabezan tu lista —propuso Snake, golpeando amistosamente la espalda de su hermano, un hermano que, lo quisiera o no, iba a ayudarlo.

—¿Ah, sí? ¿Desde cuándo? —preguntó entre susurros a su hermano y, tras toparse con unos fríos ojos, añadir en voz alta—: Por supuesto que conozco todos los secretos de los truhanes de Londres, incluidos los de los más peligrosos —manifestó Bruno, clavando sus ojos en él.

—¡Pues entonces nos viene que ni caído del cielo! Yo soy Panacea Sanders, le agradezco mucho que haya protegido a mi hermano —agradeció Pan, ofreciéndole a Bruno una mano, que Snake no tardó en retirar celosamente.

—No le des las gracias —indicó él fríamente, interponiéndose entre ella y Bruno—. Este es uno de los secuaces de Clive Sin, un hombre no demasiado legal al que seguramente habrán encargado tu muerte. O, al menos, que te localicen... Pero, por suerte, como Clive tiene conciencia, decidió que era mejor protegerte.

—¿Crees que podemos confiar en él? —preguntó Pan, confiando ciegamente en Snake.

—Por supuesto —dijo él sin apartar sus fríos ojos de su hermano, advirtiéndole con la mirada que, a pesar de sus palabras de elogio, él estaría vigilando.

—Bueno, menos mal que Bruno no es uno de los hombres de ese temible gobernante de los

suburbios del que todos hablan últimamente. La verdad, no sé qué nos habría pasado si nos hubiéramos topado con él —declaró Pan, haciendo que Edmund se atragantara, que Bruno sonriera y que Snake gruñera un tanto molesto con sus palabras—. ¿Crees que será tan terrible como todos dicen?

—No —negó Snake, haciendo que ella suspirara aliviada. Hasta que añadió en el último momento—: Él es peor. Pero recuerda, querida, que el antiguo gobernante de los suburbios está muerto —declaró dirigiéndole a Bruno una elocuente mirada con la que le hacía saber que no pretendía volver a su antigua vida, sino quedarse con una mejor, la cual, sin duda, solo podía dársela la mujer que jugaba con él, ignorando la peligrosa serpiente que había sido una vez.

«Aunque en ocasiones es preferible que Pan tenga un poco de miedo», pensó cuando la vio anunciar con una audaz sonrisa:

—Pues si el señor Bruno va a ayudarnos tanto, tendremos que mantenerlo a nuestro lado. ¡Y yo tengo el lugar perfecto para él en esta casa!

\*

—Tú duermes en el sofá, ¡y como ronques te saco a patadas! —gruñó Snake a ese molesto hermano que, después de tantos años, volvía junto a él en el momento más inoportuno.

—¿Por qué estás tan molesto? ¿Porque tienes que dormir conmigo o porque no duermes con ella? —preguntó Bruno burlándose de Snake, ante lo que su hermano respondió con un gruñido mientras se tumbaba en la gran cama de su habitación.

—Sabes que en algún momento tendrás que confesarle que has recuperado la memoria, ¿verdad?

—No sé de qué me hablas. Solo recuerdo que eres mi hermano y poco más —declaró Snake, dándole la espalda.

—Tal vez podría creerte si no te hubiera visto esgrimir de nuevo tu bastón de mando como el más despiadado de los canallas. Tienes que decirle quién eres antes de que se entere por otros —insistió Bruno, haciendo que Snake se levantara furioso de la cama.

—¡¿Y quién soy?! Cuando estoy junto a Pan soy una serpiente sin veneno, un hombre que ríe, sueña y tiene esperanzas. ¿Se supone que, ahora que recuerdo lo peligroso y mortífero que era, tengo que ser de nuevo aquella serpiente venenosa? ¡Pues me niego! ¡El Serpiente murió en esa explosión y yo voy a ser un hombre nuevo, por ella!

—Esa chica no es tonta, hermano. ¿Qué ocurrirá cuando descubra la verdad? O, peor aún, ¿qué sucederá cuando el pasado venga a buscarte y ella se convierta en una víctima colateral de tus malas acciones?

—¡Nadie tocará a esta familia, Bruno! Para ellos puedo ser una serpiente inofensiva, ¡pero todavía guardo mi veneno para todo aquel que quiera dañarlos! Incluso para ti, hermano, si te cruzas en mi camino... —advirtió Snake antes de salir de la habitación, convirtiéndose por unos

instantes en el peligroso individuo que Bruno recordaba, haciéndole dudar sobre si su despiadado hermano había cambiado realmente en algo.

Pero eso solo fue hasta que, tras salir de su cuarto, lo vio apoyado contra la puerta de Pan mientras susurraba con una dulce y seductora voz cuál era su mayor deseo. Y, sin duda alguna, cualquiera que lo viera sabría que para esa despiadada serpiente el mayor deseo era estar al lado de la única mujer que había conseguido curarlo de su veneno.

El pequeño lord de la casa pasó junto a esa pareja sin inmutarse, como si esas discusiones fueran algo habitual en ellos. Cuando Edmund llegó hasta Bruno, le entregó varias mantas y almohadones.

—Mi hermana me pidió que te los diera, que tal vez las necesitaras. Espero sinceramente que esos dos te dejen dormir con sus peleas, ya que, cuando comienzan sus discusiones, nadie sabe cómo pueden acabar.

—¿Eso ocurre muy a menudo? —preguntó Bruno, extrañado por ese ambiente jovial que nunca había rodeado a su hermano, pues en el pasado él nunca habría permitido que nadie lo contrariara.

—A Snake le gusta hacer enfadar a mi hermana, y como Pan no tiene paciencia alguna..., pues sí, ocurre a menudo. Esta nueva discusión parece que va para largo. ¿Te cuento lo que ocurre cuando mi hermana se enfada? —anunció ese diablillo con una pícaro mirada.

—Soy todo oídos —manifestó Bruno, dejando entrar al pequeño en la habitación para que le contara cómo era el hermano que él nunca había llegado a conocer.

\*

Snake susurraba dulces y tentadoras palabras a la puerta de Pan, y cuando esta no se abrió, comenzó a exponer sus quejas sobre verse obligado a compartir su habitación con Bruno.

—¿Por qué tengo que dormir con un hombre, si sabes que prefiero hacerlo con una mujer, y más concretamente, contigo?

—Eso no volverá a pasar —respondió Pan desde detrás de su puerta.

—Sí, lo hará en cuanto nos casemos. De hecho, pienso mantenerte encerrada en esa habitación una semana.

—¿Y qué se supone que harás conmigo en esa semana?

—¿Tú qué crees, Pan? —preguntó irónicamente Snake, provocando que se oyeran más gritos indignados desde detrás de la puerta.

—¡No voy a casarme contigo! ¡Y esa indecencia solo pienso llevarla a cabo con mi marido! —declaró Pan dignamente, un discurso que le habría quedado bastante bien de no ser porque luego añadió, tan curiosa como siempre—: Por cierto, ¿se puede aguantar tanto tiempo?

—Con sus debidos descansos, sí. ¿Lo probamos? —inquirió Snake maliciosamente, tentándola con una nueva indecencia.

—¡No! —contestó Pan enfadada, pero solamente después de pensarlo durante unos segundos.

—No me digas que has metido a Bruno en mi habitación para que me sea más difícil colarme en tu cama...

—¿Yo? ¡Qué va! —contestó Pan, sin poder engañarlo en absoluto al fingir falsamente su inocencia.

—Muy bien. Pues ahora que ya sabes que esa estratagema no te funcionará, ¿me harías el favor de mandarlo a otra habitación?

—No hay más habitaciones libres en esta casa, ya que casi todas están ocupadas por los Belarder.

—¡Oh, no te preocupes! ¡Tú déjame a mí, que ya las desalojaré yo! —anunció Snake, más que encantado de deshacerse de esa desagradable familia.

—¡De eso nada! Aunque hubiera alguna libre no se la daría, ya que creo que ese hombre puede ser tu hermano: tenéis rasgos muy similares, y estudié en un libro que algunos de ellos pueden indicar un parentesco cercano. Así que creo que tienes que estar lo más cerca posible de él para que habléis entre vosotros, pues eso contribuiría a recuperar algo de tu memoria.

—¿Crees que compartir habitación con ese hombre me va a llevar a hablar con él? Lo más probable es que acabe matándolo por alguna estúpida desavenencia —protestó Snake de nuevo.

—No voy a cambiar de opinión, así que buenas noches, que tengas dulces sueños —declaró Pan alejándose de la puerta.

—Voy a matar a ese hombre —amenazó él, para luego preguntar—: ¿Qué tienes que decir a eso, Pan?

—Que no me manches la alfombra —replicó la joven, desoyendo su advertencia y haciendo reflexionar a un sorprendido Snake acerca de cómo había conseguido que esa mujer nunca llegara a pensar lo peor de él.

Unos momentos después, molesto y frustrado por haber fallado en su intento de compartir lecho con Pan, Snake regresó a su cuarto, en donde dos desaprensivos ocupaban su cómoda cama. Al inocente niño que permanecía medio dormido se lo permitía, ya que, después de todo, esa era su casa. Pero al desvergonzado tipo que le sonreía burlonamente mientras lo provocaba no se lo dejaría pasar con facilidad.

—Ahora que sé lo que ocurre cuando Pan se enfada, estoy deseando ser testigo de una de tus discusiones con ella —anunció Bruno, consiguiendo que el implacable Serpiente se dirigiera hacia él. Pero antes de que llegara a alcanzarlo, huyó retirándose hacia el sofá, en donde se encontraba su improvisada cama.

Mientras tanto, Snake llegó a su lecho ocupado por Edmund y trató de despertarlo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, extrañado de que ese mocoso irrumpiera en su habitación.

—He traído más mantas para tu hermano.

—Algo que podrían haber hecho perfectamente las criadas..., así que ahora prueba a decirme

la verdad.

—He tenido una pesadilla en la que aparecían muchas serpientes que venían en mi busca, y yo sé que tú eres el único capaz de protegerme de ellas, así que he venido aquí. Sé que es algo infantil y que no debería haber irrumpido en tu cuarto, pero...

—No te preocupes: todos hemos soñado alguna vez con serpientes —declaró Snake, metiéndose en la cama y dando cobijo al asustadizo niño para el que esas serpientes eran tan reales.

—¿Qué hiciste para no volver a tener esas pesadillas, Snake? —indagó Edmund, esperando su respuesta con interés, una respuesta que Bruno también quiso oír cuando vio cómo su hermano se perdía en sus recuerdos.

—Las maté a todas para que no volvieran a formar parte de mis pesadillas.

—¿Y funcionó?

—No, ya que siempre que me descuido vuelven a aparecer. Así que al final tuve que convertirme en la serpiente más peligrosa de todas para que el resto no me hiciera daño.

—La próxima vez dormimos los dos con mi hermana: seguro que ella las espanta con su mal humor —declaró inocentemente Edmund, cediendo al sueño entre los brazos de una peligrosa serpiente únicamente porque se sentía protegido.

—¿Eso es verdad, hermano? —preguntó Bruno, queriendo saber más del pasado de Snake, uno que él había ignorado mientras se concentraba en convertirse en un asesino para salvarlo, aunque al final no hubiera conseguido salvar a nadie.

—Yo no quiero recordar más mi pasado, y a ti te dolerá conocerlo. Así que mejor dejémoslo estar, Bruno. Tengamos dulces sueños esta noche y olvidémonos de las serpientes —respondió Snake antes de cerrar los ojos, negándose a contestar a las preguntas de un hermano que llegaban demasiado tarde para él.

## Capítulo 14

Bruno miraba con asombro cómo se comportaba Snake con esa familia. Bajo la influencia de los Sanders, su hermano era una persona totalmente distinta de la que todos conocían y temían en Londres.

Pan y Edmund se permitían jugar con una peligrosa serpiente, ignorando lo venenosa que había sido en el pasado, y, al mismo tiempo, Snake les ocultaba su letalidad simulando ante ellos que era un personaje del todo inofensivo... «Bueno, todo lo inofensivo que un hombre como el Serpiente puede llegar a ser», pensó Bruno al observar cómo, cuando nadie le prestaba atención, Snake le lanzaba una piedra a la cabeza a uno de los criados del jardín, dejándolo inconsciente. La razón para esa agresión fue que tuvo el atrevimiento de mirar con desdén a la joven.

Pan, al percatarse de la caída del criado, corrió hacia él extrañada, y solo cuando comenzó a palpar su cabeza y encontró un chichón en ella, dirigió una airada mirada a Snake, que él eludió tratando de disimular y aparentar inocencia. Algo que, por supuesto, en un hombre como él no funcionó.

La joven paseó su mirada inquisitiva de Snake a su hermano buscando una respuesta. Pero si el niño había visto algo, sus labios permanecieron sellados, convirtiéndose en cómplice del sinvergüenza al que admiraba ingenuamente y en el que había comenzado a confiar.

Finalmente, el rostro de la furiosa pelirroja se puso igual de colorado que sus cabellos, y, tras calentar los oídos de esos dos con sus reprimendas, les señaló el pie del árbol donde se encontraba Bruno, para que fueran a hacerle compañía.

Ambos personajes se comportaron infantilmente mientras se alejaban hacia su rincón: mientras Edmund daba patadas al suelo y se mostraba enfurruñado, Snake se alejó gruñendo sus protestas contra la mujer que, según él, «no valoraba su ayuda». Cuando ambos llegaron junto a Bruno, se sentaron cada uno a un lado de este, y Bruno no pudo seguir simulando que dormía a los pies de ese árbol, cuando en realidad lo que había estado haciendo era vigilar a ese hermano al que nunca había llegado a conocer del todo y sobre el que tenía tantas preguntas que contestar.

—¿Quién podría haber imaginado alguna vez que Snake se dejaría manejar por una mujer? —se burló Bruno de su aparentemente dócil hermano.

—¿Qué puedo decir, salvo que nadie me ha tratado con el tacto y delicadeza con que lo hace ella? ¿Verdad, cariño? —respondió él, gritando provocadoramente hacia Pan, haciendo que la furiosa pelirroja le chillara una vez más por su insolencia.

—¡Ni se te ocurra moverte de ese árbol hasta que yo vuelva, o, de lo contrario, te ataré a él!

—¿Ves? Conmigo es todo dulzura —declaró burlescamente Snake mientras Pan entraba airada en la casa para atender al criado, a la vez que Bruno se reía junto a su hermano como no lo había hecho nunca.

—¿Por eso quieres casarte con ella? ¿Porque te trata diferente de como lo han hecho siempre los demás? —inquirió Bruno, aún dudando si ayudar o no a su hermano para que consiguiera a esa mujer.

—Creo que es porque alguien tiene que proteger a esa mujer de todos los malos tipos que es capaz de atraer..., ¿y quién mejor para esa difícil tarea que el peor de todos?

—Es porque se ha enamorado de ella —interrumpió Edmund, haciéndose un hueco en esa conversación, muy seguro de sus palabras.

—¿De verdad la amas, hermano, o solo estás jugando con ella como sueles hacer con todos los demás? —lo cuestionó Bruno.

—Si Edmund afirma que estoy enamorado de su hermana, debe de tener razón, ya que es un niño muy listo. Yo, por mi parte, no conozco qué es el amor, pues nunca lo he recibido ni experimentado, pero sí te diré que quiero que Pan sea mía en cuerpo y alma, la deseo con más intensidad que a ninguna otra y jamás tengo suficiente de ella. La necesito con desesperación, ella es mi aliento, mi vida, mi razón para seguir aquí. Ella es la única persona que me hace desear ser alguien mejor, y, por ella, esa fría serpiente que siempre he sido ha comenzado a desaparecer, quedando tan solo la persona que tienes ante ti.

—No sé qué creer, hermano, siempre has mentido tan bien que este podría ser otro más de tus engaños.

—No fingiré que soy una buena persona para ganarme tu beneplácito, Bruno. Con que te apartes de mi camino mientras conquisto a esa mujer será suficiente.

—Pero que yo me aparte o no de tu camino dependerá de cómo te comportes, Serpiente.

—Seré lo suficientemente bueno para poder acercarme a ella, y lo suficientemente malo para protegerla —anunció Snake mientras se alejaba del lugar, disponiéndose a seguir de nuevo a la mujer con la que le gustaba jugar.

—Él siempre tiene una razón para ser malo —apuntó el niño, que se había quedado al lado de Bruno para contemplar, una vez más y desde lejos, las disputas que Snake tendría con su hermana cuando la persiguiera.

—Tú no lo conoces.

—Y tú tampoco. Cada uno de nosotros solo ha visto una parte de ese hombre. El que era y el que es, y yo quiero quedarme con él. Y mi hermana, aunque no lo admita en voz alta, también. Sé que sus heridas lo han llevado a ser malvado, pero también sé que a causa de ellas conoce a los de su misma calaña y hará lo que sea para mantenernos a salvo a Pan y a mí. Él es el hombre que Pan necesita y con el único con el que yo me siento protegido. Snake puede ser terrible para todos, excepto para nosotros —declaró Edmund, mostrando la sabiduría que el Serpiente aseguraba haber visto en él.

—Snake no tiene heridas —anunció Bruno con una despectiva sonrisa, recordando las veces que él mismo había sido herido de niño tan solo para que no dañaran a su hermano.

—Entonces no lo conoces tan bien como crees. Snake tiene decenas de cicatrices en la espalda, y mi hermana me ha contado que sus brazos están llenos de antiguas mordeduras de serpiente. Ella cree que pudo recibirlas cuando era niño.

—Eso no es posible —negó Bruno con desesperación, porque entonces todo lo malo que él había hecho bajo las órdenes del Cuervo, todas las muertes que cargaba a sus espaldas y que había llevado a cabo para proteger a su hermano como única finalidad no habían servido para nada.

—¿Qué ganaría yo mintiéndote? —replicó el niño alejándose hacia su hermana, que se encontraba peleando con Snake, con la intención de interceder una vez más en favor del hombre al que tanto le gustaba fastidiarla.

Sin perder tiempo, cuando los Sanders se marcharon, Bruno se dirigió hacia su hermano. Y, sin darle la oportunidad de protestar, levantó las mangas de su camisa descubriendo las marcas de las venenosas serpientes por las que este había elegido su terrible nombre.

Cuando Bruno alzó sus afligidos ojos hacia él, Snake volvió a ser el frío individuo que conocía. Y, repitiéndole las palabras que le dijo la noche en que lo apuñaló, le abrió una nueva y profunda herida.

—Ahora ya sabes que nunca pudiste protegerme.

—¿Por qué me apuñalaste? —preguntó Bruno, necesitado de una explicación.

—Aquella noche en la que el Cuervo fingió cedernos su poder iba a matarnos a los dos. Preferí ser yo quien acabara contigo antes de que lo hiciera un extraño.

—¿Y por qué no acabé muerto como todos los demás? Aquella noche los envenenaste a todos en la guarida del Cuervo —insistió Bruno, haciendo que él apartara sus brazos con furia, deshaciéndose del agarre de su hermano para cubrir de nuevo sus heridas y contestarle:

—Sí, lo hiciste. Moriste aquella noche y tuviste acceso a otra vida... que desperdiciaste volviendo a aparecer ante mí.

—Un reencuentro que por poco acaba conmigo —le recordó Bruno, dolorido al rememorar la tortura a la que lo había sometido el Serpiente.

—El hermano que alejé de mí para que no se implicara más en los turbios asuntos de los barrios bajos vuelve siendo la mano derecha de mi rival e invade mi territorio para apuñalarme por la espalda. Perdóname, Bruno, al ser yo el primero en apuñalar al otro, pero es que no me pareció conveniente esperar a que me hirieras tú primero para contraatacar —declaró sarcásticamente Snake—. Además, fuiste un cebo más que adecuado para atrapar a Clive Sin en un plan que no me salió como pensaba por entonces, pero de cuyos resultados no me arrepiento.

—Ahora sé que siempre serás una fría y calculadora serpiente —manifestó su hermano molesto, comprendiendo algunas de las razones de su hermano para tratarlo así, pero no perdonándolo por ello—. Todavía me queda saber si esa serpiente tiene corazón o no —finalizó



Bruno, ante cuyas palabras Snake se limitó a dedicarle una sonrisa irónica. Y, señalando a la furiosa pelirroja que lo buscaba con la mirada, seguramente para volver a sermonearlo, le contestó a su hermano.

—Mi corazón es ella, y no dudo de que, si alguien me lo arrebatase, volvería a ser tan despiadado como antes. O incluso más.

—Entonces me has convencido, hermano: te ayudaré a conseguir a Pan. Pero me pregunto una cosa: ¿qué harás cuando ella descubra la verdad y el único culpable de que ella se aleje de ti seas tú a causa de tus mentiras?

—En ese caso, seguramente me castigaré tan implacablemente como hago con todos los demás —repuso el frío Serpiente antes de alejarse de Bruno, convirtiéndose ante sus ojos en un ser inofensivo... pero solo para la mujer que amaba.

\*

Cada vez que observaba a esos hombres, Pan tenía menos dudas de que eran hermanos, ya que tenían los mismos hermosos ojos azules que, en un segundo, podían pasar de bromear a mostrarse terriblemente despiadados. Sus sonrisas también eran similares, y algunos gestos inconscientes de los que apenas se percataban coincidían plenamente. Además de que ambos eran igualmente molestos, por lo menos esa mañana, en que la tarea de encontrar un marido adecuado se estaba convirtiendo en un auténtico fastidio.

—¿Estáis seguros de que este hombre tiene problemas con el juego? —preguntó Pan, señalando ante Bruno y Snake otro nombre de la lista que la viuda Belarder le había ayudado a crear.

—Si él lo dice, no dudo de que es cierto —respondió Snake señalando a Bruno.

—Creí que en esta ocasión iba por el camino correcto. Había oído de mis parientes lejanos que era un hombre sumamente virtuoso y al que no le gustaban nada las apuestas o el juego.

—Señorita, los que parecen ser santos son los que más secretos oscuros esconden —anunció Bruno, mintiendo como un canalla, ya que ante la insistencia de su hermano se había inventado decenas de mentiras sobre hombres bastante más honorables que él.

—En fin, qué se le va a hacer... —declaró Pan, tachando un nuevo nombre de su lista—. Bueno, repasemos los que hemos descartado hasta el momento: lord Chester es un libertino; lord Bristol tiene decenas de deudas; lord Wembley cuenta con un carácter violento; lord Archer bebe en exceso; lord Myers disfruta de las atenciones de unas amantes muy caras de mantener de las que no piensa deshacerse, y lord York..., ¿por qué habíamos tachado a lord York?

—¡Es un viejo!

—¡Tiene negocios muy turbios!

Exclamaron al unísono ambos sujetos, provocando que Pan alzara una ceja interrogante.

—¿Es un viejo o tiene negocios turbios?

—Ambas cosas —contestó Snake, advirtiendo con una fría mirada a su hermano, que afirmó con la cabeza para confirmar sus mentiras.

—¡Ah! Y aquí queda otro más, lord Rose. ¿Qué opináis de él? Alisa dice que es rico y que no le gusta el juego ni el alcohol, puede...

—Bruno me ha dicho que es bígamo, pero que lo oculta muy bien ante la sociedad.

—Bueno, pues nada, otro que descartamos, ya que no quiero formar parte de un harén. Creo que por hoy ya hemos terminado, dado que no me quedan más nombres en la lista.

—Mira bien —señaló Snake, cogiendo el papel. Y, tras darle la vuelta, volvió a depositarlo en manos de Pan.

—Snake... —leyó ella. A continuación, mientras tachaba ese nombre con gran satisfacción, dijo—: De este no tenéis que decirme nada, ya que me conozco todos sus defectos.

—¿No te queda nadie en esa lista? —señaló él con una maliciosa sonrisa, para luego añadir provocadoramente—: Admítelo, Pan: la mejor opción para ti soy yo.

—¡Oh! Sí, me queda un nombre en mi lista, aunque no me haya decidido a ponerlo por escrito... ¿Qué tal el honorable lord Bastian Reginald?

—No debes mezclarte con ese hombre, Pan: él es un cuervo.

—De todas las respuestas que me has dado hoy, esa es la más absurda, Snake.

—Y, no obstante, también es la más realista —declaró él, bastante molesto con el empeño de esa mujer de acercarse al peligro.

—Entonces yo misma tendré que juzgar si lo que más me conviene es un cuervo o una serpiente —dijo ella antes de añadir ese nombre al papel.

Snake dio un paso hacia delante, decidido a romper esa maldita lista en mil pedazos. Y cuando estaba a punto de llegar junto a Pan, uno de los molestos criados de la casa lo interrumpió adentrándose en la estancia para anunciar una inoportuna visita que molestó al Serpiente más que nunca.

—Señorita Sanders, lord Reginald se encuentra en la mansión. Ha venido a visitarla para proponerle que lo acompañe en su paseo por la iglesia de Campani. Sus familiares, los Belarder, están atendiéndolo en estos momentos y me han ordenado que le comunique la llegada de su visita, así como que le pregunte si tardará mucho en poder atender a tan ilustre invitado. Señora, también me han ordenado que le recuerde que lord Reginald es un hombre al que no debe hacerse esperar.

—Muy bien. Dile a la viuda Belarder que no tardaré en atender a lord Reginald, pues los asuntos que me retenían en mi estudio acaban de finalizar —respondió Pan mientras fijaba sus ojos en Snake con actitud desafiante.

Cuando el criado desapareció para apresurarse a entregar su recado, la joven puso su lista en las manos de Snake para anunciarle provocadoramente:

—Por lo visto, un cuervo requiere mi presencia y yo no puedo hacerlo esperar, así que adiós, serpiente —se despidió burlonamente, alejándose de unos ojos calculadores y una maliciosa

sonrisa que le advertía de que esa lista aún era algo que quedaba pendiente entre ellos.

\*

—No me gusta ese lord que pretende a mi hermana —susurró Edmund a Bruno, vigilando desde lejos al cuervo que ese día rondaba a Pan—. Snake me advierte sobre ese hombre, y sé que nunca se equivoca, pero cuando le pregunto sobre lord Reginald, él solo me contesta que es un cuervo. Antes comprendía que no me diera más explicaciones, ya que había perdido parte de sus recuerdos, pero ahora que ha recuperado la memoria, no entiendo por qué no me explica con claridad por qué ese hombre no es de su agrado —declaró Edmund un tanto molesto, observando desde lejos cómo lord Reginald paseaba junto a Pan, seguida muy de cerca por la siempre vigilante mirada de una serpiente.

—Hace años, Snake y yo conocimos a un Cuervo que vestía de negro como lord Reginald. Sus elegantes ropas y sus alhajas, al igual que las de ese lord, mostraban su opulencia, y su amable sonrisa atraía a los demás, llevándolos a pensar que en él solo había bondad. Cuando el orfanato cerró y nos dejó en la calle, la caritativa mano que ese hombre nos tendió con la promesa de un hogar y un mundo mejor nos pareció un sueño. Solo más tarde nos percatamos de que el sueño no existía y de que, en su lugar, nuestro mundo se había convertido en un infierno plagado de pesadillas. El Cuervo recogía a los niños sin hogar de la ciudad para entrenarlos y convertirlos en sus asesinos, sus ladrones, sus matones..., y si no servías para ninguno de sus sucios encargos, simplemente los vendía. Sus ropas eran negras para que no se viera la sangre que en ocasiones la manchaba. Sus caras alhajas mostraban la opulencia que tenía gracias a sus sucios negocios, y su sonrisa solamente era una más de sus armas con las que atraía a los incautos que reclutaba para su despiadado mundo, uno en el que, una vez que entrabas, ya solamente podías salir de una forma: muerto.

—Pero tú no estás muerto y saliste de ese lugar.

—Podría decirse que mi hermano me mató.

—¿Y Snake...?

—Él se convirtió en una despiadada serpiente tan solo para acabar con el Cuervo.

—No quiero a un cuervo cerca de mi hermana —declaró Edmund, cada vez más preocupado—. ¿Sabes, Bruno? He oído de los niños de este lugar que, si tienes suerte y eres obediente, lord Reginald te lleva a un sitio mejor en donde te ofrecerá un hogar y nunca volverás a pasar hambre. Pero ¿no te parece raro que esos niños nunca regresen para hacer una visita a las hermanas que cuidaron de ellos?

—¿Le has contado tus sospechas a Snake?

—No, aún no. Antes quiero investigar un poco más. Por muy mal que me caiga ese lord, no quiero lanzarle una peligrosa serpiente al cuello sin saber si es culpable o no, algo que haré si le

comento algo a Snake antes de tiempo, ofreciéndole una más que oportuna excusa para deshacerse del hombre que persigue a mi hermana.

—No creo que él necesite muchas excusas para intentar deshacerse de lord Reginald —apuntó Bruno, señalando cómo Snake se posicionaba de nuevo entre ese lord y Pan, interrumpiendo su conversación para susurrarle algo al oído de la joven que la hizo volverse tan roja como sus cabellos.

Edmund dudaba de si el rubor en el rostro de su hermana se debía a enfado o a vergüenza, una duda que resolvió cuando Pan comenzó a reprender a Snake y lo desterró hacia el lugar en el que ellos se encontraban.

—¿Qué, hermano? ¿Te han fallado una vez más tus encantos con esa mujer? —se burló Bruno, viendo cómo Snake se dirigía hacia el árbol donde él y Edmund aparentaban estar descansando, cuando en verdad estaban vigilando a ese cuervo.

Cediendo ante la reprimenda de Pan, Snake caminaba pausadamente hacia donde ellos se encontraban. Y su gesto de molestia por las palabras de Bruno se convirtió en una maliciosa sonrisa cuando, antes de llegar hasta él, le advirtió:

—Ten cuidado, hermano, o te morderá una serpiente. —La perversa sonrisa que Snake mostraba le hizo pensar a Bruno que la serpiente a la que se refería era él mismo. Pero eso solo fue hasta que notó una picadura en el trasero que lo hizo levantarse abruptamente para descubrir con asombro que debajo de él había una pequeña culebra.

—¿Qué hago? —preguntó alterado, sin saber cómo proceder ante la mordedura de ese reptil.

—Rueda por el suelo —dijo Snake. Y cuando él lo hizo y su hermano y Edmund comenzaron a reírse, Bruno dedujo que ese no era el tratamiento adecuado para su situación.

—Por los libros de medicina de mi padre sé lo que debe hacerse en estos casos —lo informó Edmund, tranquilizándolo.

—No te preocupes: yo te ayudaré —manifestó Snake, posicionándose a su lado.

—Bueno, lo primero es hacer una incisión en la herida... —dijo Edmund.

—Creo que tengo una navaja por algún lado. Ahora recordaremos los viejos tiempos dándote un cortecito...

—Luego hay que hacer un torniquete con un cinturón o algún tipo de cuerda.

—Muy bien, se lo pediremos a Pan. Ella siempre tiene una a mano.

—Y, por último, hay que succionar el veneno de la herida —finalizó Edmund.

—Lo siento, hermano: te mueres y no hay nada que yo pueda hacer para remediarlo —dijo Snake, levantándose precipitadamente del lado de Bruno tras oír el último paso del tratamiento.

—Pero...—comenzó a protestar él, y, viendo las sonrisas cómplices de Edmund y Snake, se percató de que tal vez esa serpiente no fuera tan venenosa como él pensaba.

—Estas son inofensivas —explicó Edmund mientras cogía entre las manos al pequeño reptil que intentaba alejarse del árbol junto al que se encontraban ellos tres, queriendo mostrarle a

Bruno que estaba a salvo. Pero sus movimientos fueron interrumpidos por Snake, quien, arrebatándosela precipitadamente de las manos, la apartó mientras anunciaba:

—¡Esa no!

Ante el espanto de todos, la serpiente mordió a Snake, y este no tardó en arrojarla al suelo para luego sacar la espada de su bastón y cortarle la cabeza, poniendo fin a su vida como ella había intentado hacer con él.

—Hermano, cuando te muerda una venenosa, lo sabrás... —declaró Snake, haciendo que Bruno se preguntara qué quería decir..., hasta que el Serpiente se desplomó al suelo y su cuerpo comenzó a convulsionarse en medio de un agónico dolor.

\*

Pan intentaba mantener una agradable conversación con lord Reginald, un hombre más que adecuado al que estaba midiendo como un posible candidato para el matrimonio. Y, mientras lo hacía, no permitiría que nada ni nadie la interrumpiera, porque como Snake le había recordado en más de una ocasión, se le acababa el tiempo.

Por ahora ese hombre parecía bastante apto para sus propósitos, compartían gustos similares, pues a ambos les gustaban los libros y tenían una curiosidad inagotable por ellos. Además, lord Reginald no era un noble de miras estrechas, por lo que después del matrimonio no le impediría seguir llevando a cabo sus investigaciones, incluso tal vez estaría dispuesto a ayudarla.

En cuanto Pan pensó en utilizar a lord Reginald para sus propósitos se preguntó por qué no la atraía tanto esa posibilidad como la de usar a un desvergonzado sujeto que solamente se interesaba por los libros más depravados y dibujaba muy mal. A cada paso que daba en ese jardín en compañía del hombre adecuado, Pan se preguntaba dónde estaría aquel otro que era tremendamente inadecuado para ella.

Las conversaciones que mantenía con lord Reginald ya no le parecían tan interesantes, porque se había percatado de que su acompañante no era tan sagaz ni tan perspicaz como esa serpiente que siempre la rondaba. Y Pan no pudo evitar llegar a la conclusión de que, aunque lord Bastian Reginald era tremendamente adecuado para el matrimonio, también era enormemente inadecuado para ella, y la duda que tenía acerca de si se quedaría con la serpiente o con el cuervo fue rápidamente resuelta en cuanto su hermano se le acercó a la carrera para anunciarle alarmado:

—¡Rápido, Pan! ¡A Snake le ha mordido una serpiente venenosa!

—Él es inmune al veneno —declaró la joven despreocupadamente, creyendo que se trataba de otra artimaña de ese hombre, aunque su corazón se encogió un poco al pensar que podía ser verdad.

—Pues, al parecer, a este no lo es —declaró Edmund, señalando a un hombre que se retorecía de dolor.

El corazón de Pan dio un vuelco, las lágrimas comenzaron a salir de sus ojos sin que ella pudiera hacer nada para retenerlas y sus pies corrieron antes de que se diera cuenta de lo que estaba haciendo, llevándola hacia el hombre al que nunca podía borrar de sus pensamientos, sencillamente porque se había hecho un hueco en su corazón.

Cuando llegó junto a Snake, su hermano tuvo que recordarle todo lo que sabía de medicina, que parecía haber olvidado al ver a Snake en peligro. No le importó nada estar rodeada de ojos curiosos como los de lord Reginald o algunas otras personas que habían acudido en su auxilio: Pan solo tuvo ojos para el hombre al que, por nada del mundo, quería perder.

—¡Vive, Snake! ¡No me dejes ahora! ¡Vuelve a abrir los ojos aunque solo sea por la satisfacción de oírme decir que tienes razón y así puedas regodearte en la idea de que el único hombre para mí eres tú! —confesó Pan al hombre que, habiendo calmado sus espasmos, aún sentía un gran dolor. De repente, él abrió los ojos, y, a pesar de su dolor, le dedicó una de esas sonrisas llenas de satisfacción que Pan tanto detestaba, haciéndole saber que había oído sus palabras.

»Pero bueno, ¿tú no presumías de ser inmune al veneno de las serpientes? —bromeó ella, intentando alejar el miedo de sus temblorosas manos, que tenían que comenzar a moverse para ayudarlo.

—Y lo soy. No moriré como harían todos los demás ante sus mordeduras, pero nunca dije que no sufriera con ellas —declaró Snake, tomando entre las suyas esas temblorosas manos que dudaban para darles la fuerza que necesitaban al afirmar con confianza—: Tú me curarás, Pan.

Cuando Snake volvió a desmayarse, ella no dudó a la hora de acometer el procedimiento que había visto en los libros de su padre. Y, mientras lo hacía, lloraba a la vez que se preguntaba quién habría atendido a Snake en cada una de sus anteriores mordeduras. La respuesta vino a ella en cuanto recordó que, a pesar del tiempo que había transcurrido desde que lo rescataron de las aguas, nadie buscaba a ese hombre.

—Nadie... —susurró, respondiéndose a sí misma mientras Snake se debatía febril en el suelo—. No has tenido a nadie... hasta ahora —añadió, logrando que él se tranquilizara y se entregara al cuidado que recibiría entre sus brazos.

De este modo, una peligrosa y desconfiada serpiente a la que Pan sería incapaz de temer se rindió a ella, confiándole su vida como jamás había hecho antes con ninguna otra persona, mientras que Pan no pudo ocultar por más tiempo que se había enamorado de esa serpiente.

## Capítulo 15

Tras conducir rápidamente a Snake a la mansión, Pan no se separó de su lado. Poco le importaron los gritos de sus familiares tachando sus acciones de «indecorosas» cuando lo acomodó en su cuarto o las miradas desaprobadoras de más de un criado. Le pesara a quien le pesase, no pensaba separarse de Snake hasta que él pudiera levantarse de la cama.

Sin perder tiempo, envió a Bruno a la ciudad para que tratara de averiguar si alguien era conocedor de algún antídoto contra el veneno de esa serpiente. Bruno regresó desalentado, asegurando que tanto médicos como curanderos le habían dado la misma respuesta: ninguno sabía cómo tratar ese tipo de veneno.

Mientras Snake se debatía febril en la cama, Pan permanecía a su lado secando su sudor y limpiando la herida, que en ocasiones sangraba y, en otras, expulsaba el veneno. Snake hablaba en sueños, confundiéndolo todo. En unos momentos recordaba retazos de una vida cruel que Pan desconocía, volviéndose un hombre frío; en otros, se comportaba como el tipo alegre que bromeaba con ella.

—¡Mi bastón! ¡Dame mi bastón de mando! ¡Tengo que acabar con todos para que no vuelvan a intentar matarme! ¡Entrégame esa peligrosa serpiente que, al igual que yo, siempre acaba con todos y nunca se deja matar! —exigió él sin ver a Pan realmente, perdido en sus delirios.

Cuando intentó levantarse tambaleante del lecho, la joven se apresuró a darle su bastón. Y, para su asombro, cuando se lo entregó, Snake giró la empuñadura, que representaba la cabeza de una serpiente, y, tras sacar un pequeño tarro escondido en el interior, se bebió su contenido antes de que ella pudiera detenerlo.

—¿Qué has hecho?! —inquirió Pan alarmada, sin saber si lo que había en esa botella lo ayudaría a mejorar su condición o si lo aproximaría más rápidamente a la muerte.

—Sobrevivir —señaló él después de arrojar la pequeña botella a un lado, fijando en ella unos fríos ojos azules que Pan había olvidado que ya había visto antes en un oscuro callejón.

—¿Estás seguro de que eso no te hará daño? —insistió ella asustada, retirando los cabellos de Snake de su frente en un gesto de cariño, uno que el gélido personaje que tenía ante ella rechazó reteniendo su mano.

—Tú eres mi debilidad, y si quiero sobrevivir, no debería tener ninguna. En un mundo como el mío no puedo permitirme albergar la menor flaqueza. Debería alejarte de mí, ser cruel contigo para que te marcharas de mi lado y me dejaras por imposible —declaró él con frialdad. Luego acercó a su rostro la mano que retenía y, reclamando en silencio sus caricias, añadió—: Pero te

deseo tanto, te anhelo tanto... y, aun así, sé que no puedo tenerte —finalizó alejando la mano de Pan, que, por unos instantes, le había recordado que él era solo un hombre con las debilidades de cualquier ser humano.

—¿Por qué no puedes tenerme? —preguntó ella, extrañada con el comportamiento del hombre que siempre la perseguía con sus insinuaciones.

—Porque no soy bueno para ti —confesó Snake, tal vez recordando parte de su pasado.

—Ya decidiré yo lo que es bueno para mí... —manifestó Pan, enfrentándose a esos perdidos ojos. Y, cogiendo su rostro entre las manos, hizo que Snake solo pudiera verla a ella, impidiendo que se perdiera en esos amargos recuerdos que lo alejaban de su lado—. Yo decidiré si eres bueno o malo para mí, no dejaré que otra persona me imponga sus ideas, ni siquiera tú.

—¿Y si descubres que soy alguien malvado? ¿Y si no puedes perdonarme todos los crímenes que llevo sobre mis espaldas, unos crímenes que en ocasiones ni yo mismo puedo perdonarme? —preguntó ese hombre perdido, sin atreverse a enfrentar su mirada. Y Pan, pegando su frente a la de Snake, no le permitió que huyera más de ella.

—Entonces lo que tienes que hacer es convertirte en alguien bueno para mí.

Sus palabras hicieron que el tenso individuo que tenía frente a sí se relajara, y, antes de caer en un apacible sueño que ella vigilaría, Snake, volviendo a convertirse en el risueño personaje que ella conocía, añadió:

—Creo que lo estoy consiguiendo, aunque eso de ser bueno no se me da muy bien. Pero por ti vale la pena intentarlo...

Él cedió al sueño y Pan no dudó en acariciar su cabeza una y otra vez, dando algo de paz a ese confuso hombre cuyo cuerpo luchaba contra el peligroso veneno de una serpiente.

—¿Quién eres, Snake? —preguntó ella, temiendo por una vez la respuesta. Aun así, siguió al lado de ese hombre que, fuera bueno o malo, le había robado el corazón.

\*

Snake despertó confuso, como siempre que su cuerpo se recuperaba de algún mortífero veneno. La botellita de antídoto que el viejo Ranjit le había entregado en su momento, y que le enseñó a fabricar en el viejo campamento gitano, descansaba a su lado. Pero lo que nunca había esperado encontrarse junto a él era a una mujer que velaba sus sueños: sentada en una silla junto a su cama, la cabeza de Pan descansaba sobre sus brazos.

—Cómo podría no enamorarme de ti, cuando eres la única capaz de atreverse a velar el sueño de una serpiente... —susurró antes de levantarse del lecho para coger a la exhausta mujer entre sus brazos y acomodarla junto a él en la cama.

—Snake... —suspiró Pan en sueños, acurrucándose a su lado y haciéndole sonreír.

Y, mientras descansaba, Snake se permitió admirar a la única persona que le estaba enseñando lo que era el amor, uno que tal vez él no se mereciera.



La puerta de la habitación de Pan se abrió en ese momento, dando paso a unos curiosos que se adentraron con sigilo en la estancia para no perturbar su sueño. Desde la cama, Snake no dudó en reprender con la mirada a esos intrusos que interrumpían su momento, pero sabiendo que no tenían remedio, su gesto no tardó en cambiar a una sonrisa cuando vio ante él la curiosa naricilla de Edmund acompañado por el aún más chismoso Bruno.

—Chiss... —avisó Snake, mostrándoles a la dormida mujer que tenía entre sus brazos para que guardaran silencio.

—No me extraña que Pan esté cansada: ha estado cuidándote durante tres días sin apenas descanso y negándose en redondo a apartarse de ti por si la necesitabas —murmuró Edmund, sentándose en la silla que había junto a la cama.

—Tres días encerrada con un hombre en su habitación..., sin duda tendrás que hacerte responsable de este escándalo, hermano —apuntó Bruno burlón, haciendo que él sonriera con cariño hacia la mujer que tenía entre sus brazos.

—Te puedo asegurar que este no es el primer escándalo que afecta a nuestros nombres. Por ahí existe alguno que otro más escabroso que Pan siempre estará dispuesta a ignorar.

—¿Ah, sí? Cuenta, cuenta... —apremió Bruno con curiosidad, sentándose con descaro a los pies de la cama.

—No pienso contarte nada de lo que hago con mi mujer. En cuanto a tomar la responsabilidad, con ella siempre estoy dispuesto a hacerlo. Es ella la que se niega a hacer un hombre honrado de mí.

—Es posible que Pan haya llegado a la conclusión de que nunca serás un hombre honrado.

—Y, aun así, sigue a mi lado —declaró él, mirando con cariño a la mujer que tenía entre sus brazos.

—Muy bien, hermano, ahora que has encontrado a una mujer como ella, ¿qué piensas hacer? —preguntó Bruno, viendo la decisión en el rostro de Snake.

—Seguiré intentando seducirla hasta que se rinda a mis encantos, por supuesto.

—¡Pues lo llevamos claro! —exclamó Edmund, haciendo sonreír a ambos hermanos.

—Snake, ¿cuántas veces te envenenaron cuando éramos niños? —preguntó Bruno al ver todas las heridas de sus brazos, unas que ahora él miraba con despreocupación.

—¿Te acuerdas de todas las veces que no podías verme porque estaba en una misión? Pues esa era mi misión para el Cuervo: probar sus venenos.

—¡Dios! Si yo lo hubiera sabido... —declaró Bruno, pasando sus manos por su rostro con desesperación.

—No podrías haber hecho nada para salvarme. Ahora lo sé, aunque te confieso que durante muchos años albergué un gran odio hacia ti. Pero dejemos eso y centrémonos en temas más interesantes, como, por ejemplo, ¿qué voy a hacer para convencer a Pan de que soy el mejor hombre para ella? Por lo pronto, voy a devolverle el favor y a cuidar de su exhausto cuerpo..., ¿y

qué mejor que ayudarla a darse un gran y relajante baño después de tres días sin descanso? — declaró audazmente Snake.

—Creo que a mi hermana le gusta bañarse sola. Supongo que el hecho de que la bañes como a un niño pequeño solo la enfadará —opinó Edmund, haciendo reír a los dos granujas que lo acompañaban en esa habitación.

—No te preocupes: yo haré que le guste. Tú límitate a llamar a los criados para que lo preparen todo, Edmund, mientras que tú, hermano mío...

—Yo me encargaré de que nadie os moleste.

—Estás planeando alguna más de tus indecencias, ¿verdad, Snake? —preguntó Edmund, confuso con las palabras de esos hombres, sin saber si abandonar o no la habitación. No obstante, como conocía a su hermana, el chico decidió marcharse, no sin antes advertir a esa peligrosa serpiente que había despertado junto Pan—: Te dejo a solas con ella solo porque sé que Pan sabe defenderse muy bien, así que estoy deseando ver cómo acabas en esta ocasión cuando la molestes demasiado y su genio salga a relucir de nuevo.

Después de eso, salió de la habitación junto con Bruno, dejando tras de sí a un hombre que ya no estaba tan seguro de cómo resultaría su seducción. No obstante, eso era algo que siempre estaba dispuesto a probar con la mujer que amaba.

\*

Pan soñó que unas hábiles manos la despojaban de sus pesadas ropas, dejándola solamente con su liviana camisola. Las horquillas de sus cabellos también comenzaron a desaparecer una a una, dejando expuesta su salvaje melena pelirroja. De repente notó cómo alguien la cogía en brazos, pero, al contrario que en sus anteriores sueños, esa persona no la llevaba a un lecho, sino que se sumergía con ella en las cálidas aguas de un baño, sentándola sobre su regazo y apoyando la espalda sobre un fuerte pecho que descansaba tras ella mientras unos protectores brazos la rodeaban.

Pan sintió que la única prenda que cubría con pudor su cuerpo se empapaba sugerentemente, pegándose a ella como una segunda piel, una prenda que ahora ya no parecía tan recatada como al inicio de ese sueño.

A continuación, notó unas manos enjabonadas que agasajaban lentamente sus pechos por encima de la tela. La espuma del jabón hizo más excitantes los roces de esos dedos, que buscaban hacerla arder en todo momento. Esas manos frotaban sus senos, fingiendo lavarlos, pero sus traviosos dedos rozaban y pellizcaban sus excitadas cumbres, haciéndola gemir de placer. La joven comenzó a removerse inquieta en esa bañera hasta que notó la dura evidencia del deseo de un hombre que se rozaba contra su trasero, lo que la llevó a despertarse de golpe de ese nuevo sueño, tomando conciencia de que era muy real.

—¡Snake! —protestó revolviéndose sobre el duro cuerpo de ese hombre, consiguiendo con

ello únicamente que su excitación aumentara al rozar, sin pretenderlo, su trasero una y otra vez contra su erección—. ¿Qué... estás... haciendo? —preguntó entrecortadamente al tiempo que esas manos seguían enjabonando su cuerpo y ella descubría que la tela que la cubría se había vuelto totalmente transparente, concediéndole un sugerente espectáculo a ese indecente sujeto.

—Te ayudo a bañarte... —susurró él tentadoramente en su oído mientras una de sus manos enjabonadas se deslizaba lentamente hacia abajo.

—¿Por qué? —preguntó Pan confusa, intentando retener la mano que se sumergía bajo el agua. Pero cuando Snake movió sugerentemente su miembro contra su trasero, ella se olvidó por completo de la mano y esta siguió su camino.

—Te estoy premiando por tus esfuerzos al cuidarme —declaró Snake, lamiendo las gotas de agua que se deslizaban por su cuello.

—No... necesito... ningún premio —respondió Pan entrecortadamente cuando la traviesa mano comenzó a apartar la húmeda tela para sumergirse entre sus piernas, buscando hacerla gritar su nombre.

—Pues entonces estoy reclamando mi recompensa por salir vivos de ese callejón donde nos atacaron, una que no me cobré en su debido momento porque, convenientemente, colocaste alguna que otra traba en mi camino —dijo Snake un tanto molesto, recordando la presencia de su hermano en su habitación. Y, mientras lo hacía, sus dedos comenzaron a agasajar el sexo de Pan a la vez que con la otra mano jugueteaba con los excitados senos que se pegaban a la transparente tela de la camisola.

—Creí que te habías olvidado de reclamar esa recompensa —declaró Pan, que, sin saber dónde poner sus manos, se agarraba al borde de la bañera.

—Yo nunca olvido una deuda —manifestó Snake, mordiendo castigadoramente su cuello y haciéndola gritar.

—Esa deuda debería estar saldada, ya que yo también te salvé a ti —anunció Pan, intentando alejarse de esa mano que torturaba e incitaba sin descanso su húmedo sexo, pero, cuando lo hacía, su trasero rozaba el duro miembro de Snake, haciéndole imposible escapar.

—Y te lo agradezco enormemente... Si quieres, tú también puedes bañarme —susurró él sugerente mientras uno de sus dedos comenzaba a hundirse muy hondo en su interior.

—Quiero que pares en este mismo instante —reclamó Pan cuando otro de esos dedos se introducía en ella, marcando un implacable ritmo que solo buscaba su placer.

—¿Estás totalmente segura? —inquirió él maliciosamente junto a su oído cuando la vio morder uno de sus puños para no gritar ante el placer de sus caricias—. ¿De verdad quieres que pare en este mismo instante? —añadió, incrementando el ritmo de sus caricias, provocando que sus caderas buscaran su mano—. Yo no quiero parar porque te deseo, y, por más que quiera, no puedo ni quiero ocultar cuánto te necesito —continuó Snake seductor, rozando tentadoramente su erección contra el trasero que lo acogía—. ¿Acaso tú no me necesitas también? —preguntó, haciendo que Pan comenzara a perderse en el placer de sus caricias. Y cuando estaba muy cerca

de llegar a la intensa culminación que sus dedos le prometían, él, tal y como la joven le había pedido en un principio, cesó sus caricias.

—¡No! —gimió Pan frustrada.

—¿No me necesitas? —preguntó Snake, alzando perversamente una ceja.

—Sí..., no... ¡Me confundes, Snake! —declaró ella, golpeando furiosamente el agua—. ¡Me voy! —añadió poniéndose de pie en la bañera. Y, a pesar de querer alejarse, echó de menos que ese hombre la retuviera.

—Eres libre de salir de esta bañera, siempre y cuando quieras hacerlo, claro está... —dijo él provocativamente, haciendo que Pan se volviera furiosa hacia él.

—¿Qué quieres decir...? —comenzó a preguntarle, pero solo hasta que unas fuertes manos agarraron su trasero, y, tomándola desprevenida, la acercaron hacia él para que su lengua comenzara a lamer lánguidamente su sexo por encima de la mojada tela de su camisola.

Sus manos, que en un primer momento intentaban apartarlo, al final se agarraron con fuerza a los cabellos de Snake, mientras él, perversamente, dirigía una a su húmedo sexo para hundir un dedo en su interior, torturándola con la penetración y las caricias de su exigente lengua.

—¿Sabes? En esta ocasión creí que moriría por el veneno de esa serpiente, y de lo único de lo que me arrepentía mientras pensaba que mi hora había llegado era de no haberte hecho el amor —declaró ese hombre, deteniendo por unos segundos las caricias de su boca, aunque no las de sus manos, que no dejaron de agasajarla mientras sus ojos buscaban a Pan para que vieran que sus palabras no escondían ninguna mentira—. Dime, si yo hubiera muerto, ¿me habrías echado de menos? ¿Te habrías arrepentido de algo? —preguntó, recordándole que al verlo sufrir en esa cama, pensando que podía perderlo, había rogado a Dios porque le diera muchos días más al lado de ese hombre con el que aún tenía tantas cosas por vivir.

—Habría llorado por ti infinitas lágrimas, te habría recordado toda mi vida y me habría arrepentido por no pasar más días junto a ti y por no tener más recuerdos a tu lado —confesó ella, decidida a entregárselo todo al hombre que amaba. Y, desprendiéndose de su mojado camisón, lo arrojó a un costado—. Ahora, hagamos algo tan escandaloso que nunca pueda olvidarte si algún día no estás a mi lado.

Snake sonrió perversamente antes de volver a hundir su lengua entre las piernas de Pan y probar de nuevo el néctar de su cuerpo. En esta ocasión ella no protestó, sino que aceptó las caricias de esa lengua y buscó las atenciones de esos exigentes dedos moviéndose contra ellos en busca de su placer.

Snake quiso jugar con ella, conduciéndola al borde del orgasmo para luego parar en el último momento. En varias ocasiones consiguió que ella lo maldijera o tirara enojada de sus cabellos, moviéndose descontroladamente bajo esa mano a la vez que buscaba las caricias de su lengua.

Finalmente, cuando las temblorosas piernas de Pan no pudieron resistir más esa tortura, él la deslizó hacia abajo. Y, acariciando lánguidamente la entrada de su sexo con su hinchado miembro, fue penetrando despacio el cuerpo de esa mujer.

—¡Ay! Duele, Snake... —se quejó Pan, haciéndole recordar su inocencia, ante lo que él se decidió a prepararla para que pudiera acogerlo.

Su boca comenzó a devorar las sonrosadas cumbres de los jugosos pechos que se movían tentadoramente delante de él, sus caricias ya no fueron suaves pretendiendo seducirla, sino salvajes, exigiendo su rendición. Su boca succionaba, besaba, lamía y mordía sin descanso, dejándole sentir toda su pasión.

Pan se revolvió inquieta entre sus brazos, debatiéndose entre ese descarado placer que quizá era demasiado para ella, y, sin pretenderlo, su cuerpo se deslizaba poco a poco hacia abajo, dándole permiso a su rígido miembro para adentrarse un poco más en la húmeda y apretada cavidad que le daba la bienvenida.

Pan gritaba el nombre de Snake, derritiéndose entre sus brazos, intentando perseguir las caricias que le prodigaba esa boca, pero huyendo del firme miembro al que aún temía como la virginal mujer que era. Al final, cuando él ya no pudo retener más su deseo, cogió con firmeza las caderas de la joven y la alzó para hundirse por completo en ella. Pan gritó y castigó su dolor mordiendo la espalda del hombre que le prodigaba dolor y placer por igual a su cuerpo.

—Muy pronto ya no te dolerá —la consoló Snake, abrazándola con cariño a la vez que con sus besos intentaba borrar el dolor de su cuerpo.

Una de sus manos volvió a dirigirse hacia la entrada de Pan para acariciar lentamente su lugar más sensible, mientras la otra le impedía que se alejara de él y la sujetaba al tiempo que marcaba un ritmo manso y lento en sus acometidas.

Poco a poco, como Snake le había prometido, el cuerpo de la muchacha fue despertando al placer y dejando de lado el dolor del principio. Y entonces fue ella la que comenzó a alzarse sobre él, requiriéndole un ritmo más apremiante.

Snake no tardó en complacerla, y, cogiendo con fuerza sus caderas, la ayudó a deslizarse más rápida y profundamente sobre su miembro, reclamándola con su pasión.

Las uñas de Pan recorrieron su espalda, hundiéndose en su piel sin que a él le importara tener una nueva marca en su cuerpo, porque en esa ocasión no le recordaría el dolor, sino el placer.

Los besos de Snake eran insuficientes para apagar los gritos de esa mujer, y finalmente Pan acabó mordiendo de nuevo su hombro para acallar los gritos de placer que escapaban de su interior mientras su cuerpo era conducido a un placer inmenso y desconocido, reclamando esa noche todo de ella.

Tan exigente como siempre, Snake no tuvo piedad, y, haciéndola admitir su deseo, la llevó hasta el límite hasta que Pan convulsionó entre sus brazos, momento en que él la siguió al clímax, gritando el nombre de la única persona que conseguía hacerlo más humano.

Al final, cuando el cuerpo exhausto de Pan se derrumbó entre sus brazos, Snake la sacó de la bañera y, tras secar su piel, se acomodó junto a ella en la cama.

—Vamos a protagonizar un nuevo escándalo... —le advirtió Pan, viendo que ese hombre se había metido en su cama una vez más.

—Cierto. Y no dudes de que lo seguiremos haciendo hasta que aceptes mi proposición.

—¿Y si tienes a alguien importante en tu vida esperándote? —volvió a titubear Pan, sin comprender cómo nadie podía querer a ese hombre.

—La única persona importante en mi vida eres tú. No me quites la oportunidad de amarte — le reclamó él, abrazándola con fuerza contra su pecho.

Y, mientras oía los acelerados latidos del corazón de ese hombre que solo estaba hecho para ella, Pan aceptó finalmente que lo amaba, a pesar de no saber nada de su pasado ni de quién era.

—Tal vez acepte casarme contigo, pero antes tendremos que conocernos mucho mejor — anunció ella, aún temerosa de que cuando el pasado de ese hombre lo reclamara pudiera perderlo.

—Estaré encantado de acceder a tus peticiones, así que propongo que comencemos a conocernos mucho mejor... —dijo Snake burlón, apartando las sábanas que tapaban su cuerpo para comenzar a descender con sus besos por el de Pan.

—No me refería a conocernos de esta forma... —comenzó a protestar ella, pero en cuanto él empezó a usar su lengua, se olvidó de todo lo que no fuera el hombre que tenía a su lado y que estaba dispuesto a mostrarle una vez más lo que era la pasión.

## Capítulo 16

Como cualquier mujer antes del matrimonio, Pan quiso tomarse un tiempo prudencial para conocer a su pareja. Intentando no protagonizar un nuevo escándalo, echó al sinvergüenza que ocupaba su cama antes de que la criada entrara esa mañana en su cuarto, y cuando Snake comenzó a protestar, solo tuvo que amenazarlo con uno de sus libros para que finalmente se alejara de ella, no sin antes murmurar amenazas acerca de quemar su extensa biblioteca.

Decidida a tener en consideración la opinión de su hermano, Pan intentó hablar con Edmund sobre qué pensaba acerca de que ella se casara con Snake. Pero antes de que abriera la boca, como si él supiera cuáles eran sus preocupaciones actuales, su hermano le mostró una de sus olvidadas listas de candidatos al matrimonio en la que el único nombre que había sobrevivido era el de Snake, uno que estaba escrito con la infantil letra de Edmund.

Tras resolver una de sus mayores dudas, solo le quedaba otra, por lo que se dispuso a buscar al conocido de Snake para intentar averiguar más de sus secretos.

—Eres su hermano, ¿verdad? —le preguntó a Bruno, sorprendiéndolo cuando este estaba revisando los libros del estudio, y, al igual que Snake, comprobar que únicamente se interesaba por los ejemplares más inadecuados.

—¿Por qué me hace esa pregunta, señorita Sanders? ¿Acaso me parezco tanto a él?

—Tenéis rasgos similares, gestos muy parecidos y una mirada que en ocasiones es demasiado fría.

—No puedo negar que soy su familiar, ya que, al parecer, mis rasgos y mis gestos me delatan. En cuanto a esa fría mirada..., señorita, es algo que caracteriza a las personas que alguna vez han vivido en la calle, sean hermanos o no.

—¿Snake ha recuperado la memoria por completo?

—No lo sé. Como no sé reconocer cuándo me está contando una verdad o una de sus mentiras, le recomendaría que le hiciera esa pregunta al propio Snake. Pero todos sabemos lo esquivas y confusas que serán siempre las respuestas de una serpiente, ¿verdad? —manifestó Bruno, burlándose de ella como lo hacía a menudo su hermano, ofreciéndole una respuesta ambigua que no aclaraba ninguna de sus dudas.

—¿Tiene Snake alguien que lo esté esperando?

—Oh, sí. Puedo asegurarle que decenas de personas esperan su regreso... —anunció sarcásticamente Bruno, acariciando su cuello como si en él hubiera una soga—. Pero no precisamente para dedicarle un grato recibimiento.

—Seré más precisa en mis preguntas para ver si puedes contestarme a alguna de ellas... —repuso Pan algo molesta—. Antes de decidirme a casarme con Snake quiero saber si tiene a alguien que lo quiera y que esté aguardando su regreso. ¿Tiene una esposa, una prometida, una amante o alguna mujer que pueda alejarlo de mí?

—Para su tranquilidad, la informo de que nadie en este mundo sería capaz de alejarlo de usted. Y, no, esa serpiente no tiene a nadie que lo quiera, incluido yo.

—¿Por qué? —preguntó Pan confundida, sin comprender por qué el hombre que tanto había sufrido no mereciera ni una mísera muestra de cariño.

—Eso es algo que deberá preguntarle a él. Pero tal vez sea porque el hombre que usted conoce y el que yo conozco difieren mucho de ser el mismo —confesó Bruno. Y, antes de que ella se alejara del estudio, él retuvo su brazo unos instantes para advertirle—: Señorita Sanders, antes de decidirse a casarse con él, tal vez debería saber que, aunque ante sus ojos él no parezca peligroso, eso no significa que esa serpiente no guarde aún parte de su veneno.

—Mientras que solo lo saque para los enemigos, no me arrepentiré de enamorarme de una serpiente.

—Ya le recordaré sus palabras cuando llegue el momento, y veremos si son sinceras —se burló Bruno con una irónica sonrisa, sin revelarle ninguno de los secretos del pasado de Snake, aunque sí le advertía de que este era peligroso, circunstancia que ya había deducido ella misma hacía tiempo después de ver sus heridas.

Al final, dando un fuerte portazo como única respuesta hacia ese obtuso hombre que no le resolvía ninguna de sus dudas, la joven se decidió a buscar a Snake para darle la noticia de que muy pronto se celebraría una boda, hasta que, tras bajar la escalera de la primera planta, se encontró con que se le había acabado el tiempo para huir del peligro, ya que este estaba allí una vez más para reclamar tanto su dinero como su vida.

\*

Pan se quedó paralizada en la escalera cuando los avariciosos ojos de su tío se clavaron en ella. No le salió voz para pedir ayuda y Wilfred supo que había hecho lo correcto dejando a sus familiares en casa para tantear el terreno de esa nueva pista que lo había llevado hasta el escondite de sus sobrinos.

Antes de hacerse de nuevo con esa chiquilla y obligarla con mano firme a que hiciera lo que él quisiese, observó con satisfacción la gran casa de la que muy pronto disfrutaría. Pan, desde la escalera, intentaba parecer fuerte mientras apretaba con furia los puños, presa de la impotencia, ya que ahora que la había encontrado no podría hacer nada para deshacerse de él, y no había nadie que pudiera protegerla de sus planes. O eso, al menos, era lo que Wilfred pensaba, hasta que la inesperada voz de un hombre susurró amenazadoramente a su espalda:

—¿Qué hace usted aquí?



Wilfred se dispuso a volverse hacia ese sujeto con indignación, decidido a reclamarle una disculpa. Y, mientras lo hacía, reflexionaba sobre cuán lacrimógena debía ser la historia que le contaría a uno de los arrogantes sujetos de esa casa acerca de la trágica y dolorosa separación que su familia había sufrido al desaparecer sus sobrinos para tratar de convencerlo de que él tenía que quedarse en esa mansión.

Pero, para su sorpresa, cuando se volvió no tuvo tiempo de decir ni una palabra, ya que una afilada espada se cernía sobre su garganta al mismo tiempo que unos fríos y perversos ojos le advertían que el oscuro personaje que la sujetaba no se dejaría engañar.

—Y, lo más importante, ¿quién demonios es usted, cuya presencia perturba a mi mujer? —añadió Snake, cada vez más enfurecido, haciéndole temblar cuando su rostro exhibía únicamente una perversa sonrisa y unos ojos que lo declaraban como su próxima víctima.

—¿Cómo que su mujer? ¡Pan es mi querida sobrina y la prometida de mi hijo! —proclamó Wilfred, tragando nerviosamente, no queriendo rendirse en su afán de hacerse con su sobrina, a pesar de que esta hubiera encontrado un hombre aterrador que le guardara las espaldas.

—Entonces tenemos un problema, señor mío, porque yo no comparto a mi esposa —advirtió Snake, apartando la espada por unos instantes de su cuello.

—¿Mi sobrina se ha casado con usted? —preguntó Wilfred, atragantándose con sus palabras al sentir que para conseguir lo que deseaba tendría que enfrentarse a tan temible personaje.

—¿Acaso duda de mis encantos? —inquirió con suavidad Snake, dirigiendo una vez más la espada a su cuello.

—No, pero Pan estaba tan enamorada de mi hijo que... —declaró Wilfred, intentando sembrar la semilla de la duda en ese hombre.

—Pan, ¿amabas al hijo de este hombre? —preguntó el Serpiente a viva voz, demostrando que no era un caballero.

Y, cuando Wilfred quiso acercarse a su sobrina para intimidarla, él, moviéndose con rapidez, se pegó a su espalda para aproximar de nuevo la espada al cuello de Wilfred, provocando que un fino hilillo de sangre corriera por él. Con sus acciones, el implacable hombre que tenía detrás le demostró a Wilfred que asesinar a una persona era algo que no le quitaría el sueño.

—No creo que Pan quiera a su hijo —le susurró Snake al oído—, pero si eso ocurriera, mi espada y yo tendríamos una fácil solución a ese problema.

—No, Snake, no amo a Elton. Ni siquiera lo conozco lo suficiente como para pensar en casarme con él y, desde luego, lo poco que sé de él me repele —contestó Pan, mirando con satisfacción desde la escalera. Luego añadió con una maliciosa sonrisa—: *Querido* tío, tu visita ha llegado en un mal momento, me duele demasiado la cabeza para atenderte en este instante, así que dejaré que sea mi maravilloso esposo quien se encargue de ti por mí. Como puedes ver, no hacía falta que me casara con mi primo, ya que, a pesar de mi edad, he encontrado un esposo adecuado aquí.

—¡De ahí tu precipitada y vergonzosa huida a Londres! ¡Viniste en busca de un marido, de

un hombre inapropiado que puede ser un sinvergüenza, un estafador, un asesino...!

—¡Oh! Creo que ha acertado usted de lleno... —susurró jocosamente la intimidante voz que tenía a su espalda haciéndolo guardar silencio.

—Snake no es tan terrible, y, si lo fuera, tendría unas cualidades muy parecidas a las tuyas, ¿no crees, tío? —preguntó Pan, haciéndole frente sin ningún temor—. Ahora haz el favor de marcharte de mi casa antes de que a mi marido se le acabe la paciencia.

—Lo haré en cuanto me haga cargo de mi sobrino, ya que, como comprenderás, una mujer que se casa de manera precipitada con un hombre de dudosa reputación no es la más adecuada para cuidar de Edmund y...

Las palabras de Wilfred se cortaron súbitamente cuando la espada de Snake volvió a hacer sangrar su cuello, pero lo aterrador no fue ver cómo su sangre era derramada sin ninguna preocupación, sino lo que ese frío personaje le susurraba sin dejar de sonreírle apaciblemente a su sobrina.

—Si piensa que me resultaría muy complicado deshacerme de usted, es que no es demasiado listo juzgando a la gente. Yo no soy uno de esos nobles que siguen las leyes, no tengo ningún problema a la hora de matar a quien me suponga una amenaza. La muerte de una persona como usted no pesará en mi conciencia, si es que aún me queda algo de eso. Se lo advertiré una única vez: deje en paz a esta familia o usted formará parte de los innumerables cadáveres que acaban hundiéndose en el Támesis con una piedra atada a los pies.

—¡Pan, te has casado con un asesino! —exclamó Wilfred, intentando perturbar a su sobrina y separarla de ese peligroso hombre contra el que no podía luchar.

Pero sus artimañas no sirvieron de nada, ya que, mientras que para él ese hombre tenía amenazantes miradas, para su sobrina solo tenía una bonita y amable sonrisa.

—En ese caso, Snake es perfecto para mí, puesto que yo soy pariente de otro. ¿No es así, tío?

—¡¿Cómo te atreves a insinuar que yo asesiné a mi hermano?! —gritó Wilfred indignado, sin querer abandonar su papel a pesar de que su disfraz hacía tiempo que había caído ante los ojos de su sobrina.

—Lo hace porque sabe reconocer muy bien a la basura —anunció el hombre que aún amenazaba su cuello, dándole a entender a Wilfred que allí no engañaba a nadie. A continuación, Snake siguió hablando mientras lo dirigía a trompicones hacia la puerta—. Creo que mi esposa ya ha tenido suficiente de esta entrañable reunión familiar, así que lo llevaré a la salida al tiempo que le recuerdo que ninguno de los dos deseamos que nos vuelva a visitar.

—¡Esto es indignante! ¡Es un atropello! ¡Un comportamiento de lo más inadecuado hacia tu familia y...! —comenzó a quejarse Wilfred.

—Tío... —lo llamó Pan, observándolo desde la escalera con una mirada decidida. Y cuando él se volvió, la joven puntualizó—: Un día descubriré cómo lo hiciste, y entonces recibirás tu merecido.

Ante las palabras de su sobrina, Wilfred se limitó a sonreír satisfecho, una sonrisa que

desapareció en cuanto el peligroso hombre que tenía a su espalda le susurró:

—O tal vez reciba lo que se merece antes de tiempo si sigue molestando a mi mujer. Y créame: a mí no me hace falta prueba alguna de que usted es un asesino para convertirme en su verdugo, pues sé reconocer a los de mi misma calaña muy bien...

\*

Tras sacar la basura de la casa, Snake meditó durante unos segundos acerca de si debía matar a ese tipo en ese momento o esperar un poco para no parecer tan culpable como lo sería si volviera al lado de Pan con su traje nuevo manchado de sangre. Tras ver a Bruno apoyado despreocupadamente en la puerta de la mansión negando con la cabeza, Snake supo que lo más correcto era aguardar a otro momento para acabar con esa sabandija.

Aunque Snake no albergó ninguna duda de que ese hombre que había hecho sufrir tanto a la mujer que amaba acabaría muerto bajo su mano.

—¡Usted no sabe con quién se está metiendo! Yo...

—Ni usted sabe tampoco a quién se está dirigiendo —interrumpió Snake el estúpido discurso de ese asesino que intentaba hacerse el indignado, arrojándolo violentamente al suelo—. No me gusta que las serpientes rondan por esta casa, donde el único reptil que tiene permitido el acceso soy yo —declaró antes de guardar la espada en su bastón, apartando de él la tentación de matar a ese idiota. Aun así, esta aparecía cada vez que ese individuo abría la boca.

—¡Tiene engañada a mi sobrina! ¡Voy a desvelar ante todos el tipo de hombre que es!

—Todos en esta ciudad saben ya el tipo de hombre que soy, la única inocente aquí es Pan. No obstante, resulta que para ella soy absolutamente inofensivo, mientras que para todos los demás... —advirtió Snake, dejando una amenaza patente contra ese hombre.

—¡Sinvergüenza! —gritó Wilfred, recurriendo a los insultos cuando supo que había perdido, ya que nadie allí escucharía sus palabras, por más tramposas que pudieran ser.

—No puedo negar que lo sea —replicó Snake despreocupadamente.

—¡Mentiroso!

—Sí, pero mucho mejor que usted.

—¡Embaucador!

—También correcto, pero solo en lo referente a las mujeres y a los negocios.

—¡Asesino!

—Bueno, ya somos dos... Dígame, señor Sanders, ¿qué hará si aun después de saber el tipo de persona que soy su sobrina sigue prefiriéndome? Le aconsejo que huya ahora, porque si lo intenta después de haberme hecho enfadar, le aseguro que no lo logrará —declaró el Serpiente. Y, harto de que ese hombre fuera tan estúpido y avaricioso como para no huir de él de inmediato, cogió uno de los cuchillos con los que su hermano jugaba y se lo arrojó a los pies.

Entendiendo finalmente que su vida corría peligro en ese lugar, el pomposo tío de Pan reculó

por el suelo, arrastrándose por la tierra para luego ponerse en pie y salir corriendo hacia su carruaje, apresurándose a marcharse lo más rápidamente posible de esa propiedad.

—¡Felicidades, hermano: has sabido comportarte!

—No sé si Pan dirá lo mismo —señaló Snake, recordando cómo esa mujer siempre lo reprendía cuando la parte malvada que había en él salía a relucir.

—No comprendo por qué: no lo has matado —opinó Bruno, comprendiendo a su hermano porque conocía esa parte indigna y cruel que nunca le mostraría a su mujer.

—Es lo mismo que le digo yo, pero al final siempre me gana una reprimenda. ¡Bah, mujeres! —suspiró Snake, bromeando por primera vez en la vida con su hermano mientras se dirigía en busca de Pan.

Cuando entraron en la mansión, ella todavía permanecía en la escalera. El miedo la había retenido allí. Sus manos temblaban, y Pan dejó de intentar ocultar esa debilidad apretando los puños. En cuanto sus ojos se cruzaron con los de Snake, recuperó las fuerzas que necesitaba para correr hacia él, y, sabiendo que la protegería de todo, se arrojó a sus brazos. Él la acogió contra su fuerte cuerpo, y, tranquilizándola con sus caricias, le susurró al oído, haciéndola reír nerviosamente:

—Creo, cariño, que es el momento adecuado para que me conviertas en un hombre decente aceptando casarte conmigo.

—Desengáñate: tú nunca serás de esos —apuntó Bruno entre burlas hacia su hermano, recordándole a Pan que quizá tuviera razón.

—Bueno, todo lo decente que puede ser un hombre como yo. Y dime, Pan, ¿no te tienta poder reformar a un villano? —inquirió Snake alzando burlescamente una ceja, recordándole alguna de las frases de esa provocadora novela que tanto la fascinaba.

—Acepto casarme con el villano —contestó Pan, sin ser plenamente consciente de cuán ciertas eran sus palabras.

—¡Fantástico! Ahora solo falta que encontremos a un cura que pueda casarnos rápidamente antes de que tu tío descubra que no lo estamos aún e intente apartarte de mí, obligándome a matarlo —anunció despreocupadamente él, como si sus planes fueran una broma, provocando que Pan se riera sin imaginar lo ciertas que eran esas palabras.

—Conozco al hombre perfecto para celebrar esa boda —intervino Bruno, decidido a ayudar a su hermano a conseguir a la única mujer capaz de domar a una serpiente tan peligrosa como la que había gobernado los bajos fondos de Londres.

\*

El pobre clérigo Tom Filter miraba con asombro a la extraña pareja que tenía ante sí en su pequeña iglesia y se preguntaba cómo era posible que los dos hombres más temidos de los suburbios hubieran acabado casándose con auténticos ángeles, mujeres tan amables y

bondadosas que lo llevaban a uno a preguntarse qué habrían visto en esos granujas para enamorarse de ellos.

Tom pudo comprender que un pecador como Clive Sin, que aún no había cruzado del todo la línea entre el bien y el mal, hubiera dado en su momento con una mujer que pudiera guiarlo por el buen camino. Aun así, en su día dudó mucho a la hora de unir a esa pareja. Pero la pareja que tenía ahora ante él lo llevaba a preguntarse si no estaría Dios gastándole una broma o si, tal vez, en realidad se trataba de que el diablo intentaba engañarlo para que uniera a esos dos.

—Señorita, ¿está usted totalmente segura de que quiere casarse con este hombre? —preguntó Tom, observando asustado a la peligrosa serpiente que tenía delante de él.

—Por supuesto, y le agradecería que lo hiciera lo más rápido posible —lo apremió la dulce señorita, con un tono extranjero que le hizo saber a Tom que se trataba de una de esas chicas americanas que, indudablemente, ignoraban los peligrosos orígenes del sujeto que tenía a su lado.

—¿Acaso este hombre la está amenazando o chantajeando de algún modo para que acceda a este matrimonio? —se atrevió a preguntar el cura, a pesar de la amenazante mirada que se cernía sobre él.

—No, Snake no es tan terrible —respondió la inocente chiquilla, haciendo que los ojos de Tom se abrieran de asombro al recordar todas las maldades por las que era conocido ese hombre.

—Tal vez se haya aprovechado de usted y por eso se sienta obligada a casarse, pero...

—Bueno, debo confesar que cuando nos conocimos fui yo quien intentó aprovecharse de él, pero era algo puramente científico que...

—Me desnudó y me ató en su cama... —interrumpió ese desvergonzado, haciendo que la sonrojada mujer se apresurara a tapar su boca para luego reprenderlo con la mirada sin ningún temor.

—¡Eso tiene una explicación! ¡No es como él dice...! Bueno, sí es como él dice, pero era todo por el bien de la ciencia, ¿sabe usted? —intentó explicarse ella confusamente, causando que los ojos de ese despiadado hombre sonrieran divertidos ante su atolondrado comportamiento.

—¿Está segura de que quiere casarse con este hombre, pequeña? Tal vez, antes de hacerlo, debería conocerlo un poco mejor...

—Lo conozco —anunció ella, contemplando con dulzura al hombre al que nadie en esa ciudad había mirado con otra cosa que no fuera odio o miedo. Y, mientras lo hacía, Pan retiró las manos que tapaban su boca para acariciar el rostro de Snake con cariño, una muestra de amor que esa peligrosa serpiente aceptó descubriéndose totalmente inofensiva ante sus ojos—. Conozco sus heridas y sé cuánto le duelen, sé lo cínico que puede ser ante la vida, pensando siempre lo peor de todos, mientras yo, a menudo, pienso lo mejor. Sé lo agudo que es en sus conversaciones, lo listo y taimado que puede ser en su propio beneficio. Lo peligroso que se muestra si otros intentan hacerle daño, devolviéndole el doble del dolor causado, así como lo protector que es con las personas que ama. Sé que no es un hombre correcto ni bondadoso, y que

en la historia de una novela seguramente sería el villano. Su nombre me advierte de que es una serpiente, pero ¿sabe, señor cura? Él nunca me ha mordido —reveló Pan, volviéndose hacia el sacerdote mientras su mano recibía un sutil mordisco de ese hombre como castigo por poner fin a sus caricias—. O, por lo menos, sus mordiscos nunca son peligrosos para mí —declaró Pan, reprendiéndolo con la mirada.

—¿Por qué no hace de mí un hombre decente antes de que me arrepienta de intentar serlo? —intervino Snake, dirigiéndose al cura al mismo tiempo que atraía a Pan hacia él para hacerle saber que, con su bendición o sin ella, él la convertiría en su mujer.

—Será mejor que los case antes de que sucumban al pecado... —suspiró Tom, resignado finalmente a unir a esa pareja.

—¡Oh, eso ya lo hemos hecho! En su habitación, en el estudio, incluso en una bañera y...

—¡Proceda, por favor! —pidió la avergonzada pelirroja mientras tapaba la boca del novio, que solo liberó para que pronunciara el tradicional «sí, quiero».

La ceremonia fue corta y rápida. En ella, la novia vestía un simple vestido de un pálido color crema, el ramo era de flores silvestres robadas del jardín de la pequeña iglesia, mientras que el novio llevaba un traje no demasiado elegante. Los testigos fueron un hombre con una mirada asesina que, de vez en cuando, jugaba con unos cuchillos y un niño. No obstante, las sonrisas de esa pareja hicieron que la ceremonia fuera algo digno de recordar.

Antes de que el cura terminara de dar las bendiciones, el más canalla de todos los sinvergüenzas de Londres ya estaba disfrutando de los placeres de esa boda al besar efusivamente a la novia. Tras un furioso carraspeo por parte del sacerdote, la pareja al fin se separó y él pudo poner fin a la ceremonia. Aún dudando por la unión que acababa de realizar, el hombre de Dios miró con preocupación a la inocente mujer para mostrarle su apoyo mientras acogía sus manos entre las suyas.

—Si en algún momento cambias de opinión sobre este hombre, puedes buscarme para que te ayude a anular este matrimonio. Sé que no es algo muy normal que la Iglesia apoye este tipo de procedimientos, no obstante, hay ocasiones excepcionales... —manifestó Tom, observando al peligroso sujeto que, con los brazos cruzados y apoyado despreocupadamente en uno de los pilares de la pequeña capilla, lo observaba mostrándole una sonrisa cínica.

—¡Vamos, señor cura! ¡Ni que me hubiera casado con un hombre tan despiadado como ese temido rey de los suburbios al que todo Londres teme! —declaró despreocupadamente la muchacha, soltando las manos de un paralizado cura que comenzaba a sospechar que había cometido el peor error de su vida.

—¡Pero si te has casado con...! —comenzó a decir Tom a la alocada muchacha que se alejaba felizmente de su iglesia sin saber dónde se había metido.

—¡Chissss...! —le advirtió el despiadado Serpiente, indicándole que guardara silencio llevándose un dedo a la boca para luego detener sus pasos con su amenazante bastón, recordándole lo peligroso que podía ser.

—¿Cómo puede no saber con quién se ha casado? —preguntó el clérigo confuso a esa despiadada serpiente.

—Muy fácil: porque a ella no la muerdo. Pero a todos los demás... —advirtió Snake, mostrándole la amenazante víbora que representaba su bastón—. No se preocupe, señor cura. Por ahora, el Serpiente ha desaparecido y no tengo intención de volver a ser ese temible personaje. A menos que me provoquen, claro está. Así que, como el hombre de Dios que es, le aconsejo que rece porque nadie me vuelva a desafiar —señaló antes de alejarse de esa iglesia para convertirse en un hombre mejor únicamente por una mujer, aunque todavía estaba muy lejos de poder ser tildado de honrado.

—¡Dios mío, que nadie lo provoque! —rogó el cura, siguiendo con la mirada a esa extraña pareja que, para bien o para mal, él había unido ese mismo día por toda la eternidad.

## Capítulo 17

—Quiero cambiar mi encargo: ya no es necesario que me traiga a mi sobrina con vida, la prefiero muerta. El mocoso de Edmund aún puede servirme de algo, a él lo quiero con vida. También quiero añadir la muerte del hombre que se ha casado con Panacea y que parece bastante intimidante, pero no creo que sea algo con lo que ustedes no puedan lidiar —exigió Wilfred Sanders a los sucios y temibles personajes que lo acompañaban junto a un trono vacío que ninguno se había atrevido a reclamar.

—Lo malo de su encargo, estimado señor Sanders, es que su sobrina tiene amistades muy peligrosas que han hecho desaparecer a muchos de los nuestros.

—¡Vamos! ¡No me diga que los hombres del afamado Serpiente le temen a alguien!

—Solo hemos temido a un hombre en nuestra vida, y él ya no se encuentra entre nosotros —replicó Luke, señalando el trono que aún permanecía vacío entre ellos—. Y créame: si usted lo hubiera conocido, también lo habría temido.

—Aquí tienen un aliciente para compensarlos por mi nueva petición —dijo Wilfred, arrojando su bolsa sobre el trono sin importarle deshacerse de su dinero, ya que sabía que tenía que acabar con el peligroso individuo con el que se había casado su sobrina si quería alcanzar su fortuna.

—Esto es mucho dinero para que un hombre tan avaricioso como usted se desprenda de él a la ligera... ¿Dónde está la trampa? —inquirió Luke, contemplando la bolsa repleta.

—Se trata del marido de mi sobrina. Considero que es un gran obstáculo en mi camino y quiero quitarlo de en medio lo más rápidamente posible. Es un tipo frío y calculador, y tal vez sea un rufián que tan solo quiera hacerse con el dinero de Pan, lo que no puedo consentir si quiero quedarme con él.

—Describanos a ese hombre, si es un rufián como usted sospecha, tal vez podamos tener una idea de a quién nos enfrentamos.

—El tipo tiene un porte elegante y distinguido, aunque me resultó más que evidente que no es un noble; es como si hubiera aprendido a adoptar esa pose para poder mezclarse entre ellos. Sus cabellos eran rubios y sus ojos, azules y despiadados.

—Está describiendo usted a muchos de los granujas de Londres... ¿No hay algo que lo haga destacar sobre los demás, o algún nombre?

—Era bastante hábil con el bastón que llevaba con el emblema de una serpiente —mencionó Wilfred, sin percatarse de la rigidez que se imponía sobre los hombres que lo rodeaban ante sus



palabras—. De su interior extrajo una afilada espada con la que no dudó en amenazar mi cuello —continuó Wilfred, haciendo que algunos de los sucios bandidos se apresuraran a abandonar el lugar espantados—. Y creo recordar que mi sobrina lo llamó Snake —finalizó, lo que provocó que los restantes individuos se quedaran paralizados en el lugar mientras los más viejos y sabios comenzaban a temblar.

—¿Ha dicho que ese tal Snake es el esposo de su sobrina? —preguntó Luke, muy interesado.

—Sí. Y, al parecer, está sumamente enamorado de ella, tal y como demuestran las marcas que ha dejado ese condenado en mi cuello cuando intenté acercarme a Pan.

—Entonces podría decirse que su sobrina es la debilidad de Snake, ¿verdad?

—Pues sí, creo que podríamos afirmarlo —declaró Wilfred, sin percatarse de la conmoción que habían provocado sus palabras entre los maleantes del lugar—. ¿Aceptarán mi encargo?

—Sí, y lo haremos encantados —aseguró Luke, luciendo una maliciosa sonrisa que coincidía con la de alguno de sus seguidores, que tenían la idea de intentar acabar con la venenosa serpiente que siempre los había atemorizado, explotando su debilidad—. Dígame algo, señor Sanders, ¿quiere saber quién es el hombre al que quiere asesinar?

—No me interesa. Seguramente querrán cobrarme algo más a cambio de esa información... Mientras se deshagan de él me da igual si es un noble o un ladrón.

—No es una respuesta muy inteligente de su parte, pero, en fin, usted es el que paga. En esta ocasión le haremos un buen precio, ya que ha encontrado para nosotros a un hombre del que queremos deshacernos, haciéndonos conocer incluso su debilidad. Con esto bastará —dijo Luke, cogiendo la bolsa del trono y aceptando el difícil encargo que muchos de ellos habían estado esperando para poder gobernar, ya que únicamente aquel que acabara con la leyenda de esa serpiente podría ser capaz de ocupar su sitio.

—Entonces ¿cuento con ustedes para que se deshagan de ese hombre?

—¡Oh, sí! No se imagina lo placentero que es para nosotros aceptar este encargo. Pero antes... cuéntenos más de su sobrina, ya que debemos encontrar el momento oportuno para conocerla —pidió Luke, haciendo que Wilfred comenzara a contarle todo lo que había averiguado de ella desde que había llegado a la ciudad.

\*

Pan sabía que Snake le ocultaba muchos secretos y que, posiblemente, había recordado parte de su pasado, al que no quería enfrentarse. No obstante, mientras ese sinvergüenza la llevaba en brazos a su habitación, ignorando los indignados gritos de la viuda Belarder, los desmayos de lady Alisa o la borrachera de Barnaby, la joven solo pudo pensar en lo mucho que adoraba a ese desvergonzado.

Sus risas resonaron por toda la casa mientras Snake se apresuraba a entrar en el dormitorio que hasta entonces siempre había estado vetado para él. Sus apremiantes pasos fueron

interrumpidos por Bruno, que, interponiéndose en su camino con una botella de champán en la mano, reclamaba una adecuada celebración del enlace. Su hermano, tras arrebatarle la botella, lo apartó de su camino y le cerró la puerta en las narices, dándole con ello una sonora respuesta.

—Creo que deberíamos reunirnos con mis parientes y con los sirvientes para anunciarles que nos hemos casado —comentó Pan.

—No veo por qué —dijo Snake tras dejarla en la cama, para comenzar de inmediato a desprenderse de su ropa.

Su chaqueta no tardó caer al suelo, seguida muy de cerca por el chaleco y el molesto pañuelo que apretaba su cuello intentando hacerlo parecer un caballero. Cuando Snake comenzaba a quitarse la camisa, exhibiendo su fuerte torso, una criada irrumpió en la estancia transportando una bandeja de comida, y, tras contemplar su desnudez parcial, soltó un grito de alarma antes de salir corriendo de la habitación.

—¿Tal vez para no perturbar a los criados y evitar montar un nuevo escándalo? —señaló Pan desde la cama, alzando irónicamente una ceja.

—Esa siempre interrumpe en el momento más inoportuno —declaró Snake molesto, tras recoger la bandeja que la muchacha había depositado en la mesa más cercana, percatándose de que en esta solamente había unos postres y una fastidiosa nota de su hermano, animándolo a disfrutar de ellos.

—¿Qué dice la nota? —preguntó Pan curiosa desde la cama.

—Nada importante —declaró Snake. Y, tras hacer una bola con la misiva, la arrojó por encima de su hombro dispuesto a disfrutar del postre que había en esa habitación, pero a su manera—. Bien, ¿por dónde íbamos? —inquirió acercándose a la cama, donde el rostro de Pan comenzaba a tornarse tan rojo como sus cabellos.

—Creo que sería mejor que cenáramos antes —sugirió ella, reulando sobre el colchón, temiendo cómo podría devorarla una serpiente ahora que le había dado permiso para ello.

—No —descartó Snake, adentrándose en la cama.

—¡Un baño! Tal vez si nos bañáramos... —sugirió Pan intentando ganar tiempo, unas dubitativas palabras ante las que él sonrió con malicia antes de seguir acercándosele.

—Una deliciosa idea que dejaremos para más tarde —manifestó Snake, recordándole cómo había acabado su último baño.

—Bueno, entonces deberías decirle a una de las criadas que me ayude a cambiarme.

—¿A cuál? ¿A la que ha huido espantada? Olvídalo, yo te ayudaré encantado a deshacerte de toda tu ropa —anunció Snake. Y, tras agarrar a Pan por los pies, la arrastró lentamente por el lecho hasta él, atrapándola bajo su cuerpo con la intensa mirada de unos profundos ojos azules que lo reclamaban todo de ella.

Mientras la joven caía bajo la hipnótica mirada de ese hombre, Snake retiró de sus pies los delicados escaupines que llevaba. Tras arrojar el calzado por encima de los hombros, sus manos comenzaron a alzar lentamente su vestido, acariciándole las piernas por encima de las blancas

medias de seda con dibujos de rosas, cuyo relieve persiguió con la yema de los dedos hasta llegar a una bonita liga de lazos blancos que no dudó en desatar.

De rodillas sobre el colchón, Snake apoyó uno de los pies de Pan sobre su pecho y comenzó a quitarle lentamente la media, sin dejar de observar con placer la reacción de la avergonzada novia que tenía en la cama.

—¡No me mires así! —exclamó ella, intentando cubrir su ruborizado rostro con las manos.

—¿Cómo te miro? —preguntó Snake extrañado por las palabras de esa mujer que, en ocasiones, podía ser bastante atrevida mientras que, en otras, parecía una tímida flor que se deshacía entre sus manos. Y, para castigarla por intentar ocultarse de él, el Serpiente no se olvidó de morder sutilmente un dedo de su travieso pie cuando terminó de retirarle una de sus medias.

—Me miras como si fuera lo que más desearas, la única mujer para ti, la más hermosa. Por mi experiencia en Boston, sé que eso no es verdad. Ningún caballero se quedaba demasiado tiempo a mi lado, y los que lo hacían no tardaban en alejarse hacia otras mujeres más sofisticadas, hermosas y calladas.

—¡Oh, querida! Pero es que yo no soy un caballero... —repuso Snake al tiempo que le quitaba la otra media—. Además, no es culpa mía que los hombres que te han rodeado hasta ahora sean ciegos para no ver lo encantadora que eres. Aunque, conociendo tus gustos, tal vez perseguiste a los más idiotas —declaró pinchando un poco a su temperamental pelirrojo, que no tardó en saltar apartando las manos de su avergonzado rostro, aunque solo fuera para golpear con furia la cama.

—¡No eran idiotas!

—Entonces ¿qué hacían en esas reuniones y esos bailes contigo? ¿Intentaban quizá arrastrarte hacia un rincón para tratar de meter las manos debajo de tu falda? —susurró sugerentemente Snake en su oído mientras sus manos se deslizaban bajo su vestido para empezar a quitarle hábilmente la ropa interior.

—¡Por supuesto que no hacían eso! —manifestó Pan indignada.

—¿Ves? Todos ellos eran grandes idiotas —comentó él mientras le mostraba victoriosamente sus calzas.

—Eres malvado —declaró Pan, volviendo a esconder su rostro de ese malicioso hombre, quizá para no caer de nuevo bajo el hechizo de su mirada. Pero Pan olvidó que esa astuta serpiente tenía más de una manera de convencerla para que se rindiera ante él.

—Y más malvado que voy a ser... —anunció sugerentemente antes de darle la vuelta en la cama para comenzar a desabrochar los miles de diminutos botones que tenía ese vestido en la espalda.

Cada vez que una porción de piel quedaba expuesta por sus hábiles dedos, sus besos la cubrían delicadamente al tiempo que sus palabras la seducían, haciéndola sentirse deseada.

—Te miro como si fueras lo que más deseo porque anhelo que seas mía desde la primera vez que te vi —confesó él mientras sus manos acariciaban seductoramente con un dedo la piel

desnuda que ahora se mostraba ante él—. Te observo como si fueras la única mujer para mí porque, en realidad, es así: no puedo pensar en ninguna otra —continuó Snake, comenzando a bajar despacio su vestido, deslizándolo por sus hombros y utilizándolo perversamente para apresar los brazos de Pan con él—. En cuanto a lo de ser la más hermosa, no tengas ninguna duda de que a mis ojos lo eres... —terminó, dándole la vuelta y haciéndola enfrentarse a una mirada que le aseguraba que todas sus palabras eran sinceras.

En esta ocasión Pan no pudo ocultar su avergonzado rostro de Snake. El vestido y la camisola de debajo habían sido bajados hábilmente por él para apresarla por los hombros, dejando expuestos y alzados sus senos frente a una fogosa mirada que la hacía arder por completo.

La ávida mirada de Snake devoraba todo su cuerpo como si de un banquete se tratase, desde sus enhiestos y sonrosados pezones, que se excitaban ante los profundos ojos azules que la observaban, hasta las alzadas faldas que mostraban sus torneadas piernas, recordándole que no llevaba nada más.

—Eres dulce... —dijo él antes de acercarla para probar sus excitados senos con los labios, con la lengua y con sus besos, haciéndole gemir su nombre—. Pero aún lo puedes ser mucho más —añadió cogiendo de la mesa un postre cuyo recubrimiento de chocolate no dudó en derramar sobre los senos para luego devorarlos con gran placer.

La lengua de Snake seguía los regueros de chocolate, saboreando el sabroso dulce en el que Pan se había convertido. Cada vez que ella se removía inquieta entre sus brazos, sin saber si huir o acercarse más a esa boca, los dientes de su amante rozaban castigadoramente las cumbres de sus erectos pezones, haciéndola temblar a la vez que se debatía entre el dolor y el placer que ese hombre le proporcionaba a su cuerpo.

Mientras Pan se arqueaba entre los brazos de Snake en busca del goce de sus caricias, las manos del malicioso individuo buscaron con atrevimiento la miel de su sexo. Y, al encontrarla, Snake no pudo evitar convertirse en el hombre más pecaminoso de todos al querer degustar el chocolate en otra parte más prohibida del cuerpo de su mujer.

Para asombro de Pan, él terminó de lamer el chocolate de sus senos, y, tras dirigirle una perversa sonrisa, hundió un dedo en el postre de chocolate que había colocado sobre la cama, insinuando que iba a probarlo. Pero en el último momento, ese dedo se dirigió hacia el sexo de Pan para esparcir el chocolate sobre él.

Solo cuando dejó de extender el empalagoso dulce sobre ella lamió Snake su dedo atrevidamente delante de Pan, haciéndola gemir, para luego hundir la cabeza entre sus piernas y que ella gritara mientras él la devoraba con el ansia de un hombre hambriento.

Las manos de la joven, atrapadas con su vestido, apretaban con fuerza las sábanas de la cama, incapaces de poder apartar o acercar más a ese hombre que la estaba volviendo loca al llevarla a una pasión tan abrumadora que lo reclamaba todo de ella.

Su cuerpo acabó rindiéndose a la lengua de esa despiadada serpiente, y finalmente sus

caderas se movieron siguiendo las caricias de ese pecaminoso individuo que le mostraba el camino hacia el placer.

Cuando uno de los dedos de Snake se hundió en su interior sin que su lengua dejara de degustarla, Pan gritó su nombre y convulsionó sobre esa boca que la devoró hasta hacerla llegar al clímax.

La seductora serpiente no le concedió descanso alguno a su cuerpo, y cuando los ecos del orgasmo todavía resonaban en Pan, sacando su rígido miembro de su encierro, Snake se hundió profundamente en su interior de una fuerte embestida que la hizo iniciar un nuevo viaje hacia el placer.

Queriéndolo todo de ella, Snake desgarró el vestido que apresaba los brazos de Pan, y cuando ella se vio libre al fin, no volvió a ocultar su rostro tras sus manos, sino que, perdiendo toda la vergüenza que entre los brazos de ese hombre se difuminaba, Pan se agarró con fuerza a Snake, reclamándolo todo de él.

Él acalló los gritos de placer de Pan con un ardiente beso que le permitió a ella degustar el postre que él había probado. El ritmo de sus acometidas se aceleró, haciéndose más profundo y más intenso, llevándola cada vez más cerca del orgasmo.

—Para mí, recuerde o no mi pasado, la única mujer siempre serás tú, Pan —le susurró al oído, haciendo que sus últimas dudas sobre amar a ese hombre desaparecieran y que la muchacha se entregara por completo tanto al placer como al amor que Snake le ofrecía.

Ambos amantes se perdieron en brazos del otro, gritando su pasión. Snake derramó su cálida semilla en ella, mientras Pan le arañaba la espalda, dejándole una marca ante la que él no dudaría en sonreír.

Abrazados en esa cama, rieron al ver cómo el olvidado postre había acabado en el suelo. Y, saboreando esas risas de las que nunca había disfrutado hasta que conoció a esa mujer, Snake se preguntó cuánto durarían en su vida, y si Pan volvería a reír cuando lo descubriera todo de él y comenzara a temerlo como hacían los demás.

\*

—Si no supiera quién se esconde bajo esa máscara, te tendría miedo —comentó Pan mientras, una semana después de su boda, se preparaba para asistir a su primer baile con su marido.

—Y si tú no fueras mi mujer, dejaría que me temieras —le advirtió perversamente él, acomodando la horrible máscara en su rostro.

—Es demasiado tarde, ya que me has convertido en la diosa de las serpientes. Por tanto, no puedo temerte —replicó ella, dando vueltas con su escandaloso vestido por toda la habitación y llenando la estancia con su risa, algo que hizo que el temible gesto de esa serpiente se suavizara, solo por ella.

—Recuérdame por qué tenemos que asistir a ese baile si ya has encontrado un marido adecuado con el que podrías quedarte jugando en esta estancia —inquirió seductoramente Snake al oído de su esposa, atrapándola entre sus brazos, intentando hacerla cambiar de opinión.

—Porque sería demasiado grosero rechazar la invitación de lord Bastian Reginald en el último momento —contestó Pan, escapándose juguetona de entre sus brazos y colocándose detrás de la mesa, intentando interponer una barrera entre ese pecaminoso hombre y ella para que no la hiciera cambiar de opinión, como ocurría a menudo cuando caía ante los encantos de esa serpiente.

—Sabes que podemos divertirnos mucho más en este cuarto que en esa fiesta, ¿verdad? —declaró él, comenzando el juego del gato y el ratón alrededor de esa mesa, en el que Pan intentaba escapar de él mientras Snake hacía lo posible por hacerle creer que su huida era posible, cuando la verdad era que no tenía la menor oportunidad.

—¡Te gastaste una fortuna en este disfraz y pienso lucirlo en esa fiesta!

—El dinero no era mío, y con que lo luzcas para mí es suficiente. Puedo sugerirte decenas de formas de jugar con él hasta que acabes poniéndote tan roja como tus cabellos.

—¡Snake! —lo reprendió ella, comenzando a ruborizarse al recordar lo perverso que podía ser ese hombre, que había cumplido su promesa de mantenerla encerrada en esa habitación durante toda una semana—. ¡Quiero ir a esa fiesta! —protestó finalmente, huyendo una vez más de su esposo, que, como siempre, no dudó en perseguirla.

—¿Por qué? —preguntó Snake, decidido a ser el único hombre que disfrutara de la belleza de la diosa que se encontraba ante él.

—Porque sé que esta vez todo será diferente y no acabaré en un rincón observando el baile con anhelo ni me sentiré dejada de lado. Porque me divierte la idea de escandalizar a todos con este vestido, algo que solo me atrevo a hacer porque tú estarás a mi lado.

—Estás absolutamente decidida a ganar esta disputa, ¿verdad? —preguntó Snake entre desalentadores suspiros, resignado a asistir a ese baile. Y antes de que Pan le contestara con algo más que con una satisfecha sonrisa, Edmund abrió la puerta de la estancia sin llamar y anunció groseramente y a viva voz a la chillona voz de mujer que le reclamaba una respuesta:

—Creo que se han entretenido porque están jugando al pillapilla, y aunque mi hermana sonrío feliz, yo aún no sé quién ha ganado.

—Como siempre que discutimos, ha ganado ella, Edmund —notificó Snake declarando su rendición, para luego pasar despreocupadamente al lado de Pan. Y, antes de que ella se diera cuenta de lo que pretendía, se la cargó al hombro como si fuera la forma más normal del mundo de escoltar a una dama a una fiesta—. No te preocupes: ya te ayudaré yo a montar más de un escándalo en esa maldita celebración.

Como de costumbre, las damas de la casa gritaron escandalizadas cuando vieron a ese peculiar matrimonio y comenzaron a quejarse de su burdo comportamiento. Pero eso solo fue hasta que la impertinente ceja de Snake se alzó mientras les transmitía una velada amenaza:

—Entonces me han dicho que se irán andando, ¿no?

El silencio se hizo entre las gritonas mujeres mientras Pan, transportada sobre la espalda de su marido, no podía dejar de reír. Y cuando Snake la colocó en su asiento en el carruaje, no pudo evitar susurrarle al oído:

—Eres malo, Snake.

—Querida, aún no sabes lo malo que puedo llegar a ser... —susurró él seductoramente, acomodándose a su lado e insinuándole con una ladina sonrisa que ese día una serpiente quería jugar con ella, atrayéndola tentadoramente con su hipnótica mirada para poder propinarle un excitante mordisco en algún oscuro rincón de esa fiesta.

## Capítulo 18

La fiesta de lord Reginald tenía lugar en su casa de campo, una mansión de estilo barroco bastante ostentosa y extravagante con una recargada fachada y unos amplios jardines que abusaban de los ornamentos al contar con varias grandiosas fuentes y numerosas y llamativas estatuas de personas desnudas.

El ambiente del interior no desentonaba con el exterior, y deseando llamar la atención por medio de un lujo desmedido y provocador, en el amplio salón donde tocaba una banda de música y se servía un amplio bufet de exóticos aperitivos, lord Reginald había dispuesto varias estatuas humanas, personas vestidas con túnicas cuyo único cometido era formar parte de la decoración del lugar y entretener a los invitados con sus sensuales poses.

Las mesas estaban demasiado recargadas, con obscenas estatuas de hielo. Los camareros y los músicos también lucían máscaras de animales, aunque menos suntuosas que las de los invitados. Las lámparas de araña del techo iluminaban el lugar mientras la melodiosa música invitaba a las parejas a bailar en la pista de baile.

En cuanto el criado de la entrada comprobó su invitación, Snake y Pan, junto con la pesada carga que llevaban consigo, se adentraron sin problemas en la fiesta. La viuda Belarder y su hija no tardaron en separarse de ellos para mezclarse entre los demás invitados, pero Snake permaneció a un lado, sin dejar de sostener la mano de su esposa, observando con ojo crítico todo cuanto los rodeaba mientras confirmaba para sí que su opinión sobre ese hombre no iba errada.

Las dudas sobre si lord Reginald era una persona honrada o no se despejaron definitivamente para él en cuanto observó que entre los nobles invitados a esa fiesta abundaban las sucias alimañas vestidas de caballeros, unas que en alguna ocasión habían hecho algún trato con él, unos no muy honrados, en los que en la mayoría de las ocasiones habían pretendido deshacerse de alguien que les molestaba sin ensuciarse sus distinguidas manos. Y para eso lo contrataban a él, por supuesto.

Los rumores comenzaron a alzarse a su paso, ya que, a pesar de no llevar el rostro descubierto, su bastón delataba su identidad en esa reunión de granujas en la que él, sin duda, era el peor.

—Creo que nuestros trajes están atrayendo muchos cuchicheos —murmuró Pan, algo incómoda con las miradas que la perseguían.

—Sin duda es porque tu hermosura los ha deslumbrado y están planeando el modo de



deshacerse de mí para tenerte —apuntó Snake, endulzando los oídos de la joven para distraerla.

—No seas tan exagerado, Snake: nadie quiere deshacerse de ti en esta fiesta.

—¡Oh! Te puedo asegurar, querida mía, que muchos sí quieren... —contestó cínicamente él, sabiendo que más de uno de los distinguidos caballeros de ese evento habrían preferido que siguiera muerto para poder ocultar profundamente sus más sucios secretos.

—¿Crees que nuestros trajes son demasiado llamativos?

—En una fiesta donde hay un pervertido disfrazado de oveja haciendo pareja con una coqueta pastorcilla, donde una pareja de pavos reales solamente llevan innumerables joyas y plumas que dejan poco a la imaginación y donde varias mujeres vestidas de ninfa, en las que las hojas que forman sus trajes se desprenden a la menor oportunidad, creo que nuestros trajes son los más discretos y de mejor gusto, sin ninguna duda.

—Sí, tienes razón —estuvo de acuerdo Pan, dándose cuenta de que los disfraces que vestía el resto de la gente de esa fiesta eran mucho más escandalosos que los suyos—. Entonces ¿por qué todos fijan sus ojos sobre nosotros? ¿O tal vez debería decir mejor sobre ti? —inquirió Pan, comenzando a sospechar lo que ocurría—. Te conocen, ¿verdad?

—Recuerda, querida, que mi rostro está muy bien oculto. Dudo que nadie pueda reconocerme con esta máscara. Creo que su asombro es por la fea serpiente en la que me he convertido con este disfraz. Una que los espanta a todos a cada paso que doy —declaró Snake mientras, sin que Pan se diera cuenta, advertía a cada sucio noble con el que se cruzaba que guardara silencio con una fría mirada que ellos nunca podrían olvidar.

Los más listos hicieron caso de su advertencia, pero siempre había algún estúpido demasiado necio para reconocer el peligro, aunque este estuviera delante de sus narices.

—¿Qué hace alguien como usted en esta fiesta? —preguntó el joven lord Ayrton Fairchild, un noble cuyo padre había mantenido unos turbios negocios con el Serpiente que no habían acabado nada bien para él.

—Lo mismo que usted: me han invitado —replicó Snake, intentando deshacerse lo más rápido posible de ese estúpido que no sabía cuándo debía mantener la boca cerrada.

—Lo dudo mucho, un hombre de su calaña nunca debería mezclarse con nosotros —declaró Ayrton al tiempo que su mano se dirigía hacia la máscara de Snake.

Para defender su secreto, el Serpiente apoyó amenazador su bastón en el cuello de ese hombre, intentando que recapacitara sobre lo que conllevaba enfadarlo. El antiguo Snake habría desenfundado el arma oculta y acabado con ese idiota de un solo movimiento, sin importarle demasiado el momento o el lugar. El hombre que era ahora no era mucho más bueno que el que había sido, pero temía que Pan se asustara, que le tuviera miedo y que huyera de él. Tras reflexionar acerca de cómo se sentiría si ella lo trataba como lo hacían todos los demás, Snake supo que la mejor opción por el momento era que ese hombre siguiera respirando.

—Cuida tus palabras —le advirtió dispuesto a apaciguar a la peligrosa serpiente que había en su interior y que solamente quería lanzarse al cuello de su enemigo.

—No veo por qué debería hacerlo, Snake —declaró Ayrton, retirando de su rostro la máscara y provocando que aumentaran los cuchicheos a su alrededor.

—Snake, ¿te conocen? —preguntó Pan apretando su brazo, asustada al oír detrás de ella una decena de susurros señalando a su marido como un asesino.

—¿Quién no conoce al rey de los suburbios, al peor maleante de todo Londres, al más cruel asesino ante cuyo nombre todos tiemblan? ¿Quién no conoce al Serpiente? —manifestó altaneramente lord Fairchild.

Snake cerró los ojos ante las palabras de ese hombre, que había revelado su secreto tan crudamente ante Pan. Por unos instantes se sintió tentado de acabar con la vida de ese estúpido, o simplemente de arrancarle la lengua, pero desistió de hacer movimiento alguno cuando recordó que Pan aún estaba a su lado.

Cuando abrió los ojos, percibió en la mujer que amaba el miedo que había rogado que ella nunca le tuviera, y, arrebatándole su máscara a ese sujeto, apartó de sí los cuchicheos.

—Creo que mi disfraz lo ha perturbado por unos instantes y ha provocado que se equivoque de persona, porque, si no fuera así, significaría que un hombre tan distinguido como usted habría tenido trato con tan reprobable personaje para poder conocer su rostro, ¿no es así, mi estimado señor? ¿Y quién de los presentes querría reconocer en público haber hecho un trato, alguna vez, con una serpiente? —declaró Snake, dejando una velada amenaza en el aire que hizo que los murmullos desapareciesen mientras él volvía a ponerse la máscara.

—¿Usted asesinó a mi padre! —insistió lord Ayrton Fairchild.

—No, lo hizo él mismo al pretender robarle su mujer a Clive Sin. Pero si sigue insistiendo en molestarme, me veré obligado a tener que darle el gusto confirmando sus acusaciones usándolo a usted como vivo ejemplo de ellas... —le advirtió Snake, sacando un poco la afilada espada de su funda, mostrándole que sus amenazas no eran en vano.

Cuando al final el estúpido lord se alejó y los invitados comenzaron a simular que no lo conocían, Snake se volvió hacia Pan, y, ante la confundida y temerosa mujer que tenía ante él solo podía hacer una cosa:

—¿Bailamos? —propuso con la sonrisa del desvergonzado que ella conocía. Y, apretándola con fuerza entre sus brazos mientras la guiaba hacia la pista de baile, rogó silenciosamente porque esa mujer no se olvidara del hombre que había conocido por tenerle miedo al que una vez fue.

\*

Mientras Pan daba vueltas por la pista de baile, las piezas de la verdadera identidad de Snake fueron encajando poco a poco: sus conocimientos de los trapicheos de Londres, su empecinamiento en recibir siempre algo a cambio de un favor, su desconfianza hacia todos los

que lo rodeaban y la ausencia de miedo frente a cualquier peligro de Londres, tal vez porque el mayor peligro de todos era él mismo...

—¿Perdiste de verdad la memoria o solo pretendías burlarte de la estúpida americana que no sabía nada de esta ciudad, Serpiente? —le preguntó a su marido tensándose entre sus brazos, algo que él no permitió por mucho tiempo, al recordarle que, para ella, él nunca sería esa peligrosa serpiente que era para los demás.

—Perdí la memoria después de que el barco en el que hacía uno de mis últimos trapicheos explotara. Y posiblemente también habría perdido la vida si tú no me hubieras rescatado y cuidado, Pan. Cuando desperté, todo mi mundo eras tú. Y aún lo sigues siendo —dijo Snake, acercándola a él más de lo aconsejable en ese baile.

—¿Por qué no me dijiste nada cuando recuperaste la memoria? ¿Por qué no me contaste quién eras?

—Digamos que tú me diste una segunda oportunidad que no estuve dispuesto a desaprovechar. No quise contarte quién había sido en el pasado para que no comenzaras a tratarme como hacían todos los demás... Con miedo —respondió él al tembloroso cuerpo de su mujer mientras la hacía dar vueltas en la pista—. ¿Qué ocurre, Pan? ¿Reformar al villano en la vida real no es tan interesante como en las novelas? —le preguntó al oído, cínicamente—. ¿O tal vez estás preocupada porque te resulta más excitante de lo que pensabas? —terminó escandalosamente, atrayéndola hacia sí y obligándola a enfrentarse a su irónica mirada.

—¿Cuándo recuperaste exactamente la memoria, Snake?

—¿De verdad quieres saberlo, Pan? —preguntó él con sarcasmo, alzando impertinente una ceja.

—Sí, porque quiero saber si me casé con un asesino.

—Recuerde o no las muertes que cargo sobre mis espaldas, siempre estarán ahí.

—Sí, pero el hombre que yo conozco se habría arrepentido de venir a mí con las manos manchadas de sangre. En cambio, al despiadado Serpiente que tengo delante no creo que le hubiera importado demasiado.

—En realidad da igual cuándo recordé quién era, Pan. Yo soy, y siempre he sido, el Serpiente —declaró él, agarrándose con desesperación a la mujer que amaba al sentir que la estaba perdiendo.

—Lo hiciste antes de casarte conmigo, ¿verdad? —preguntó ella decepcionada. Y cuando Snake evitó su mirada, Pan supo que estaba en lo cierto—. Me has arrebatado la opción de elegir si quería conocerlo todo de ti, me has quitado la libertad de saber quién eras y me has atado a ti sin lamentar en absoluto que algún día pudiera llegar a odiarte.

—Así es el Serpiente, un hombre egoísta que solo se preocupa por sí mismo... —manifestó irónicamente Snake, observándola a la espera de su rechazo, de su miedo, de su desaprobación, de alguna de las reacciones que cualquier persona que tratase con alguien de su calaña manifestaría y que, al provenir de ella, le harían tanto daño.

Pero para su sorpresa, Pan encerró su rostro entre las manos, y, viendo más allá de la fea máscara tras la que se escondía, le recordó:

—Pero mi Snake no es así.

—Tú no me conoces, no sabes lo malvado que puedo llegar a ser —dijo él, apartándose de esas dulces caricias que no merecía pero que siempre añoraría.

—Pero lo haré. Y entonces averiguaré si lo mejor para mí es seguir al lado de una serpiente o, simplemente, apartarme de su camino —declaró Pan, sin temer al hombre ante el que todo Londres temblaba. Luego, mostrando que no bailarían más al son que tocaba una serpiente, se zafó de su agarre para dejarlo solo.

—¡Me necesitas para protegerte de tu tío! —dijo Snake con impotencia, atragantándose con su mentira, porque sentía que en ese momento en el que ella se alejaba era él quien más la necesitaba.

—No, nunca necesité a una serpiente junto a mí, sino a un hombre que me amara y me ayudara a luchar contra todo. Ahora que sabes quién eres, tú decides: te quedas conmigo contándome toda la verdad o guardas silencio y vuelves a tu mundo, donde otros la contarán por ti, Snake —le reclamó Pan antes de alejarse de esa triste serpiente que, al contrario de los que otros decían, no le había hecho ningún daño con sus acciones, aunque sí con un silencio que le hizo saber cuál era su respuesta.

\*

Pan corrió para alejarse de Snake cuando las lágrimas que había intentado retener ante los engaños del hombre que amaba comenzaron a derramarse por su rostro, marcándolo con su dolor.

Con la vista nublada, se apresuró entre los invitados. Y, necesitando una vía de escape, se dirigió hacia los jardines. Siguió corriendo hasta que sus pies se cansaron, y, cuando se detuvo, se dio cuenta de que se encontraba ante una gran fuente con querubines rodeada de bancos de piedra, un lugar apartado que posiblemente era usado por los amantes en sus encuentros clandestinos, así que, dispuesta a alejarse lo más rápidamente posible de allí para no caer en ningún posible escándalo ante ningún invitado, comenzó a dirigirse al camino más próximo, tratando de recordar si era el que había tomado con anterioridad.

De repente oyó detrás de ella unos pasos apresurados que parecían buscarla. Pan se volvió, esperando encontrar frente a ella a Snake, pero el hombre que se había acercado era un educado caballero y no un sinvergüenza, por lo que sus lágrimas inundaron su rostro una vez más.

Lord Bastian Reginald acudió en su auxilio y limpió educadamente sus mejillas con un pañuelo de seda que a continuación le cedió amablemente, y luego la abrazó para intentar calmar su llanto. Al mismo tiempo que el cálido cuerpo de ese hombre la reconfortaba, Pan se preguntó por qué no sentía nada junto a él y sí lo hacía ante un granuja de la peor calaña.

—Ya, ya... Tranquila..., estoy seguro de que se casó con él engañada. No se preocupe, seguramente podrá anular ese matrimonio en cuanto usted explique la situación a las autoridades eclesiásticas —manifestó lord Reginald.

Y cuando Pan alzó la mirada para explicarle a ese lord que no quería anular su boda, sus ojos se toparon con los de Snake. Ante ella vio los fríos ojos de la serpiente que todos temían y a la que ella no había contemplado hasta entonces.

\*

Dejando atrás el orgullo de la temible serpiente que representaba en su mundo, Snake había corrido con desesperación. El que no se apresuraba por nada, el que no mostraba su debilidad ante nadie, había corrido detrás de Pan. Y cuando llegó a ella, la encontró en brazos de otro hombre planificando cómo acabar con su matrimonio.

El hombre entre cuyos brazos descansaba su mujer no era más noble que él, aunque intentara aparentarlo. Lord Bastian Reginald ocultaba muy bien esa parte perversa que había en su interior frente a todos, excepto frente a él, que había sabido reconocerlo en cuanto sus ojos se cruzaron.

—¿Podría alejarse de mi esposa antes de que decida dejar de comportarme con educación y le ampute los brazos, lord Reginald? —lo amenazó fríamente. Pero, por lo visto, sus palabras tan solo sirvieron para que ese hombre abrazara con más fuerza a Pan contra su cuerpo, acabando de lleno con su paciencia.

Como si hubiera estado esperando el paso amenazante que el Serpiente daría hacia ellos, lord Reginald decidió pronunciar unas palabras heroicas con las que tachaba a Snake de villano ante su mujer mientras, disimuladamente, seguía provocándolo con una taimada sonrisa que no auguraba nada bueno para Pan si ella creía sus mentiras.

—No se preocupe, Pan: yo la protegeré del temible Serpiente aun a costa de mi vida — anunció lord Reginald al tiempo que cubría a la joven con su cuerpo.

Snake se preparó para apartar a ese sujeto de su camino, y, colocando su bastón en posición, comenzó a tantear los afilados colmillos de la serpiente que aparecía representada en la empuñadura del mismo. Pero, para su asombro, antes de que atacara al perfecto lord Reginald, Pan se le adelantó:

—¡¿Cómo puede decir eso de mi marido?! ¡La mera posibilidad de que él pudiera hacerme daño es completamente absurda! —manifestó golpeando la espalda de ese hombre para que se apartara de su camino.

Luego, ante el estupefacto lord, que ya no podría representar su papel de héroe por el simple hecho de que Pan sabía defenderse muy bien ella sola, se sonó escandalosamente la nariz con el pañuelo de seda que él le había prestado para a continuación tratar de devolvérselo a su dueño, que lo rehusó con cara de espanto.

—Esto solamente ha sido una pelea de recién casados. No necesito, ni nunca necesitaré, que

alguien me proteja de mi esposo —anunció Pan colocándose junto a Snake, haciendo que fuera él en esta ocasión quien sonriera complacido ante su adversario.

De repente, de entre las sombras del jardín surgieron varios rostros conocidos ante los que Snake no dudó en ponerse alerta. Escondidos en la fiesta, pasando desapercibidos simulando ser unos simples criados, las alimañas que Snake había dejado atrás aparecieron ante él, oliendo su debilidad. Snake se apresuró a colocar a su mujer tras su espalda, protegiéndola del peligro.

—¿Qué hacéis en el jardín?! ¡Deberíais estar atendiendo a los invitados! —los reprendió lord Reginald ofendido, sin sospechar de las sucias ratas que se habían colado en su casa. Unas ratas que, comenzando a recordar los modales de los suburbios, no tardaron en sacar sus armas para invitarlo a bailar.

El lord que unos momentos antes había intentado hacerse el héroe ante Pan no tardó nada en apartarse cobardemente a un lado mientras Snake, tras desenfundar su espada oculta en el bastón, comenzó el combate contra unos hombres con los que no mostraría piedad, ya que habían intentado atacar a la mujer que amaba.

—No los mates —le pidió Pan.

—¿Por qué no? Créeme, los conozco muy bien y sé perfectamente que lo merecen.

—Porque no quiero el peso de sus muertes sobre tu alma.

—Yo no tengo alma —repuso Snake irónicamente, riéndose de la mujer que todavía pretendía salvarlo, para luego reírse de sí mismo cuando Pan replicó, tan impertinente como siempre:

—Eso lo decidiré yo.

Snake luchó contra cinco hombres armados con cuchillos que, como él, estaban habituados a jugar sucio. Los cinco atacaban a la vez esperando derribarlo y llevarlo al suelo, donde pensaban que les sería más fácil desarmarlo. Snake se defendió con agilidad, recibiendo alguna herida, pero devolviendo sus estocadas con rapidez. Y, a pesar de que podría haber acabado con ellos en más de una ocasión, se contuvo mientras les echaba en cara que lo buscaran en esa nueva vida en la que él solamente quería alejarse de ellos.

—¿Por qué me buscáis? —preguntó un furioso Snake a los hombres de su pasado, que se empeñaban en ir tras él.

—No te buscábamos a ti: la buscábamos a ella —respondió uno de los rufianes señalando a su mujer, uno al que Snake no dudó en herir de forma que no pudiera volver a levantar su dedo nunca más.

—Encontrarte a ti ha sido un extra inesperado —confirmó otro, intentando atacarlo por la espalda.

—¿Quién podía imaginar que el temible Serpiente se ablandaría y tendría una debilidad? Ahora podremos reclamar tu trono después de hacernos con tu cabeza y, de paso, también podremos tener a tu mujer —manifestó jactancioso un tercer individuo.

—Ya no te tenemos miedo, Snake —apuntó finalmente otra de esas alimañas, jactándose de

su inminente victoria, sin darse cuenta de que su discurso los había llevado a una temprana derrota, pues al comprobar que las palabras de su hermano eran completamente ciertas y que su pasado lo había encontrado para reclamarle un precio que él no estaba dispuesto a pagar, Snake sacó la furia que guardaba en su interior, luchó sin descanso y se mostró implacablemente cruel con todo aquel que representaba una amenaza para Pan.

Aunque no los mató, no tuvo contemplación con los que habían levantado sus armas contra su mujer y los hirió de forma que no pudieran volver a cogerlas, cortando los tendones de los pulgares e, incluso, algunos dedos, hasta que los criminales desistieron de volver a amenazar a Pan. Un par de los agresores trataron de huir, pero Snake les dio alcance y los hirió en las piernas para que no tuvieran la oportunidad de correr en busca de refuerzos.

Cuando terminó la lucha, cuatro de los hombres yacían inconscientes a sus pies. El único que quedaba consciente le sonrió con malicia desde el suelo mientras le recordaba que lo único que había conseguido al acabar con ellos era ganar algo de tiempo frente a la amenaza que se cernía sobre su mujer.

—Los hombres del Serpiente han aceptado un encargo, y solo hay una forma de terminar con este. ¿Recuerdas cuáles son las normas, jefe? —le preguntó jactanciosamente el tipo antes de que Snake lo alzara del cuello de la camisa para susurrarle al oído las normas que él mismo había impuesto en su sucio mundo.

—O acabáis con la persona que os pidieron liquidar o muere el que encargó tal tarea..., y añadido una tercera opción: hacéis lo que os ordene el Serpiente —anunció Snake, haciendo que ese hombre lo mirara con espanto al creer que él podría regresar a los bajos fondos a reclamar su trono.

Tras unos instantes, Snake golpeó al tipo con un violento cabezazo, dejándolo inconsciente para arrojarlo junto a sus compañeros.

Cuando Snake se volvió hacia Pan, su camisa blanca estaba manchada de sangre, tanto suya como de sus enemigos. Sus manos y su rostro también tenían restos de esa sangre que él siempre derramaba. Sintiendo sucio, se deshizo de su máscara, y tal vez buscando que ella no lo juzgara, repitió lo que se había dicho a sí mismo en innumerables ocasiones para poder sobrevivir.

—O ellos o yo... —A continuación, perdido en sus recuerdos, susurró—: ¿Por qué nunca dejan de perseguirme las serpientes?

—¿Aún sigue creyendo que es inofensivo? —inquirió petulantemente lord Bastian Reginald en dirección a Pan, provocando que él sintiera deseos de cortarle la lengua.

Este, sabiendo lo que pensaría de él cualquier persona que viera su cuerpo cubierto de sangre, evitó mirar a su mujer. No quería ver en ella el miedo, el asco y el temor hacia lo que él era. Pero, como siempre, Pan lo sorprendió y, tras apartar al noble de su camino, se dirigió hacia él. Y, sin importarle ensuciarse las manos, alzó el rostro de Snake para contemplarlo con el mismo cariño que le había profesado antes de conocer su identidad.

—Volvamos a casa —le pidió, dirigiéndolo hacia la salida de la fiesta.

Y el asesino, el hombre que intentaba sobrevivir a la crueldad de otros mostrando la suya propia, el implacable ejecutor, desapareció bajo las caricias de esa mujer. Y, tomando su mano, regresó al hogar que había encontrado entre sus brazos.



## Capítulo 19

Tras el encuentro en la fiesta de lord Reginald, Snake supo lo que tenía que hacer para alejar a Pan del peligro. Mientras llegaban a casa desoyó las protestas de Pan por haber dejado a la viuda Belarder y a lady Alisa abandonadas a su suerte en el baile, sin un carruaje en el que volver, porque a Snake le interesaba mucho más mantener a salvo a su esposa de los maleantes que lo habían encontrado que aparentar ser un hombre correcto ante unas impertinentes damas que le desagradaban.

Después de ordenar a Bruno que revisara los alrededores de la casa y asegurarse de que Edmund estaba seguro y a salvo, acompañó a Pan a su habitación. En cuanto entró en la estancia, sus perspicaces ojos, que siempre estaban alertas ante el peligro, se dieron cuenta de que alguien aparte de los criados había entrado allí. Sin querer alarmar a su esposa más de lo que ya lo estaba, la apremió a cambiarse tras el biombo al mismo tiempo que él se ocupaba de deshacerse del peligro que la acechaba.

—¿Quiénes eran los tipos que te han atacado, Snake? —preguntó Pan desde detrás del biombo, distrayéndolo de su tarea.

Tras levantar las colchas de la cama, tal y como él sospechaba, una venenosa serpiente negra le dio la bienvenida, mostrándole sus venenosas fauces.

—Eran el tipo de sabandija sobre los que yo gobernaba —contestó Snake a la vez que cogía el atizador de la chimenea para alejar a esa víbora de su lecho, convenciéndola de que se enredara sobre el frío metal.

—¿Y qué querían de ti? ¿Por qué te buscaban? —quiso saber Pan, mostrándole lo inocente que era al pensar que esos hombres podían buscar en él algo más que su muerte.

—Lo normal, querida: querían matarme —anunció despreocupadamente, dejando la serpiente sobre el suelo mientras el animal comenzaba a agitarse con inquietud, intuyendo que le esperaba la muerte. Pero Snake estaba decidido a que la única serpiente que hubiera alrededor de su mujer fuera él.

—Pero... ¿por qué querían matarte? —insistió ella, sin entender que no todos los hombres necesitaban una razón para acabar con una vida, y mucho menos los sujetos que él había conocido en su despiadado mundo.

—Lo siento, eres tú o yo —susurró Snake a la serpiente antes de aplastar su cabeza con el atizador, poniendo fin a su vida. Luego, cogiendo la funda de una de las almohadas, introdujo su cadáver en ella. Y, antes de que su esposa se enterara de lo que estaba ocurriendo en esa

habitación, abrió la puerta de la estancia y le entregó ese presente a la primera persona que vio en el pasillo. Por fortuna, esa persona era su insolente hermano y no una de las escandalosas criadas, aunque, al parecer, él también podía ser bastante escandaloso, pensó Snake cuando lo oyó gritar tras cerrar la puerta de nuevo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Pan, algo alterada.

—Nada importante, solo Bruno mostrando su descontento ante uno de mis presentes — declaró Snake despreocupadamente, lavándose las manos para centrarse en la cuestión de por qué todas las serpientes regresaban a él—. En cuanto a tu pregunta sobre por qué esos tipos querían matarme, supongo que será para apoderarse del trono que dejé vacío en los suburbios. Desearán hacerse con mi cabeza para anunciar ante todos que son más peligrosos que yo, ganándose así una reputación para poder gobernar en mi lugar. Pero, por supuesto, aún no se han dado cuenta de que están en un error: nadie es más peligroso que yo.

Mientras hablaba, revisó la habitación a conciencia. Miró debajo de la cama, entre las sábanas, en todos los rincones y debajo de los muebles buscando un nuevo atisbo del peligro que perseguía a Pan. El silencio que llenó la estancia después de su respuesta le hizo ver que su esposa aún estaba asimilando que él no era tan inofensivo como ella pensaba.

—¿Y qué vas a hacer? —inquirió Pan, saliendo de detrás del biombo vestida con el excitante juego de cama que él le había regalado, haciendo que Snake solamente pudiera pensar en lo que quería hacer en esos momentos.

—Llévate a la cama.

—Me refiero a qué harás con los hombres que te persiguen —insistió ella molesta mientras lo reprendía con la mirada, tratándolo como siempre había hecho, gracias a Dios, aunque Snake sabía que eso no duraría demasiado.

—Matarlos o morir. No hay más opciones ante ese tipo de personas. Aún no me he decidido por alguna de ellas. ¿Tú qué opinas? —repuso él cínicamente, acercándose peligrosamente a Pan al tiempo que se despreocupaba de ese tema y se centraba en otro mucho más interesante, como era seducir a su esposa.

—Son dos opciones nefastas —declaró ella, haciéndole frente a esa serpiente cuando llegó a su lado.

—Soy un asesino, Pan. Y ellos también. No tengo otro camino para escapar.

—Tal vez si hablaras con ellos... —propuso Pan, intentando buscar una salida pacífica que nunca sería posible en el mundo de Snake.

—Mis antiguos colegas no son muy habladores, querida, y yo nunca he tenido demasiada paciencia con los idiotas. No saldrá nada bueno de conversar con esa gente.

—Pero tú ya no quieres seguir siendo un asesino, ¿verdad? —preguntó Pan, acercándose a él, con miedo a conocer su respuesta.

Snake acortó la pequeña distancia que había entre ambos y, poniendo la mano de Pan sobre la sangre que todavía manchaba su rostro, ensució sus dulces manos con sus pecados, haciendo

que Pan se enfrentara a la realidad de quién era él.

—Aunque me ha gustado mucho jugar a ser otra persona, este soy yo, Pan. Un asesino, un hombre sin conciencia, un ladrón que solo busca su propio interés y el de nadie más.

—No, tú no eres así —afirmó ella, negándose a admitir que el hombre del que se había enamorado había desaparecido bajo la fría fachada de ese desconocido que tenía ante sí.

—¡Mírame, Pan! —gritó Snake a la mujer que se negaba a ver lo peor de él. Y, reteniendo las muñecas de su esposa por detrás de su espalda con una sola mano, con la otra desgarró su atrayente salto de cama, desnudándola ante él—. Yo tomo lo que deseo y cuando lo deseo —anunció antes de devorar su boca, mostrándole que lo que deseaba en esos instantes era a ella.

Pan intentó rechazar el brusco beso de Snake removiéndose inquieta entre sus brazos. Intentó apartar su rostro de él, pero la fría furia que su marido dejaba traslucir en su beso se mezclaba con el deseo y el anhelo que siempre había sentido por ella.

La joven sintió en ese beso al peligroso Serpiente y al apasionado individuo del que se había enamorado. Finalmente, incapaz de rechazar al hombre que amaba, lo aceptó todo de él y le devolvió el beso a Snake, buscando con su lengua el sabor de la pasión que él siempre le hacía disfrutar entre sus brazos.

Por un instante, ambos se dejaron llevar por ese beso, pero en cuanto Pan se arqueó entre sus brazos pidiendo más de él, Snake se separó bruscamente.

—¿Es que aún no comprendes cuánta sangre mancha mis manos?! —gritó soltándola y alejándose de ella, intentando con desesperación que Pan solamente viera lo malo que había en él.

—Yo conozco a mi Snake —respondió ella acercándose a una peligrosa serpiente que, abrumada por su amor, intentaba alejarse.

Cuando llegó frente a él, como si Snake tratara de deshacerse del cariño que ella le profesaba, la desprendió bruscamente de los restos de su ajado camisón. Pero ella no huyó, sino que, enfrentándose a él desnuda, acogió el rostro de Snake entre sus manos para besar delicadamente sus labios y recordarle de quién se había enamorado.

—Sé que el hombre del que me enamoré sigue ahí, así que deja de intentar esconderlo de mí.

Snake aceptó los dulces besos a los que nunca podría resistirse si provenían de la mujer que amaba. Dejó que siguieran extasiándolo con su dulzura, con la delicadeza de unos labios que apenas lo rozaban. Hasta que necesitó más y, acercándola a su cuerpo, cogió bruscamente sus cabellos para reclamar su boca. Su beso exigió toda la pasión que había en ella, y su lengua la requirió sin contemplaciones. Pan, una vez más, se rindió ante ese hombre mientras este la conducía hacia la cama.

—Te niegas a ver lo malo que hay en mí..., entonces no me verás —declaró Snake, separándose abruptamente de su boca para luego, ante el asombro de Pan, desprenderse del pañuelo de su cuello para cubrirle los ojos con él.

Pan tocó con la punta de sus dedos la venda que Snake había puesto en sus ojos, con la que él

intentaba que su esposa solamente viera al frío Serpiente. Pan, negándose a jugar, quiso deshacerse de ella, pero la voz de Snake le susurró maliciosamente al oído:

—¿Qué ocurre? ¿Es que no quieres jugar con una serpiente cuando sabes que esta puede morderte?

Aceptando el desafío que le lanzaba ese hombre, Pan alzó el rostro hacia la voz que la retaba para anunciar muy segura:

—Tú nunca podrías mordirme, Snake.

—No estés tan segura —replicó él antes de darle un sutil mordisco en el cuello, un leve roce de sus dientes con el que la hizo temblar.

Luego la cogió entre sus brazos para llevarla hasta la cama, y, tras soltarla en ella, la dejó unos instantes a solas. Cuando Pan, confusa, comenzaba a jugar con el pañuelo que tapaba sus ojos, las manos de Snake detuvieron las suyas y las apartó. A continuación besó dulcemente sus muñecas para luego mostrarse menos dulce al atarlas a la cabecera de la cama.

—¿Eh? ¿De dónde has sacado estas cuerdas? —preguntó ella, comenzando a forcejear con sus ataduras.

—De las cortinas —contestó la voz de Snake mientras se alejaba.

—¿Y se puede saber para qué me has atado? —inquirió Pan, molesta por las perturbadoras acciones de ese hombre.

—Para jugar contigo a mi placer —dijo él, tan provocador como cualquier canalla. Una contestación de la que Pan no dudaba después de oír cómo Snake se alejaba para desprenderse de su camisa y derramar el agua de la jarra en el lavamos.

—Estás lavando la sangre de tu cuerpo y atendiendo tus heridas, ¿verdad? No quieres venir a mí manchado de sangre.

—Lo hago porque, como eres una mujer tan delicada, puedes desmayarte ante semejante espectáculo —dijo él irónicamente, provocando su genio.

—¡Eso es mentira! Sabes perfectamente que yo, como médico, he tratado con heridas difíciles y que no me espanta la sangre.

—En estos momentos lo único que debe espantarte soy yo —le advirtió él, acercándose a la cama.

—Pero yo no te tengo miedo —lo enfrentó Pan, alzando su rostro orgullosa.

—Todo Londres me teme, así que creo que eso puede tener fácil solución —anunció Snake perversamente en su oído antes de desatar sus manos, solo para darle la vuelta en la cama y ponerla de rodillas. Luego volvió a atarle las muñecas, dejándola en una posición vergonzosa.

Con las manos atadas al cabecero de la cama y Pan sumisamente colocada de rodillas, Snake se deleitó en contemplar su desnuda y delicada espalda, su tentador trasero y su hermosa melena roja, que siempre lo atraería, recordándole el llameante temperamento de esa mujer.

—¡Snake! —lo reprendió ella, haciéndolo reír, pues era la única que se atrevería a reñir a un asesino.

Incapaz de resistirse al tentador presente que Pan suponía, Snake se despojó del resto de su ropa. Y, metiéndose en la cama, estuvo dispuesto a disfrutar de la ardiente pasión de esa pelirroja a la que le resultaba demasiado difícil convencer de que él era un canalla, tal vez porque, por primera vez en la vida, alguien se había enamorado de él y lo llevaba a querer ser mejor.

Uno de los dedos de Snake recorrió lentamente la espalda de Pan, provocando un estremecimiento en su piel. Sus besos no tardaron en seguir el mismo camino, y su lengua los acompañó para grabar en el recuerdo de Snake el sabor de la dulce piel de esa salvaje pelirroja. Sus dientes rozaron seductoramente la piel del cuello de su esposa, haciéndola gemir, para luego propinarle unos sutiles mordiscos a lo largo de su espalda y en su tentador trasero, algo que la hizo saltar sorprendida, tras lo que intentó apartarse de él. Pero Snake no le permitió alejarse esa noche del sinvergüenza que había aceptado en su cama.

—Esta noche te voy a demostrar lo malo que puedo llegar a ser —reveló sensualmente en su oído, subiendo lentamente sus manos, acariciando de manera seductora sus piernas, sus caderas y su costado hasta llegar a sus excitados senos, que reclamaban el toque de sus dedos.

Las manos de Snake acogieron esos tentadores frutos para agasajarlos con el calor de su piel y el ardor de sus caricias. Y, mientras Pan dejaba escapar varios gemidos de placer, se atrevió a desafiarlo una vez más.

—Entonces yo te voy a demostrar lo buena que puedo llegar a ser para ti.

—No eres buena, me haces débil —declaró Snake, cogiéndola de los cabellos para dirigir su boca hacia él, silenciando sus labios con un beso. Y, a pesar de que sus palabras podían sonar crueles, ni él ni sus caricias lo fueron, demostrándole a Pan que el hombre que amaba aún se encontraba allí.

El desnudo cuerpo de Snake se frotaba contra el suyo, evidenciando la dureza de su deseo, y sus manos no tardaron en volver a acariciar sus senos y en rozar sus enhiestos pezones con las yemas de los dedos, pellizcándolos sutilmente para conseguir algún gemido que Snake acallaba agasajando su sensible piel con nuevas y excitantes caricias, unas que hacían a Pan estremecerse entre sus brazos y pedir más de esa peligrosa pasión que solo él podía darle.

Cuando Snake abandonó su boca, sus besos descendieron por el cuello de la joven, por sus hombros, por su espalda y por su trasero, el cual no dudó en morder en señal de castigo. Las manos que agasajaban sus senos dejaron de torturar sus sensibles cumbres para pasar a lugares más prohibidos. Una de ellas empujó a Pan sobre la cama, haciendo que sus sensibles pezones se rozaran con las sábanas, aumentando así el ardor de su sensible piel. La otra mano de ese hombre se dedicó a acariciar la húmeda evidencia de su deseo, adentrándose profundamente en ella y, momentos más tarde, su lengua se unió con decisión, provocando un placer indescriptible en Pan mientras Snake lamía la parte más sensible de su cuerpo.

Las manos de la joven se agarraban fuertemente a las cuerdas que le impedían alejarse de ese placer. Sus sentidos se agudizaban como consecuencia de estar cegada por el pañuelo de Snake, causando que sintiera con mayor intensidad cada una de sus caricias, cada una de las incursiones

de esos traviesos dedos en su apretado interior y cada una de las intervenciones de esa lengua que la llevaba a gritar su nombre.

El cuerpo de Pan se movía en busca del placer con el que ese hombre la torturaba. En ocasiones, con unas caricias que él detenía en el momento menos oportuno, con un dedo que no se introducía tan profundamente como ella deseaba o con una lengua que solo la probaba superficialmente por un instante, sin devorarla como ella necesitaba.

—¡Snake! —protestó frustrada con el deseo con el que ese hombre la provocaba sin llevarla a la cúspide del placer.

—Me haces débil —volvió a repetir él en su oído, para añadir en esta ocasión—: Pero eres una debilidad ante la que no me importa caer.

Tal y como le había susurrado perversamente, Snake cayó ante ella. Y, haciéndose un hueco entre sus piernas, la devoró por completo haciéndola gritar su nombre, agarrando con firmeza su trasero para que Pan no se alejara de él. Finalmente, la hizo convulsionar sobre su lengua, llevándola hasta el clímax.

Unos instantes más tarde, mientras su cuerpo relajado se derrumbaba sobre la cama, Snake no tuvo piedad de ella y, abandonando su sumisa posición entre sus piernas, se colocó detrás de Pan. Entonces, alzando el trasero de su mujer, se hundió profundamente en ella haciéndola sentir un nuevo placer que se mezclaba con las oleadas de su anterior orgasmo.

Sin concederle descanso, Snake la inundó con su deseo al tiempo que sus acometidas se hacían más intensas. Él estableció un ritmo lento, pausado y profundo que excitó de nuevo a la joven, un ritmo que se volvió más apremiante cuando ella comenzó a responderle moviéndose contra él, buscándolo, tanto a él como su propio placer.

Snake le susurró al oído cuánto la deseaba, aumentando sus acometidas, y ella se dejó arrastrar una vez más por ese sinvergüenza hacia un nuevo orgasmo mientras, sin poder evitarlo, gritaba el nombre del hombre al que nunca podría llegar a temer a pesar de su pasado.

Unos minutos después, sus cansados cuerpos descansaban abrazados en esa cama. Una vez que Snake se hubo deshecho de las cuerdas y la venda que la limitaban, nada le impidió a Pan abrazarlo, dándole nuevamente su cariño.

—¿Cuándo aprenderás a temerme? —inquirió él, acariciando arrepentido la marca que las implacables cuerdas habían dejado en las muñecas de Pan, para luego intentar hacerlas desaparecer con sus besos.

—No puedo temerte, porque te amo —confesó ella, haciendo que ese hombre sonriera cínicamente ante su amor.

Snake no contestó a sus palabras, y solo cuando ella comenzaba a caer en un profundo sueño le pareció oír que al fin él le daba una respuesta.

—Entonces, si no puedes temerme, tendré que hacer que me odies... —oyó en la lejanía.

Y, antes de que pudiera aclararle que eso nunca pasaría, Pan ya estaba profundamente perdida en sus sueños. Unos sueños en los que una serpiente la amaba tanto que se enfrentaba a

todo tan solo para poder estar a su lado.

## Capítulo 20

—¿Qué significa esto?! —gritó la viuda Belarder cuando fue despertada bruscamente al arrojarle alguien un saco a los pies de su cama.

—Que la única serpiente cuya presencia permito en esta casa soy yo mismo —repuso la fría voz de un hombre escondido entre las sombras de la estancia que, sentado en una silla junto a la cama de la viuda, esperaba una respuesta de su parte.

Esta no se hizo de esperar, cuando, encendiendo el pequeño candil que había sobre la mesilla de noche, los fríos ojos de Snake se clavaron en ella, haciéndola temblar.

—Al principio no la recordaba. Luego, cuando me acordé de usted, no me importó tolerar su permanencia en esta casa mientras no se acercara a Pan. Pero ahora que ha hecho su movimiento, no voy a consentir que continúe aquí.

—¿Usted no es nadie para echarme!

—Yo soy juez, jurado y verdugo para proteger a aquellos a los que amo. Soy la despiadada serpiente en la que los hombres malvados me han convertido, aunque luego se quejen de que haya salido más despiadado que ellos y que mi veneno sea más mortífero... Pero usted ya sabe eso, puesto que contrató mis servicios en una ocasión, ¿no es así, señora Belarder? Deshacernos de su infiel y vividor marido que se gastaba el dinero en sus amantes en lugar de hacerlo en usted fue una tarea realmente sencilla. ¡Quién podría imaginar que aquella desconsolada viuda, después de la trágica pérdida de su esposo, dilapidaría su dinero de la misma irresponsable manera e intentaría hacerse con el de los demás!

—No sé de lo que me habla —respondió ella, intentando esquivar la fría mirada de ese peligroso hombre, algo que Snake no permitió. Y, levantándose de su silla, colocó su bastón debajo de la barbilla de la mujer para obligarla a mirarlo.

—Mire lo que hay en el saco y no grite, o tendré que silenciarla de alguna manera.

Astrid Belarder abrió el saco con manos temblorosas y se vio obligada a taparse la boca para no proferir el grito de espanto que casi escapó de sus labios al ver en su interior el cadáver de una serpiente.

—Llévese consigo el cuerpo de su compinche cuando se vaya, y no intente volver a aliarse con el tío de Pan para deshacerse de ella, o, de lo contrario, la próxima que acabara en un saco idéntico a ese será usted.

—Yo no he...

—Usted le comunicó muy convenientemente a ese hombre dónde estaríamos hoy y le dio la



clave para adentrarse en esa fiesta, ya que mis hombres no son tan listos. Y lo de la serpiente fue un plan secundario muy astuto por si lo demás fallaba. Las mentiras, señora Belarder, se las guarda para quien quiera oírlos. Yo solamente deseo ver cómo usted y su familia se marchan de esta casa para no regresar jamás.

—¡Me obligaron! ¡Yo no quería nada malo para esa mujer ni para ese niño! Yo... —empezó a sollozar desesperadamente Astrid, intentando convencer a Snake de su inocencia.

Cuando él se volvió hacia ella y comenzó a limpiar sus lágrimas con una de sus manos, la viuda Belarder creyó esperanzada que lo había convencido, pero eso solo fue hasta que la despiadada serpiente se acercó sibilinamente a su oído para susurrarle una advertencia.

—Yo ya conozco todas las falsas lágrimas y súplicas, y usted debería saber, por mi reputación, que ninguna funciona conmigo.

Cuando se apartó de ella, la viuda Belarder no vio ante sí al hombre que había visto jugando con Edmund o riendo con Pan, sino a un implacable asesino que no mostraba piedad alguna con quienes lo molestaban.

—¡La quiero fuera de esta casa, ahora mismo!

—¡Pero es de noche y no estamos preparados! No tengo mi equipaje hecho siquiera ni...

—Valora muy poco su vida, ¿verdad?

—En cuanto salga de la habitación comenzaré a hacer las maletas —anunció apresuradamente Astrid, sabiendo que no podía jugar con esa serpiente.

—Ah, señora Belarder, tenga clara una cosa: esté yo o no en esta casa, siempre tendré un ojo puesto en los Sanders. La perdono en esta ocasión porque me he ablandado un poco, pero si hace un nuevo intento, no tendré piedad ni con usted ni con su familia.

Astrid Belarder no pudo dejar de temblar de miedo ni siquiera después de que ese hombre se hubiera marchado de la habitación. Y, mientras hacía las maletas, se preguntó una y mil veces cómo demonios no veía Pan Sanders en ese hombre el implacable asesino que veían todos los demás.

\*

Después de salir de la habitación de esa alimaña de la que pensaba deshacerse como hacía con todos los peligros que rondaban a su mujer, Snake siguió su camino por uno de los oscuros pasillos de esa casa. Desde las sombras le llegó la voz de un hombre que estaba acostumbrado a esconderse entre ellas.

—¿Te marchas? —preguntó Bruno a su hermano.

—Este no es mi lugar —repuso fríamente el Serpiente, intentando seguir su camino y parecer indiferente ante lo que dejaba atrás.

Pero, después de que Bruno hubiera visto cómo protegía a esa familia, la actitud de Snake no lo engañó en absoluto.

—Lo haces para protegerla, ¿verdad? —dijo ganándose la fría mirada de una serpiente.

—No digas tonterías: yo no soy de esos.

—Entonces ¿no vuelves con los tuyos para evitar que vengan a por ella?

—Por supuesto que no. Ahora que he recuperado la memoria vuelvo a mi hogar porque allí todos me estarán esperando emocionados, ya que, al parecer, no pueden vivir sin mí, aunque tampoco es que vayan a vivir demasiado conmigo —declaró irónicamente Snake, burlándose de su destino.

—No puedo creer que hagas esto por ella. Me resulta inconcebible que la egoísta persona sin corazón que yo conozco sea capaz de algo así.

—Ni yo mismo me reconozco cuando estoy junto a ella —manifestó el Serpiente, mostrando en su rostro una sonrisa al recordar a la mujer que amaba.

—¿Qué crees que hará tu esposa cuando se entere de lo que estás haciendo, de que vas a volver a la vida que tanto odias tan solo para protegerla? —preguntó Bruno, haciendo que la sonrisa desapareciera del rostro de su hermano.

Tras agarrarlo abruptamente por el cuello, Snake lo acorraló contra la pared y, presionando un brazo contra su garganta hasta casi dejarlo sin aliento, le susurró amenazadoramente mientras clavaba sus fríos ojos en él:

—Mi mujer no se enterará. Pan creerá que la he abandonado. Tal vez piense que mi oscuro mundo me ha vuelto a atraer o que, al ser descubierto mi disfraz, he regresado con los míos sabiendo que este no es mi lugar. Tú no le dirás nada y, ante sus preguntas, lo único que has de hacer es recordarle quién soy —finalizó Snake, soltando su agarre para que su hermano pudiera respirar y así llevar a cabo su parte en ese plan que él había ideado para alejarse de la mujer que amaba.

—El problema de tu plan, hermano, es que para tu esposa tú eres una persona distinta que para el resto del mundo —declaró Bruno, intentando recuperar el aliento al tiempo que señalaba el gran fallo en su estrategia.

—Lleve o no mi disfraz, siempre seré una serpiente —replicó Snake antes de seguir su camino.

—Y dime, hermano, ¿quién protegerá a los Sanders del peligro mientras tú no estés a su lado?

—Tú —lo informó el Serpiente, volviéndose hacia ese implacable asesino que nunca sería tan despiadado como él—. Dejar a unos inocentes a su suerte te pesaría demasiado en la conciencia, y más aún cuando la mujer a la que adoras te ha encargado específicamente que protejas a esa familia.

—¡Eres un...! —comenzó a maldecir Bruno al astuto hombre que se alejaba de él y que siempre hacía bailar a todos al son de sus maliciosos planes.

—Soy una peligrosa serpiente, no lo olvides. Y haz que ellos lo recuerden también —dijo Snake antes de desaparecer de esa casa, llevándose consigo todos los peligros que rondaban a su

mujer, incluido él.

\*

La guarida localizada en ese viejo almacén estaba a oscuras. Las serpientes se deslizaban por el suelo a su placer, tal y como él las había dejado cuando se fue. Las alimañas permanecían dormidas en la parte de arriba, todavía temerosas de los mordiscos de esos animales que solamente Snake sabía que eran inofensivos, meros depredadores de ratas con los que les gustaba asustar a sus hombres.

Algunos de los que deberían estar vigilando el lugar dormitaban por los rincones, alejados de las serpientes. Los pasos de Snake resonaron firmes y fuertes en el viejo almacén. Mientras se encaminaba hacia su trono, golpeaba su bastón contra el frío suelo, consiguiendo que las serpientes le abrieran paso y que los hombres comenzaran a despertarse de su sueño. Un trono vacío, que no se habían atrevido a ocupar, lo esperaba, y cuando llegó hasta él, nadie le echó en cara que ese no fuera su lugar. Snake se sentó de nuevo en su sitio, reasumiendo su papel de temido gobernante que todos conocían en los suburbios.

Acariciando el emblema de la serpiente que portaba su bastón, observó con sus gélidos ojos cómo algunos de sus hombres temblaban al recordar lo despiadados que eran sus castigos, mientras otros lo miraron con envidia o con odio, tentando su suerte ese día.

Algunos de los más listos se apartaron rápidamente de su vista con la excusa de avisar a los demás. Muy pronto las alimañas llegaron de todos los rincones de la guarida y Snake se vio finalmente rodeado por las sucias serpientes de las que nunca podía librarse, por más lejos que se marchara.

Recordando lo que había dejado atrás, tuvo ganas de gritar y maldecir al destino, que no le permitía ser mejor persona. Un destino cruel que lo tentaba al mostrarle lo que podía tener si lo fuera, para luego arrebatárselo egoístamente en el último momento, recordándole que él siempre sería una de las sucias serpientes que habitaban ese lugar.

Snake no gritó ni maldijo.

Alguien como él no podía permitirse tener una debilidad, menos aún un sueño, así que simplemente miró a sus hombres con furia, y, dedicándoles una pérfida sonrisa que ellos conocían y temían de sobra, anunció:

—No podíais dejarme seguir apaciblemente muerto, teníais que seguir provocándome, ¿verdad? Me buscabais, ¿no? ¡Pues enhorabuena, ya me habéis encontrado! He regresado del infierno y no puedo decir que no me haya traído el infierno conmigo para castigar al que me moleste... Mi primer mandato después de recuperar mi trono es que el encargo del asesinato de los Sanders queda anulado. He comprobado que ese tipo no tiene suficiente dinero y resulta mucho más factible que ellos sigan viviendo.

—Pero ya hemos aceptado su dinero... —se quejó uno de los hombres, haciendo que Snake

se acercara silenciosamente para golpearlo en el estómago con su bastón, dejándolo sin aliento.

—La próxima ocasión no me olvidaré de quitarle la funda a mi espada antes de golpear. ¿Alguna protesta más...? —preguntó Snake amenazadoramente, volviendo a su trono, sabiendo que todos guardarían silencio—. Ahora, decidme: ¿cuándo vendrá ese tipo para reclamar su dinero o algún nuevo encargo?

—Dentro de tres semanas... —contestó una temblorosa voz desde el fondo de la estancia.

—¡Perfecto! Entonces lo estaré esperando. Y mientras tanto, me vais a decir quién tuvo la maravillosa idea de hacerme una visita en la elegante fiesta de lord Reginald, porque le voy a conceder el honor de bailar una pieza con una serpiente —anunció Snake, sentado en su trono mientras limpiaba de manera amenazadora su espada esperando una respuesta para saber de cuántas serpientes más tendría que librarse para mantener a salvo a Pan.

\*

—¿Snake se ha ido? ¿Cómo que Snake se ha ido? —preguntó confusa Pan a Bruno cuando este le comunicó la noticia de la partida de su marido. Y mientras cualquier otra familia se habría alegrado de perder de vista a un hombre como él, los Sanders no se alegraron en absoluto.

—¡Tenemos que ir a por él! —apuntó Edmund, paseándose nervioso de un lado a otro del estudio.

—¿Estás seguro de que se ha ido por su propia voluntad y de que no se lo llevó alguien? ¡Oh, Dios mío! ¿Y si lo han secuestrado? —declaró ella alarmada, siguiendo el mismo nervioso paseo que su hermano por la habitación.

—¡Tenemos que ir a salvarlo! —insistió Edmund. Y cuando ambos hermanos comenzaban a planear un rescate que, sin duda, le proporcionaría un gran dolor de cabeza a Bruno, este interrumpió los planes de esos ingenuos americanos, que creían que su hermano tenía que ser salvado por alguien, cuando normalmente eran todos los demás quienes debían ser salvados de él.

—Snake se ha ido por su propio pie. Acompañó a los Belarder en su regreso a su casa y me dijo que se quedaría en el camino.

—¿Y si han atracado el carruaje donde iban?

—¡O peor! ¿Y si lady Alice lo ha convencido de que te abandonara? ¡Ya te dije que fueras más femenina! —le recriminó Edmund a su hermana, señalándola acusadoramente con un dedo.

—Te puedo asegurar que, si Snake me ha dejado, no es por otra mujer —lo informó Pan, sonrojándose profundamente ante su hermano al recordar la última noche que había pasado junto a su serpiente.

—Entonces ¿por qué se ha marchado? —quiso saber Edmund.

—Eso mismo me pregunto yo —respondió Pan, haciendo que ambos volvieran sus interrogantes miradas hacia Bruno.

—Bueno... —comenzó a balbucear este ante tan exigentes miradas. Y, recordando las palabras de su hermano, echó la culpa de todo al villano—. Después de recuperar la memoria y de que todos descubrieran en la fiesta de lord Reginald quién es realmente, Snake no creyó necesario seguir fingiendo, así que, simplemente, se marchó de esta casa.

—¡Mecachis! ¿Por qué tuviste que ir a esa fiesta, Pan? Era muy probable que alguien lo reconociera... —la acusó Edmund, desvelando con sus descuidadas palabras que él estaba al tanto de la verdad que Snake le había escondido a su hermana.

—¡Espera! ¿Tú sabías que Snake había recuperado la memoria? ¿Y también sabías quién era? —preguntó Pan, molesta con todo lo que le había ocultado.

—No lo supe hasta que nos atacaron en aquel callejón. Creo que cuando caíste inconsciente y Snake no podía hacer nada para llegar hasta ti fue cuando recuperó la memoria.

—¡Claro! Un *shock* traumático en el presente puede atraer recuerdos de hechos similares ocurridos en el pasado... Sin duda Snake vivió algo muy parecido en su vida anterior que lo llevó a recordarlo todo en ese preciso momento —especuló Pan, golpeando victoriosa una de sus manos contra la otra después de conseguir averiguar cómo y cuándo había recuperado Snake la memoria, descartando por tanto la idea de que había estado jugando con ella desde el principio—. ¿Qué más ocurrió en ese callejón? —preguntó, cada vez más interesada en el relato de su hermano y de cómo había descubierto al Serpiente.

—Snake sacó un arma de su bastón y todos los maleantes que lo rodeaban temblaron ante él. Luego fue implacable con ellos y yo, escondido en un rincón, estuve seguro de que ese era el Serpiente del que había oído hablar.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Porque también era el Snake que conocimos.

—Sí, tienes razón. Que los recuerdos del pasado vuelvan no tienen por qué eliminar los del presente, por tanto Snake debe de estar más confuso que nunca. Tienes razón, Edmund: ¡tenemos que ir a salvarlo! —concluyó Pan, haciendo que Bruno abriera la boca de puro asombro al ver que esos dos hermanos tildaban a Snake de inocente, un inocente que, según ellos, necesitaba su ayuda.

—¿Dónde está? —preguntaron los insistentes americanos, ante lo que él cerró la boca.

—No creo que podamos sacarle nada —opinó Edmund, señalando su persistente silencio.

Y cuando Bruno respiraba aliviado pensando que los Sanders desistirían de la ridícula idea de salvar a su hermano, Pan declaró ante él:

—No hace falta, si no quiere decirnos dónde está Snake es porque sin ninguna duda se trata de un lugar demasiado peligroso para nosotros, y ese solamente puede ser la guarida del Serpiente —dijo enfilando decidida hacia la puerta, seguida de cerca por su hermano.

—Sí, Snake ha vuelto a su antiguo hogar. Un lugar lleno de peligros. Y ahora que sabéis que la serpiente ha vuelto a su nido, ¿por qué no os limitáis simplemente a dejarlo en paz? —declaró Bruno, intentando hacer desistir a esa familia de su locura.

Cuando los Sanders cesaron sus pasos, Bruno creyó haber metido algo de sensatez en sus alocadas cabecitas y que esa familia al fin abandonaría la ridícula idea de salvar a un hombre tan temible como su hermano. Pero, al contrario de lo que pensaba, esos americanos solamente se volvieron hacia él para aclararle:

—Porque Snake es nuestra serpiente.

Luego, dejándolo boquiabierto, siguieron su camino y él tuvo que correr para alcanzarlos a la vez que maldecía una y otra vez a su hermano, que nunca le había dicho lo difícil que podía ser proteger a esos dos.

\*

—¿Qué demonios haces aquí?! ¡Y con ellos! —gritó la airada serpiente desde su trono al ver cómo su hermano se presentaba ante él en compañía de los Sanders, exponiéndolos al peligro que quería evitarles.

—¿Por qué nunca me advertiste de lo difícil que es proteger a estos dos? ¿Sabes a cuántos maleantes he tenido que herir? Se distraen demasiado y son demasiado inocentes... Creo que es el encargo más difícil de mi vida. Y si piensas que puedes hacerles cambiar de opinión cuando se han empeñado en algo, estás totalmente equivocado, hermano.

—¡Llévatelos de aquí pero ya! —exigió el airado Serpiente mientras advertía con la mirada a las alimañas que había a su alrededor que no se atrevieran a tocar a su mujer.

—No —contestó Pan, desafiándolo como siempre hacía, a pesar de que el frío personaje que había en ese instante frente a ella distaba mucho de ser el inofensivo hombre que había conocido.

Demostrándole, como siempre, que era más valiente que muchos hombres, o tal vez más necia, Pan caminó de puntillas entre las serpientes que llenaban el suelo de esa estancia hasta llegar junto a su trono. Y, una vez delante de él, no huyó de sus fríos ojos ni de su despiadada sonrisa.

—No me iré hasta que haya curado tus heridas —concluyó depositando en el suelo su maletín de médico a la vez que, sin vergüenza alguna, lo apremiaba a quitarse la camisa.

—Creí que vendrías a reclamarme que volviera contigo o a gritarme por haberte abandonado —manifestó Snake, recordándole su ofensa mientras, para asombro de todos, obedecía a su mujer y se deshacía de su camisa.

—Si no quieres estar a mi lado no hay nada que pueda hacer para convencerte de lo contrario, así que, por el momento, solamente vengo a curarte —lo informó Pan, presionando sus heridas más de lo necesario, haciéndolo sisear de dolor en más de una ocasión—. Y también a recordarte que te estaré esperando en tu hogar —susurró solo para sus oídos mientras terminaba su cura.

Cuando sus cálidas manos se alejaban del cuerpo de Snake, este la retuvo por unos instantes a su lado.

—¿De verdad meterías en tu cama a una serpiente? —preguntó él con cinismo, burlándose delante de sus hombres, algo ante lo que Pan no se ofendió a pesar de las risas de los sinvergüenzas que la rodeaban.

Y, acercándose al oído del frío gobernante de ese oscuro mundo, le respondió:

—Solo a mi serpiente.

Snake se tensó ante sus palabras, dejándola libre, y Pan se alejó, viendo ante sí no los fríos ojos del temido gobernante de ese lugar, sino la anhelante mirada de un hombre que aún la deseaba.

—Vete y no vuelvas nunca, señorita Sanders, a no ser que necesites de mis sucios servicios. Y, aun así, te aconsejaría que antes de contratarme recuerdes el alto precio que siempre estoy dispuesto a cobrar —declaró el Serpiente, burlándose de ella y de su amor, unas burlas ante las que Pan simplemente sonrió, aunque por dentro se sentía furiosa al saber que esa era una más de las pieles que utilizaba esa serpiente para distraer a los demás de la verdad: que un hombre como él podía llegar a amar.

—Ya veremos quién vuelve arrastrándose ante quién —lo retó con atrevimiento, echando presumidamente su llameante melena a un lado.

—¿Tengo que recordarte cuál de los dos está siempre metido en problemas? —replicó burlón Snake, alzando con impertinencia una ceja—. Es como si tuvieras un imán para atraer a tu lado todos los peligros. Tal vez por eso te topaste conmigo.

—¡Eso es mentira! —protestó Pan efusivamente, golpeando el suelo con un pie. Y las palabras de Snake no tardaron en confirmarse cuando, después de que él se riera a carcajadas de su infantil comportamiento, las alimañas del lugar comenzaron a fijar su interés en la mujer a la que el Serpiente le permitía jugar con él.

—¡Fuera! —ordenó airado Snake después de cortar abruptamente su risa al percatarse de que sus hombres comenzaban a acercarse a su visita más de lo aconsejable.

Cuando una de esas despreciables alimañas se interpuso en el camino de Pan, él supo que lo estaban provocando para que exhibiera una debilidad, para que se levantara de su trono y demostrara abiertamente lo que sentía por esa mujer. Si él se levantaba para protegerla, nunca la dejarían en paz. Así que, desde su sitio, Snake permaneció impasible, apretando con fuerza su bastón, rogando porque el implacable asesino que cuidaba de ellos actuara en el momento adecuado.

Bruno se tensó, preparando sus cuchillos, y el Serpiente, aunque no debía, hizo lo mismo con su veneno. Pero para la sorpresa de todos, Pan se defendió muy bien ella sola.

—Señor mío, apártese de mi camino —dijo sin dejarse intimidar por ningún maleante.

—¿Y por qué debería hacer tal cosa?

—Porque, al igual que mis estudios de medicina me permiten saber cómo curar a una persona, también me llevan a conocer cómo herirla de manera permanente..., así que usted

decide —advirtió ella, mostrando un afilado y amenazante escalpelo en una de sus manos, ante el que ese canalla finalmente se apartó, no sin antes dirigirle una maliciosa sonrisa.

Cuando el sujeto se alejó, el Serpiente vio desde su trono cómo las firmes manos de Pan temblaban. Y, antes de que nadie más se percatara de ello, Bruno se acercó a ella para apartarla del peligro entre sus fuertes brazos, algo que Snake ya no podía hacer.

—Me voy —declaró como si esa fuera la última oportunidad que le daba a Snake para acompañarla.

Él tuvo que contener sus ganas de correr detrás de ella como había hecho desde que la conoció, de apartar a su hermano Bruno de la joven que amaba y de gritar ante todos cuánto la deseaba. Pan era una mujer a la que solo él quería abrazar, pero amarla era demasiado peligroso para alguien tan inocente como ella, así que, impertérrito desde su trono, la dejó marchar. Para protegerla.

—Adiós —dijo concediéndole una fría despedida mientras apretaba con fuerza su bastón, recordándose quién era, porque cada vez que veía a Pan solamente podía recordar quién quería ser a su lado.

Ella se alejó de él con lágrimas en los ojos. Edmund, con una mirada reprobadora que lo decía todo por él. Su hermano Bruno le dirigió un gesto de comprensión, conociendo cómo era su mundo, mientras Snake los veía marcharse desde su solitario trono, guardando dentro de sí las lágrimas que allí nunca podría mostrar una serpiente tan despiadada como él.



## Capítulo 21

Esa mañana, Edmund había acompañado a Pan a la pequeña iglesia de Campani, que adoraba visitar debido a su extensa biblioteca. Mientras su hermana paseaba revisando los numerosos tomos que poblaban los estantes, Edmund se vio obligado a responder a un tema del que ella había evitado hablar a toda costa. Hasta ese momento.

—No me puedo creer que nos haya abandonado y que me haya dejado tan solo una semana después de casarnos...

—Yo sospechaba que eso podría ocurrir en cuanto te casaras porque, la verdad, hermanita, es que no eres muy dulce que digamos y... —repuso Edmund, hasta que ella comenzó a tirarle de una oreja para que se quejara por otras razones—. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Vale, tú ganas, bruta: eres una dulce y delicada dama y no entiendo cómo cualquier hombre podría abandonarte! —añadió con sarcasmo, alejándose de su hermana para masajearse la dolorida oreja.

—¿Verdad? ¡Yo tampoco lo comprendo! ¡Con lo bien que he tratado siempre a ese maldito hombre, y va y me deja a la primera oportunidad!

—Pan, lo has atado, desnudado, noqueado con un libro, puesto un ojo morado con otra de tus lecturas, y lo has obligado a acompañarte de compras e, incluso, peor aún: le hiciste asistir a uno de esos aburridos bailes... Lo que no me explico es cómo no huyó antes de ti —apuntó Edmund, manteniendo una distancia prudencial para que su oreja no volviera a correr peligro.

Pan fulminó a su hermano con la mirada para después continuar rebuscando en la extensa biblioteca alguna lectura que la apaciguara, algo que nunca ocurriría, ya que lo único que podía calmarla en esos instantes era la presencia del hombre que la había abandonado.

—Sabes que si Snake no está a nuestro lado es porque tiene una buena razón para ello, ¿verdad? —comentó Edmund, recordándole lo astuta que era la serpiente que ellos conocían.

—No, no lo sé. No lo sé porque el hombre que vi en ese almacén encaramado en su trono era muy distinto del que yo conocí. Ni siquiera se inmutó cuando uno de sus secuaces me amenazó —dijo Pan mientras rememoraba con la mirada perdida ese momento en el que su serpiente no la protegió.

—Aunque tú no creas en él, yo sí sigo creyendo en Snake. Estoy convencido de que tiene un plan —opinó Edmund. Y, enfadado con su hermana por negarse a creer en Snake, se marchó de la biblioteca dando un gran portazo.

Como hacía cada vez que acudía a ese lugar, se quitó su engorrosa chaqueta y su chaleco, y, tras dejarlos a buen recaudo en uno de los bancos de piedra del jardín, se revolvió los cabellos y

manchó su rostro para poder participar en los juegos de los niños abandonados, dejando atrás su papel de lord para ser, simplemente, un chiquillo más que quería jugar con los demás.

Los niños no tardaron en saludarlo como siempre hacían. Y, creyendo que él era el hijo de algún pobre comerciante que visitaba el lugar en vez de uno de sus benefactores, corrían junto a él, riendo y jugando al escondite.

Mientras Edmund permanecía encaramado en la rama de un árbol, ocultándose de Raúl, uno de los chicos al que le tocaba pillar a los demás en esa ocasión, sus ojos captaron una escena que no debería desarrollarse en ese lugar en el que, según los mayores, todos los pequeños eran protegidos. Pero, como le había dicho en una ocasión Snake, si algo parecía demasiado bueno es que no era real.

Lord Bastian Reginald, un hombre de impecables modales, no los mostraba en absoluto cuando arrastraba junto a él a una revoltosa niña que se negaba a ir a su nuevo hogar.

—¡No quiero! ¡Yo quiero irme con mi príncipe, no con usted! —se quejaba una sucia chiquilla de bonitos ojos azules y revoltosos rizos rubios, de unos siete años.

—¡Vamos, vamos, María! El lugar a donde vas es una hermosa mansión donde todos te recibirán con gran alegría y complacerán tus caprichos, y donde muchos te amarán —comenzó a animarla la monja, apremiándola a ir con el noble.

—Entonces ¿por qué no se va usted? —contestó con impertinencia la niña, haciéndoles frente a sus mayores, clavando los talones en el suelo y negándose a marcharse de ese lugar.

—Es inútil, lord Reginald: con ella no funcionan los halagos o las promesas bienintencionadas —suspiró la monja frustrada.

—Está bien, no pasa nada. No te obligaré a venir conmigo si no quieres —anunció lord Reginald, soltando a la niña al tiempo que alzaba las manos mostrándole que él no era alguien peligroso. Pero, advertido por el Serpiente, Edmund no creyó a ese cuervo que se escondía tan bien debajo de su elegante plumaje.

La pequeña le dio la espalda, decidida a volver a sus juegos, y antes de que Edmund pudiera advertirle que tuviera cuidado, lord Reginald sacó un pañuelo de su chaqueta con el que tapó la nariz y la boca de la cría, haciendo que sus forcejeos cesaran con la ayuda de algún narcótico.

—Por esta me darán un buen precio en la subasta, ya que es muy bonita —comentó el lord, acariciando el rostro de la niña inconsciente que tenía entre sus brazos.

Decidido a salvar a esa pequeña de las malas intenciones que percibió en los brillantes ojos de ese sujeto, Edmund saltó encima de él para, una vez subido sobre su espalda, jugar tan sucio como Snake le había enseñado.

Golpeó a lord Reginald con los puños en la cabeza, le propinó algún que otro fuerte mordisco en las manos que se acercaban a él y también varios potentes tirones de pelo con los que hizo aullar a ese hombre. Pero un niño no es rival para un adulto hecho y derecho, por lo que el lord no tardó en hacerse con el control de la situación y logró arrojarlo a un lado, golpeándolo bruscamente contra un árbol cercano, aturdiéndolo lo suficiente como para atraparlo.

—¿Quién es? Su rostro me resulta familiar —preguntó lord Reginald a la monja que era su compinche en esas tropelías.

—No lo conozco. Seguramente se trata de un nuevo mocoso abandonado de los que habitualmente acuden a esta iglesia en busca de protección. Como si la iglesia pudiera dar de comer a todos... —respondió la monja, sin reconocer su rostro por la suciedad que lo manchaba.

—Sea quien sea, ha oído demasiado, así que me lo llevo también —anunció el cuervo que se hacía pasar por noble a su compinche. Luego le dirigió una fría mirada al niño que aún intentaba luchar contra él, a pesar de no tener ninguna oportunidad de ganar esa contienda—. No eres más que un simple huérfano que no tiene a nadie que pueda venir a reclamarte, así que deja de resistirte —declaró lord Reginald enfurecido, apretando su agarre un poco más.

Pero si creía que esas palabras amedrentarían a Edmund, no podía andar más errado, porque el niño alzó su rostro hacia él para sonreírle tan maliciosamente como había visto hacer a Snake con sus enemigos antes de anunciarle:

—Se equivoca: yo sí tengo a alguien que vendrá a por mí.

Sus palabras parecieron molestar al lord, ya que, sacando de nuevo el pañuelo impregnado de narcótico de entre sus ropas, decidió silenciarlo.

—Eso será si te encuentra... —susurró el malvado cuervo, riéndose de ese niño y de sus intentos de alejarse del pañuelo que lo haría caer irremediabilmente entre sus manos.

Finalmente, lord Reginald logró tapar el rostro de Edmund con su pañuelo, acabando de lleno con sus fuerzas para luchar contra su enemigo.

Pero, aun sabiendo que había caído en el poder de un malvado cuervo, Edmund no le permitió la satisfacción de la victoria a su adversario al anunciarle con una sonrisa antes de sumirse en la inconsciencia:

—¡Oh! Mi serpiente me encontrará y entonces, como me prometió, acabará con todos mis enemigos.

\*

—¿Cómo que no saben dónde está mi hermano?! ¡Esta es su chaqueta y este, su chaleco! ¡Edmund se encontraba en este jardín hasta hace poco! ¡¿Dónde demonios está ahora?! —increpó Pan a las religiosas que atendían ese lugar, entre furiosa y aterrada por la desaparición de su hermano.

—Lo siento, pero no sabemos dónde está. Yo no lo he visto aquí, solamente a los huérfanos de los que cuidamos y... —respondió titubeante la hermana Gabriela, esquivando su mirada.

—A mi hermano le gusta jugar con los niños de este lugar. Por eso, cada vez que venimos aquí se quita sus ropas, para poder mezclarse con ellos. Aquí están su chaqueta y su chaleco, pero él no. ¿Dónde podría estar? —insistió Pan, viendo cómo esa mujer jugaba nerviosamente

con sus manos sin contestar a ninguna de sus preguntas mientras las otras dos monjas preguntaban a los niños o buscaban preocupadas por el recinto.

—Señorita Sanders, debería calmarse: he hablado con los niños y hasta hace poco estaba jugando con ellos. Tal vez haya tenido alguna disputa con alguno de los chiquillos y haya vuelto a casa ofendido. Seguro que si regresa a su hogar, lo encontrara allí... —intentó tranquilizarla la hermana Sarah, pero después de que Pan hubiera aprendido a reconocer a las serpientes, eso no ocurrió.

—Mi hermano no es de los que se ofenden —repuso Pan, interponiéndose en el camino de la hermana Gabriela cuando esta intentó alejarse de ella para preguntar una vez más a esa sospechosa mujer—: ¿Dónde está mi hermano?

—¿Qué insinúa?! ¡Yo cuido con esmero y dedicación a todos los niños de este lugar! ¡Si su hermano se ha perdido no es mi responsabilidad, sino la suya!

—Yo solo la he visto cuidar con esmero los libros, a los niños apenas les dedica una mirada.

—Todas nos dedicamos a cuidar esta institución. A la hermana Sarah y a mí se nos da mejor tratar con los niños, mientras que la hermana Gabriela se encarga de la biblioteca para enseñarles a esos pequeños todo lo que puedan necesitar —declaró inocentemente la hermana Ana, sin dejar de vigilar continuamente a los chiquillos que jugaban en el patio.

—¿Sabe usted lo difíciles de encontrar y lo caros de obtener que son algunos de los tomos que tienen en su biblioteca? —inquirió Pan, sembrando la semilla de la duda en esas mujeres, cuyos escasos recursos siempre dedicaban a los niños.

—¡Eso es imposible! Algunos escritos proceden de eruditos o de peregrinos que nos dejan sus obras aquí como pago por su alojamiento, mientras que los demás son donaciones, ya que no podemos permitirnos caprichos banales —explicó la hermana Sarah, desconocedora de la riqueza que tenía.

—¿En serio piensa eso? Debería usted saber que con un par de esos libros podrían ser capaces de comprar el terreno de esta iglesia —aseguró Pan—, y eso me lleva a preguntarme que, si sus recursos son tan escasos como usted asegura, ¿cómo ha podido conseguir la hermana Gabriela esta valiosa colección?

—¿Qué has hecho? —preguntó la hermana Sarah, volviéndose hacia la hermana Gabriela cuando esta esquivó su mirada.

—¡Dios mío! ¡Dime que no has roto la confianza que alguno de esos niños depositaron en nosotras! —gritó angustiada la hermana Ana, con lágrimas en los ojos, mientras una horrible sospecha se abría paso en la mente de todos los presentes.

—Ana, mira a ver si falta alguno de nuestros niños además de lord Edmund —ordenó la hermana Sarah, haciendo que esta última echara a correr contando los niños que siempre tenían un lugar en su corazón.

—¡Falta María! ¡Dime! ¡¿Dónde está?! ¡¿Qué has hecho con ella?! —gritó la hermana Ana, perdiendo la compostura y tratando de castigar a esa mujer como solo debía hacer Dios o, tal

vez, el diablo, concluyó la religiosa cuando contempló como un airado hombre con ojos de asesino se adentraba en el lugar.

—¿Qué ocurre para que tardéis tanto? —inquirió Bruno abruptamente a Pan, harto de esperar en el carruaje a que ella y Edmund volvieran.

—Mi hermano ha desaparecido...

—¡Mierda! Esto lo va a poner de muy mal humor —declaró Bruno, negando con la cabeza.

—Y ella sabe algo... —añadió Pan, señalando a la mujer que, una vez más, intentaba huir de ella con excusas, unas que nunca valdrían con un asesino.

—Dime todo lo que sepas —reclamó Bruno, acercándose a la hermana Gabriela con uno de sus amenazantes cuchillos en la mano.

—Yo... ¡yo no sé nada! —declaró la aterrada mujer, intentando buscar ayuda en sus hermanas, pero ellas desviaron la mirada, consciente del daño que habían hecho sus actos.

—Miente —declaró Pan, señalando que escondía algo. Luego ordenó con frialdad a Bruno —: Haz que confiese lo que sabe.

—Vamos a ver, preciosa, yo soy un asesino. Si quieres a una monja muerta, soy tu hombre —dijo él, haciendo proferir un gritito asustado a cada una de las hermanas—. Pero si lo que quieres es que esta mujer confiese sus pecados temblando de miedo mientras se arrepiente de todos y cada uno de ellos, ya sabes a quién debes buscar.

—Muy bien, de acuerdo. Nos vamos... y ella viene con nosotros —anunció Pan señalando a la asustada monja.

Bruno, obediente, se cargó sobre uno de sus hombros a la aterrada religiosa, que no dejaba de forcejear resistiéndose a su destino.

—¡Ya era hora! —exclamó él mientras se dirigía hacia el carruaje.

—¿Qué piensan hacer con ella? —preguntó temerosamente la hermana Sarah, reteniendo el brazo de Pan.

—No se preocupe: no voy a hacerle daño a la hermana Gabriela. Simplemente voy a llevarla a que conozca al mismísimo diablo. Y después de que confirme que este existe y le confiese todos sus pecados, sin duda volverá a creer en Dios. Ahora, que Él vuelva a creer en ella...

—Dios lo perdona todo —dijo la hermana Sarah, resistiéndose a dejarla marchar.

—Cierto, pero nosotros, que solo somos humanos, en ocasiones no podemos, ¿verdad? —replicó Pan, con lo que logró que las dubitativas manos de esa mujer al fin la soltaran.

—¡Por favor! Tráiganme a mis niños, a los que pueda salvar y los que ya no tengan salvación, porque nosotras los seguiremos queriendo.

—Recuperaré a mi hermano y traeré a María de vuelta sana y salva. A los demás simplemente les señalaré el camino para que ellos decidan, porque he aprendido que hasta los más villanos pueden salvarse.

Tras salir de la pequeña iglesia, Pan sonrió al ver el delicado trato que Bruno le había dado a la monja, que yacía maniatada y amordazada en el interior del carruaje como si de un lastre se

tratara. Cuando Pan subió, se colocó frente a ella. Y, sonriendo tan maliciosamente como recordaba que hacía una perversa serpiente, anunció en voz alta, intentando infundirle el mismo temor:

—Ahora nos dirigiremos a visitar a una serpiente. Lo venenosa que sea dependerá de lo que sea usted sea capaz de contar. Y le advierto algo, hermana: él sabe reconocer muy bien las mentiras, ya que es el hombre más taimado que conozco.

\*

El Serpiente se aburría en su trono. Sus trapicheos no eran tan emocionantes como le habían parecido anteriormente, y ya no tenía la misma paciencia de antaño con las alimañas que lo rodeaban. La avaricia de sus hombres por su trono era cada vez más notoria, y los intentos de asesinato lo molestaban mucho más que antes.

—Yo que tú no lo intentaría —dijo Snake al avaricioso chiquillo que se acercaba silenciosamente a él con un cuchillo en la mano cuando simulaba estar dormido en su trono—. No sé si me estás midiendo para apuñalarme por la espalda, pero te diré que ni el veneno con el que has impregnado ese cuchillo ni él mismo te funcionarán conmigo. Solo conseguirás ponerte de muy mal humor.

El muchacho de avariciosos ojos bajó su arma, demostrando ser más listo que otros. Pese a ello, su ambición no desapareció de su mirada.

—¿Quieres mi lugar? ¿Sabes cómo me lo gané y pretendes quedarte con él de la misma manera? Yo no soy como el Cuervo, nunca me dejaría asesinar con tanta facilidad. Para hacerte con mi sitio tendrías que demostrar que eres más listo que yo y más despiadado, porque mi trono, igual que yo, está manchado de sangre. Y así seguirá, ya que los hombres que me rodean no son fieles a nadie y solamente se dejan guiar por el miedo. ¿De verdad quieres esta vida? —preguntó Snake al chico que mostraba cualidades para ocupar su lugar.

—Sí, porque, si no eres nadie, cada día te maltratan, te venden, te abandonan... En cambio, si todos te temen, nadie se atreverá a meterse contigo.

—No, solamente intentarán asesinarte por la espalda —replicó con sarcasmo el Serpiente—. Aún estás a tiempo de arrepentirte, de buscarte otra vida.

—No, quiero que todos los que me han hecho daño me teman.

—Hum..., venganza..., un buen motivo para cederte mi trono, pero, para tu desgracia, todavía no ha llegado mi hora —declaró Snake, enseñándole por unos instantes la espada que ocultaba en su bastón, mostrándole la rápida muerte que habría tenido si hubiese desoído su advertencia.

La interesante conversación que estaba manteniendo con ese astuto chiquillo fue interrumpida por un escándalo que sus hombres estaban montando ante una nueva visita que se presentaba ante él.

Tal vez se tratase de un noble que quería deshacerse de alguien para cobrar una herencia, o quizá de una mujer despechada que quería que acabaran con su marido infiel, o de la amante de alguien que deseaba deshacerse de la mujer legítima, o de algún heredero que quería reducir la competencia de sus hermanos o... «de una esposa cabreada», concluyó el Serpiente en cuanto Pan entró furiosa en sus dominios sin dejar que ninguno de sus secuaces la perturbara o detuviera sus firmes pasos hacia él.

—Vamos a ver..., ¿qué parte de que no quería volver a verte no entendiste? Y tú, ¿por qué la acompañas? —inquirió Snake acusadoramente a su hermano, uno cuya única respuesta fue alzar los hombros con despreocupación después de dejar en el suelo el lastre que cargaba sobre sus espaldas—. ¿Y se puede saber por qué demonios me traéis a una monja atada y amordazada? ¿Acaso queréis que le confiese mis pecados o algo? Os recuerdo que eso solo lo puede hacer un sacerdote... —continuó sarcásticamente en dirección a Pan, mientras se acariciaba las sienes ante el incipiente dolor de cabeza que estaba por sobrevenirle por culpa de las locas acciones de su mujer.

—Necesito tu ayuda —pidió ella descaradamente, mostrando ante todos que finalmente era ella la que había vuelto a él, como Snake había predicho.

—Ya sabes el alto precio que pido —respondió el Serpiente, regocijándose en su victoria—. Sin duda, aún lo recuerdas y... ¡Pero ¿qué haces?! —gritó alterado mientras se encaminaba furiosamente hacia su esposa, quien, sin inmutarse por las viciosas miradas de sus hombres, comenzaba a desnudarse ante él.

—Mi hermano ha desaparecido —anunció Pan, pidiendo una vez más su ayuda con esos inocentes ojos que Snake nunca podría rechazar.

—¿Y la monja? —preguntó él al tiempo que volvía a anudar las cintas de su vestido, recomponiendo las ropas de su mujer.

—Sabe algo y no quiere decírnoslo —respondió Pan, señalando a la temblorosa mujer de Dios que permanecía encogida en un rincón.

—¡Oh, no te preocupes! Hablará... —declaró el Serpiente. Y, dirigiéndose hacia la religiosa, se puso a su altura y le preguntó mientras retiraba la mordaza de su boca a la espera de su respuesta—: ¿Verdad, hermana?

—¡No! ¡Solo diré que soy inocente y que usted es el mismísimo diablo! —exclamó la asustada monja, empeñada en guardar silencio.

Para sorpresa de Pan, en un segundo, el despiadado hombre que tenía ante sí pasó de preguntar amablemente a cargar a esa mujer hasta dejarla bruscamente en medio del nido de víboras que siempre rodeaba su trono. Y, ocupando su lugar, sonrió con malicia haciéndola temblar más que las serpientes.

—Si está aquí es más que evidente que no es inocente. En cuanto al apelativo de diablo, yo puedo ser mucho peor que él. ¡Bienvenida a mi infierno, hermana! Dígame: ¿cuánto tiempo piensa quedarse en él?

—Yo... yo no he hecho nada malo, necesitaba dinero para mis libros y... —comenzó a excusarse la monja, como hacían todos los criminales ante Snake. Pero este no tenía paciencia para las mentiras, ni para las que le contaban a él ni para las que se decían a sí mismos para autoconvencerse de que no habían sido malvados.

—Vamos a ver si puedo deducir lo que ha hecho —apuntó. Y, entrecruzando los dedos de sus manos, apoyó la barbilla sobre ellos sin apartar su fría mirada de esa mujer, haciéndola temblar con cada una de sus palabras que sacaba a la luz todos sus pecados—. Como necesitaba dinero para comprar sus preciados libros y la iglesia no se lo daba, ha vendido lo que tenía más a mano, que no era otra cosa que los niños a los que debía cuidar, ¿no es cierto, hermana?

—¡No! ¡Yo les he proporcionado un buen hogar y...!

—Nadie que pague por un huérfano va a darle un buen hogar, más bien van a utilizarlos para sus fines malvados, y el dinero es el pago por su silencio.

—¡No! ¡El hombre con el que trato es todo un caballero, un lord...! ¡No como usted! —manifestó la monja entre gritos, intentando apartarse de las serpientes que comenzaban a deslizarse tranquilamente sobre sus piernas.

—¿Sabe una cosa, hermana? Resulta que la mayoría de mis clientes son nobles señores y damas, así que, créame, sé muy bien cómo son en realidad: tanto o más despreciables que yo —replicó Snake, acercándose intimidantemente a esa mujer para que observara de cerca lo peligroso que podía ser—. Así que se los vendía a lord Bastian Reginald, ¿verdad? No, más bien se quedaba con un porcentaje de su venta, ¿correcto? —interrogó Snake, provocando que la monja lo mirara asustada por su deducción—. ¡Vamos, señora! Hay que ser muy tonto para no deducir a quién le vendía usted esos niños, y yo me precio de ser bastante inteligente, aparte de estar bien informado de casi todo lo que se cuece en los suburbios de esta ciudad. Mi pregunta es: ¿cuándo y dónde se celebrará la subasta por los niños raptados hoy?

—No..., ¡no lo sé! Yo solo recibía el dinero y...

—¿A quién se llevaron además de a Edmund?, ¿a un niño a una niña? Responda y tal vez salga viva de aquí.

—¡A una niña! Se llama María, de siete años, ojos azules y cabellos rubios y rizados.

—Ah, sí... Conozco a esa pequeña revoltosa y sé que no se habría ido de buena gana con un extraño. Y, conociendo a Edmund, supongo que habrá acabado también secuestrado por comportarse como un héroe y tratar de salvarla. Y ahora, la pregunta más importante, señora mía: ¿las demás hermanas estaban al tanto de sus trapicheos? —preguntó el Serpiente, acercándose peligrosamente a ella mientras alzaba su esquivo rostro con su bastón.

—No —confesó la mujer, desviando el rostro.

Tras su respuesta, Snake desenvainó su espada oculta, la alzó y descargó un potente mandoble sobre la aterrorizada monja, cortando sus ataduras.

—Puede irse, es libre —declaró luego volviendo a su trono.

—Usted me comprende, ¿verdad? Por eso me deja libre —dijo la mujer, poniéndose en pie a



la vez que intentaba excusar sus pecados.

—Sí, la comprendo —confirmó él, haciendo suspirar aliviada a esa mujer que buscaba el perdón de cualquier persona—. Comprendo hasta dónde puede llegar la avaricia de las personas —continuó irónicamente para luego, tras recostarse en su trono y abrir los brazos señalándole el lugar en el que se encontraban, añadir—: Pero, señora, vistiendo esos hábitos, tal vez debería buscar la comprensión entre los suyos y no en..., ¿cómo me llamó antes?, ¿el diablo? —terminó Snake, haciendo que las risas de sus granujas se alzaran y que esa mujer finalmente saliera corriendo de allí, espantada tanto por los granujas que la rodeaban como por el pecado que ella había cometido.

—¿De verdad la dejarás escapar? —preguntó Pan, señalando la acelerada carrera de esa mujer.

—No sabe nada más que pueda servirnos. Eso me recuerda algo: ¡muchachos, buscad toda la información que podáis hallar acerca de una subasta de niños! El que me traiga alguna pista fiable no será envenenado esta noche —anunció Snake, haciendo que sus secuaces se pusieran blancos al recordar lo venenosa que era la serpiente que los gobernaba y de la que, por unos instantes, habían olvidado lo peligrosa que podía llegar a ser—. Era broma: el que me traiga la información más jugosa recibirá una recompensa —añadió, logrando que sus despiadados hombres abandonaran el lugar con celeridad.

—¡Snake, esa monja debería pagar por lo que ha hecho! ¡Deberíamos entregarla a la justicia! —exclamó Pan mientras sus ojos seguían buscando a la mujer que había huido al tiempo que sus puños se apretaban con ira.

—Si quisieras eso para ella, no habrías venido a mí, Pan. Tranquilízate: no llegará muy lejos sin toparse con algunos de los niños a los que vendió. Seguramente, después de sobrevivir en este lugar, ya no serán unos chiquillos inocentes y ella recibirá únicamente lo que sembró —declaró Snake acercándose a ella. Y, viéndose libre de las miradas curiosas de sus hombres, acogió los puños de su esposa entre sus manos para calmar la ira que un corazón tan bueno como el suyo nunca debería mostrar.

—¿Que les habrá pasado a esos niños? —preguntó Pan mientras silenciosas lágrimas se derramaban por su rostro.

—Nada bueno —confirmó Snake, sin querer mentirle.

—¿Qué le sucederá a Edmund? —inquirió a continuación asustada.

—Nada, ya que yo estaré allí para protegerlo. Y ya has visto cómo se las gasta el Serpiente.

—Sí, lo he visto. Y ahora quiero que dejes atrás ese disfraz por unos minutos y vuelvas a ser simplemente mi Snake —pidió Pan. Y, ante el asombro de tan temible sujeto, ella lo atrajo hacia sí para darle un ardiente beso que, sin importar si fuera bueno o malo, le hizo olvidarse de todo lo que no fuese la mujer a la que amaba.

Su ardiente beso no tardó en ser interrumpido por los molestos carraspeos de uno de sus secuaces, que, acercándose sumisamente a Snake, le relató al oído toda la información que había

encontrado sobre esa subasta.

—Bueno, querida mía, tendrás que vestirme para otro baile de máscaras, esta vez en mi mundo. ¿Crees que estarás preparada para ello? —preguntó burlescamente él, tendiéndole la mano.

—Si tú eres mi acompañante, sin duda lo estaré —respondió Pan, aceptando su oferta.

—Yo voy también, ya que aún tengo la misión de protegerla —dijo Bruno apoyado contra una pared, entre las sombras, mientras jugaba con sus cuchillos.

—Y yo también iré —dijo una joven voz, sorprendiendo a Snake. Y cuando sus ojos se cruzaron con los de Babel, él no tardó en comprender quién era el destinatario de la venganza de ese muchacho.

—De acuerdo, pero que quede claro que te permito venir porque me conviene. Y otra cosa más: te advierto que aún no he decidido cuál será tu castigo por intentar ocupar mi lugar —proclamó él, concediéndole al muchacho la oportunidad de venganza que necesitaba para acabar con la ira que llevaba dentro hacia todos los que lo habían convertido en lo que ahora era, una más de las sucias serpientes que tan solo querían ocupar su lugar.

## Capítulo 22

—Debo asistir a un baile de máscaras y aún no sé cuál ponerme... ¿Usted qué opina: la negra o la verde? —preguntó un oscuro personaje, sorprendiendo al sargento de policía Finn Callaway, mientras le lanzaba dos máscaras a la cama.

—¿Quién es usted? —preguntó el sargento, tanteando su arma debajo de su almohada, sospechando que alguien que había entrado en su hogar sin ser invitado y se escondía entre las sombras no guardaba buenas intenciones hacia él.

—Soy el hombre que le ha dejado últimamente más de un regalito en los callejones, obsequios que le han permitido apuntarse algún que otro mérito ante sus superiores.

—¿Y qué quiere de mí? ¿Por qué está aquí? —preguntó el sargento nervioso, y cuando ese hombre salió de las sombras y le mostró un rostro con una astuta sonrisa y un bastón con el emblema de una víbora, Callaway supo que se encontraba ante el mismísimo Serpiente.

—Quiero que se apunte unos cuantos tantos más, para lo que he decidido invitarlo a acompañarme a un baile en el que tendrá lugar una singular subasta, un lugar en el que encontrará a muchos malos que podrá atrapar, acabando de un solo golpe con un turbio negocio gracias al cual salvará a muchos inocentes. A cambio, tan solo tendrá que hacerme un pequeño e insignificante favor.

—¿Qué clase de favor?

—Eso se lo comunicaré cuando esté dispuesto a tratar con una serpiente. Pero he de advertirle que no tiene mucho tiempo para decidirse, porque el baile empieza dentro de dos horas y yo debo escoltar a una mujer impaciente. Así que, dígame, ¿está dispuesto a jugar con una serpiente...?

\*

A las puertas de un conocido burdel se reunía con impaciencia una multitud, aguardando el inicio de una perversa subasta con la que las hienas que querían participar en ella buscaban hacerse con algo que ellos nunca volverían a tener: la inocencia. La madame propietaria del establecimiento tanteaba a los invitados a medida que llegaban, importándole muy poco qué tipo de personas entraban en su casa, pues sus avariciosos ojos solo mostraban interés por el precio que estaban dispuestos a pagar.

—¿Qué hacemos si lord Reginald me reconoce? —preguntó Pan, debidamente disfrazada

como una dama de la noche, sin miedo de los truhanes que la rodeaban porque ella estaba junto al más malicioso de todos.

—Querida mía, llevas una máscara, y con el disfraz que te hemos encontrado nadie se fijará en tu rostro —respondió Snake, dirigiendo una intensa mirada al escote del llamativo vestido verde que le había comprado a una vieja y olvidada meretriz que ya no ejercía su profesión.

—¿Y si descubre quién eres tú? Porque la verdad es que no has hecho mucho esfuerzo por ocultar tu identidad —lo increpó Pan molesta, señalando la horrenda máscara de serpiente que Snake había decidido ponerse.

—Pero, querida, es que yo quiero que me descubra. Un hombre que ha estado realizando trapicheos en mi territorio sin darme una parte de sus ganancias debe temerme, y más ahora que he vuelto a ocupar mi trono.

—¿Y si no nos dejan entrar?

—Cielo, a mí nadie me prohíbe la entrada en ningún lugar dentro de mi territorio —declaró Snake mientras, ante el asombro de Pan, la multitud se abría a cada paso suyo y el vigilante de la puerta, tras una mirada a su bastón, lo dejaba pasar sin pronunciar una sola palabra.

—Por cierto, a partir de ahora no hables, tan solo ríe como una idiota de vez en cuando o pídemme algún tonto capricho. Y si no sabes interpretar el papel que te doy, límitate a guardar silencio, porque cada vez que abres la boca tu inteligencia te delata y eso puede meternos en problemas.

—No sé si me estás alabando o insultando —respondió Pan molesta. Y cuando algunos ojos curiosos comenzaron a fijarse en ella, hizo lo que le había dicho Snake y se rio tontamente.

—¡Perfecto! Tú sigue así —manifestó él al tiempo que acariciaba su cabeza con una mano, como si se tratara de un tierno animalito al que estuviera amaestrando, una mano que tuvo que retirar con rapidez antes de que Pan se la mordiera.

—Creo que lord Reginald viene hacia nosotros —susurró ella, tensándose entre los brazos de Snake cuando vio acercarse a un hombre con la máscara de un cuervo—. ¿Y si me pongo nerviosa? ¿Y si cometo errores? ¿Y si mis actos me delatan y lo arruino todo? —comenzó a titubear.

En ese momento, el sinvergüenza que tenía a su lado la volvió hacia él para que Pan solamente pudiera verlo a él, y todos sus miedos y sus dudas se esfumaron en cuanto Snake comenzó a devorar su boca con la hambrienta pasión que siempre delataba su deseo hacia ella y la llevaba a contestar de la misma ardiente manera.

Cuando el beso terminó, Pan se encontraba demasiado aturdida como para sentir otra cosa que no fuera un fogoso deseo por su marido, un deseo que persistía a pesar de saber que únicamente había sido un truco para distraerla de sus miedos.

Unos instantes después, lord Bastian Reginald llegó junto a ellos, los miró de arriba abajo, y, señalando burlonamente su máscara, le dijo a su invitado:

—Me encanta que nos encontremos, esta vez sin disfraz alguno.

—¿Acaso no lo exige la etiqueta para este tipo de reuniones? —replicó burlón el Serpiente—. Por cierto, no me agrada que haya estado haciendo negocios en mi territorio sin pagar un precio adecuado por ello.

—Mis disculpas, pero creí que el Serpiente se había vuelto honrado y, por tanto, ya no tendría que pagar por su... protección...

—Perdí el rumbo durante un tiempo, al igual que mi memoria, pero mis hombres me han hecho recordar quién soy y dónde debo estar, y aquí me tiene —anunció él, abriendo los brazos y proclamando ante todos su regreso a su lugar.

—Por lo que veo, aún muestra predilección por las pelirrojas. Dígame, ¿dónde ha dejado a su esposa? —preguntó lord Reginald, mostrando demasiado interés en su respuesta, algo que al Serpiente no le gustó en absoluto.

—¡Oh! Esa damita intentó abandonarme. Por ahora le he concedido algo de espacio para que se acostumbre a estar casada con una serpiente, pero nuestro matrimonio no ha terminado: ella es la clave para mezclarme con la alta sociedad, una llave para subir algún que otro escalón, una oportunidad que no pienso desaprovechar —declaró Snake, convenciendo a todo el que lo escuchara y haciendo dudar a la mujer que tenía a su lado sobre si sus palabras eran ciertas.

—Confieso que por unos momentos, cuando interpretaba el papel de caballero ante ella, llegué a creer que el Serpiente se había enamorado.

—¿No ha oído hablar nunca acerca de lo engañosas que pueden ser las serpientes para conseguir lo que desean? —repuso él, recordándole a la mujer que tenía a su lado cuán convincentes podían ser sus palabras cuando interpretaba el papel de villano—. Muy bien, ahora lléveme a algún lugar privilegiado para poder presenciar cómodamente la subasta: quiero ver la mercancía con detalle para determinar el dinero que podría obtener de ella.

—Como desee. ¿Debo acomodar también a sus hombres?

—Por supuesto. Ese es un peligroso asesino, por lo que le advierto que ha de mantener las distancias con él y no hacerlo enfadar: es muy susceptible y de violencia fácil. El otro es un novato al que estoy probando, a ver si me sirve de algo.

—¿Y este jovenzuelo?

—¡Ah! Este es un participante de última hora para la subasta —dijo Snake cruelmente, empujando al niño hacia el despiadado cuervo, provocando la sorpresa del chiquillo, que se convirtió en una mirada de odio al sentirse traicionado.

»¡Insolente! —exclamó a continuación, cogiendo al chiquillo de las solapas de su sucia camisa para atraerlo hacia él como si fuera a susurrarle una amenaza, pero lo que le murmuró al oído fue la oportunidad de una venganza:

»Cuanto más cerca estés de tus enemigos, más fácil te resultará librarte de ellos. Y cuanto más inofensivo te crean, más peligroso puedes ser.

Cuando Snake soltó violentamente al chiquillo, haciéndolo caer al suelo, le dirigió una mirada llena de furia. Todos los reunidos disfrutaron del espectáculo de su crueldad y rieron

extasiados al ver cómo lo aleccionaba, apretando con fuerza una de las manos del insolente mocososo hasta ponerlo de rodillas, así que nadie se percató de la pequeña daga que Snake le había deslizado a Babel antes de que se lo llevaran.

—Creo que esta noche disfrutará de la fiesta —apuntó lord Reginald, mostrando los educados modales que nunca le había dedicado con anterioridad, tal vez porque en esa ocasión se hallaban en los suburbios, y los errores en la etiqueta se pagaban con la muerte.

—Por hoy me dejaré guiar por un cuervo, pero recuerde que no me agradan demasiado —señaló Snake, haciendo referencia a su desacertado disfraz.

—Debo confesarle que tenía la esperanza de que mi disfraz lo espantara —dijo burlescamente lord Reginald, pero sus bromas cesaron en cuanto los fríos ojos de una serpiente se fijaron en él y, con una maliciosa sonrisa, Snake le recordó:

—Hace mucho tiempo que ya no temo a los cuervos; ahora solamente me deshago de ellos si me molestan demasiado. Veamos qué tipo de cuervo acaba siendo usted esta noche, si uno vivo o uno muerto —soltó Snake amenazante mientras era tratado como un príncipe por un hombre que con anterioridad solamente lo había tratado como basura. Pero es que el miedo en su mundo hacía mucho para que los modales salieran a relucir, aunque, en ocasiones, ya era demasiado tarde para los que habían olvidado quién era él allí.

\*

El sitio donde iba a tener lugar la subasta era un amplio salón lleno de sofás de un rojo chillón y pequeñas mesas con manteles del mismo llamativo color con flecos dorados. Los suelos estaban decorados con imitaciones de caras alfombras en las que se notaba su vulgaridad por el exceso de coloración. Los cuadros que decoraban las amarillentas paredes representaban escandalosas escenas de parejas retozando, a veces acompañadas por más personas. En la zona central, junto a la escalera, se levantaba un pequeño escenario con unas cortinas rojas donde se celebraría la subasta mientras una gran lámpara de araña iluminaba la estancia, permitiendo comprobar cómo desde el piso superior se asomaba alguna que otra prostituta para contemplar el espectáculo.

Pan nunca había tenido tanto miedo como el que sentía en esos instantes, en los que las personas que la rodeaban iban disfrazadas de educados nobles pero se comportaban como la escoria más despreciable de la ciudad. En sus asientos, desde donde disfrutaban del alcohol, las mujeres y algún que otro exquisito tentempié, los adinerados lores miraban con ojos calculadores a los niños que se exponían como una mera mercancía.

El desagrado por las personas que la rodeaban se hacía patente en su rostro sin que Pan pudiera remediarlo, y mientras observaba en derredor, se preguntaba por qué esas personas seguían pensando que el Serpiente era peor que ellos.

—Deja de mostrar tan abiertamente tu reprobación —le advirtió Snake al oído, atrayéndola

hacia su regazo para hacerla interpretar el papel de una ociosa prostituta.

—¿Cómo pueden creerse mejores que tú, menos malvados, más buenos? —preguntó ella entre susurros, haciendo que él sonriera cínicamente.

—Sus ropas, sus alhajas y sus riquezas los llevan a creerse mejor que nadie. Yo soy el producto de uno de esos niños maltratados. Ninguno puede aceptar que alguien a quien ellos despreciaron se haya convertido en un hombre al que temer, así que me tachan de malvado sin aceptar ninguna responsabilidad por la persona en la que me convirtieron con su crueldad.

—¿Te vendieron en alguna ocasión? —preguntó Pan, encerrada entre los brazos de ese oscuro personaje, permitiéndose acariciar con cariño su rostro. Unas caricias que él aceptó mientras contestaba despreocupadamente a sus cuestiones, como si ya no le dolieran. Pero las heridas del pasado seguían ahí, y Pan no tuvo duda de que aún le dolían demasiado.

—Tenía un rostro demasiado bonito para un niño, así que al Cuervo le gustaba subastarme, aunque no para siempre, sino solo para una noche. Y siguió haciéndolo hasta que herí gravemente a uno de mis compradores. Cuando fui demasiado peligroso para que me subastaran, no pudieron hacer más este tipo de negocios conmigo. No llores —le advirtió a Pan, recordando el tierno corazón de su mujer, quizá el único capaz de derramar lágrimas por un hombre como él.

—¿Cómo puedes parecer tan tranquilo, cuando seguramente odias a todas las personas que te rodean?

—Porque tengo a una hermosa mujer entre mis brazos —dijo él, besando dulcemente la mano que lo acariciaba para luego añadir la verdad—: Si soy el hombre más temido de los suburbios es porque me deshago de quienes me rodean con una sonrisa y sin arrepentimiento alguno. Y es que el secreto está en que los odio a todos, pero como no puedo deshacerme de toda la escoria de una sola vez, espero pacientemente mi oportunidad para acabar con ellos. Lo malo es que, a pesar de que alguna vez haga una buena limpieza en mi territorio, siempre aparecen más alimañas a las que odiar.

—Quiero que vuelva mi Snake —rogó Pan, acurrucándose junto al corazón de ese hombre, con sus latidos acelerándose por su cercanía.

—Y yo desearía volver, pero... ¿recuerdas cuáles son las dos únicas opciones que tengo para escapar de mis hombres y de esta vida? —inquirió Snake, alzando el rostro de la joven para que se enfrentara a la realidad.

—O los matas o te matan —contestó Pan con desagrado.

—Buena chica... —repuso Snake con una ladina sonrisa, como si estuviera maquinando uno de sus astutos planes.

Y, antes de que ella pudiera preguntarle, las cortinas se abrieron y la madame pidió silencio para comenzar la subasta, un evento ante el que Snake aparentaba mostrar despreocupación delante de todos los presentes, aunque Pan podía detectar cómo se tensaba su cuerpo, tal vez recordando oscuros momentos de su pasado.

—Para comenzar, hoy tenemos con nosotros una muy buena mercancía: una preciosa niña de

siete años, de bonitos ojos azules y rubios cabellos que, sin duda, se convertirá en una belleza de la que podremos disfrutar más adelante..., aunque los más impacientes tal vez puedan hacerlo ya... —bromeó la madame, sacando más de una despiadada risa de sus potenciales compradores—. También tenemos aquí a un robusto niño que se cree un héroe —añadió con cinismo al ver cómo el mocoso de diez años que se encontraba junto a la niña intentaba protegerla con su cuerpo de las perversas miradas que los rodeaban.

—No te impacientes... —susurró Snake al oído de Pan cuando la notó tensarse encima de él después de ver a su hermano sobre el escenario—. Si quieres salvarlo, espera... —murmuró la sibilina serpiente que había orquestado un gran baile donde todos, sin saberlo, danzarían a su son.

—Finalmente, también tenemos con nosotros a un mocoso algo crecido —declaró la madame, arrastrando a Babel ante la audiencia—. Creo que me suena esta cara bonita... Tú ya has estado aquí con anterioridad, ¿verdad? Creí que después de probar la dura mano de tu último amo habrías comprendido cuál es tu lugar, pero escapaste de ese hombre tan solo para acabar cayendo en las manos de otro peor que ha acabado vendiéndote. Este es, y siempre será, tu destino. Un mocoso como tú nunca podrá hacer nada para remediarlo —manifestó burlonamente, provocando a la astuta serpiente que Snake había sabido reconocer entre las alimañas que siempre lo rodeaban.

—Esa mujer no sabe lo que está causando con sus palabras —declaró a la vez que miraba imperturbable el espectáculo desde su privilegiado asiento.

Y, como si supiera lo que estaba a punto de ocurrir, ordenó a uno de los sujetos enmascarados que se mantenía de pie junto él, cubriéndole las espaldas:

—Prepárate para dar la señal a tus hombres, Callaway, porque esto está a punto de estallar.

Y en cuanto Snake terminó de decir eso, tal como había anticipado, el escándalo estalló.

Babel, que miraba lastimosamente al suelo mientras las burlas que le decían que no podía hacer nada contra su cruel destino lo provocaban, pasó de mostrarse sumiso a alzar con malicia el rostro ante todos, exhibiendo una perversa sonrisa que los hizo temblar. Y, antes de que comprendieran lo que pasaba, el rapaz apuñaló a esa mujer para convertirse en el protector de los otros dos niños, a los que pretendía salvar mientras llevaba a cabo su venganza acabando con todo aquel que se pusiera por delante.

—¡No me digas que ese va a ser tu sucesor! —exclamó Callaway espantado.

—No te quejes: al menos tiene conciencia —dijo Snake, señalando cómo el mocoso seguía protegiendo a los niños—. Yo que tú me apresuraría a llamar a los tuyos si quieres encontrar a alguien vivo aquí. Te concedo un minuto antes de unirme a la reyerta, aunque eso solo si nadie me provoca.

—¡Mierda! —maldijo el hombre antes de salir corriendo con desesperación hacia la salida, que, a consecuencia del escándalo, no estaba tan bien vigilada como antes.

—Ese tal Callaway no sería por un causal el sargento Callaway, ¿verdad? Y los hombres que



va a traer no serán policías, ¿no, hermano?

—Con el tiempo he aprendido a mezclarme con todo tipo de personas para mi propio beneficio, Bruno. No te preocupes, hermano: algún día aprenderás a hacer lo mismo —declaró Snake antes de levantarse para dirigirse a la pelea.

—¡Aún no ha pasado el minuto! —exclamó Pan, aferrándose a su camisa.

—Pero, cariño, es que me están provocando —indicó él, señalando a los numerosos hombres que comenzaban a reunirse alrededor de Babel.

Y, mientras esto pasaba, el despiadado cuervo lo miraba todo desde lejos con una complacida sonrisa, creyendo saber cómo acabaría. El problema de ese hombre era que, para llegar a esa conclusión, no había tenido en cuenta el mayor inconveniente que tenía en ese evento: a él.

—No los dañes mucho o tendré que curarlos y, la verdad, no quiero curar a ninguno de estos hombres.

—Tan blanda como siempre —declaró Snake antes de darle un beso para adentrarse en la pelea.

—¿Y qué hago yo, hermano? —preguntó Bruno confuso, acompañando a Snake hacia el escenario donde se encontraban los dos niños, que habían comenzado a luchar arrojando a sus captores todos los objetos que tenían a su alcance, y un joven muy habilidoso con su cuchillo, que reclamaba su venganza.

—¡Ah, Bruno! Tu papel será el más importante, sin duda te encantará... —respondió Snake, luciendo una astuta sonrisa que le hizo saber a su hermano que sus planes estaban saliendo como él deseaba y que todos, sin saberlo, bailaban una vez más al son que tocaba una serpiente.

\*

Al mismo tiempo que Bruno elegía ayudar a los niños mostrando su habilidad con el cuchillo, Snake se dirigió hacia el noble disfrazado de cuervo, que ya no lo observaba todo con una sonrisa.

—¡Has sido tú! —acusó este último, señalando a la astuta serpiente que se dirigía hacia él.

—Yo no me he movido de mi lugar hasta ahora —dijo Snake despreocupadamente, continuando su avance hacia lord Reginald.

—¡Todo estaba saliendo a la perfección hasta que tú apareciste! —se quejó el hombre, desenfundando la afilada espada que llevaba como adorno en su elegante disfraz.

—¿Está totalmente seguro de eso? —se burló Snake del arrogante cuervo, alzando impertinente una ceja mientras sacaba su espada del bastón serpentino que siempre llevaba consigo.

—¡Oh! ¡Me va a encantar matarte para poder seguir con mis negocios sin interferencias! —anunció el alterado cuervo, arrojándose contra él para atacarlo con su espada, haciéndolo recular.

—Siento decirle que, si todos sus negocios son como este, esté yo o no, no van a prosperar

demasiado —se burló Snake una vez más, provocando que lord Reginald lo atacara con furia al tiempo que él se limitaba a esquivarlo, haciéndolo parecer insignificante.

—¡En cuanto me deshaga de ti voy a ir a consolar a tu viuda!

—Para eso antes tendrá que matarme, y, aun así, tengo muchas dudas de que tenga éxito en tal empresa porque, admitámoslo, que Pan me haya elegido a mí antes que a usted, con su título y todas las cualidades de las que presume, no habla muy bien de sus encantos —replicó Snake burlescamente al hombre que intentaba provocarlo, aumentando su ira.

—¡Eres un bastardo!

—No lo sé, la verdad, ya que no recuerdo a mis padres —contestó Snake, riéndose de nuevo de su enemigo mientras este embestía una y otra vez con su espada.

—¡Un canalla!

—Sin duda —aceptó él, parando cada una de sus estocadas.

—¡Un asesino!

—Por supuesto —confirmó el Serpiente, sin negar ninguna de las acusaciones de lord Reginald, caminando hacia atrás y esquivando una y otra vez su afilada espada.

—¡Y un hombre que siempre tendrá las manos manchadas de sangre!

—Eso es algo que estoy intentando evitar —anunció Snake, sorprendiendo a su enemigo. Y entonces fue el cuervo el que se rio de él en esta ocasión.

—¿Para qué? ¿Para no ensuciar a tu noble esposa? ¡Vamos, admítelo, tú nunca cambiarás! De lo contrario, ¿por qué me has atacado? Seguro que tenías la intención de matarme, pero hasta ahora solo has huido de mi espada, sabiendo que soy mejor —se jactó el lord, causando que Snake se riera de él.

—Es más que evidente que nunca ha bailado con una serpiente —repuso esquivando el ataque de su adversario una vez más—. Yo no pienso mancharme las manos con su sangre, pero nunca he dicho que no ayudaría a otro a obtenerla —manifestó, mostrándole a lord Bastian Reginald que, con sus impetuosos ataques, había abandonado la protección de la que disfrutaba antes de perseguir ciegamente a Snake.

En cuanto el sorprendido cuervo se dio cuenta de su error ya fue demasiado tarde para él. Snake lo desarmó sin problema alguno, pero no reclamó su vida, sino su arma, para luego empujarlo de una patada hasta el sanguinario chiquillo que él había creado y cuyos ojos clamaban venganza. Snake le dio la espalda a Babel, concediéndole su desagravio, e ignoró los gritos de un cuervo que se había olvidado de que nadie lo ayudaría en el territorio de una serpiente.

Snake contempló cómo Bruno llevaba a Edmund y a María a buen recaudo junto con Pan, y, dispuesto a ajustar cuentas con su hermano, dirigió su espada hacia él, enfrentándose como un día hicieron antes de separar sus caminos.

—¡Eh! ¿Por qué me atacas? —preguntó Bruno, rechazando hábilmente cada una de sus estocadas con sus cuchillos—. ¡Creí que habías cambiado!

—Te estoy dando la revancha por el día en el que casi te maté. Luchemos, hermano, y veamos quién muere hoy.

—No quiero luchar contigo —repuso Bruno, rechazando pelearse con el hermano que poco a poco había vuelto a encontrar.

—Tan cobarde como siempre —declaró Snake, provocándolo—. No sabes lo que disfruté hundiendo mi cuchillo en ti —añadió, haciendo que Bruno reaccionara a sus provocaciones con un grito de ira, pero, aun así, se limitó únicamente a esquivar los ataques de su hermano, sin decidirse a herirlo.

Con la habilidad que le habían proporcionado sus innumerables encargos de asesinato, Bruno desarmó a Snake para que no pudiera atacarlo más, ni con su espada ni con sus provocaciones.

Sus airados ojos se fijaron en los de una serpiente que, ante su ira, tan solo sonrió.

Ignorando lo que planeaba Snake, pero decidido a no formar parte de otro más de sus juegos, Bruno quiso alejarse de su hermano, tal vez para siempre. Pero cuando la policía hizo su entrada en el lugar, el primero aprovechó su distracción para acercarse peligrosamente a él y, ante su asombro, ensartarse en su cuchillo al tiempo que le susurraba a Bruno en medio de un abrazo fraternal:

—Tu papel esta noche, hermano, es el de convertirte en mi asesino.

Ante la consternación de Bruno, Snake cayó al suelo con su cuchillo clavado en el cuerpo. Cualquiera que hubiera visto su pelea habría pensado que él había sido quien le había propinado la última estocada a una serpiente a la que nadie echaría de menos. Nadie excepto la desconsolada mujer que lloraba sobre su cuerpo y el lloroso niño para los que Snake nunca había sido tal.

## Capítulo 23

—En cuanto despiertes pienso golpearte con uno de los tomos de mi padre para que aprendas a no darme estos sustos —reprendía una airada mujer a un cadáver al mismo tiempo que trabajaba afanosamente en la herida de su costado.

Derek Winter, el médico que había redactado el certificado de defunción del individuo que le había llevado el sargento Callaway, miraba a la alocada mujer con extrañeza, pero no intentó detener sus inútiles acciones, ya que cuando trató de acercarse a ella recibió una amenazadora mirada y una advertencia al blandir en su dirección el bisturí que estaba utilizando con el cuerpo inerte extendido sobre la mesa de operaciones. Si ese hombre hubiera estado vivo, Derek habría alabado el excelente trabajo que la habilidosa chica estaba realizando, pero como su paciente estaba muerto y su trabajo era inútil, se limitó a ignorarla mientras pedía explicaciones al policía acerca de esa alocada situación.

—Sargento Callaway, ¿quién es esta mujer?

—Es la esposa del Serpiente, creo que estudió algo de medicina y aún se resiste a asimilar la muerte de su marido —respondió nerviosamente el sargento sin poder dejar de jugar con sus manos, mientras desviaba una y otra vez la mirada hacia el frío cadáver sobre el que la mujer trabajaba.

—¿Y ese mocoso que no deja de revisar mis botiquines?

—Creo que es su ayudante.

—¿Y el hombre que no deja de pasearse de un lado a otro?

—Ese es el hermano del Serpiente, el que lo mató —contestó Callaway, recibiendo una mirada sorprendida procedente del doctor.

—Pues yo creo que necesito una copa —anunció abiertamente el médico mientras se masajeaba las sienes en previsión del dolor de cabeza que comenzaba a notar ante lo extraño de la situación.

—Creo que yo también —convino Callaway tras contemplar la extraña escena que se desarrollaba delante de él y que lo metería en más de un problema. Pero eso era lo que ocurría cuando se hacían tratos con una serpiente.

—No me importará nada invitar a un trago al héroe de Londres, ya que, gracias a su trabajo, ese infame sujeto ha muerto, con lo que ha logrado que todos podamos descansar más tranquilos en esta ciudad —lo felicitó Derek, haciendo que Callaway tragara con nerviosismo, y más cuando tras esas palabras del médico recibió la fría mirada de un asesino.

—Será mejor que salgamos de esta habitación y dejemos a los familiares del Serpiente en solitario para que desahoguen su dolor —apremió nerviosamente el sargento para que abandonaran la estancia lo más rápidamente posible, mientras detrás de ellos solamente se oían las maldiciones de una mujer que no cesaba de reprender a un cadáver.

—No me extrañaría nada que, después de tan tremendos sermones, el muerto se levantara para huir de esa mujer —bromeó entre susurros Derek al tiempo que era empujado por Callaway hacia el exterior.

—A mí tampoco me extrañaría que se levantara —opinó el sargento con un tono irónico del que el médico apenas se percató mientras seguía prodigándole unas alabanzas que el policía no creía merecer, ya que esa noche, para acabar con los malvados, él se había limitado a seguir los planes de una serpiente.

\*

Pan peleaba denodadamente para salvar la vida del hombre al que todo Londres daba por muerto. La herida no era demasiado profunda, pero Snake había perdido mucha sangre, de ahí el pálido tono de su piel y la frialdad de su cuerpo. Por su parte, la inconsciencia en la que se hallaba sumido y que debilitaba su pulso y su respiración se debía sin ninguna duda a algún veneno que el muy idiota habría tomado, el cual Pan desconocía, por lo que no sabía cómo le afectaría.

—O los matabas a ellos o ellos te mataban a ti. Y claro: ¡tú tenías que escoger la peor opción! —continuó reprendiéndolo ella, recordando las únicas opciones que Snake le había dicho que tenía para salir del cruel mundo que lo rodeaba.

—Ya sabes cómo es —le dijo Edmund mientras la ayudaba a terminar de coser la herida.

—He matado a mi hermano, he matado a mi hermano... No puedo creer que haya matado a mi hermano... —se lamentaba desconsoladamente el afamado asesino del Serpiente mientras paseaba por la habitación sin descanso, mesándose nerviosamente los cabellos.

—¿Quieres parar de gimotear y traerme el bastón de Snake? —le ordenó Pan a Bruno, haciendo que este dejara de quejarse ante un frío cadáver en el que Pan había visto asomar una maliciosa sonrisa.

—Es inútil, ¡Snake está muerto! No hay nada que podamos hacer para remediarlo...

—¡Tráeme el bastón de una maldita vez! ¿Es que nadie va a reconocer mis esfuerzos como médico? ¡Snake estará muerto cuando yo lo diga, ni un minuto antes ni un minuto después! —gritó ella furiosamente, consiguiendo que Bruno al fin se moviera para darle lo que le había pedido, aunque la lástima con que la miró hizo suponer a Pan que su cuñado creía que sus esfuerzos serían en vano.

Recordando dónde guardaba ese personaje los antídotos de sus venenos, Pan giró la empuñadura del bastón, y, tras encontrar un pequeño bote de cristal, lo abrió. Para asegurarse de

que su fastidiosa serpiente lo bebiera, Pan tomó esa sustancia en su boca y la depositó en la de Snake con un beso, obligándolo a tragar. Y entonces supo que él se encontraba mucho mejor cuando el muy provocador respondió a sus cuidados usando su atrevida lengua, buscando una apasionada respuesta a un beso que solo pretendía curarlo.

Pan se apartó de él luciendo un rostro tan rojo como sus cabellos, entre avergonzada por ese beso y furiosa porque ese hombre siguiera simulando estar muerto tan solo para fastidiar a su hermano.

—¿Quieres dejar de fingir?! —gritó airadamente hacia la maliciosa serpiente que siempre jugaba con todos.

—Es inútil, Pan. Mi hermano está muerto y no hay nada que podamos hacer para remediarlo. No puedo decir que fuera un gran hombre, ni tampoco que lo quisiera demasiado, ya que en realidad la vida no nos concedió la oportunidad de conocernos, pero llegué a apreciar sinceramente al hombre que era cuando estaba a tu lado...

—El discurso te ha quedado muy bonito, hermano —manifestó Snake, levantándose trabajosamente de la mesa de operaciones, haciendo gritar a Bruno y dándole un susto de muerte que obligó a Pan a tener que atender a otro hombre cuya sensibilidad no podía soportar las maliciosas bromas de una serpiente.

—Gracias por dejar de fingir antes de que comenzara con los panegíricos —lo reprendió tomando el pulso de Bruno.

—Quería ver cuánto era capaz de llorar mi hermano por mí —dijo Snake, tratando de mantenerse en pie—. Por cierto, tú no has llorado demasiado —añadió cuando llegó junto a ella mientras la acercaba celosamente a él y la alejaba de su hermano.

—¿Cómo puedes decirme eso?! —exclamó Pan, removiéndose furiosa entre sus brazos a la vez que las lágrimas volvían a inundar su rostro—. ¡Lloré y grité desde el primer momento en el que caíste al suelo con un cuchillo clavado en el costado! ¡Mientras todos creían que habías muerto en la pelea, yo me preguntaba por qué habías dejado que tu hermano te apuñalara y por qué se sentía Bruno tan culpable de ello! Luego recordé la retorcida lógica de una serpiente y las dos estúpidas opciones que me indicaste aquel día que tenías para poder estar conmigo. ¡Si yo no hubiera sido muy buen médico y recordado tus venenos, ahora estarías muerto, idiota! —gritó Pan afligida, dejándose consolar por los brazos de su marido—. ¿Por qué dejaste tu vida en mis manos? —preguntó alzando su lloroso rostro hacia el hombre al que nunca podría dejar de amar.

—Es sencillo: porque tú eres la única persona en la que he confiado jamás, y porque desde el momento en que abrí mis ojos te entregué mi corazón. Y tú, al contrario que todos los demás, lo cuidaste y lo curaste de todas sus heridas. Te amo, Pan, y el precio que te reclamo por este último favor como el Serpiente es pasar toda una vida a mi lado. ¿Qué me dices? ¿Estás dispuesta a pagarlo?

—Con lo poco que me gustan las serpientes, ¿quién me iba a decir que me enamoraría de una de ellas? —declaró Pan antes de atraer a Snake hacia sí para, con un apasionado beso, darle la

respuesta que buscaba.

El ardiente beso de la pareja no tardó en ser interrumpido por el médico, que había irrumpido en la habitación en busca de unos olvidados papeles. Y, nada acostumbrado a que sus muertos anduvieran, ni mucho menos que besaran a una mujer, señaló a esos dos mientras gritaba aterrado:

—¡El muerto está besando a su esposa! —Luego, Derek simplemente se desmayó.

—Y si nos concede un poco de intimidad, haré más que besarla —respondió desvergonzadamente Snake al inconsciente médico, ganándose una mirada de reprimenda por parte de su mujer.

—¿No podías esperar un poco más antes de volver de la muerte? —lo regañó Callaway, intentando depositar al desfallecido Derek en una silla.

—Es que estoy impaciente por vivir mi nueva vida —anunció Snake a la vez que abría los brazos.

—Una muy lejos de aquí —le recordó el sargento.

—Por supuesto, pero a cambio recuerde nuestro trato: cuando yo lo llame, usted vendrá a mí. ¡Ah! Y quiero un último favor, uno que no le costará demasiado. Después de todo, ha ganado mucho con mi muerte.

—Pero tú también has ganado mucho, ¿verdad, Serpiente? —repuso Callaway con una sonrisa complacida, viendo cómo esa serpiente dejaba de serlo en brazos de una mujer.

—Sí, me he ganado la libertad de ser quien yo quiera, y por ahora solo quiero ser un hombre enamorado —dijo Snake abrazando a su esposa, haciendo que Callaway suspirara aliviado al saber que podía tratar con ese hombre cuya ambición ya no era el poder o el dinero, sino proteger a las personas que amaba. Que fuera más o menos cruel dependería de las trabas que el destino pusiera en su camino para conseguir su cometido.

\*

—¡Quiero saber por qué el encargo que hice a los hombres del Serpiente aún no se ha cumplido! —se atrevió a exigir Wilfred Sanders al ver que quien ocupaba ahora el trono de los suburbios no era más que un jovencuelo de apenas dieciséis años.

—Porque, como puede ver, he estado demasiado ocupado limpiando este sitio —contestó Babel saliendo de las sombras, mostrándole su rostro y sus manos manchadas de sangre—. De todas maneras, no me gustan ni usted ni su encargo, así que tendré que rechazarlo.

—Pero mi dinero...

—Yo no fui quien aceptó su dinero, señor Sanders, ese fue Luke, un hombre sin cerebro y dotado únicamente de fuerza bruta que no sabía a quién provocaba... Creo que fue el primero en caer. Si quiere su dinero, es libre de recuperarlo. Si no recuerdo mal, allí descansa el hombre que está buscando. O tal vez se halle en el otro rincón —dijo el despiadado joven con una

complacida sonrisa mientras le mostraba sin ninguna preocupación los cadáveres de todos aquellos que habían intentado desafiarlo—. Nunca he visto a un tipo entrajado arrastrándose entre cadáveres por dinero, o ensuciarse las manos de cualquier modo, aunque sí he visto a muchos de esos contratar a otros para que lo hicieran en su lugar. Creo que este será un espectáculo nuevo para mí —declaró el muchacho entre alocadas carcajadas mientras ocupaba su trono para observar atentamente los pasos de Wilfred.

Este último, tras mirar atentamente al joven cuyos ojos reclamaban la sangre de todo aquel que lo molestara, supo que, si se atrevía a intentar recuperar su dinero, no saldría vivo de ese lugar.

—Un consejo gratuito, señor Sanders: la próxima vez que desee encargar la muerte de alguien, antes debería preocuparse por saber a quién intenta matar, pues puede suceder que ese sujeto sea algo que usted no pueda manejar.

—¿A quién he provocado con la muerte de mi sobrina?, ¿a ti?

—No, a alguien mucho más peligroso: al Serpiente.

—¿Qué tiene que ver ese hombre con mi sobrina? ¿Y por qué debería preocuparme por ello, ya que, según los rumores, ha muerto?

—Puede que sí, puede que no..., con ese hombre nunca se sabe. Yo que usted abandonaría este país cuanto antes, no sea que le pongan precio a su cabeza, uno que tal vez no me importe reclamar... —advirtió Babel, recordándole lo que le esperaba si seguía provocando al Serpiente, una advertencia que Wilfred reconoció como la amenaza que era, por lo que no tardó en salir corriendo y dejar su dinero atrás en manos de Babel—. Buena decisión —declaró el joven tras verlo alejarse.

Y, mientras Wilfred se dejaba el aliento por salir de ese lugar lo más rápido posible, no tuvo duda alguna de que ese día había escapado por los pelos de la implacable muerte que había comenzado a gobernar desde ese momento los suburbios de Londres.

\*

Babel había conseguido su venganza, un trono, dinero y el poder que ambicionaba para que nadie le hiciera daño. Mientras todos en su mundo habían aprendido a temer al Serpiente, el hombre que él conoció únicamente se había ganado su admiración. Tal vez fue porque lo conoció después de que el Serpiente hubiera perdido la memoria, después de que se hubiera enamorado de una mujer y después de que hubiera encontrado una familia.

Todos los granujas que vieron a ese nuevo Serpiente lo consideraron débil y él, en un principio, cometió el mismo error, hasta que comprobó que tener a alguien que proteger lo volvía más fuerte e implacable, ya que tenía algo por lo que luchar.

Babel había acudido a ese barco sintiendo gran curiosidad por el hecho de que el antiguo gobernante de los suburbios, al que todos daban por muerto, lo reclamara. El recado le había sido



entregado a través de ese policía que se había colocado demasiadas medallas por la muerte del Serpiente, un hombre no muy bueno ni tampoco muy malo, con el que tal vez podría tratar en el futuro. Babel no pudo resistirse a acudir a la llamada de Snake, sintiendo gran curiosidad por lo que tuviera que decirle.

Cuando entró en el camarote en el que lo esperaba, Babel vio ante él a un rey, aunque este no estuviera sentado en su trono, sino en una simple silla, pero mantenía una postura muy digna y amenazadora al tiempo que esgrimía su bastón. No había ninguna duda: el oscuro Serpiente lo esperaba.

—¿Y bien? ¿Cómo es tu vida como gobernante de los suburbios, Babel? ¿Es como esperabas?

—Tan sucia como suponía y tan peligrosa como me advertiste, pero, para variar, me gusta tener el poder. No me habrás llamado para reclamar tu trono, ¿verdad?

—Con lo que me costó que mi hermano me matara..., no, no pienso desperdiciar mi nueva vida.

—Podrías haberme pedido que lo hiciera yo, habría aceptado encantado.

—Sí, ya lo imagino, pero en ese caso tal vez yo no hubiera revivido y eso habría interferido bastante con mis planes de futuro. Además, digamos que tenía una deuda que saldar con mi hermano. Cambiando de tema, te he mandado llamar para hacerte una única pregunta: ¿estás absolutamente seguro de que quieres mi trono y lo que ello conlleva?

—Querrás decir el mío... Y sí, lo quiero. Al contrario que tú, yo no tengo otra cosa en la vida por la que luchar, y por ahora solo me queda mi venganza. Hay todavía muchos hombres que me hicieron daño a los que quiero aplastar.

—Llegará el día en el que te aburrirás de vengarte, un día en el que todos te tendrán miedo. Y aunque creas que has acabado con todos tus enemigos, solamente tendrás más y más. Ese día, tu mundo te asqueará, pero ya no sabrás cómo salir de él o abandonarlo. Cuando ese día llegue, búscame, y yo intentaré concederte la oportunidad que nadie le daría a un villano.

—¿Me has llamado tan solo para aburrirme con tus sermones? —se burló Babel, viendo ese día aún demasiado lejos.

—No, te he llamado para darte esto —dijo Snake, lanzándole un bastón que Babel no dudó en coger al vuelo. En él no se encontraba la famosa serpiente del hombre que tanto había atemorizado a todos, sino una calavera con una pequeña serpiente enroscada a su alrededor que acababa descansando sobre el cráneo de la misma, como si estuviera a la espera de su siguiente víctima—. Cuando te observo no veo a un avaricioso cuervo ni a una astuta serpiente, sino una mirada llena de muerte que reclama la sangre de muchos. Asegúrate de no cargar sobre tus hombros con los cadáveres de inocentes, pues te garantizo que pueden pesar demasiado. Ahora, vete y termina de una vez con la leyenda del Serpiente.

—Pero esta siempre estará ahí, ¿verdad? —dijo Babel, señalando la pequeña serpiente que formaba parte de su nuevo bastón de mando, dejando el recuerdo de que una vez había estado

allí.

—Sí, aunque solo para ayudarte —manifestó Snake, animándolo a apretar la cabeza de la víbora, tras lo que Babel pudo contemplar una afilada y mortífera cuchilla que se escondía en el interior de la calavera.

—Me gusta tu regalo. Me pregunto si será igual de mortífero que el de mi predecesor.

—Yo solo te doy el arma, pero su peligro no radica en ella, sino en el hombre que la maneja. Adiós, Babel, te diría que disfrutes de tu nueva vida, pero la conozco demasiado bien como para saber que no disfrutarás de ella en absoluto.

—Déjame llegar a esa conclusión por mí mismo y disfruta de tu muerte, Snake —se despidió él, volviendo al oscuro mundo que esa astuta serpiente había abandonado tras dejar su sello en la historia de esa ciudad, una urbe despiadada en la que nadie sabría nunca lo mucho que había jugado con ellos el venenoso hombre que habían creado, para luego tacharlo de villano tan alegremente.

\*

—Snake, ¿qué piensas hacer en esta nueva vida que tendrás en Boston? —preguntó Pan mientras compartían la pequeña cama de ese camarote.

—Hacerte el amor —contestó él con una ladina sonrisa, apartando a un lado los libros de investigación de su esposa, que, una vez más, ocupaban su cama.

—Estoy hablando en serio.

—Yo también —dijo Snake, comenzando a besarle dulcemente el cuello.

—Quiero que me ayudes con los negocios mercantiles de mi padre. Sé que un hombre tan astuto como tú sabrá manejarlos a la perfección mientras yo me concentro en mis investigaciones —declaró Pan, haciendo que él suspirara, resignado a dejar a un lado sus apasionados besos para abrazar a la mujer que amaba y escuchar todas sus preocupaciones—. Ahora que mi tío no puede hacerse con mi dinero, tal vez deje de seguirnos y podamos vivir en paz, pero debo confesarte que me habría gustado hacerle pagar por sus maldades.

—Las alimañas como él nunca saben cuándo rendirse, así que intentará ir detrás de ti, pero no te preocupes: ¿para qué estoy yo sino para hacerlo desistir de su empeño? Por lo pronto, tu tío tardará un tiempo en regresar a América, y cuando lo haga, lo estaremos esperando —dijo Snake, acomodando a su esposa entre sus brazos para calmar los dolorosos recuerdos de la muerte de su padre—. A mí también me intriga saber cómo consiguió tu tío envenenar a tu padre.

—Siempre sospeché que lo hizo con el veneno de una serpiente que tenía como mascota. Supongo que le extrajo el veneno y que luego lo utilizó. Pero no hallaron ninguna marca en el cuerpo de mi padre ni pruebas de que hubiera ingerido toxinas. Odio no poder saber cómo lo hizo mi tío y que se ría de mí sabiendo que hubo una única ocasión en la que fue más listo que mi padre. Para mi desgracia, esa fue la vez en que lo mató —concluyó Pan apenada mientras,

para distraerse, pasaba nerviosamente las páginas del libro que estaba leyendo tan cuidadosamente como le había enseñado su padre, mojando la yemas de los dedos para no estropear las hojas arrugándolos.

—No hagas eso —la detuvo Snake, cogiendo ese dedo para metérselo traviesamente en la boca antes de que pasara otra página.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Porque es una fea costumbre que te puede traer más de un problema y de la que vamos a deshacernos —anunció Snake, arrojando el libro a un lado para acorralar a su mujer debajo de su cuerpo y logrando que se olvidara de todos sus problemas.

—¿Por qué dices eso? Mi padre me enseñó a cuidar los libros y...

—Dime una cosa, Pan, ¿tu tío le regaló alguna vez algo a tu padre?

—Sí, pero nada sospechoso ni mortal. Solo un libro bastante caro e interesante sobre los venenos de las serpientes que aún no he llegado a leer. Ya sabes que, hasta que te conocí, esos animales no me interesaban demasiado.

—Ajá... ¿Y dónde está ese libro ahora mismo?

—En la biblioteca de mi padre. ¿Por qué quieres saberlo? —inquirió Pan, recibiendo como única contestación la satisfecha sonrisa de una calculadora serpiente—. Ya sabes cómo lo mató, ¿verdad? —le preguntó a continuación a su intrigante marido, tras lo que obtuvo una nueva e irritante sonrisa por toda respuesta—. ¡Dímelo! —exigió con impaciencia, una que Snake calmó con sus besos para luego susurrarle al oído.

—No soy yo quien debe revelar ese secreto, aunque tengo al hombre apropiado para ello.

—¿Y hasta entonces no me dirás nada? —preguntó Pan molesta, hasta que él se tumbó en la cama y, poniéndola sobre su cuerpo, le anunció tan provocador como siempre:

—Siempre puedes intentar convencerme de lo contrario...

### *Tres meses después*

Wilfred Sanders había tenido muchas dificultades para volver a Boston. Las deudas que había contraído durante su estancia en Londres no habían sido tan sencillas de pagar como él había pensado, y finalmente, en medio de las protestas y los llantos de su esposa, había tenido que liquidarlas vendiendo algunas de sus joyas.

Sus intentos de contactar con la viuda Belarder para comprobar si había actuado en contra de la molesta chiquilla de la que también quería deshacerse habían sido inútiles, ya que esa mujer había desaparecido sin dejar rastro alguno. Y tratar de ir a casa de su sobrina para reclamar algo de su fortuna fue también un ejercicio del todo infructuoso, pues la insufrible mujer había dejado como encargado de sus bienes a un matón, a un bruto, a un asesino que no tardó en lanzarle un cuchillo nada más verlo entrar por la puerta, sin concederle oportunidad alguna de abrir la boca.

Sus quejas a la policía habían sido igualmente vanas, e incluso el sargento que lo atendió lo

miró con ojos de sospecha mientras lo informaba de que sus sobrinos no estaban perdidos y de que la prometida de su hijo ya estaba casada. Sus insinuaciones acerca del individuo poco honrado que era el marido de Panacea fueron recibidas por el sargento con una sonrisa irónica, seguidas por unas carcajadas cuando Wilfred le exigió que lo metiera en la cárcel. Ello lo llevó a desistir de seguir reclamando cualquier cosa a ese hombre que comenzaba a recelar de sus ansias por encontrar a su sobrina.

Mientras, en Boston, Wilfred y su familia mantenían una fachada impecable, en Londres esta no se sostenía en absoluto. Esto, unido al regreso de Pan a su hogar, convenció a Wilfred de regresar de inmediato a Estados Unidos. En su país, la investigación sobre la muerte de su hermano seguiría paralizada al carecer de pruebas que sustentaran otra afirmación más que la de muerte natural, y él podría acusar libremente al marido de Pan de algún delito. Ese hombre, el tal Snake, no tenía ninguna clase de reputación en América, pero él era considerado por todos como un rico empresario que ayudaba a su hermano, y ahora a los hijos de este, a pesar de que en realidad sus negocios habían fracasado hacía mucho tiempo y había sido su hermano quien lo había estado ayudando a él.

Wilfred pensaba que quizá podría provocar un giro en la investigación, acusando a su sobrina de la muerte de su hermano en su propio provecho tras dejar evidencias de su culpabilidad al alcance de la policía, acabando de este modo con dos pájaros de un solo tiro: al fin se libraría de esa molesta mocosa que le impedía conseguir todo el dinero de Darikson, y podría quedarse con esa fortuna.

Nada más bajar del barco, Wilfred observó a un numeroso grupo de policías en el puerto, algo habitual cuando las autoridades decidían realizar una redada para acabar temporalmente con los negocios turbios que algunos maleantes llevaban a cabo, traficando con mercancías prohibidas.

La familia Sanders desembarcó, y Wilfred saludó despreocupadamente a los agentes que enfilaron hacia él, seguramente para devolverle el saludo con tanta amabilidad como solían hacer a menudo cuando llegaba de sus viajes. Pero, para su asombro, tanto él como su familia fueron detenidos y esposados. Su chillona mujer y su rudo vástago no tardaron en ser trasladados por la fuerza hacia el carro de la policía por varios agentes, mientras el encargado de su arresto le explicaba por qué estaban allí.

—¿Qué significa esto?! —se quejó Wilfred, indignado por el trato que estaban recibiendo.

—Señor, quedan ustedes arrestados por la muerte de Darikson Sanders, así como por el intento de asesinato de sus hijos.

—¿Esto es absurdo! ¡Seguramente mi sobrina les habrá ido con algún cuento sobre que maté a su padre, mi amado hermano Darikson, pero en el momento de su desgraciado fallecimiento yo me encontraba a cientos kilómetros de él, inmerso en uno de mis negocios!

—Es cierto que la señorita Sanders nos transmitió sus sospechas contra usted en múltiples ocasiones, pero nunca pudimos incriminarlo por falta de pruebas. Sin embargo, un policía de

Londres nos ha relatado la gran insistencia que mostraba usted por dar con el paradero de sus sobrinos, y mientras comentábamos el asunto, él realizó algunas sugerencias que resultaron ser decisivas para aclarar algunas dudas y rellenar los vacíos que había en el caso. Debe saber, señor Sanders, que hemos analizado el libro que le regaló a su hermano Darikson, el único objeto que encontramos en la escena de su fallecimiento. El resultado es que hemos descubierto que las páginas estaban impregnadas de veneno en su margen superior... ¡Quién podría sospechar que un libro pudiera ser utilizado como arma homicida!

—¡Eso es ridículo! ¿Cómo podría alguien envenenar un libro?

—Entonces no le importará pasar las páginas de este libro de la misma forma en que lo hacía su hermano, ¿verdad? —intervino en ese momento Snake, el marido de su sobrina, quien había permanecido oculto entre las sombras hasta que dio un paso hacia él, acercándole un libro que Wilfred se negó a tocar, haciendo evidente su culpabilidad.

—¡No pueden confiar en las palabras de este hombre! ¡Es un criminal y un asesino que solo quiere aprovecharse de mi sobrina! —gritó acusadoramente Wilfred, provocando que Snake le dedicara una sonrisa burlona por toda respuesta.

—Señor Sanders, este hombre es amigo personal de un condecorado sargento de policía de Londres con el que he colaborado en anteriores ocasiones. Si fuera un asesino o un criminal, como usted afirma, dudo mucho que tuviera tales amistades. Además, desde que ha llegado a Londres resulta evidente para todos lo mucho que quiere a su sobrina.

—¡Es un tipo sospechoso! ¡Por más que pregunté sobre él en Londres, nadie me dijo nada concreto! ¡Solo rumores! ¡Era como si no existiese! —insistió Wilfred queriendo saber quién era el hombre que se atrevía a enfrentarse a él.

—O como si hubiera muerto, ¿verdad? Es que mis socios se resisten a dar demasiada información sobre mí o mis negocios a desconocidos. Solamente aquellos que contratan mis servicios llegan a tratar directamente conmigo —anunció Snake, bromeando entre los amables policías para, a continuación, fijar su fría y amenazante mirada en Wilfred, a la vez que le mostraba su bastón, desde cuya empuñadura lo amenazaba una serpiente.

—¡Usted es...! ¡Usted es... el Serpiente! —exclamó el hombre mientras reculaba, sabiendo que no podría ganar contra tan cruel y astuto personaje, que, por lo visto, había planificado muy bien su caída.

—No seas ridículo, tío: sabes de sobra que a mí no me gustan las serpientes... —añadió Pan en ese momento, emergiendo de las mismas sombras de las que había salido su marido mientras mostraba una satisfecha sonrisa con la que se regocijaba de su victoria.

—Edmund, tú me crees, ¿verdad? —suplicó Wilfred a su sobrino cuando este dio un paso junto a su hermana.

—Tío, él simplemente es Snake, el marido de mi hermana —dijo el muchacho, mostrando en su rostro la misma victoriosa sonrisa que Pan.

—¿Quién es ese tal Serpiente? —preguntó el agente encargado del arresto, extrañado con esa

acusación.

—Un vil asesino, un hombre aterrador que manejaba parte de los suburbios de Londres —explicó Snake despreocupadamente—. Tengo entendido que los que lo han visto en persona comentan que se trataba de un sujeto bastante atractivo. Tal vez por eso el señor Sanders me haya confundido con él —manifestó burlón, haciendo reír a los agentes que los rodeaban—. Aunque el señor Sanders olvida, o ignora, un pequeño detalle casi insignificante al acusarme de ser ese individuo y que es ampliamente conocido en Londres: resulta que el Serpiente está muerto.

—No se resista más, admita sus delitos y acepte su destino, señor Sanders —le exigió, cada vez más enfadado, el policía a Wilfred tras oír las palabras de Snake.

—Señor Sanders, si yo hubiera sido el Serpiente, habría querido verlo pagar por sus pecados y, si por casualidad se librara usted de ello, no habría descansado hasta hacerle vivir un infierno peor que el que usted le hizo vivir a mi esposa —declaró Snake, dejando en el aire una velada amenaza, indicadora de lo que podía esperarle si no aceptaba su culpa y su castigo—. Pero como solo soy un humilde hombre de negocios, me conformo con llevarlo ante la ley —concluyó burlándose de él, de los policías y de todos los que los rodeaban, sin que nadie se percatara de que todos estaban bailando al son de una peligrosa serpiente.

Wilfred tragó saliva ante la clara amenaza de ese peligroso y manipulador sujeto que le advertía de una dolorosa muerte si no pagaba por sus pecados, así que, aceptando su destino, dejó que los policías se lo llevaran con tal de no caer en las manos de un hombre mucho peor, del que estaba seguro de que no se contentaría con encerrarlo.

Antes de alejarse de su sobrina, Wilfred forcejeó con los agentes para acercarse a ella y susurrarle al oído.

—¿Qué hiciste para conseguir su ayuda? —preguntó, interesado en cómo podría comprar a Snake.

—Hice que una serpiente se enamorara de mí —contestó Pan.

Y cuando Wilfred fue apartado de la pareja por los agentes de la ley, supo que nunca podría poner de su lado a la peligrosa víbora que acompañaba a su sobrina porque, contra todo pronóstico, ese cruel hombre se había enamorado. Y, aunque por el momento se mostrara ante todos como una sumisa serpiente, su mirada se volvía mortal y enseñaba sus peligrosos colmillos a todo aquel que lo provocara al tocar a la mujer a la que había decidido proteger.

## Epílogo

### *Seis meses después*

—¿Cómo se te ocurre acompañarnos a Londres para arreglar todos los asuntos pertinentes al condado de Edmund?

—Muy fácil, cariño mío: porque tanto tú como tu hermano siempre atraéis el peligro.

—¡Eso es mentira! —se quejó Pan, haciendo que Snake abandonara su lectura para alzar una ceja con impertinencia—. Estoy del todo segura de que en esta ocasión no me meteré en ningún aprieto.

—Tú date tiempo, que todo llegará —declaró él con ironía, haciéndola enfurecer.

—¿Y si descubren que estás vivo? ¿Y si esos granujas vuelven a atentar contra tu vida?

—Por lo que he oído, Babel está haciendo un buen trabajo. O uno muy malo, según se mire. Con un gobernante implacable como él en ese oscuro trono, te puedo asegurar que nadie me buscará a mí. Además, ahora soy un hombre honrado —apuntó Snake, haciendo que en esta ocasión fuera Pan la que alzara con escepticismo una ceja ante sus palabras.

—Timaste a los hombres que traían su mercancía de la India...

—Solo porque ellos pretendieron timarme a mí antes.

—Insultaste a la señorita Anastasia y a su madre cuando vinieron a hacerme una visita.

—Trataron de insultarte disimuladamente entre conversaciones banales y falsas sonrisas. No comprendo por qué no podía mostrarles yo los mismos modales que ellas demostraron contigo.

—Te peleaste con uno de los trabajadores de mi padre.

—Y ninguno más volvió a meterse conmigo tildándome de «rico señorito». ¿Yo, un rico señorito?

—Te dejo por imposible, ¡siempre encuentras excusa para cada uno de tus malos comportamientos!

—Veo que aún no te has quejado de las perversiones que hacemos en la cama... Por cierto, este libro me está dando muchas nuevas ideas que practicar contigo. ¿Quieres que comencemos ahora con alguna de ellas? —propuso provocadoramente Snake, acabando de lleno con las protestas de su sulfurada mujer.

—¡Eres...! ¡Eres...! ¡Oh! —exclamó ella mientras su rostro comenzaba a tornarse tan rojo como sus cabellos.

En el momento en que Snake dejó su libro para acercársele con la intención de reclamar sus labios y acabar esa conversación de una forma placentera, desde fuera de su camarote oyeron los desesperados gritos de alguien que pedía ayuda.

—¡Un médico! ¡Un médico! ¡Necesitamos a un médico! —gritaban algunos de los marineros, recorriendo el navío con la esperanza de encontrar uno.

—Tengo que ir —se excusó Pan, privando a su marido de los placeres de ese beso que, sin duda, él le reclamaría más tarde con los correspondientes intereses que un desvergonzado como

él estaría más que dispuesto a exigir.

—¿Ves? Más problemas —suspiró Snake mientras cogía el maletín de médico, resignado a seguir a su esposa en todas las aventuras en las que estuviera dispuesta a meterse y en las que él siempre la acompañaría para protegerla.

Tras seguir los gritos de unos marineros alarmados, Pan llegó a un camarote donde una mujer se encontraba de parto desde hacía muchas horas. La casualidad quiso que en la estancia ya hubiera un médico, precisamente el alarmado marido, que se hallaba demasiado preocupado intentando tranquilizar a su mujer, cuyas manos temblaban demasiado como para que pudiera hacer algo de provecho en esos instantes y que ni siquiera se había dado cuenta de las complicaciones que amenazaban que el parto llegara a buen término. Este honorable médico era uno de los que habían presenciado la exposición de Pan en la universidad antes de que la echaran de la institución al saber que era una mujer, lo que aumentó la preocupación de Pan, ya que una mente estrecha podría acabar por negarle que hiciera lo que debía hacerse para salvar las vidas de la madre y el hijo.

—Tenemos que practicar una cesárea. El bebé está colocado en una posición en la que es imposible darle la vuelta y, por más que empuje, no va a salir —anunció Pan a la mujer que intentaba traer una nueva vida a ese mundo y al aterrado hombre que estaba a su lado.

—¿Qué significa eso? —preguntó la dolorida parturienta, que comenzaba a perder sus fuerzas.

—Haremos una incisión en el abdomen y sacaremos a su hijo a través de ella en lugar de usar la vía natural. Luego la coseremos y la trataremos. No podrá moverse de la cama durante un tiempo y le quedará una cicatriz, pero será una marca que señalará que ha ganado esta difícil batalla —explicó Pan, burlándose del hombre que se había atrevido a rechazar la complicada lucha que enfrentaban las mujeres en el parto y que ahora veía de primera mano.

—¡Nadie usará ese bárbaro método con mi mujer! Le recuerdo, señorita Sanders, que los catedráticos rechazamos esas prácticas y...

—Elija: ¿quiere salvar a su mujer y a su hijo o su orgullo? —intervino Snake, mostrándose cruelmente sincero, como siempre.

—¿Eso puede salvar a mi hijo? —preguntó la mujer, ignorando las protestas de su esposo.

—No le mentaré: como en toda operación, hay un riesgo. Pero si no hacemos nada, su bebé morirá. E incluso es posible que tal vez ambos lo hagan.

—¡Hágalo! ¡Saque a mi bebé e ignore las quejas de mi marido! —exclamó la mujer decidida.

—¡Penélope! —la reprendió su marido, ofendido porque desoyera sus opiniones.

—Tú como médico proteges a diario muchas vidas, yo solo tengo esta que proteger y lo daré todo por ella —repuso su esposa.

—¡Si sale mal, la acusaré de asesinato y haré que la justicia la persiga y la encarcele para siempre! —amenazó el hombre a Pan. Y, cediendo finalmente a los deseos de su mujer, se limitó a cogerla de la mano preocupado, para apoyarla en la dura prueba que la esperaba.



—¿Y si sale bien me dejará entrar en la universidad? —preguntó sarcásticamente ella, recibiendo como única respuesta el silencio—. Ya lo suponía... —añadió con ironía, preparando el material de su maletín para la operación.

—Dime por qué quieres ayudarlos aún si no vas a ganar nada a cambio... —inquirió Snake, deteniendo la mano de su mujer al tiempo que dirigía una furiosa mirada al hombre que la había amenazado.

—Por supuesto que gano: mi premio es saber que he salvado a alguien, y si no lo logro, saber que hice todo lo posible por lograrlo y no me quedé simplemente mirando como hacen muchos otros —respondió Pan, recordándole a ese médico que había ignorado sus palabras en la universidad solamente porque ella era una mujer.

—De acuerdo, te ayudaré —decidió Snake mientras se quitaba uno de sus anillos y pinchaba con él la hinchada barriga de la mujer, adormeciendo la zona donde Pan debería hacer la incisión.

—Gracias —agradeció la joven, consciente de que Snake había utilizado uno de sus efectivos narcóticos para que pudiera comenzar con la delicada intervención, sintiéndose confiada gracias a que su esposo creyera en ella.

El doctor tapó los ojos de su mujer y la distrajo de lo que estaba ocurriendo antes de que Pan comenzara a operar. Una vez realizado el corte vertical en el centro del abdomen, siguiendo al pie de la letra los pasos descritos por su padre, separó manualmente las capas musculares de la pared abdominal hasta llegar al útero, donde hizo una incisión y pudo extraer finalmente al bebé y la placenta. Tras limpiar la boca y la nariz del recién nacido, este comenzó a llorar.

Cuando los padres oyeron el llanto de su hijo, ambos lloraron con él, pero el trabajo de Pan no había finalizado, y, tal y como había prometido, se dispuso a salvar dos vidas. Solamente después de cortar y ligar el cordón umbilical se percató de que ella también lloraba. Snake limpió sus lágrimas y la atendió mientras suturaba la herida de su paciente. Unos minutos más tarde, cuando todo acabó, el hombre que había tachado sus métodos de «bárbaros» contempló a su mujer y a su hijo y luego miró a Pan con admiración.

—Creo que deberíamos analizar más detalladamente algunos de los escritos que dejó su padre. Esta técnica es... ¿Le importaría prestarme esos libros para que pueda estudiarlos en la universidad durante algún tiempo? —inquirió, dejando a un lado su orgullo.

—Quizá... —manifestó Pan antes de salir de la habitación, sonriendo complacida al hallarse más cerca de cumplir el sueño de su padre.

Y solo cuando estuvo en su camarote sus manos comenzaron a temblar mientras rememoraba la operación y reflexionaba sobre todo lo que podría haber salido mal, unos pensamientos que Snake no le permitió conservar durante mucho tiempo, de modo que, acogiéndola entre sus brazos, le confesó al oído por qué se había enamorado de ella desde la primera vez que la vio.

—Siempre admiraré a la mujer que es capaz de dar la vida, incluso a quien no se la merece... —reveló poniendo las manos de Pan sobre su corazón mientras le recordaba que ella lo había

salvado—, en vez de quitarla, como tantas veces hice yo —finalizó, apartando la mirada y sintiéndose indigno de ser amado por esa mujer.

Y, sabiendo que ese hombre al que había salvado de más de una manera siempre le pertenecería, Pan le susurró atrevidamente al oído:

—¿Sabes? El alto precio que tienes que pagarme por salvarte es amarme para siempre, Snake.

—Nunca podría dejar de amarte, porque tú eres la única mujer capaz de jugar con una serpiente. Y admitámoslo: te encanta ser mordida por ella... —le recordó él antes de besar apasionadamente sus labios, haciéndole imposible responder con algo más que sus besos a la mordedura de esa hipnótica serpiente que la había hechizado para siempre con su amor.



## Biografía

Silvia García siempre ha creído en el amor, por eso es una ávida lectora de novelas románticas a la que le gusta escribir sus propias historias llenas de humor y pasión.

En la actualidad vive con su amor de la adolescencia, quien la anima a seguir escribiendo, y compagina el trabajo con su afición por la escritura. Reside en Málaga, cerca de la costa. Le encanta pasear por la orilla del mar, idear nuevos personajes y fabular tramas para cada uno de ellos.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

Facebook: <https://www.facebook.com/profile.php?id=100004625625675&fref=ts>

Instagram: [https://www.instagram.com/silvia\\_garciaruiz/?hl=es](https://www.instagram.com/silvia_garciaruiz/?hl=es)

*Jugando con una serpiente*  
Silvia García Ruiz

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Silvia García Ruiz, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edicioneszafiro.com](http://www.edicioneszafiro.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición (epub): agosto de 2021

ISBN: 978-84-0824577-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima lectura!**



**¡Síguenos en redes sociales!**



TERESA CAMESELLE

# *Promesas*

NO TODO FUE MENTIRA 4



zafiro

# Promesas. No todo fue mentira 4

Cameselle, Teresa

9788408242994

212 Páginas

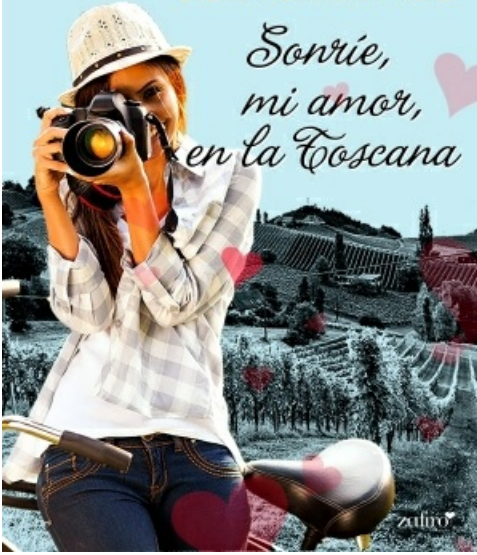
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Que su barco fuera asaltado por piratas no entraba en el plan de María Cristina de Ibarra, que había salido a la perfección hasta el momento. Primero, escapar de un matrimonio indeseado. Segundo, refugiarse en el convento que fue su hogar desde la muerte de sus padres. Tercero, embarcar con destino a la isla de Santa Marta, hogar de su querido hermano. Las cosas empezaron a torcerse cuando tuvo que inventar aquella mentira sobre un matrimonio por poderes; luego llegaron los piratas, y el rescate. Lo que no esperaba era tener que enfrentarse tan pronto con aquel cuyo nombre había usado en vano. Álvaro Molina, capitán de La Dama Española, no había dudado en acudir al rescate del barco de pasajeros que llegaba desde su patria natal. Los piratas ya habían huido como cobardes cuando le informaron de que la desconocida aseguraba ser su esposa. Casi se felicitó por su buena suerte, sin saber todas las aventuras que le tocaría vivir en adelante junto a la dama para tratar de solucionar aquel enredo. Una mentira que oculta un sueño. Una acusación falsa. Una venganza implacable. Y promesas que solo un amor verdadero puede hacer realidad.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

SILVIA GARCÍA RUIZ

*Sonríe,  
mi amor,  
en la Toscana*





# Sonríe, mi amor, en la Toscana

García Ruiz, Silvia

9788408221128

220 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Dominic Norton es un famoso fotógrafo que acaba retirándose por las críticas de Luca Rossi, un modelo italiano. Evie, que siempre ha querido ser fotógrafa como su padre, jura vengarse del modelo y lo contrata para una serie de campañas con el fin de ridiculizarlo. Pero lo que no sabe es que el hombre al que está perjudicando no es Luca sino su hermano gemelo Angelo, que ha accedido a ayudarlo como tantas otras veces. Angelo deja atrás su serena y planificada existencia en los viñedos familiares de la Toscana y la cambia por la escandalosa vida que Luca lleva en Nueva York. Pronto se da cuenta, sin embargo, de que su irresponsable hermano no pretende huir de un trabajo sino de la persona que, sin saber que se ha equivocado de hombre, le está haciendo a él la vida imposible. ¿Conseguirá Angelo mostrarle a Evie su verdadero yo aunque sólo sea viéndolo a través de su cámara? ¿Culminará Evie su venganza a pesar de sospechar que no se trata del mismo hombre que calumnió a su padre?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



ADICTO A TI  
Verónica A. Fleitas Solich



zafiro

# Adicto a ti

Fleitas Solich, Verónica A.

9788408226918

500 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Laura y Richard viven en una soledad autoimpuesta detrás de la cual intentan ocultar sus roturas, sus historias. Eso hasta que sus caminos coinciden de una forma estrambótica en la fiesta de cumpleaños del hijo de una pareja amiga en común. A partir de ese momento se verán enredados en una historia que unirá dos tierras tan lejanas como Roma y Japón, y a dos individuos en apariencia tan distantes: Laura, una historiadora de arte apasionada por las antigüedades, y Richard, un empresario que se dedica a la venta de acero y que resume su existencia a su trabajo y a un espacio muy pequeño en el milenario y distante Japón. Lo que comenzará como una relación sin ataduras, con la cual ambos pretenden preservar esa soledad a la que son adictos, mutará a una fuerza vinculante que unirá sus destinos obligándolos a exponer las verdades que más les duelen y a enamorarse como nunca antes. ¿Estarán dispuestos Laura y Richard a mirarse a los ojos y sincerarse? Porque nadie está tan solo como cree estarlo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

PAULA RIVERS

DE LA  
INTEMPERIE  
AL CALOR DE  
TUS SÁBANAS



# De la intemperie al calor de tus sábanas

Rivers, Paula

9788408245759

468 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Soy Olivia Williams, la autosuficiente e independiente inspectora de policía y antilíos amorosos, aunque eso no me impide disfrutar del mejor sexo en mis clubes predilectos de la ciudad de Nueva York. Mi sueño es llegar a ser comisaria, por eso paso de complicaciones y distracciones con los hombres. La obsesión de mi padre por verme casada y con hijos ya me produce urticaria, así que para que no me busque otra de tantas citas, estas navidades he tenido que meter a un desconocido en mi casa para hacerlo pasar por mi novio Jacob, lo que ha dado pie a situaciones rocambolescas y embarazosas. En definitiva, ¡mi vida se ha convertido en un culebrón de esos que tanto odio! Por su parte, Jacob ha comenzado a excederse en su papel encandilando a mi padre y se ha convertido en el yerno perfecto. Y para colmo, está cañón y ha pasado a ser el centro de todas mis fantasías... Jacob ya no es el hombre que me inventé para mi padre, pero... ¿cómo le digo la verdad a un poli jubilado que sigue teniendo en su poder su licencia de armas? Esto se me ha ido de las manos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

# Megan Maxwell

**Vaya vaya,  
cómo has crecido**



zuliro

# Vaya vaya, cómo has crecido

Maxwell, Megan

9788408245742

120 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Raquel es una joven periodista a la que le encargan entrevistar al guapísimo actor de moda Manuel Beltrán. En su infancia fueron vecinos y asistieron al mismo colegio. Han pasado muchos años, por lo que Raquel se sorprende cuando se da cuenta de que él sabe perfectamente quién es. Aunque Manuel la invita a cenar tras la entrevista, ella se niega y se marcha. Sin embargo, Manuel no se da por vencido y, gracias a su madre, acaba dando con ella. A partir de ese instante, Raquel y Manuel se encontrarán en más de un lugar, y lo que comenzó como una entrevista se convertirá en un tremendo asedio al corazón.

[Cómpralo y empieza a leer](#)